



LAJOS ZILAHÍ

**el alma
se apaga**

Lectulandia

Esta es la historia de un joven húngaro que se ve obligado a emigrar de su país con rumbo a Estados Unidos, pues la situación económica de la familia no puede ser peor.

En las primera páginas encontramos a nuestro protagonista, Janos Pekri, con 30 años, que vive ya en América desde hace diez y está casado y con un hijo. Sentado al volante de su coche mientras espera que le llenen el depósito de gasolina, recuerda cómo y en qué circunstancias llegó a este país, y decide que va a escribir su historia para que nunca se le olvide, como legado para su hijo. Y además lo hará en su propio idioma, pues ha constatado con tristeza, que va olvidando algunas palabras de su lengua materna.

Lectulandia

Lajos Zilahy

El alma se apaga

ePub r1.0

Titivillus 31-12-2016

Título original: *A lélek kialszik*
Lajos Zilahy, 1932
Traducción: F. Oliver Brachfeld

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

SERÍAN las nueve de la mañana cuando me detuve en la esquina de la avenida Kalakaua, ante un puesto de distribución de gasolina.

En vano tocaba la bocina: Rali no se dejaba ver. Seguramente estaba entretenido en la tienda de la diminuta florista china, para charlar un rato con ella. Ya en otras ocasiones me había pasado lo mismo: tener que sacar a bocinazo limpio de la sombra de los gigantescos y verdeantes heléchos de aquella tienda de flores a Rali, el robusto muchacho irlandés, de cabellos rubios rojos, que tenía fama de gran jugador de béisbol.

No tenía prisa, y éste fue el motivo por que dejé de hacer sonar la bocina. Toda mi vida he demostrado comprensión por los instantes de dicha demasiado breves de la vida humana, aun cuando lleguen a causar algún desorden. El mercado de frutas adonde me dirigía, no se me escaparía; así, pues, podía esperar muy bien unos cinco o diez minutos. Desde luego, para decir verdad, no me desagradaba en el fondo una pequeña pausa de *dolce far niente*^[1] cerca del volante de mi coche inmóvil. Además, Ralf era amigo mío. ¿Por qué no dejar que el muy pícaro se desahogara, abrazando a la chinita de los ojos almendrados? Apostaría cualquier cosa que le vería aparecer otra vez con la cara toda arañada.

Miré en torno mío, aburrido; extendí la vista por aquel terreno despoblado y cubierto de grava comprimida. Todos esos terrenos desiertos se parecen extraordinariamente.

Surgen en ellos uno tras otro los puestos de gasolina, así como las diminutas tiendas estilo americano; los *candy-stores* que exhalan olor de azúcar; las abacerías, con los almacenes de objetos de deporte, de falsas antigüedades, con ánforas, alfombras y atavíos de plumas de indios. Nacen luego los innumerables institutos de belleza propagándose como los higos chumbos en los arenosos desiertos tropicales. Así, por ejemplo, el terreno despoblado del que estoy hablando, cuenta en un extremo con un campo de minigolf que, naturalmente, apenas mide unos cincuenta pasos de largo por veinte de ancho. Está circundado de una empalizada y adornado de rocas y arroyuelos artificiales, con bancos esparcidos aquí y acullá, en los puntos más «pintorescos» para brindar un reposo a quien se canse en aquel «territorio inmenso». El césped está sustituido por un paño verde tendido sobre el entablado, y ya fuertemente descolorido por el sol. La entrada cuesta quince *cents*, por cuya cantidad los aficionados a dicho deporte tienen el derecho de perseguir durante dos horas enteras la pequeña pelota blanca de un agujero a otro, pueden taconear, andar de aquí para allá sobre las crujientes tablas cubiertas de harpillera, que procuran representar senderos de montaña. En una palabra, pueden pasear y sentirse felices en el seno de la madre Naturaleza. Siempre he profesado una vehemente repulsión por tales minúsculos campos de *golf*. ¿O es que no resulta exasperante ver cómo todos los

ramos comerciales del temperamento americano se propagan con la celeridad de los hongos, hasta en la isla de Oahú? Por suerte, en dicho campo de *golf* la vida no es exageradamente intensa. El propietario, o mejor dicho propietaria —que, vista de espaldas, con sus cabellos rubios afeitados sobre la nuca, podría parecer un colegial, aunque después, mirándole la cara, se descubre que es más bien una señora de edad, con el rostro huesudo y lleno de arrugas—, está sentada junto a la entrada, absorta en una labor de bordado. Paso por aquí todos los días, por gasolina, y nunca he visto un alma en este campo. Ralf dice que desde hace diez días, o sea el tiempo pasado desde la inauguración, no ha entrado más que un solo cliente: un japonés chiflado, quien, con su sonriente cara, estuvo jugando solo durante cuatro horas enteras.

Me asaltan unos pensamientos extraños. Pienso que si Cook no hubiera descubierto unos ciento cincuenta años atrás las islas Sandwich, donde ahora se elevan los grandes almacenes *Whiter & Whiter*, construidos según modelo de Chicago, o en el sitio del cinema que con sus carteles hace publicidad de las estrellas de Hollywood, aún hoy reverdecerían las selvas de *acaciakoa* y de palmeras, proyectando sobre los cuerpos desnudos de los indígenas sus sombras estriadas.

Cuando puedo disponer de algún día libre, cargo sobre mi coche la tienda y la cocina portátil y, atravesando las vastas plantaciones de plátanos, los pálidos campos de arroz y los dorado oscuros de piñas, con mi mujer y mi niño me voy hacia la parte septentrional de la isla, donde aún viven los *cariacos*, esos ejemplares bellísimos y vigorosos de la raza polinesia, en el estado virginal de la selva de antaño. Todos llevan nombres extraños. Tiikau, Kauhai, Hoabú, Lanabú, Maui.

Sin embargo, los que inmigran a las ciudades, arrastrados por el torbellino yanqui de Honolulu, se dejan bautizar y se transforman en ciudadanos de los Estados Unidos, pierden esos nombres tan melódicos como el sonido de un oboe y ostentan en su mayoría unos apellidos altisonantes entresacados de la Historia Universal. Así, por ejemplo, conozco a uno, que vende cordones y betún para el calzado delante del «Hotel Carlton», que se llama Bonaparte, y a un peluquero que responde por Jesús. Mi criado fue mucho más modesto, pues se contentó con el nombre de Pilato. Pilato es todavía muy joven; supone él que debe de tener diecisiete años, mas no lo sabe con seguridad, pues en la isla de Niihau, donde nació, bajo la tienda de humo gigantesca, pero benigna, de los volcanes, no existe registro civil. Sus grandes ojos negros brillan con luz azul, sabe caminar y moverse sin el más leve mido, y su cuerpo es virginalmente elástico como el de un salvaje. Hace ya cinco años que le tengo a mi servicio.

Cuando emprendo una de esas excursiones, me suelo llevar a Pilato, que habla discretamente bien el inglés, aunque no por eso ha olvidado su lengua nativa.

También Jene y Andrew son muy aficionados a tales excursiones, y siempre les duele el corazón cuando es preciso levantar la tienda para volver a la ciudad. Guardo de esas salidas una infinidad de fotografías. Pero es imposible reproducir en ellas el color del aire y los rayos verde oro del sol que se insinúan entre la fronda. No se

puede representar el sabor aromático de la atmósfera, ni ese grajeo de los pájaros que nunca oí en mi antigua patria. Las mujeres indígenas aparecen desnudas en las fotografías, mas, en realidad, su desnudez ni parece ser tal, pues su piel tiene el color del cacao. Además, para ser justo, debo añadir aún que son demasiado gordas y un poco fofas. Creo que esto será el efecto del exceso de cocos y de plátanos con que se alimentan. Los hombres, en cambio, son todos atléticos, ágiles y ligeros. Cuando están de pie en la popa de sus barcas con el arpón en la mano, dispuestos a tirarlo, su cuerpo presenta una configuración verdaderamente digna del cincel de Carpeaux.

Jene, que posee una diminuta estatua de Carpeaux, representando a un negro en el acto de lanzar la jabalina (se la compré yo por diez francos en el vestíbulo del Louvre), es muy aficionada a la escultura, y ha modelado incluso uno de estos jóvenes *cariacos* lanzadores de arpón. Su obra, francamente, no me gusta. El busto de la estatuilla es tan largo que bastaría, no para uno, sino hasta para dos indígenas. No hay que decir que, naturalmente, no le he revelado esta opinión mía; al contrario, encontré una infinidad de palabras bonitas para expresar mi entusiasmo por su obra. ¡Pobrecilla! Estaba tan agitada y febril mientras la modelaba, que ni siquiera pudo dormir de noche. Cuando creyó que yo me había dormido ya, encendió en la tienda su pila eléctrica, bajó de la cama sin hacer ruido, sacó la arcilla húmeda de entre los trapos mojados, y con el cuello alargado se puso a contemplar largo rato su minúscula obra maestra.

¡Pobre pequeña Jene mía! ¡Santo Dios!, yo, verdaderamente, puedo juzgarme feliz. Cada vez que pienso en ella, siento inflamarse agradablemente mi corazón: y ese calor es dulcísimo.

Absorto en tales pensamientos, me sobresalté de repente. A mis oídos llegaron unas palabras húngaras.

—*Jónapot!*^[2]

Era el viejo Coleridge que se me acercaba. Matthew Coleridge, veinticinco años atrás aún se llamaba Mátyas Kolerits, el único húngaro que conozco en tomo mío establecido en Honolulu. Por lo menos que yo sepa. Es propietario de un taller de reparaciones de automóviles, sito muy cerca del edificio que fue antaño palacio del Rey Kamehameha. A veces pasan meses sin que nos veamos.

Venía disparado hacia mí; bajo sus zapatos crujía la grava. Se apoyó con los codos en la ventanilla de mi coche.

—Oiga, míster Pekri; usted, que tiene una memoria mucho mejor que la mía, ¿podría decirme cómo se llama en Budapest aquella calle que conduce de la plaza de los Franciscanos hasta la orilla del Danubio?

Con un gesto de la mano habitual en él, añadió, para explicarse mejor:

—En Budapest tengo una sobrina; el único pariente mío que vive aún en nuestra patria. Cuando hace tres años estuve en Budapest, me hospedé en su casa. Esa casa la conozco, sé hasta el número, pero ya no me acuerdo del nombre de la calle...

—¿Quiere usted escribirle?

—Quiero mandarle dinero. No mucho: cien dólares. La pobrecita vive de una pequeña pensión, muy pobremente. Cuando la visité, su hija tenía dieciséis años. Aquella muchacha me tiene robado el corazón. Ya entonces le di cincuenta dólares. Creo que ahora a lo mejor está a punto de casarse y que, en tal caso, los cien dólares llegarían muy a propósito para la pequeña Margit... Tenía apuntada la dirección, pero la perdí. La estoy buscando sin encontrarla desde hace cuatro días...

—¿Dice usted la calle que conduce de la plaza de los Franciscanos a la orilla del Danubio?

—Sí, y aún me acuerdo que desemboca en la misma la calle Molnar. ¿Qué? ¿Se acuerda?

—Sí. Conozco aquel barrio de Budapest como la palma de mi mano. Durante dos años fui a la Universidad que queda allí cerca. Espere, déjeme pensar un instante...

—Hay en aquella maldita calle una tienda de pájaros...

—¡La calle del Seminario!

El viejo hizo un gesto decepcionado.

—No, la calle del Seminario pasa ante la iglesia de la Universidad. Cerca del palacio Károly. Me refiero a aquella otra que está más allá, hacia la calle Kossuth Lajos. Rómpase un poco la cabeza.

Cierro los ojos y veo claramente la plaza de los Franciscanos. Veo las palomas sobre el asfalto, ante la iglesia, oigo el campanileo de los tranvías. ¡Sí, estoy seguro, absolutamente seguro de que conozco aquella calle! Conozco hasta cada una de las casas que hay en ella. Allí está el Círculo del Águila, y, enfrente, el Gobierno Militar. Lo tengo en la punta de la lengua, y, sin embargo, no logro pronunciar aquel nombre.

Kolerits procura ayudarme:

—Lleva el nombre de un héroe de la guerra de la independencia...

El esfuerzo de pensar ha hecho inmóviles y pungentes nuestras miradas. El viejo tamborilea nervioso e impaciente sobre el guardafreno. Después, mira hacia la avenida Kalakaua, como si buscara a algún otro más que pudiera decirle el nombre que se le escapa. Sin embargo, esto, en los antípodas de Budapest, parece verdaderamente poco probable.

Entonces, me da un golpe en la espalda y dice:

—Dejémoslo estar. Es igual. Si por casualidad se le viene el nombre a la memoria, telefonéeme...

Me estrecha la mano, me vuelve la espalda y desaparece entre la muchedumbre de la avenida Kalakaua.

Me quedo solo otra vez. Pero ahora ya no quiero pensar en el nombre de aquella calle, sobre todo porque estoy convencido de que, de no haber querido pensarlo, instantáneamente me hubiese venido a la memoria.

Pero ese Ralf ya podría venir por fin. La tienda de la florista está a unos treinta pasos apenas. Es una extraña casita en medio del terreno despoblado. ¿Casita? No, ni tan sólo esto. Un inmenso búcaro con tulipanes rojos, semejante a una gigantesca y

fantástica decoración teatral. Como si Gulliver hubiera pasado secretamente una noche por la ciudad de Liliput, dejando a los habitantes, en señal de saludo y cumplimiento, un enorme florero.

Me gusta esta idea de propaganda comercial a la americana. Es artística. Entre los edificios áridos y poco estéticos, aquel enorme búcaro brilla alegre y *gayamente*^[3] en el sol tropical. No tiene ningún rótulo, ninguna muestra, pues habla por sí solo. Hay aquí otras tiendas semejantes. Un almacén de frutas tiene la forma de una enorme naranja; una panadería está escondida en el interior de un inmenso pan, con la puerta y las ventanas celadas.

También aquí, la entrada a la tienda está en la base del florero. Y dentro, donde las raíces de la planta tendrían que serpentear en la tierra, sola, detrás del mostrador, está Sen-Cheng, la chinita, con una peineta de rojo coral en el moño. Muda y misteriosa, escucha las mil tonterías que Ralf, apoyado en el mostrador, le está explicando con infatigable ardor.

Un nuevo bocinazo muy enérgico.

Por fin, Ralf surge de aquel vaso de flores. Ya desde lejos hace brillar sus dientes grandes y planos, lo que en él significa una sonrisa, y, en el caso actual, una sonrisa de excusa.

Al llegar a la bomba de gasolina, me saluda sólo con un gesto de las cejas. Echa mano del tubo negro de caucho, bombea en mi coche los diez galones de bencina habituales. Me incorporo sobre el asiento y, con toda mi fuerza, le asesto un puñetazo en la espalda.

—Tú... ¡*pisalirios!* ¡Hace media hora que te estoy esperando! ¿Estás comprando flores durante todo el santo día?

Pero Ralf no me contesta; tan sólo sonrío. Tal vez también porque el puñetazo me ha hecho más daño a mí que a él. Bajo la ligera camisa de Ralf, su espalda y su brazo tienen la dureza de los muebles de madera tapizados.

Sin embargo, dejo de interesarme por el idilio amoroso de Ralf y de la señorita Cheng. Me invadía todo el cuerpo una extraña impresión de que algo había muerto en mí. Algo se había apagado, algo se había desvanecido en mi memoria: llegó a escaparse el nombre de una calle de Budapest. Y no era la primera vez que observaba en mí semejante fenómeno. Ahora ya pienso en inglés, sueño en inglés, y sólo uso el idioma *magyar*^[4] cuando, muy de vez en cuando, escribo una carta a mi madre.

El otro día no me vino a la imaginación el sinónimo que tenemos en húngaro para *sovány*, «delgado». Esta nimiedad sin importancia me perturbó de manera incomprensible. Durante todo el día estuve molesto y malhumorado. Sólo al día siguiente, al desayunarme, me acordé de este verso:

Osztóver kutágas, horihorgas gémme...

¡Por fin! *Osztóver*, naturalmente que *osztóver*... Estaba tan contento de haber encontrado esta palabra, como si después de haber perdido mi sortija en el agua, buceando hasta el fondo del lago, la hubiese vuelto a hallar.

Jene me miró asustada, cuando, súbitamente, me oyó exclamar:

—*Osztóver!*

—*What? What do you say*^[5]?

Naturalmente, ella no puede tener ni la menor idea de lo que ocurre en tales ocasiones en el fondo de mi alma.

Mi coche, después de haber absorbido sus diez galones de gasolina, recorrió alegremente la *avenue Walakaua*; hasta su bocina sonaba más jocunda que antes. Me detuve ante una tienda, pues un rótulo anunciaba que vendían carne de reno. Esta carne nos llega congelada desde el Canadá, pero tan pocas veces al año, que ha adquirido el carácter de una verdadera golosina. Compré una libra, pues me gusta mucho esa carne negrorrojiza, con salsa picante, preparada a la cazadora, según una receta de mi madre.

En el mercado de frutas adquiero todo cuanto Pilato me había apuntado en una hoja de papel. Actualmente soy yo quien hago las compras, pues estoy solo.

Jene y Andrew se fueron la semana pasada a San Diego. Jene ha ido a visitar a sus padres. Ya habrán llegado a su destino; la travesía dura tan sólo cinco días. */Tan sólo!* ¡Cómo se acostumbra uno a las distancias! San Diego está tan lejos de aquí como Nueva York de Europa. Es la ciudad más meridional de la costa occidental de California. Y no siempre lo tengo tan presente en mi imaginación como si estuviera aquí al lado, pues pienso que ¡cuánto más lejos, cuan infinita y desesperadamente más lejos queda de San Diego mi provincia nativa de Borsod!...

Es extraño que, cuando estoy solo, piense en mi casa con mayor insistencia. Ahora que Jene y mi hijito no están junto a mí, en las habitaciones vacías y mudas me asaltan los lejanos recuerdos de mi infancia.

En vano intento pensar en otra cosa; aquella calle de Budapest me ha excitado e incomodado demasiado. De ahora en adelante, ¿ya será siempre así?

Entrego a Pilato los paquetes y me retiro a mi cuarto. Me retuerzo las manos, me hundo las uñas en la frente. ¡Santo Dios!, ¿cómo se llama aquella calle?...

Y me asalta un dolor violento y salvaje. ¡Nunca, nunca volvería a ver a mi madre! ¡Nunca, nunca volvería a Hungría!

En vano quiero ilusionarme. Aquel viaje de hace dos años me arruinó económicamente. ¡Nunca, nunca más!

Un gemido surge de mi garganta, y mis ojos se inundan de lágrimas. Me tiro sobre el diván y lloro. Lloro convulsivamente, sollozando y gimiendo.

Pilato entra en el cuarto, consternado. Pero yo le hago seña de que sé retire. Pilato no se mueve.

—*Homesick*... Añoranza de mi tierra... —le digo gimiendo, y una vez más le hago seña de que me deje solo.

Y Pilato se va. Ahora comprende. También él sabe lo que es la *homesickness*, la nostalgia. Una vez le vi en estado semejante, y en aquella ocasión fue él quien, escondiendo su rostro entre las manos, había murmurado con un gemido hacia mí: *homesick...*

Capítulo 2

EN lo sucesivo no permitiré nunca más a Jene que se aleje de mí. Ni para un solo día. Cuando tengo a Jene a mi lado, nunca siento tan terrible tedio de mi vida. Pronto tendré treinta años, y sólo tenía veinte cuando me marché de Hungría. Después de diez años de agonía, estoy muerto, pero tengo aún los ojos abiertos y en ellos se reflejan las imágenes de un mundo muerto. Recuerdo la mirada de mi madre, la mano de mi madre, el collar de verdes perlas de mi madre, con otra especie de relieve que la mano de Jene o el anillo de Jene. Oigo el rechinar de la cancela de nuestra vieja casa, de manera distinta que aquí en Honolulu; o el retañir de las campanillas con que el carrito automóvil del pastelero filipino vestido de blanco me hace saber que ha llegado bajo mi ventana. Pero todo esto es como si el sueño y la realidad se confundieran todavía en mis ojos, en mis oídos, en mi alma. Cosas muertas se enlazan con cosas vivas. Recuerdos condenados a desvanecerse mézclanse con los ruidos, con los colores de mi vida actual.

Hay instantes en los que me basta cerrar los ojos y... ya estoy en casa. Caminamos, una tarde de invierno iluminada de extraños reflejos, Sanyi^[6] Bajó y yo; junto a la orilla del río, dos muchachitos de diez años, dos puntitos negros sobre la inmensa blancura del campo cubierto de nieve. El sol brilla como un frío balón de madreperla, a través de la niebla, en el extremo del horizonte. También las matas cubiertas de escarcha, en esta suave luz de madreperla, centellean como bloques de cristal. Las matas escarchadas se mueven, sacudidas violentamente, y unas nubecitas de polvo plateado surgen en torno nuestro; una bandada de jilgueros ha levantado el vuelo. Estos pájaros son, en el invierno húngaro, los representantes del carnaval, con sus antifaces sedosos de color carmín, una diminuta gorrita de terciopelo negro encima de su cabecita, sendos espejitos amarillos en sus alas y en sus picos un gorjeo tan dulce y meloso como ningún otro pájaro del mundo podría imitar. Caminamos, caminamos Sanyi Bajó y yo, a través del violento y blanco frío, en un país de cristal, por una llanura de cristal, una tarde de cristal. Nuestros rostros y las puntas de nuestras orejas llamean rojos en este frío polar, pero continuamos caminando, caminando, pues sólo en el riachuelo que pasa junto a la granja de Sos se encuentran las cañas que necesitamos para los cañones de nuestros fusiles de madera.

En las islas Hawai no hay invierno nunca. Tampoco hay nunca nieve, ni escarcha. Tan sólo existe aquí la primavera, eterna primavera: un inmenso firmamento abierto y azul dorado, un mar verdadero y cálido, una fragancia aromatizada por el mar y la vegetación tropical. A veces me asalta una nostalgia tan fuerte de los implacables, gélidos, inviernos húngaros, que me siento morir. Estar sentado detrás de unas ventanas cubiertas de flores de hielo —así llamamos nosotros las figuras que en el vidrio dibuja la escarcha—, junto al rojo destellar de la estufa, y comer lardillo... En la habitación, flotan también el apetitoso olor de manzanas asadas y el tenue humo de

la estufa.

Ahora, ¿esto será ya eternamente así? ¿Sufriré siempre así, de ahora en adelante?

Mejor sería que perdiese la facultad de recordar. Que los primeros veinte años de vida desaparecieran de mi memoria, murieran, se apagarán en mí.

Cuando estuvimos en Hungría, hace dos años, al pasar por París, vimos una comedia. Se trataba de un soldado francés que, a consecuencia de la conmoción del aire producido por la metralla, había perdido por completo la memoria. No sabía hablar en ningún idioma. Las hienas humanas de los campos de batalla le habían despojado de todas las prendas cuando yacía sin conocimiento, y, al ser hallado por los camilleros alemanes, se ignoraba si era francés o alemán. En Alemania vuelve a aprender a hablar, como un niño; desde luego, en alemán. Le dan el nombre de Sigfrid. Sí, sí, ahora me acuerdo que la obra se llamaba *Siegfried*. Y el soldado, que en su vida civil, en Francia, ejerciera la profesión de publicista chovinista, acaba por transformarse en Alemania en un político nacionalista.

Ojalá me ocurriera a mí también un accidente por el estilo —este mismo deseo invadióme ya en París, en la *Comedie des Champs-Élysées*— alguna conmoción como aquella, que matase en mí, en un solo instante, todos los recuerdos de mi vida pasada, al decidirse de una vez para siempre mi sino, condenándome a acabar el resto de mi vida en la isla de Oahú.

Mas en otros momentos, cuando pienso que podría perder aquellos recuerdos... No, esto sólo sería posible en un estado de inconsciencia, sin que yo me diese cuenta. Porque, en realidad, alguna que otra palabra húngara olvidada, ¿no me produce un repentino ataque cardíaco?

Escribiré a mi hermana Rózsa que me envíe las «Obras completas» de nuestro gran poeta nacional János Arany, aquella hermosa edición encuadernada en rojo que heredamos de nuestro abuelo. Le enviaré, en cambio, algún regalo de aquí. Y cuando tenga dinero haré venir incluso la edición en cien tomos de las obras de Jókai. Y todas las noches me dedicaré a leer algo en mi idioma vernáculo. Rogaré también a mi cuñado Gyula que me mande de vez en cuando algún libro reciente, una vez que ellos lo hayan leído.

Dios mío, ojalá prospere esta decisión mía. Los libros húngaros que traje hace dos años, aún yacen sin cortar en el fondo de algún cajón. No he tenido tiempo de abrirlos siquiera, y cuando lo he tenido, me ha faltado la necesaria disposición de ánimo. ¡A veces siento tan lejos de mi alma a mi patria! Es muy agradable la calma, y no tengo ni fuerzas ni ganas de excitarme inútilmente.

Pero esta vez Jene y Andrew permanecerán en San Diego durante dos meses. Me encerraré en mi cuarto, bajaré las persianas, y en esta penumbra verde, como en sueños, me dedicaré a escribir, en cada hora que tenga libre. Describiré todo cuanto guardo aún en la memoria. Todo cuanto en mi alma quede de Hungría y de húngaro. Escribiré la letra y la música de cuantas canciones conserve aún en el oído, todas las poesías en *magyar* que recuerde de mis tiempos de colegial. Hasta el texto de aquel

auto llamado «Belén^[7]», en el que, durante cinco años consecutivos, desempeñara yo el papel de pastor, con unos grandes mostachos postizos bajo la nariz, que olían a ratas, sujetos por dos gruesos hilos fijados en mis orejas. Escribiré todos los cuentos de hadas que solía oír en la cocina durante los largos inviernos, de Mari Patoch y del tío Sámi^[8], nuestro viejo criado. Todo cuanto sean voces patrias en mí. Y describiré cuanto me haya ocurrido en la vida, y por qué. Cómo he venido a parar a América, y cómo conocí a Jene. Describiré nuestro primer encuentro, y cada uno de los instantes de nuestro amor (no debo temer que Jene o Andrew puedan leer los textos secretos de mis cuartillas, pues ni mi mujer ni mi hijo comprenden una sola palabra de húngaro). Estos escritos estarán dirigidos a mí, únicamente a mí, y en ellos, encerrado en mi habitación, miraré aún otra vez profundamente, muy profundamente, en los ojos de aquella mi otra vida. En este cuarto semioscuro será como si estuviera hincado de rodillas ante un gigantesco y extraño catafalco, rodeado de fúnebres blandones, y como si pusiese mi mano bajo la rígida nuca del muerto, llamándole desesperadamente para obligarle a que vuelva a abrir sus ojos por última vez, para que yo pueda mirar hasta su fondo.

Estas cuartillas sólo serán mías. Y cuando me suma en la vejez, cuando se hayan cicatrizado en mi alma todas las nostalgias de mi vieja patria, y hasta mi madre no sea ya más que un montoncito de huesos en el cementerio, cerca de la vía férrea, bajo la sombra de los pardos zumaques, y cuando ya hable incluso mal, muy mal el húngaro, que esté entonces aquí, cristalizado en letras, escrito en el papel, todo cuanto aún me está hiriendo en lo vivo, para que pueda sacarlo de vez en cuando y leerlo, y, aun sin sacarlo, sepa que está aquí, en un cajón, cerca de mí, en un legajo, como el alma que ha partido de mí, que se ha separado de mí, que se ha vuelto ceniza: tinta, papel y una faja roja de caucho que sujeta las cuartillas tal vez más fuertemente que antaño mi cuerpo, mi piel, mis huesos, todas las fibras de mis nervios, todas mis articulaciones, sujetaban mi alma primera.

Al llegar aquí en mis reflexiones, toqué el timbre llamando a Pilato. Le envié al *drugstore*, especie de abacería donde venden de todo, para que me comprara papel. En húngaro, hubiera dicho: un *konc papiros*, como lo llamaba arcaicamente mi abuelo. Yo, desde luego, decía: *a quiere of paper*, en inglés, pero por un instante me acordé de aquella expresión *magyar*, como cuando una diminuta chispa se aviva bajo la ceniza.

Mientras Pilato salió por el papel, me preparé para el trabajo. Quité de mi escritorio todos los chismes, recuerdos, calendario americano y listín de teléfonos, sustituyéndolos por viejas fotografías. Los retratos de padre y madre, en sus tiempos de recién casados, enlazados de la mano. El retrato de Rózsa y Gyula, cuando eran novios. Una instantánea ampliada, sacada en el patio de nuestra antigua casa, que representaba al tío Sámi, sentado en una pequeña silla ante la puerta del establo, descalzo y con pantalones estrechos, engrasando sus botas de caña con un trozo de pellejo de tocino. Junto al pozo, «Darázs^[9]», nuestro perro de pastor húngaro, acosa a

una vieja gallina blanca y gorda, que huye ante él levantándose en el aire y batiendo las alas. (¡Dios santo, con qué claridad oigo ahora los cacareos asustados, quejumbrosos e indignados de aquella gallina!). Puse sobre la mesa, asimismo, una postal iluminada que representaba la plaza Mayor de nuestro pequeño pueblo, con la iglesia y la única casa de pisos, casa en la que tenía su sede la ferretería *Kelemen & Sucesor*. Kelemen había muerto mucho tiempo atrás; pero al alba, cuando con mi padre salía de caza, veíamos siempre en la puerta de la tienda, muy enhiesto, al *Sucesor*, con una bigotera muy apretada bajo la nariz, frotándose, friolero, las manos, pues en los pueblos húngaros las tiendas abren tan pronto como clarea el día. Por lo demás, toda la vida ignoramos el apellido del *Sucesor*, y sólo surgía vivo en nuestras mentes su título, cual el nombre del protagonista principal en alguna ancestral epopeya magyar. Mi padre solía decir al criado, al enviarle por un paquete de clavos o por hierro para una rueda, al pueblo: «Vete al *Sucesor*; díselo al *Sucesor*...». (¡Cuánto me duele pensar en todas estas cosas!). He colocado ante mí hasta la cantimplora de Tolna, que un día regalaron a mi padre por su santo, y no hacía mucho, mi madre me la había enviado de casa. Rodéeme de cuantas cosas habían venido conmigo de mi casa, di órdenes severas a Pilato de que no me estorbara bajo ningún pretexto, cerré la puerta con llave y me puse a trabajar.

Inscribí en la primera cuartilla:

Historia de mi vida, que he empezado a escribir el día 12 del mes de mayo de 1931, en mi soledad de la isla de Oahú, en la ciudad de Honolulu, en mi casa de Madison Square, yo, Janos Pekri, o por mi nombre actual, Mr. John Pacree, capitán del barco de pesca (Live bait boat). «Freedom», con la intención de salvar del olvido, para mí mismo, mis recuerdos de mi vieja patria y los restos de mi alma magyar.

Que Dios me ayude para poder acabar este escrito.

Capítulo 3

EN realidad, no es por aquí por donde tendría que empezar. Porque aquel día nada nos ocurrió a mí ni a mi familia. Fue un día vacío; sin embargo, brillaba en él tanta luz que, al cerrar los ojos, siento arder bajo mis párpados todos los minutos y todas las cálidas emociones de aquella jornada.

Lo recuerdo bien: era domingo. En el mes de septiembre del primer año después de la guerra. La noche anterior habíamos quedado mi padre y yo que a la mañana siguiente muy temprano iríamos a pescar.

Nos acostamos muy pronto; pero, antes de ir a la cama, aún repasé mis anzuelos, para que estuvieran más afinados, y preparé los sedales. Al tío Sámi le ordené que con la red de pesca más fina se fuera al río para coger un buen puñado de peces pequeños. Con este cebo vivo me proponía atrapar los sollos.

Mi cuarto, el mismo de mi infancia, daba sobre la veranda abierta, sostenida por columnas, inmediatamente al lado de la despensa de las manzanas. Por consiguiente, siempre me envolvía ése fuerte olor que sólo se nota cuando hay gran cantidad de ellas amontonadas. En nuestro huerto, aun en los años muy malos, maduraban toneladas de las más finas reinetas carmelitas, del dorado *parmenio* de invierno y de la «Zar Alejandro». Era de éstas de las que emanaba tan buen olor.

La única ventana de mi cuarto abría al jardín donde unas cuantas tuyas se mantenían ya en estado lastimoso. No obstante, yo quería mucho aquellos árboles inválidos y viejos; parecían vestidos de harapos en medio de los atavíos de boda tan vistosos de los jóvenes tilos, los olmos multicolores y las encinas de sangre. Unos cuantos años atrás, mi padre los había plantado en gran número en nuestro jardín.

Desde mi ventana podía ver un viejo y destartado pozo de piedra, al que, durante el verano, cubría la hiedra por completo; pero en el invierno se podía ver muy bien con cuántas ramas caprichosamente zigzagueantes apretaban su brocal de piedra, como si quisieran sofocarlo con aquellos secos y negros brazos serpenteantes. Cuando yo era estudiante, mi mirada descansaba a veces durante largas horas sobre el dibujo trepador de los brazos de esta hiedra, sentándome junto a la ventana.

¡Cuántas cosas me habían pasado en aquel cuarto! ¡Cuántas ideas de turbulenta juventud habían salido de sus paredes! Por cierto, estaba demasiado cerca de la cocina. Ella lo separaba de la parte principal de nuestra casa, donde dormían mis padres y mi hermana mayor Rózsa.

Lo recuerdo: aquella muchacha se llamaba Virág^[10]. Había venido a parar a nuestra casa de alguna alquería del contorno. Nunca se podía oír su voz, ni tampoco cantaba nunca. Solía llevar la cabeza siempre un poco ladeada, lo que significaba en ella ternura y obediencia. Bajo la corona, rabia como el pan, de sus cabellos, su cara tenía la forma de un corazón e irradiaba dulzura. Tenía dieciséis años, y se llamaba Virág Varga. Su padre estaba en presidio por haber matado a su mujer, un día estando

borracho. Sólo en las familias de hombres brutales se dan seres tan dóciles y silenciosos como Virág.

¡Qué extrañas sensaciones me invadían cerca de ella! Tenía yo a la sazón catorce años; sin duda se trataba de las primeras fiebres del amor. Cuando las babuchas de Virág pasaban estrepitosamente por los ladrillos de la veranda, y oía yo este ruido, sentado en mi habitación, la emoción me invadía con tanta intensidad que poco me faltaba para desmayarme.

Pero también mi cuarto fue escenario de hechos de importancia histórica mundial. Después de la caída del bolchevismo, pasó una noche encerrado en mi cuarto el comisario del pueblo, detenido en las afueras de nuestra aldea, mientras huía. A la mañana siguiente, seguramente lo habrían fusilado, tal como iban las cosas en aquel entonces; pero, durante la noche, había desaparecido misteriosamente.

Otra noche, entraron ladrones en nuestra casa, forzando la puerta de la cámara frigorífica y llevándose muchas cosas. Mientras se retiraban, mi padre se había despertado, cogió su escopeta y disparó dos tiros al aire. También los ladrones dispararon sus revólveres. Una de las balas entró en mi cuarto a través de la puerta vidriera, dándole exactamente en medio de la sien al señor director Janos Kalib, que ocupaba el centro de la fotografía de un grupo de los alumnos del Instituto. Aquel cuadro colgaba exactamente encima de mi cama. Días después se supo que el señor Kalib, debido a sus cuitas de familia, se había pegado un tiro en la cabeza la misma noche, y casi a la misma hora en que, en mi cuarto, un impacto le había penetrado por la sien. (Varias veces en mi vida he podido comprobar cierta misteriosa coincidencia entre las cosas).

Mi habitación estaba amueblada con gran sencillez. Una cama, una mesa de escritorio, un canapé negro con botones blancos y, encima de él, un espejo con marco dorado; el tocador, y unas cuantas sillas. En un rincón estaban mis cañas de pescar, que llegaban hasta el techo.

Cuando era alumno de cuarto curso de Bachillerato, mi padre me regaló una escopeta de caza de pequeño calibre; pero tan pronto como empecé a cazar, la dejé. Mi vista no era muy buena; desde los diez años llevaba gafas y, además, la caza no me divertía nada. Una perdiz destrozada por los perdigones siempre me hacía un efecto macabro. Considero el macho de la perdiz como el ave más hermosa de la creación. Su garganta color ocre, su pechuga azul ceniza, con aquellas líneas negras ondulantes, los colores sencillos y, no obstante, tan magníficos de su cola, esa armonía discreta de colores, las formas infinitamente sencillas y no por eso menos perfectas de toda el ave; sus muslos alargados, su porte majestuoso, su cuello y cabeza... sí, todo ello representa tanta perfección de la sencillez y de la elegancia, que siempre me he quedado entusiasmado al verlo. Había pensado muchas veces que, si algún día me casaba, desearía una mujer que supiera vestirse con tanta elegancia. A veces tenía ideas tan estúpidas.

Pero también en mí late aquel ancestral instinto del hombre primitivo: apresar y

matar algo que viva, que sirva de alimento y para cuya captura se necesiten una gran dosis de fatiga, astucia y entusiasmo, así como las emociones múltiples del acecho. Estos profundos instintos ancestrales habíanse truncado en mí, impulsándome a hacerme un gran aficionado de la pesca con caña.

Aquella mañana salí con mi padre a las cuatro. Apenas amanecía. Fuimos juntos hasta el brazo muerto del río, que sólo distaba hora y media de marcha de nuestra casa. Allí, mi padre solía separarse de mí para dirigirse hacia los maizales y los ciruelos con «Togo», su perro de caza. Yo, en cambio, subía en una barca, para pescar en el agua infinitamente silenciosa, bajo la verde sombra de los salcedos, o perdiéndome en las selvas de los cañaverales. Tan sólo algún que otro disparo lejano señalaba por dónde pasaba mi padre.

Hacia mediodía, él volvía donde yo estaba, encendíamos fuego y guisábamos nuestro almuerzo. Nos contábamos nuestras andanzas del día: él, de su caza, yo de mi pesca. Después de comer se prolongaban nuestras conversaciones, tendidos ambos sobre la hierba.

Mi padre me trataba como a un amigo. Me contaba sin reticencias ni reservas las aventuras de su juventud. Sobre todo, me hablaba a menudo de sus batallas de naipes, y las terribles dificultades en las que le precipitaran sus deudas de juego. Lo hacía de azar, de cuya esclavitud no llegó a emanciparse hasta el fin de sus días. Nunca me decía que no jugara, nunca me amonestaba ni me exhortaba a ello directamente, pues estaba íntimamente convencido, y hasta me lo decía, de que cuanto más me lo prohibiese, tantas más ganas tendría yo de jugar. Al contrario, fue él mismo quien me enseñó todos los juegos de azar.

«Si los aprendieses de otras personas, te costaría mucho dinero», me decía al darme la primera clase de *ferbli*^[11].

A nuestras excursiones *piscatoriocinegéticas*, siempre llevaba consigo, en su mochila, naipes. Después de comer, sentados en el tronco de un árbol, nos dedicábamos a jugar, y nuestras clases se terminaban, generalmente, habiéndome ganado mi padre hasta el último céntimo del dinero que para mis pequeños gastos me daba puntualmente cada semana. Es posible que no me lo devolviera por simple olvido, mas tampoco es quimérico que el dinero ganado ejerciera sobre él cierto embrujo especial, algo que para mí siempre ha sido incomprensible.

Mi padre era un hombre cenceño, de mediana estatura. Aun vestido del más usado traje de cazador, era muy apuesto; tenía prestancia. Su pelo negro no estaba aún surcado por ningún hilo blanco. Sus ojos color nogal y su rostro abierto, irradiaban mucho temperamento. En la comisura izquierda de su labio inferior había un «antojo» azul, como una equimosis, o como si le hubieran incrustado en el labio un objeto, no mayor que una lenteja. Era costumbre en él morderse aquella parte del labio cada vez que pensaba reconcentradamente, sobre todo al jugar a las cartas.

En mi vida, una sola vez me pegó una paliza, y aun en aquella ocasión lo hizo porque, con la desconsideración de un niño, había faltado yo al respeto a mi madre.

Las relaciones que mediaban entre ellos dos quedaron para mí en un misterio eterno. Es verdad que alguna vez vi llorar a mi madre en secreto. Ante nosotros, los hijos, nunca debatían los asuntos importantes de su vida.

Serían las cinco y media cuando desembocamos en el brazo muerto del río y mi padre se separó de mí. El sol se levantaba sobre el horizonte; nunca había visto mañana de septiembre tan hermosa. Al pie de los sauces, el agua se arremolinaba, con un color verde oscuro, silenciosamente. De vez en cuando, paralela a la orilla, pasaba volando un aguzanieves, haciendo brillar sus alas azul turquí.

Había algo en el aire, en la misteriosa tonalidad de la madrugada que me prometía buena presa. Al remar hacia dentro, una mariposa con los colores de un pensamiento seguía mi barca, y no quería separarse de mí.

Cerca de la orilla opuesta, donde el agua casi se remansaba, de correr tan lenta, puse en el anzuelo un pececillo de aletas encamadas, que se debatía vivamente. Tuve buen cuidado de no hacerle mucho daño, para que permaneciera vivo en el agua profunda durante largo rato.

Esperaba a la punta de mi anzuelo una perca o un sollo. Habría podido pasar un cuarto de hora en aquel esplendor tan silencioso, cuando de repente el rojo flotador de mi sedal se movió. Su primer movimiento no lo tomé aún en serio, pues ocurre a menudo que el cebo vivo moviliza todas sus fuerzas e inesperadamente procura liberarse.

Sin embargo, esta vez el flotador se sumergió en el agua dos o tres dedos, volvió a surgir a la superficie y a desaparecer de nuevo.

¡Ladina perca!

Son las percas viejas y astutas las que primero toman en su boca el cebo con tierna precaución, después de haberle dado vueltas cautelosamente. Se lo llevan a una corta distancia, y si aún entonces no notan nada sospechoso, se deciden por fin a sumergirse en la hondura, disponiéndolo en su boca hacia la garganta, para poder tragárselo.

Todo esto, el pescador puede saberlo por los movimientos del flotador y del sedal.

De repente, el sedal se va corriendo rápidamente del tambor y zumbando; debe tratarse de un pez gordo. El anzuelo le habrá herido en la boca, ha notado que hay peligro y ahora procura huir con el mortífero hierro en la garganta, perdiendo la cabeza. El largo bambú se dobla en semicírculo a la tracción de tan fuertes sacudidas; esa fuerza invisible y extraña que tiene el sedal llena al pescador de una emoción indescriptible. Las sacudidas ceden, emanando de la lucha mortal, del pez al sedal tendido, del sedal a la caña que se dobla, de la caña al brazo el pescador y de su brazo a su corazón, ese placer viejo miles y miles de años que nos hace exclamar, aunque se esté solo: «¡Lo tengo! ¡Ya está!»... Y trabajan los ojos, el cerebro, las manos, todas las fibras de los nervios para no soltarlo, para no perder pesca tan grande como raras veces se deja coger en el anzuelo.

Ya me duelen el brazo y la ingle; por fin, tras un buen cuarto de hora de lucha,

acabo por izar a la barca un formidable... ¡sollo!

Porque también esto forma parte integrante de la pesca deportiva: que cuando uno sepa ya a ciencia cierta que tiene en la punta de su anzuelo una perca, en el último instante, inesperadamente, se transforma en un sollo.

Da unos tremendos coletazos, lanzándome el agua acumulada en el fondo de la barca a la cara y a la ropa. ¡Pero a quién le preocuparían ahora tales bagatelas! ¡Caramba, qué bicho más grande! Medirá metro y medio de largo; en cuanto a mí, en mi vida he visto sollo tan grande, aunque los libros de pesca con caña escribían que en nuestras aguas alcanza excepcionalmente hasta dos metros.

El sollo más grande que se haya pescado hasta la fecha pesaba treinta y cinco kilos.

Éste pesará por lo menos veinte. ¡Ay!, qué cara más antipática tiene. Abre la boca y parpadea.

Dirigí rápidamente mi barca a la orilla, salté a tierra, subí corriendo a una colina y, formando trompa con ambas manos, llamé hacia los cuatro puntos cardinales:

—¡Padre!... ¡Padre!... ¡Padre!...

Sentí la imperiosa necesidad de comunicarle inmediatamente tan magno acontecimiento. Pero no obtenía respuesta de ningún lado. Mis gritos sólo ahuyentaron una gran águila que levantó el vuelo de un campo lejano y desapareció hacia el bosque con majestuoso y lento aleteo.

Después de tamaño botín, no podía continuar la pesca. Puse mis manos bajo la nuca y me extendí sobre la hierba. Silbaba y contemplaba el radiante cielo de aquel septiembre cálido y azul. No resistía, sin embargo, el deseo de volver una y otra vez a la barca, para regocijarme con la vista de tan magnífica presa.

¡Dios mío, qué bueno es vivir! ¡Y cuan maravillosamente hermoso es el otoño en Hungría! El rumor autumnal de los ramajes y hierbas. El color, el aroma y los suaves estremecimientos del aire.

No pude resistir la sed y bajé hasta la cabaña del vigilante de los maizales para pedirle agua. Y, sin duda, también para poder explicarle a alguien mi éxito de pescador, como fuese que mi padre tardaba en llegar.

El viejo vigilante no estaba en su choza. No obstante, bajo los trapos —para que no se calentara— encontré el cántaro esmaltado. Después de frotar, con el gesto habitual del dedo pulgar, el pico del cántaro, lo llevé a mi boca y me puse a beber. Bebí largo rato, hasta que me dolió el cuello. Aquella buena agua fresca parecía crujir en mi garganta al ingurgitarla.

No hay licor en el mundo que le siente a uno como el agua del cántaro al sediento...

Hacia mediodía llegó mi padre.

—¿Has cogido algo? —preguntó en su tono habitual.

—Un miserable pececillo, nada más.

—A ver.

Mi padre soltó un silbido de admiración tan largo como se lo permitiera el contenido de la caja torácica. Tuve que explicarle dos veces, con todo detalle, la historia de la pesca prodigiosa.

Mi padre no había matado más que una perdiz, mas aun ésta no la había cobrado.

El sol declinaba ya sobre el horizonte cuando nos pusimos en camino hacia casa. Alternábamos cada cuarto de hora en conducir nuestro fardo, que llevábamos al hombro. A los campesinos que íbamos encontrando en nuestro camino teníamos que contarles con minuciosos detalles cómo fue la feliz presa. Desde luego, yo lo narraba con gusto, pues nunca se cansa uno de contar tal clase de gestas. Al final nos cansamos tanto de llevar tan gigantesco pescado, que en una de las granjas contratamos un hombre para que nos lo transportara a casa.

Ya había oscurecido por completo cuando llegamos. Desde lejos vimos brillar el hogar abierto de la cocina de verano al aire libre, y sobre el resplandor rojizo del mismo, la silueta de mi madre. Sus gafas espejeaban a la lumbre de las llamas. Nos gritó, impaciente:

—¡Alabado sea Dios que acabáis por llegar! La cena se está quemando ya.

No me quedé contento con la relativa admiración que mi madre testimoniara a mi pesca tan brillante.

El sollo de veinte kilos no pesaba en la balanza más que doce, y, en vez de metro y medio, sólo medía noventa y seis centímetros. Esto hizo decaer considerablemente mi humor. (Se tiene la tendencia inconsciente de asignar doble importancia a las propias gestas).

Entramos en la casa. A la luz de la lámpara de petróleo, mi hermana Rózsa estaba sentada en el diván. Gyula, a su lado, ataviado con su uniforme de empleado de ferrocarriles, que acababa de estrenar, tenía una mano de ella entre las suyas. Hacía dos semanas que eran novios oficiales.

¡Eran tan guapos, tan simpáticos ambos! ¡Y sus ojos brillaban tan extrañamente!

Yo apenas esperé que acabáramos de cenar. Aquella misma noche tenía mi primera cita con Eszti^[12] Diósi, la hija del mecánico jefe, en el seto de nuestro jardín.

Tenía yo a la sazón diecinueve años, y era estudiante del segundo curso de Derecho.

Capítulo 4

HAY en la vida ciertos instantes que sería imposible olvidar, instantes que se enganchan en la carne y los nervios de uno cual minúsculas agujas, y se hunden tan profundamente en nuestra memoria, que ni el tiempo logra hacerlos desvanecerse.

Son instantes silenciosos y modestos, pues tan sólo éstos logran penetrarnos tan hondamente. Los momentos sensacionales y ruidosos de nuestra vida, solemos evocarlos con demasiada frecuencia, coloreándolos y retocándolos de nuevo en cada ocasión; de esta manera desmayan poco a poco y agonizan lentamente en medio del humo de los cigarrillos que flota sobre las mesas de las tertulias. No son eternos más que aquellos instantes desnudos; se esconden, púdicos, en lo hondo del corazón y llevan allí su vida solitaria.

También en mí tiembla aún el recuerdo de un instante de esta clase.

El instante cuando vi a mi madre sentada en el umbral de nuestro viejo caserón. Justamente el de la puerta que daba acceso a la galería.

¿Recordaría aún todos los recovecos, todos los muebles de nuestra antigua casa? Al cerrar los ojos ahora, aquí, en la isla de Oahú, ¿sería aún capaz de mirar sin pestañear en la luz de petróleo de aquellos aposentos, contemplar las cortinas iluminadas por el sol, o la penumbra de las tardes de otoño? ¿Conseguiría evocar aún el lugar que ocupaba tal mesa o tal armario?

Las habitaciones van cayendo en la oscuridad; cierta penumbra como de anochecer está ahogando en ellas la claridad de antaño. Pero en ese rincón, allí en el comedor... ¿qué había allí? Ya no lo sé, ya no lo veo. Traedme una lámpara; aquí hace falta una lámpara, encended la luz... pero en vano brilla, en vano penetra por la ventana el sol: en ese rincón del comedor voy tanteando completamente ciego.

Los perfiles y las formas de tal o cual mueble se volatilizan de mi alma, como el murciélago escapa del techo, desapareciendo en la parda noche, sin voces ni ruidos.

Nuestra casa estaba construida en forma de una L. En la pata más corta de la L, estaba la galería, y en la más larga, una ventana abierta; ambas daban al patio. Al entrar en el interior de la casa nos recibía aquella amplia galería, pues, en aquellas moradas a la antigua usanza, el recibidor era algo desconocido.

La blanca pared enjalbegada del pasillo estaba llena de trofeos de caza. De niño, había creído buenamente que las astas de los gamos no eran más que ramas de árboles talladas cuidadosamente, puntiagudas en sus extremos. Encontraba naturalísimo que mi padre las colgase en la pared, pues, en aquella edad, también yo atribuía gran valor a alguna que otra hoja seca y rojiza de árbol, o a una piedrecita muy redonda, conservándolos durante mucho tiempo. Aún guardo una de tales hojas color ocre. Y poseo todavía otra hoja seca, una gran hoja de olmo a la que había

golpeado suavemente con un cepillo hasta que no quedaron más que los nervios. Esas líneas que se hacen más finas, cuanto más se alejan del centro, eran la más viva demostración, en su forma de blonda verde pálido, de cuánta invención, cuánta previsión y cuánto cuidado del Señor hay ocultos en el diseño de una hoja de árbol tan sencilla. (Jene, que posee mucha sensibilidad para tales diminutos recuerdos, guarda aquellas dos hojas secas en su libro de oraciones, como si reclamase su parte en los años de mi infancia y de mi adolescencia, de mi vida en Hungría, que no es para ella menos oscura ni menos misteriosa que la infancia de nuestro Pilato en las selvas vírgenes de Niihau).

Tantas astas de gamo difundían en aquella galería la tonalidad de los bosques otoñales despojados de sus verduras. Inmediatamente junto a la entrada, cubría la pared una percha pintada de blanco sobre un fondo de verde paño. En ella, colgaba siempre la vieja cazadora de cuero de mi padre y su sombrero de cazador lavado por las lluvias, en cuya cinta manchada de grasa había tres diminutas plumas de codorniz. Y en el rincón había también un viejo paragüero, con una docena de bastones, los cuales tenían todos nombre propio: bastón de ciudad, bastón de establo, bastón para las parcelas de melón, bastón de raíces, bastón de estoque que, según a qué clase de paseos, solía llevar consigo mi padre. El puño de varios de ellos fue pulimentado brillantemente por la mano de mi abuelo.

Tres puertas abrían a aquella galería, y sobre cada una campeaba un animal disecado. Encima de la primera, un lince, que parecía dolorido de todas sus muelas, pues tenía ambas mejillas hinchadas por el exceso de crin que el artista disecador había puesto dentro. Este lince de la cara hinchada estaba en acecho sobre la rama de un árbol, enderezadas sus orejas cubiertas de pelo, y recibía a las visitas enseñando los dientes de manera muy poco hospitalaria. Mi padre estaba orgullosísimo de él, y a cada nuevo amigo que visitaba la casa tenía que explicarle cómo lo había cazado, sin olvidar hacer observar el detalle de que había disecado aquel bicho con sus propias manos, pues, en secreto, se vanagloriaba mucho de ese arte. Mi madre, en cambio, enviaba para sus adentros aquella bestia, que amenazaba con sus dientes a cuantos entraban, al abismo más profundo del infierno.

Sobre la segunda puerta, extendía sus alas un enorme milano, mientras que para la tercera sólo quedaba una pobre ardilla, cada día más calva, carcomida como estaba por las polillas.

Colgaban en las paredes unos cuadros: unas reproducciones descoloridas. La primera representaba al príncipe Arpad, el conquistador de Hungría, en el preciso momento en que los cabecillas de las siete tribus húngaras lo elevan sobre el pavés, eligiéndole jefe de todos. En las otras dos, unos jinetes de levita roja perseguían al zorro.

Las ventanas estaban cubiertas por unas cortinas de tela; pero sus cordones no funcionaban desde tiempo inmemorial. Esas ventanas daban a Poniente, y en invierno, al desaparecer definitivamente el disco purpúreo del sol, la galería se

llenaba a menudo de una luz roja dorada. Sobre los marcos de los cuadros, sobre los picaportes, difundíase una luz maravillosa. También las puntas de las astas de gamo ardían en la misma luz.

La iluminación de alguna que otra de aquellas invernales puestas de sol, me llenaba siempre de sensaciones raras y de felicidad.

La primera habitación no tenía más que una ventana. La llamábamos el «despacho», pues padre tenía allí su escritorio, su caja de caudales y su estantería de libros. En este cuarto solía negociar diariamente mi padre con el señor Weisz, al que aún veo con su corta cazadora, su larga pipa, su rostro sembrado de pecas y su rojo bigote. Con el personal de servicio y otra gente de clase aldeana, los importantes conciliábulos se celebraban en la amplia veranda abierta, pues de otro modo hubieran dejado olor de mal tabaco y manchas de barro en el interior. Allí se desarrollaban los interminables regateos sobre arrendamientos, compras y ventas de tierra, y allí tronaban las terribles reprimendas, cada vez que se quedaba cojo un caballo, o faltaba una oveja del redil.

En el despacho, la estantería no gemía mucho bajo el peso de los libros. En la fila de abajo estaba la gran «Enciclopedia Universal», pero no tenemos más que los diez primeros tomos; sin duda la paciencia de mi padre por los pagos a plazos se agotó después del tomo «Hércules-Kepis». Tales cosas no quedan sin castigo, desde luego. Así, mi padre, cada vez que buscaba alguna voz en la enciclopedia, podía estar seguro de que la palabra deseada se encontraba en los tomos que nos faltaban. Hasta en mi mente dejó huellas profundas aquella enciclopedia trancada, pues, como desde mi más tierna infancia me gustaba enormemente hojear los libros, puede considerarse perfecta mi cultura general... hasta la palabra «*kepis*». En cambio, a partir de la letra *K*, iniciase en ella una oscuridad aterradora.

La literatura estaba representada en aquella biblioteca por las Obras Completas de János Arany, en doce tomos; aquella famosa edición jubilar de lujo. Y al correr los años, se habían amontonado los numerosos álbumes de gran tamaño que los diarios regalaban a sus suscriptores.

Junto a la estufa pendía la panoplia, donde colgaban las dos escopetas de mi padre, su morral, su canana y la correa para las piezas cobradas. En medio del cuarto había una mesa redonda, cubierta con un tapete trabajado a ganchillo y con mallas como una red, bueno tan sólo para ocasionar catástrofes, pues al pasar cerca de la mesa y engancharse los botones de la americana en el tapete, podía uno arrastrar consigo fácilmente cuanto hubiese encima. Asistí muy a menudo a tales catástrofes, mas no por eso se le había ocurrido a mi padre condenar a muerte el tapete, pues era obra de mi madre con motivo de uno de los aniversarios de su matrimonio. Muchas veces he podido observar que, en los caserones familiares, la gente sufre pacientemente hasta el fin de sus días objetos semejantes, cuya existencia se debe a un rasgo de cariño. Cerca de la pared había un diván color tabaco; mas era imposible sentarse en él, pues desde hacía mucho tiempo le servía a mi padre de archivo para

sus papeles. Sólo se quitaban una vez al año, el día de su santo, porque allí tocaban los músicos zíngaros, generalmente hasta la mañana siguiente.

Las paredes eran tan gruesas que entre las dobles puertas se había constituido casi un cuartucho especial, donde se colgaban los cepilleros, los portaperiódicos y unos acericos.

La segunda habitación era el comedor. Las tres ventanas de esta habitación, muy espaciosa, estaban adornadas con unos gruesos cortinones. Allí tenía también su puesto el antiguo piano de cola, cuya única finalidad estribaba en ocupar mucho sitio y dificultar el tránsito, pues ningún miembro de nuestra familia sabía tocar aquel instrumento. Desde luego, en aquel piano, hacerlo hubiera sido imposible. Las teclas enteras y que producían sonido que habían quedado en él, habíalas yo estropeado todas cuando era niño. Invertí tiempo y cuidado infinitos en este trabajo, como si me pagasen por él. Aunque, en realidad, tuviera rigurosamente prohibido acercarme al piano.

La tercera habitación era el dormitorio, con dos camas juntas, de estilo alemán, y con tal número de armarios, que era imposible moverse entre ellos. El otro cuarto, muy pequeño, estaba ocupado por Rózsa, pero al mismo tiempo estaba considerado como lugar de labor para las mujeres, pues contenía también la máquina de coser; trabajaba en él la costurera, y durante toda la vida resultó imposible ventilarlo de manera que se le quitara el rancio olor de los hilos de coser.

Por la veranda abierta se llegaba, sucesivamente, a la despensa, a la cocina, a mi cuarto, a la despensa de las manzanas y, por fin, a la escalera del granero.

La casa tenía un viejo tejado, ennegrecido por el tiempo y el humo de la chimenea que protegía las paredes bajas y macizas y las diminutas ventanas, como las alas de una gallina clueca. El alumbrado lo proporcionaban unas lámparas de petróleo, y el calor, en el invierno, unas antiguas estufas de barro.

Si pienso que en toda aquella morada no había un solo cuarto de baño, apenas logro concebirlo desde la perspectiva americana en la que vivo hoy. ¡Y que las camas de las criadas estuvieran en la misma cocina!

En cuanto al baño, la familia cumplía con su rito en una antigua bañera de madera. Sólo nos bañábamos una vez a la semana, los sábados por la noche.

Volver a recordar todo esto desde una distancia geográfica y anímica inmensa, después de diez años pasados lejos de mi tierra, me representa ahora mi infancia y mi adolescencia como pasadas en algún tiempo prehistórico de leyenda. Y será tal vez por esta misma razón que doy tanta importancia al pasado: ambiente de cuentos de hadas, sombras fugaces, tonalidades del alma, por haber sido todo, todo, tan diferente, tan fundamentalmente diferente de mi vida de hoy...

Las seis de la madrugada. Estamos en otoño: noviembre. Fuera, apenas apunta el día. El tío Sámi está barriendo el patio. Su escoba de retama produce un ruido agudo

y frío en el suelo helado. No he podido dormir en toda la noche, y ahora acabo de levantarme para poder conversar por última vez con mi padre.

Mi padre yace en el despacho. Han sacado de la pequeña habitación todos los muebles, las paredes están tapizadas de paño negro y en medio se levanta el catafalco.

Penetro en la capilla ardiente helada, me detengo y contemplo a padre. El catafalco está dispuesto de tal manera, que la fina luz que entra tamizada por la ventana ilumina el rostro del muerto. Su frente aparece ahora más convexa, y en sus cabellos alisados hacia atrás brillan unos hilos de plata que antes nunca había notado. Afuera, las nubes del alba otoñal corren en sentido contrario, y esto provoca en mí la ilusión de que, bajo mis pies, el suelo se hubiera puesto en movimiento y toda la habitación tapizada de negro avanzara conmigo y con padre hacia rumbo desconocido, hacia alguna misteriosa eternidad, de cuyo secreto me siento tan cerca en estos momentos.

Contemplo la cara de padre, miro sus rasgos extraños y embellecidos por la muerte, el «antojo» azul en su labio inferior, y no hay en mí ni el más mínimo dolor, el más leve miedo. Me parece sencillo y majestuoso ese viaje sin atropellos, liso y silencioso, cuya ilusión llega a ser completa por las nubes que pasan despacio más allá de la ventana.

En efecto, padre está flotando ya hacia lo Infinito, y yo le acompaño en este viaje suyo durante largo trecho. Casi me siento incorpóreo, mientras estoy de pie junto a su cuerpo, tras las noches pasadas en vela y con los nervios agotados. Siento algo de vértigo, que es hasta agradable, y cierro un poquitín los ojos; así podré acompañar más lejos a padre en ese viaje tenebroso y mudo en el que flota con una admirable quietud y seguridad hacia su meta eterna. El viaje pasa por encima de las cosas, los objetos, los pensamientos, y no existe obstáculo ni fuerza que pudiera detenerle en su camino.

Del patio me llega el mido producido por la escoba; ¡qué extraño que padre ya no oiga este mido! Es el único sonido que significa para mí que aún vivo y que tengo algo que ver con esa tierra de la que el autor de mis días va alejándose, recorriendo distancias astrales.

Oigo el mido de la escoba, pero él ya no lo oye. Yo, en cambio, no oigo las voces de las gigantescas y mudas nubes que le están envolviendo, bulliciosas y sonoras. Soy incapaz de oír su música y no veo los cuadros que para sus ojos cerrados se abren en medio de ellas. En aquellas nubes pasan para él toda la vida y cada uno de los instantes de los cincuenta y tres años de su existencia. Pensamientos que nunca comunicara a nadie en su vida. Secretos que ocultara hasta a madre. Ahora atraviesa aquellos nubarrones, cual un avión negro y mudo, para dejar muy lejos tras de sí los sonidos tenantes, los relámpagos, los aguaceros, las luces de la vida, atravesándolos sin cuerpo y desapareciendo en el silencio y oscuridad eternos.

Mas en todo esto nada hay misterioso ni sorprendente. No hay en ello nada

inquietante tampoco, pues el rostro del difunto lo explica todo. Ahora que el tío Sámi se ha marchado ya del patio y los ruidos de *staccato* de su escoba han enmudecido, viene irradiando de allí un silencio profundo. Y en medio de tan profundo silencio, veo cómo la faz de padre se pone a hablar no en voz humana, no como cuando me explicaba las reglas de juego del *calabrias* o del *whist*, y en sus pupilas parecían reflejarse, girar y reverberar los naipes polícromos.

Esta vez hasta sus palabras son palabras muertas, palabras con los párpados cerrados, que vienen filtrándose por sus pestañas abatidas cual la luz de la vela por la rendija de una puerta. Estas palabras son ingravidas, no tienen acento. Allí dentro hay una gran claridad, y tal vez no sea dado más que a mí que me toquen algunos rayitos de tan magna luz interior, al verme de pie aquí, junto al féretro, con los ojos enrojecidos por el insomnio, y clavando rígidamente mi mirada en el rostro de padre. Y son tan sencillas y espontáneas esas palabras que penetran sin dificultad en mi corazón.

«Mira, hijo mío —me dice mi padre—, también mi vida fue una serie de tropezones y chascos. Yacen en torno mío un sinnúmero de pensamientos huecos e inútiles, pero esto no te debe molestar nada, si más tarde te das cuenta de su inutilidad. No te dejes desanimar por la falta de éxito, pues no es el éxito lo que importa, nunca, sino el camino que emprendes hacia él. No busques la causa última de las cosas, su arcano, pues ello es desolador y sombrío. Es la luz de las cosas pequeñas la que ilumina y da calor a la vida. Una palabra tímida de amor, una antigua mirada de tu madre, el contacto de la manita de Rózsa, cuando se agarró por primera vez a mis bigotes, tu primera letra /, cuando te enseñaba a escribir, un injerto logrado en el peral del jardín, el relámpago de un tiro de maestro sobre un pato silvestre, un quinto de ases de bastos en mi mano... Son éstas las cosas que deben alegrarte, hijo mío, y déjate de medir la vida, para saber si será o no más larga o más corta de diez a veinte años, pues esto no es nada comparado con el tiempo enorme durante el cual no estuviste y volverás a no estar en la tierra. No intentes romper el cerco en que te ha sido mandado vivir; ya ves, a mí me es ahora tan bueno y consolador el saber que los prados y campos, los bosques y cañaverales, los maizales y los senderos que tantas veces he recorrido, continuarán ahora todos, todos estando juntos a mí. Siéntate siempre a la mesa de juego, que es la vida, con la absoluta seguridad de que vas a ganar; que las fuerzas secretas del azar sólo dependen de ti; que eres capaz de dirigirlos, pues si pierdes esta fe, los contratiempos se abalanzarán sobre ti y te aplastarán. Considera siempre la fortuna como una criada tuya, aun cuando sepas que ella no es más que una ilusión».

Hubo un instante de silencio, y luego pareció continuar, con otras palabras más cálidas y más suaves:

«Hijo, hijo mío, mi único hijo: Siempre has sido obediente y dócil; en tus ojos miopes hay una luz que revela la existencia en ti de una intensa vida interior; en tus gafas espejeaba ya en tus tiempos de colegial la prudencia de los adultos... Yo te

confieso ahora que, entre los dos, fuiste tú el adulto, y no yo, con mis noches de juego y mis aventuras ligeras de calavera; cuando me veía asaltado también yo a menudo por el remordimiento y por la angustia sobre el porvenir, siempre solía decirme: “Es igual, es absolutamente igual; no hay mal alguno en esto”, pues allí estabas tú, y tú cumplirías por mí... En una palabra, sólo te quiero decir, hijo, que no abandones nunca, nunca, jamás, a tu madre...».

Pero aquí ya no pudo continuar mi padre nuestra muda conversación, pues de repente desperté a la realidad. Súbitamente cesó en tomo mío el raro embrujo de tan solitario encuentro, mis hombros se estremecieron convulsos, y de mi garganta surgieron los sonidos cortos y cómicos del llanto. Me hiqué de rodillas y lloré con grandes sollozos y gemidos.

Entró Rózsa, se arrodilló junto a mí, me abrazó y lloró también, imitando casi el tono de mi llanto.

Poco a poco nos sosegamos, pues en el pasillo iban congregándose unos hombres enlevitados: los amigos de mi padre, que venían a despedirle.

Y resultó incomprensible para mí la voz de alguien, susurrante, pero a pesar de todo horriblemente sobria y prosaica que se dirigía a otro:

«Limpiémonos bien los zapatos, no sea que metamos barro dentro...».

Yo había heredado los ojos de mi madre. También ella es corta de vista y también lleva lentes, cuyo hilo plateado se escondía tras sus orejas bajo el pelo canoso aplastado, pues mi madre empezó a encanecer ya a los cuarenta años.

Raras veces vi a mi madre sin gafas. Cuando a veces se quitaba los anteojos, su cara quedaba completamente transformada. Desde luego, sin que le favoreciese, y seguramente lo sabía, pues procuraba no mostrarse nunca ante nosotros sin ellos.

Aquellos lentes, durante varios días después del entierro, miraron ante sí vacíos, como si ni siquiera hubiese tras de ellos una mirada viva.

Las fiestas de Navidad, aun las pasamos en la vieja casa, pero ya sabíamos los tres que nuestros días entre las paredes solariegas estaban contados. Entonces comprendimos que lo acabábamos de perder todo, pues nuestra fortuna —lo que nosotros creíamos una fortuna—, mi padre había conseguido conservarla artificiosamente, gracias a la violencia sugestiva e imperativa de su personalidad, y a aquellos pequeños secretos que poseía de todos sus amigos, y que a lo mejor no eran más que menudencias sin importancia: un error juvenil, alguna aventurilla amorosa, pero lo suficiente para que le proporcionaran un nuevo plazo al vencimiento de una letra, sin otra garantía que su optimismo. Mi padre no había contado con que, al morir él, sus amigos quedarían emancipados del encanto y embrujo de su personalidad y temperamento, y que si sus gritos, sus golpecitos en la espalda («Pero, mi querido Pepito, ¡no vas a hacer esto conmigo!»), o sus deslumbrantes proyectos económicos («El año que viene, una granja avícola; exportación de perros de raza a Alemania;

mejoramiento del secano; un césped tan alto que me llegue a las rodillas; sesenta nuevas reses para el matadero...») llegaban a desarmar con suma facilidad, obligando al acreedor a retirarse, se transformarían en otros tantos problemas insolubles ante la mirada vacía de los anteojos de mi madre, y que en nuestras almas se asentarían las cuitas, tan negras como los cuervos, allí fuera, en las ramas desnudas de los árboles.

Hacia la Epifanía sería cuando el camión de la empresa de transportes venido de la ciudad se detuvo en nuestro patio.

Y aquella mañana, empezó otro nuevo entierro: el de nuestro caserón.

Las sucias botas de caña de unos hombres desconocidos pisaron nuestro suelo; levantaron camas y armarios, desalojaron de sus sitios respectivos de siempre los muebles, borrarón y se llevaron las fisonomías de las habitaciones; quitaron un espejo (y esto fue como si arrancasen el ojo del cuarto, como si lo hubiesen cegado). Los muebles, amontonados en el pasillo, eran como los miembros disecados y esparcidos desordenadamente de un cadáver. El lince, con su hocico rollizo, yacía bajo una mesa, patas arriba.

Y cuando ya todo estaba cargado en el camión, y llegó el instante en que también nosotros debíamos ponernos en marcha, entonces mi madre se sentó en el umbral, como si se hubiera querido morir.

Fue preciso arrancarla de aquel umbral cogiéndola de los brazos.

Capítulo 5

LA primavera siguiente, después de la muerte de mi padre, me hallaba en las calles en Pest, si mal no recuerdo, en la plaza de Berlín, aunque no estoy completamente seguro. Me veo en aquella isla para peatones, de cemento y forma elíptica, que sirve a los que esperan su tranvía, y que parece como una balsa inmóvil en medio de los torbellinos del tráfico callejero.

Serían las dos de la tarde. Era el mes de mayo, y el cielo brillaba muy azul por entre los espesos nubarrones cargados de lluvia.

No me proponía ir a ningún sitio. Llegaban y se iban uno tras otro los tranvías. Yo permanecía allí con las pupilas fijas, perdida la mirada en el aire. Los cristales de mis lentes estaban cubiertos por un ligero vaho, pero yo no me sentía ni con ánimo para quitármelos y limpiarlos. Seguía allí, con aquel velo ante mi mirada rígida. También ante mis pensamientos se extendía una mirada análoga.

Y en mi corazón abríanse los abismos del miedo, aquellas honduras sombrías, frías e infinitas en las que caen de repente la conciencia y los recuerdos de uno, abismándose cada vez más.

Ya había experimentado yo una vez idéntica sensación. Tenía quince años; estaba pescando y quise atar la barca a la rama inclinada de un sauce. De repente, la rama se escapó de mi mano, dio la barca un bandazo, y mi remo, junto con mi chaqueta cayeron al agua. La corriente de aquel brazo de río, aunque lenta, era suficiente para arrastrar la embarcación en pocos minutos hacia el lecho principal, cuyos torbellinos tenían una fuerza irresistible. Me di cuenta de que estaba en peligro. De momento me aguantaba sobre un perezoso remolino que, benigno, dio una vuelta casi cariñosa a la barca y, susurrándome como unas palabras de despedida con sus aguas, la dejó deslizarse más allá.

Sentía crecer el peligro con cada instante que pasaba. Ya estaba dentro, en la comente principal del río, que parecía tan infinito como el propio mar. El miedo confundía ante mis ojos las orillas que ya de por sí estaban muy lejos. Y se sucedían uno tras otro los torbellinos, dando empujones cada vez más brutales a mi frágil embarcación. A cada bandazo entraba más agua y más agua en la barca. Como si la barca huyera, sintiendo también ella el peligro, cuando en realidad sólo era que la corriente, más veloz, la arrastraba con indomable energía.

Sabía yo perfectamente que este viaje no podía continuar mucho rato sin escollos, pues pasado el embarcadero del vapor, había unos torbellinos mucho más violentos.

Me puse a dar gritos. Más allá de la orilla, en la cima de una colina, había un hombre segando heno. Oyó mis voces, se volvió a mirarme y me siguió largo rato con la vista, pero sin moverse para venir en mi auxilio. Debía de ser un sujeto impasible y amargado, pues me volvió la espalda y continuó su faena. El tiempo que hubiese perdido no valía para él una vida humana. O acaso no se había dado cuenta del

peligro que corría mi barca y mi vida.

Por la carretera pasaba con intenso traqueteo un camión, pero tan lejos, que no parecía mayor que el carrito de un niño. Lo conocí: era el que transportaba la leche del latifundio de nuestra región. Grité, pero, debido al ruido del motor, el chófer no pudo oírme. Poco después, desapareció en una gran nube de polvo.

Ahora, en la otra orilla, pasaba un vaquero. Me vio, oyó mis gritos y, efectivamente, dio media vuelta y echó a correr hacia el embarcadero, para llevarme socorro. Pero apenas se alejaba, sus vacas se dispersaban inmediatamente. Tenía que volver a juntarlas otra vez. Éste quería ayudarme, pero no podía. Le hubiera costado un disgusto dejar dispersarse su ganado.

Entretanto, la corriente continuaba arrastrándome. Oía en torno mío el fragor de la fuerte corriente de aquellas profundas aguas pardas; en el fondo de mi barca, aumentaba el agua y ya estaba muy cerca del lugar en que se iniciaban los vórtices más peligrosos. Yo era buen nadador, pero sabía muy bien que ningún brazo humano podía luchar con buen éxito contra la impetuosa fuerza de aquellas aguas.

Ya estaba ronco y tenía seca la garganta de tanto gritar. Empezaban a abandonarme mis fuerzas, cuando vi surgir ante mí un vapor, un diminuto vapor fluvial que se dirigía hacia el embarcadero.

Me fue imposible evitar los torbellinos; pasé sin daño por dos, pero el tercero levantó la barca en el aire, casi verticalmente, y caí al agua. Por suerte, en aquel momento ya estaba muy cerca del vapor. Me echaron un salvavidas y me izaron a bordo. Aun hoy ignoro cómo se llamaba el barco, tal fue la emoción de aquellas horas. Me tendieron en una silla extensible. Yo jadeaba tan fuerte, que mis pulmones estaban a punto de ser arrancados de su sitio.

Los pasajeros se reunieron en torno mío, mirándome con hostilidad. Un señor de edad que llevaba colgados de su cuello unos gemelos de su estuche de cuero amarillo estaba pálido de cólera y me apostrofó:

«Hubiera merecido ahogarse... ¿No puede ir por otro sitio, si es que tiene ganas de pasearse en barca?».

Fue en aquella ocasión cuando me di cuenta por primera vez de que la sociedad no tiene simpatías para la gente caída en una situación difícil. Y, aun cuando la socorra, la detesta y se enoja con ella.

Estaba salvado, mas aquellos instantes en que hasta el vaquero desapareciera ante mis ojos y aún no había percibido el vapor, aquellos instantes de desesperación penetraron tan hondamente en mi corazón, que en toda mi vida dejaré de ver aquellas orillas desnudas y borrosas, ni de oír el fragor extraño y amenazador de las ondas que se enlazaban pardas y enormes.

Ahora, al encontrarme en medio de la plaza de Berlín, volvía a experimentar la misma sensación penosísima. Como si aquella almadía de piedra me arrastrase en medio de amenazadoras olas hacia peligrosos vórtices. La corriente se llevaba con fuerza irresistible aquella balsa de piedra: la isla de peatones. La orilla estaba

representada por la calle Sas, las oficinas de la Cooperación; el director, señor Sulyok, me lo imaginaba como si fuera aquel segador de la colina de marras. Le estoy llamando a grandes gritos: «¡Socorro, socorro, señor director! Mi padre se había honrado con la amistad de usted. ¡Por Dios, déme una colocación, la más insignificante colocación!», y él hace como si no me oyera. Me mira, asiente con la cabeza: «Desde luego, desde luego»; pero mis palabras, mi mirada, mi voz que se ahoga no le llegan ni a flor de piel; acepta mi tono, habla en voz tan baja como yo, para demostrarme cuánta compasión me tiene; pero, en aquel instante se ha puesto a sonar el timbre del teléfono, y grita en el aparato con voz alegre y enérgica: «¡Hola, Paquito!... Sí, lo recibí... ¿No queréis cenar en casa mañana?». Entretanto, suelta una carcajada muy satisfecha, cuelga el auricular, se vuelve de nuevo hacia mí, adopta otra vez una actitud de desánimo y pone sordina a su voz; pero yo me doy cuenta de que sus pensamientos están lejos de mi asunto: «Perdone —dice; entra el ordenanza y le da una orden—. Que el señor Bartos no se vaya, aún tengo que hablarle...». Y ha dicho esto interrumpiéndome en el preciso momento, en el instante mismo en que yo empezaba a hablarle de mi madre, de su equilibrio anímico, pues ya hace seis meses que estoy buscando en vano una colocación...

El poderoso director señor Sulyok oye mis gritos de socorro, pero, mientras, no deja de continuar segando en su campo particular, y a mí, sobre esta almadía de piedra, me arrastra la corriente y ya estoy ante la orilla de la avenida de Vac, sentado en la antesala del director general de la fábrica de cables; el director general atraviesa la sala sin dignarse echar una mirada sobre mí, después vuelve a pasar y por fin me manda decir por su secretario que lo siente muchísimo, pero que no tiene tiempo para recibirme, y que tampoco valdrá la pena que vuelva otro día... Y, entretanto, iba escuchando el zumbido de las máquinas de la fábrica de cables, semejante a aquel otro zumbido, el del motor del camión del latifundio que desapareció en una nube de polvo en aquellos críticos momentos... Y la balsa de piedra continúa arrastrándose sobre las aguas de la metrópoli. El abogado doctor Preisz se ocupa de mi asunto. Visitóle cada día en su despacho de la avenida Rákoczi. Ya conozco tan bien esas flores pintadas sobre el biombo de la estufa, como si las hubiera pintado yo mismo, con la labor paciente de interminables años pasados encerrado en la celda de un presidio. Allí suelo pasar largas horas esperando que aparezcan, brillantes, en la puerta entreabierta, los lentes del señor Preisz, que saca sólo la cabeza para decirme: «Desgraciadamente, no hay todavía nada para usted...». Y yo me doy perfecta cuenta de que ni siquiera puede atender a lo que me interesa, no tiene tiempo ni posibilidad de ello, pues le ocupan demasiado sus propios asuntos, su propio ganado —en efecto, es él aquel pastor de vacas que quería ayudarme—, y la almadía de piedra continúa su vertiginoso viaje conmigo, dando vueltas sobre los torbellinos; y ya no queda ninguna esperanza, y ¡no asoma por ningún lado el vaporcito salvador!...

Pero, después de todo, ¿por qué estoy aquí detenido, sobre esta balsa de piedra, en medio de la plaza de Berlín? En realidad, más me valdría volver a casa. He venido a

esta plaza para tomar el tren en la estación del Oeste. Sólo me queda el dinero suficiente para pagarme el billete, ni un céntimo más.

Pero me faltan fuerzas para hacerlo. No las tengo para llegar a mi casa y decirle a mi madre: «Tampoco esta vez hay nada. Ningún resultado...». Después de una estancia de cuatro semanas en Budapest, después de los entusiasmos del principio —a un diputado del Parlamento, que no quería recibirme, le cacé al vuelo en el ascensor—, después de tantas esperanzas nacientes y apagadas otra vez, tras una desmoralización tan absoluta, otra vez nada, ninguna perspectiva. Al permanecer aquí, detenido sobre la almadía de piedra, en medio de la plaza, hundidas las manos en los bolsillos de mi chaqueta —pesan tanto esas manos que casi rompen los bolsillos—, tengo la sensación de que mis puños se hubieran deshecho, no siendo más que heridas, oscuros muñones y sangre, por haberlos destrozado contra las puertas que no consentían abrirse ante mí.

Ayer ya no pude cenar. Y hoy aún no he comido un bocado. Mi abrigo tuve que empeñarlo ya la semana pasada. Mi camisa y mi cuello están ya tan sucios que no puedo dejarme ver entre la gente. En la esquina, un hombre vende roscas a la húngara, y yo siento en mi paladar el sabor de la corteza tostada y salada de las roscas, sensación terrible cuando uno no tiene ni un solo céntimo más que el importe del billete para volver a su casa. A mi madre no volveré a pedirle dinero nunca más, antes prefiero morir, y, aunque se lo pidiese, sería completamente en vano, pues tampoco lo tiene. Voy defendiendo con esfuerzos espasmódicos el importe del billete del tren contra todas las tentaciones, pues si gasto esta última cantidad, se romperá la cuerda de la que estoy suspendido encima del abismo, y me precipitaré en la más negra miseria. Pero con esta cuerda, aún podré trepar hacia arriba, esta pequeña cantidad aún me permitirá volver a mi casa.

De repente, sentí mi cerebro invadido por una diabólica luz... ¡Estaba salvado! Sí, sí, ¡estaba salvado!... Dios mío, tal vez había dependido otra vez sólo de un hilo el que se me ocurriera la idea...

No compraría billete hasta casa, sino que iría a pie desde la penúltima estación. No eran más que catorce kilómetros; si me apresuraba un poco, en dos horas llegaría de allí hasta el pueblo. No, no me desmayaría de hambre en el camino, pues tamaño peligro sólo podría amenazarme en el asfalto poco hospitalario de la capital. En cambio, en mi comarca, conocía todas las granjas, podía entrar en todas las alquerías. Yendo de caza con mi padre, o vagabundeando con él por la región, temamos siempre entrada en todas partes. Aprendí de mi padre a querer al campesino.

Súbitamente tornó a mí toda la energía vital. El sol volvió a tocar mi alma, aquel caos de densos nubarrones. Diluía en mí la idea brillante de que volvería a pasar por los senderos conocidos. No, ni pasaría por la carretera, junto a la posada Krajcar; tomaría el camino vecinal de Sókut, luego doblaría por la izquierda, tan pronto como llegase al abrevadero del ganado: la granja Fellegi, el cortijo Korbácska... Casi oía ya, en los frescos cuartuchos de las casitas campesinas, sobre el suelo de tierra

amasada, el piar de los pollitos amarillos; sentía el olor a chotuno de los interiores, agarrado a los tabiques... Sólo entraría para pedir un vaso de agua; pero la tía Korbácska no me dejaría ir sin ofrecerme un poco de embutido, claro que no; hasta estoy oliscando ya la abundosa rebanada del pan de la aldea, enorme y seco, y veo a la tía Korbácska, con sus gigantescos brazos color de remolacha y sus ojos, especialmente el izquierdo, siempre sanguinolentos, pues un día, al freír salchichas, le saltó un trocito al ojo. Desde entonces, al hablar con las personas, siempre las mira de lado y como de abajo arriba, pues este ojo lisiado le impide ver. Pero su voz, su voz de ganso, muy recia, obliga a uno a quedarse, y es imposible no sonreírse cuando se la oye discurrir, pues sus ideas son ridículamente simples en toda su astucia, e hilarantes por su transparencia cándida. ¡Y qué agradable sería conversar un rato con el tío Fellegi, sentados ante su casita sobre el tronco seco de árbol, y recordar con él a mi padre! Volvería a explicarme de él cosas por mí ignoradas, por ser yo demasiado pequeño en los tiempos en que ocurrieron; pero el tío Fellegi lo sabe todo, pues acostumbró a zarandear en su carro a mi padre durante veinte largos años. Cosas sin importancia, menudencias: que se desprendió una rueda, cuando fueron a la feria del ganado... o que un día, bajo el Kobbl, les cayó encima tal chaparrón que «la pechuga de los caballos empujaba el agua...», o que, en otra ocasión, cerca de la granja de Vedres, desde el pie de un almiar, unos gitanos romanos vagabundos dispararon sobre el carro. Todas estas historietas carecían por completo de importancia, aun cuando el tío Fellegi las exagerase un poquitín con su imaginación; y sin embargo, revivía en ellas mi padre, su juventud, momentos de años ya mucho tiempo ha transcurridos, que el tío Fellegi lograba reanimar como por obra de milagro, al mirar fijamente ante sí, en el humo de su pipa, con los ojos grises azulados inmóviles debajo de sus espesas cejas...

¡Dios mío, cuántas delicias me esperaban en aquel paseo desde la estación hasta mi casa!

Tan larga vuelta no sería pesada lo más mínimo. Coleccionaría plantas. ¿A ver si todavía me acuerdo de los nombres en latín de tantas y tan variadas flores como abundan en nuestra región? ¿Cómo se llama en latín la amapola y la flor del trigo? Me acuerdo aún de la *vicia sativa*, de la *myosotis intermedia*, o sea, el pensamiento, e la *viola tricolor*, que es nuestra violeta; pero ¿cómo se llama el diente de león?... *Euphorbia*, me parece; pero ya no me acuerdo del segundo nombre latino de esta flor, aunque nos lo hiciera empollar con la caña en la mano y a fuerza de golpes aquel bueno de József Király, el profesor, que Dios guarde en todas sus alabanzas.

Ahora era la época del florecimiento de todas esas malas plantas. Cuan agradable sería tomarlas en la mano una a una, palpar sus hojas punzantes o suaves como la seda, y contemplar de cerca, durante largo rato, el delicado dibujo de sus cálices. Y volvería a oír también la alondra, que pulimenta con su diminuto pico y su minúscula lengua siempre los mismos sonidos del cielo de mayo. Y vería los lomos pardos de los grandes almiarres de heno en los campos, cortados exactamente como los panes en

la panadería, y las tablas verdegrises de la arveja —ahora cosechan precisamente los granos a los secadores—; ya volaban bandadas de golondrinas en el alto terraplén del ferrocarril, cubierto completamente de violetas. A lo mejor, pasaría hasta la noche en la granja de los Fellegi; dormiría en la parte baja, en aquel cuartucho que estaba lleno de trigo hasta la ventana, y que en el rincón llegaba hasta el techo, bajando de allí hasta la puerta, cerca de la cual queda contenido por una plancha colocada al efecto, para que no se escapen los preciosos granos. Dormiría sobre el trigo —¿habéis dormido alguna vez sobre el trigo?— y en aquel profundo silencio de la *puszta*^[13] escucharía la carcoma corroer el travesaño, en aquel grandioso silencio cuyo misterio siento de nuevo tan cerca de mi corazón.

¡Qué tonto he sido al no haber pensado antes en esta solución! Desde luego, no tomaré billete hasta casa.

Bajé de la balsa de piedra, me acerqué al vendedor de roscas y le compré tres. Me puse en camino hacia el puente con el ánimo cambiado y alegre. Pasearía por las colinas de Buda, me tendería sobre la hierba, y ya encontraría yacija en alguna parte para aquella noche.

Al cuarto alquilado donde vivía no podía volver, pues la patrona ya lo había vuelto a alquilar aquella mañana a un viajante de provincia. Mis maletas quedaron allí, pues aún debo el alquiler de los últimos quince días.

Comí, caminando, una de las roscas, sacando los pedazos de mi bolsillo, y al llegar fuera de la ciudad, más allá del Monte Szemlő, me eché sobre la hierba y comí la segunda. Guardé la tercera para cenar. Después, bajé para beber en una fuente de hierro que había al pie de un humilladero.

Cerca del Torokvész, estaban construyendo una carretera. Me acerqué para mirar cómo trabajaban. La mayoría de los obreros estaban desnudos hasta la cintura, llevando pantalones harapientos y viejas botas militares muy rotas. Uno vestía un «maillot» negro de baño, y en la cabeza llevaba un sombrero de paja «Girardi» con las alas rotas. Todos tostados por el sol y con unos colores muy rojos y morenos. ¡Y qué buen humor tenían! Conversaban con alegres gritos y se gastaban bromas. Gruñían las ruedas sin engrasar de las carretillas de mano; el capataz gritaba hasta volverse loco; volaba el pico en la mano de los hombres, y la tierra, enviada por las palas, iba amontonándose.

Se me ocurre una idea diabólica. Oculto mis gafas en el bolsillo y me acerco al capataz:

—¿No necesitaría un obrero más?

Me mira de pies a cabeza, pero no contesta. Saca de su bolsillo su reloj de níquel y grita a uno de los hombres que precisamente pasa a su lado:

—¡A activar la faena, Zsiga!

Después, se vuelve hacia mí y me mira otra vez por todos los lados. Al notar cuan sucios llevo mi cuello y mi camisa, parece que por fin le inspiro un poco de confianza.

—¿Cuál es su oficio, amigo?

—He trabajado con el señor Sötter, en la pescadería; pero, al llegar la primavera ha vendido su negocio...

(¡No iba a ser tan tonto que le dijese que era estudiante en Derecho!...).

—¿Tiene herramientas?

—No, señor, cómo voy a tenerlas...

Me dieron un pico y, por la tarde, también yo rompía allí piedras con los demás. Me sentí invadido por un irrefrenable buen humor, y me puse a silbar y a cantar. Trabajaré aquí hasta que pueda rescatar mis maletas y mi abrigo, volviendo a cobrar forma humana, para volver a mi casa. Y a lo mejor, mientras, ocurre algo favorable. Tal vez el señor Preisz me obtenga alguna colocación.

Una mano me tocó en el hombro:

—¿Me hace el favor de dejarme pasar...?

Es una señorita *bien*. Con sus finos zapatitos de piel de serpiente, da saltitos precavidos sobre las piedras agudas, seguida de su chófer, que lleva unos paquetes. El coche no puede llegar ahora hasta la puerta de la villa, pues la calzada está en reparación.

La muchacha desaparece en el gran parque de la villa, que parece un castillo. Pero ha quedado tras ella una nubecita de perfumes. Naturalmente, ni siquiera me ha echado una mirada al apartarme de su camino; no podía saber quién soy.

Ha anochecido ya. Estamos echados en torno del fuego, al aire libre; en el puchero se cuece una buena sopa. Zsiga es el constructor del fogón improvisado, hecho con una jofaina azul que encontró tirada en alguna parte, a la que quitó el fondo oxidado.

Alguien dice que deberíamos ir a Francia, pues allí buscan ahora trabajadores y les pagan muy bien. Toma la palabra otro compañero y dice: «América...».

De repente siento encenderse algo en el fondo de mi alma: una resuelta decisión. América, ¡América!

Iré a América. Aún no sé cómo, pero emigraré. No dejaré que la vida me pisotee. Emigraré, y, dentro de un par de años, volveré con la fortuna allí conquistada.

Mi mujer será una guapa muchacha como la de esta tarde. Recuperaré cada palmo de nuestras tierras solariegas. Recuperaré cada uno de los muebles, de los cuadros, de los trofeos de caza de mi padre, que poblaban nuestra casa. Sé, de cada uno, quién lo compró. Recuperaré el coche con los dos caballos, compraré nuevos arneses, mandaré pintar otra vez el coche. Haré restaurar toda la casa. Mandaré hacer hermosos trajes de seda para mi madre, y la enviaré a veranear a la orilla del mar — ella no sospechará nada de nada—, pero al volver, en la estación la esperará el coche, el viejo coche, con el mismo cochero, Sándor, en el pescante... «¿Qué significa esto, hijo?... ¿Adónde vamos?» Mas yo no le contestaré nada, ni podría proferir una sola palabra. Llegaremos, ayudaré a mi madre a bajar, y la sostendré por el brazo incluso en el momento en que ponga el pie en el umbral, en aquel mismo umbral sobre el

cual se dejó desplomar cierto día.

Aquella noche dormí junto a los jornaleros de la carretera, bajo el cielo abierto. Y me sentía infinitamente feliz.

No trabajé en la carretera más que ocho días y medio. Al cabo de este tiempo, ya no resistía la faena. Las palmas de mis manos estaban cubiertas de ampollas que me abrasaban, y los riñones y la nuca me dolían como si se hubiesen roto en varios pedazos. Aunque, siempre que el capataz no estaba cerca, me dedicaba a reparar el pico.

Trabajaba a mi lado un mozo bien plantado de Jászladány. En su enjuto rostro sobresalían agudamente unos pómulos mongoloides. Aun hoy no soy capaz de comprender cómo podía resistir el trabajo; siempre con el mismo ritmo, de sol a sol. Tenía una voz tan hermosa y profunda como el sonido de un órgano de iglesia. Pero hablaba poquísimos, y aun al abrir la boca, las raras veces que lo hacía, no se dirigía a mí, sino a las piedras.

Escribí a mi madre que había encontrado trabajo provisional en el despacho de un abogado, y que la semana siguiente iría a casa a verla.

No quería continuar en aquel trabajo infernal, sino hasta reunir el dinero necesario para rescatar mi ropa, retenida por la patrona de la pensión. Desde luego, con el traje que llevaba no podía mostrarme ya entre gente educada. Para no estropear la chaqueta ni la camisa, también trabajaba yo desnudo hasta la cintura; pero los pantalones no podía quitármelos igualmente, y así, aquella delgada tela aparecía ya acribillada por numerosos agujeros. Asimismo mis zapatos estaban destrozados por las grandes y agudas piedras sobre las que tenía que moverme. Durante el descanso del mediodía, mientras comía bajo los árboles, solía contemplar melancólicamente el lamentable estado en que se hallaban mis zapatos, y me acudía el recuerdo de que los había encargado a la medida, para la fiesta del pueblo del año anterior, a la que fui con mi padre, pues aún vivía. Tampoco los zapatos se habrían figurado que un día quedarían reducidos a tan miserable estado, cuando en el «Jardín de Adán» bailaban con los esarpines blancos de Mariska de Simay.

Aquella mañana sufrí otra pequeña catástrofe. Mi chaqueta, junto con mi camisa y mi chaleco, estaba plegada cuidadosamente bajo un árbol. Alguien, al pasar, la pisó involuntariamente, y los cristales de mis gafas se rompieron en el bolsillo. ¡Sólo me faltaba esto!

Me agradaban muchísimo las conversaciones por las noches. Sentados alrededor del fuego, y guisando nuestra cena, casi siempre se hablaba de las dificultades para ganarse la vida. Y en qué países había mayores posibilidades de trabajo. Uno de aquellos hombres se disponía a ir a Francia, donde tenía ya a su cuñado. Allí estaban construyendo algún gran túnel de guerra, y buscaban obreros extranjeros. Pagaban un jornal tres veces mayor que en Hungría. Había entre nosotros un viejo jornalero que

tenía un hombro lisiado, y el año pasado había trabajado durante tres meses en el Tirol.

«Construimos un terraplén para un ferrocarril», decía, escupiendo por ambos lados de su pipa. Yacía sobre el vientre, apoyándose ya en un codo, bien en el otro.

«Había allí una muralla de montañas tan altas y abruptas que apenas se veía un trocito de cielo. Tampoco brillaba el sol más que durante hora y media cada día. Como si estuviéramos en el fondo de un inmenso pozo. Era un trabajo muy duro...».

Yo les preguntaba sobre América. Aún no había estado allí ninguno de ellos, pero casi todos tenían ganas de ir, pues tenían algún pariente o allegado que había logrado emigrar a aquellas tierras. Todos creían saber que el jornalero cobraba cinco dólares diarios, de los cuales era fácil ahorrarse tres.

El sábado, al cobrar, le dije al capataz que el lunes ya no volvería. Me miró con los párpados entornados y dijo:

—Ya me pareció en seguida que usted no era un tío «regular».

Supongo que también los demás debían de pensar algo por el estilo de mí, pues, al despedirme, me acerqué a cada uno, tendiéndoles la mano, y, entre ellos, esto no se hace.

Serían las dos y media de la tarde cuando bajé otra vez a la ciudad. En una tienda del suburbio me compré unos pantalones de verano y un par de zapatos ligeros. Además, una camisa, una corbata y un sombrero de paja. Hice poner nuevos cristales en mis lentes. Por un instante, sentí la tentación de volver atrás, para presentarme vestido así al maestro de obras, diciéndole la verdad. Pero no fue más que una idea fugaz.

Aún me quedaba bastante dinero para rescatar mis cachivaches, además del precio del billete de tren. Subí un momento al despacho del abogado Preisz, pero, naturalmente, no tenía ninguna noticia buena que comunicarme.

Ahora ya no pensaba en recorrer a pie la última etapa del viaje, visitando las granjas de antaño. Esta vez, deseaba estar de vuelta en mi casa lo antes posible.

Los zapatos nuevos, los pantalones blancos y el sombrero de paja me habían devuelto toda mi alegría y la confianza en mí mismo. Por lo menos, me daban la necesaria energía para ocultar a mi pobre madre lo desesperado de mi situación.

Eran las diez de la mañana cuando llegué. Desde la muerte de mi padre, vivíamos en el pueblo, en un pisito muy mísero de tres habitaciones, que se encontraba en una calle formada por un largo caserío compuesto de diversas partes heterogéneas enganchadas unas a otras. En aquel piso tan reducido, los muebles de nuestra antigua casa me producían un efecto extraño y desolador. Uno de los grandes armarios de cerezo parecía avergonzarse junto a la pared, como un niño castigado.

Mi madre estaba en misa y, así, sólo encontré en casa a Rózsa. Me asusté al verla tan cambiada, y en tan poco tiempo. Rózsa no había sido nunca una mujer hermosa, pero su rostro irradiaba bondad y ternura. Se parecía a mi padre. No se sabe por qué, su ceja izquierda parecía como rota en dos. Estaba ahora muy ojerosa, por haber

pasado largas noches en vela. Yo no ignoraba la causa de tales vigiliias, y acechaba el momento de poder dirigir nuestra conversación hacia aquel tema. Rózsa me abrazó, enervada; me preguntó por mis asuntos en la capital con una voz muy lánguida, y después, continuó sus labores en las habitaciones con unos movimientos tan desmayados, como si ya nada en este mundo pudiese volver a interesarla.

Apenas diez días después de la muerte de nuestro padre, Gyula fue trasladado a una estación de la frontera, y desde entonces, una sola vez había venido de visita. Sus cartas llegaban muy regularmente, mas, en el fondo del alma de Rózsa, había arraigado la duda de que el traslado de su novio hubiese sido obra del azar, y que el propio Gyula lo había procurado así. Hubiera sido terrible nuestro desengaño, en este último caso, pues, tanto mi madre como yo, queríamos mucho a Gyula.

—¿Cuándo has tenido carta de Gyula? —pregunté a mi hermana, cuando nuestra conversación se hubo ya animado.

—Ayer —contestóme rápidamente Rózsa, y la expresión de su rostro hacía ver que no quería hablar de esta cuestión.

Como si temiera romper a llorar en el acto. Sin embargo, yo consideré llegado el momento oportuno, aprovechando la ausencia de nuestra madre. Me daba cuenta de que la pobre Rózsa se debatía desesperada y completamente sola con sus terribles presentimientos.

—¿Y qué te dice en la carta?

Rózsa me dirigió una mirada, pidiendo conmiseración, como si me hubiera acercado a ella con un bisturí en la mano. Mas era preciso dejar las cosas bien sentadas. Mi hermana temía sobre todo que a lo mejor supiera yo más que ella misma, que tal vez Gyula me hubiese escrito toda la verdad *a mí*, y que ahora me incumbiese la tarea de comunicársela con todas las precauciones necesarias.

—Nada... Nada de particular... —contestó, con la boca temblorosa.

E inmediatamente volvió la cabeza. Sus nervios torturados y cansados la abandonaban; no pudo resistir más la hipocresía (pues ante nuestra madre procuraba fingir alegría continuamente). Creía la pobre que nadie sospechaba el terrible combate que se desarrollaba en su interior, cuando en realidad, en el casino, en la pastelería o en el paseo vespertino, la gente no hablaba de otra cosa. De si Gyula le había devuelto ya la alianza de prometido. De si... De repente dejó caer la cabeza sobre su brazo y rompió en un llanto con grandes sollozos de desesperación. En mi vida la había visto así.

No me vino a la imaginación ni una sola palabra de consuelo. Tan sólo me incliné sobre ella, apretando mi cara a la suya, con fuerza. La tuve abrazada así durante mucho tiempo. Por ello, poco a poco, se tranquilizó su llanto.

—¡No puedo más!... ¡No puedo soportar más esta inseguridad! Tengo la sensación de que me hubieran de fusilar y aplazaran de día en día el momento de la ejecución... Ya he decidido muchas veces acabar con esta situación insostenible... Pero no he tenido con quien hablar de ello... Siempre he temido hacer alguna terrible

tontería... Nuestra madre... ¡Si tú ya lo sabes!...

Secóse cuidadosamente las lágrimas, y del cajón cerrado con llave de la mesa escritorio sacó una carta.

—Quisiera que la leyeras...

Rózsa tenía muy buena letra, pues era ella la que solía hacer la correspondencia comercial de mi padre. Vi en seguida que la carta había sido redactada Dios sabe ya cuántas veces. Una de esas cartas decisivas en la vida que uno redacta y retoca tan repetidamente, que, al final, ya ni se da cuenta del contenido, tanto se ha acostumbrado a las mismas palabras. Rezaba así:

Querido Gyula: Sé perfectamente que la situación en que nos encontramos desde la muerte de mi padre (q. e. p. d.) Tuvo que colocarte también a ti ante nuevas decisiones. No quisiera que sacrificaras tu porvenir por generosidad para conmigo, pues tienes un sueldo muy modesto y, de saberme una muchacha pobre, sin duda nunca habrías pensado en casarte conmigo. Te devuelvo, pues, tu palabra y tu alianza.

Saludos de Rózsa.

Mientras yo leía la carta, Rózsa tenía fija su mirada en mí, y yo me daba cuenta de que esperaba con la respiración contenida lo que yo iba a decir.

—No es muy elegante esta frase: «No quisiera que sacrificaras...».

—Pero ¿y lo demás? ¿El conjunto?

—Es un tanto frío. En vez de «Querido Gyula», yo pondría «Queridísimo Gyula». Y acabaría por «Con el cariño de siempre, te saluda...».

—¿Crees tú...? —preguntó, y se secó una lágrima en la comisura de sus párpados.

Arrancó de mi mano la carta y volvió a guardarla en el cajón, pues se oía en la puerta de la calle la voz de mi madre que volvía de misa.

Mi madre se abrazó a mi cuello con una emocionada exclamación. Mis blancos pantalones y el nuevo sombrero de paja le habían hecho visiblemente gran impresión. Al sentarnos los dos, en su cuarto, sobre el sofá, puso cariñosamente su mano sobre mi rodilla, y dijo:

—Ay, hijo mío, por lo menos a ti el Señor te ha ayudado...

Rózsa salió bruscamente de la habitación, ya que no podía menos de aplicarse esta frase a sí misma, pues en efecto, en el fondo del pensamiento de mi madre, a ella se refería.

Por lo demás, encontré a mi madre en muy buena salud. Era mucho más viva y parlanchína que durante las semanas que habían seguido a las exequias de mi padre.

El día siguiente, cuando por un instante nos quedamos a solas Rózsa y yo en el comedor, me dijo en voz muy baja.

—He corregido la carta y la he enviado...

Y sin esperar mi contestación, salió de la estancia.

Me extendí sobre el diván, y me entregué a mis vacilaciones. Comprendí perfectamente que mi destino estaba íntimamente enlazado con el sino de mi hermana. Si Rózsa perdía a Gyula, yo no podría ir a América, pues no podía abandonar a mi madre y a mi hermana. No tendría suficiente fuerza moral para exponerlas a la inseguridad y a la tristeza.

Este pensamiento derramaba sobre mí una calma dulce y agradable. Rózsa acabaría por curarse de esta herida; el tiempo lo cura todo. Tarde o temprano, ya encontraría alguna colocación.

¡Qué bien se está echado sobre este diván, en el que padre solía dormir la siesta! ¡Qué agradable es saber tan cerca de mí a madre y a Rózsa, y sentarse junto a ellas dos a la mesa, en nuestras comidas frugales! Los recuerdos de aquellas jornadas durante las cuales manejaba el pico y la pala, en la cuneta de la carretera, cubren ahora mi corazón con una sensación de escarcha. Y ello había ocurrido a dos pasos de aquí, cerca, en la capital, ¡es tan agradable reposar sobre este diván!... ¿Irme al extranjero? ¿Emigrar? ¿Adónde? ¿A América? ¿Qué me esperaría en aquellas tierras tan lejanas y extrañas? De repente, hasta la idea me pareció inconcebible.

Pero ¿y si Gyula no abandonaba a Rózsa? ¿Y si, a pesar de todo, no acababa yo por encontrar trabajo? En tal caso no me quedaba más remedio que rodar por esos mundos de Dios. Poseo una póliza de seguros capitalizada, que vencerá en septiembre próximo. Poco dinero para empezar una vida nueva, pero suficiente para llegar con él hasta América.

Todo depende ahora de Gyula. El viernes, lo más tarde, Rózsa habrá recibido su respuesta.

El jueves por la tarde salía de casa cuando en el portal choqué con Gyula.

—¿Está Rózsa en casa? ¿No lo sabes?

Gyula hablaba siempre con precipitación. Ahora le veía excitado y pálido.

Sin esperar mi contestación, subió hacia la entrada de nuestro piso.

Esperé hasta que desapareció tras la puerta, y entonces volví sobre la punta de los pies.

Ya mi madre estaba a su vez en la habitación inmediata, escuchando.

A través de la puerta cerrada, se oía el llanto feliz de Rózsa que parecía pedir perdón.

Mi madre atrajo hacia sí mi cabeza y murmuróme al oído, entre lágrimas y gemidos:

—¡Bien sabía yo que no la abandonarías...!

En su emoción, me apretaba fuertemente la mano, casi se me agarraba a mí.

Pero yo interpreté ya aquel apretón de manos como un adiós.

¿Cómo le diré a mi madre que la voy a dejar?

Capítulo 6

UNA noche subí al Casino Municipal. Había estado ya allí varias veces con mi padre por las mañanas, a tomar una cerveza y unas anchoas.

Quería hablar con Mura, el director de la fábrica de harinas. En su fábrica había vacante un puesto de meritorio. Había decidido hablar con Mura, sin decir nada previamente a madre ni a Rózsa.

Sí, porque desde que tengo uso de razón, el nombre de Iván Mura siempre había sonado en mi familia como el de un malhechor al que hubiera sido preciso ahorcar hacía mucho tiempo. ¿Por qué razón? Esto no lo sabíamos ni Rózsa ni yo. Ahora, al repasar los recuerdos de mi infancia, supongo que en torno de Iván Mura había tenido lugar alguna grave tragedia anímica de mis padres; pero no sé qué. Sin duda ello remontaba a sus tiempos de recién casados, cuando nosotros dos aún no habíamos nacido siquiera. ¿Había pasado algo entre mi madre y Mura? ¿O entre él y mi padre? Era un secreto que no me había preocupado nunca, ni quería cavilar sobre él. Lo único cierto es que yo iba creciendo con la conciencia de que Mura era el mayor sinvergüenza de la Tierra, al que también yo tenía que odiar. Por lo demás, ocupaba en la sociedad del pequeño pueblo una posición estimada y gozaba de numerosas simpatías.

El tío Lebschütz, el boticario, con quien había dado un paseo por las viñas, me dijo el otro día:

—Habla con Mura... En la fábrica de harinas hay actualmente un empleo vacante...

Vacilé en decirle la verdad.

—Si mal no recuerdo, mi pobre padre estaba en malas relaciones con Mura...

El tío Lebschütz no me contestó en seguida. Vi que cruzaban su mente aquellos recuerdos antiguos. Él conocía la causa de aquella ruptura que hubo de durar una vida. Pero no me dijo más que esto:

—Es igual, hijo... Debes intentarlo todo... Lo mejor sería hablar con él en el casino. En su despacho, está siempre muy nervioso...

Heme aquí, pues, sentado en la sala de billares del casino, esperando a Mura. Después de cenar, suele venir para jugar a las cartas. Al otro extremo de la mesa, cubierta de un paño sucio, están sentados dos señores: el magistrado Bátonyi y Ujlaki, el abogado. Beben vino y conversan. Bátonyi dice:

—Que el diablo se lleve toda esta crisis... Ahí está mi hijo. Acaba de doctorarse en Derecho. Después de tantas dificultades, hele aquí con la carrera acabada; está en edad de ganar dinero, y ni a tiros logro encontrar para él ni un insignificante puesto de meritorio.

—¡Qué va a decir! Hoy día, ya ni siquiera las relaciones valen un ochavo...

Miré hacia ellos. El magistrado clavaba su mirada en el centro de la mesa con tan

triste expresión, que casi le tuve lástima. Después, sacó su reloj y observó:

—Estoy esperando a Mura... Ya no puede tardar mucho... En su fábrica hay una vacante... Ésta es mi última esperanza...

Hice como si no les prestara atención; pero al oír estas palabras me sentí cubierto de un sudor frío. A los pocos minutos, me levanté sin llamar la atención y salí al vestíbulo. Esperaría allí a Mura. Sabía perfectamente que era muy feo lo que hacía, pero me era absolutamente preciso adelantarme al magistrado. Era mi deber, no tanto por mí mismo, como, ante todo, por mi madre. Antes de decidirme definitivamente a emigrar a América, tenía que jugarme esta última carta. Estaba muy excitado. Me mordía, hasta hacerme casi sangre, uno de mis dedos, mientras esperaba. No conocía a Mura. Mura estaba en malas relaciones con mis padres. Pero si tenía apesadumbrada la conciencia por ellos, a lo mejor ahora hasta se alegraría de aliviarla, ayudándome a mí...

Mura entró en el vestíbulo. Puso su bastón y su sombrero en la percha. Era un hombre rollizo, con manos breves y una panza enorme. En su chaqueta de lustrina azul marino, dos grandes manchas húmedas en forma de medias lunas demostraban las evaporaciones de su pesado cuerpo. Jadeaba ruidosamente. Los lóbulos de su nariz se hundían profundamente en su rostro, adquiriendo éste una expresión de amargura.

Me acerqué a él y me presenté. Oyó bien mi nombre, pero como si no quisiera creer a sus oídos, me lo hizo repetir otra vez. En su mirada atónita vi que se ponía a vibrar en él todo el pasado. Pero esto no duró más que un instante. Después, se encogió de hombros, por lo menos en la medida que su gordura se lo permitía.

—Yo no sé quién propaga estas sandeces... Desde hace dos días no me dejan tranquilo... He despedido a los meritorios porque la fábrica va muy mal. ¡Pero emplear otro nuevo!...

Con esto, ya había penetrado en el interior, haciendo un gesto resignado con la mano. Pero este gesto ya no iba dirigido a mí, sino a sus propios pensamientos.

Estaba tan excitado que no quise volver a casa en aquel estado. En la plaza Mayor me senté en un banco. Era una noche tibia y hermosa de mayo. Se oía la música de los zíngaros del café La Corona. Y cuando descansaba la orquesta llegaba el rumor de los choques de las bolas de billar. Me dieron muchas ganas de entrar a hacer unas carambolas con alguien, pero no tenía ni un céntimo.

Me sentía muy cansado y pensé qué dulce sería morirme. Por muy arduos y negros que hubieran sido ciertos momentos de mi vida pasada, nunca se me había ocurrido pensar en la muerte. El hombre soporta con facilidad las crisis graves. Pero una tontería así, sin importancia; un deseo minúsculo, el querer jugar al billar y no poder, son problemas que han matado ya a mucha gente.

De repente, reaccioné contra tan gran desmoralización y me puse en camino hacia casa, para comunicarle a mi madre mi determinación.

En el comedor aún alumbraba la lámpara cuando entré. Mi madre estaba sola,

sentada en su sillón, con los brazos cruzados. Miraba fijamente ante sí, abismada en sus cavilaciones. En la inmovilidad, sus anteojos espejeaban con extraño resplandor. Desde la muerte de mi padre, la vi a menudo sentada de esta manera, sola. En la habitación inmediata oíase el traqueteo de la máquina de coser de Rózsa.

Entré, tiré mi sombrero sobre la mesa y me acerqué una silla; tenía prisa por exteriorizar lo que quería decir. Comencé en tono jovial:

—Traigo una gran noticia...

Mi madre se estremeció, inclinóse ligeramente hacia adelante, y su rostro se animó con una luminosidad de interés.

—¿Has encontrado colocación? Ya lo ves, bien lo sabía yo...

—¡No, mamá! Es que, ¡me voy a América!

Tras un instante de silencio, se inclinó aún más hacia adelante:

—¿Qué? ¿Qué dices que vas a hacer?

—Emigrar... Me voy a América...

Me preguntó, asombradísima:

—¿Te has vuelto loco?

—¿Por qué? En un par de años estaré de vuelta...

Lo que ocurrió entonces fue completamente inesperado para mí. Mi madre se levantó del sillón, alzó ambos brazos y se puso a gritar lastimeramente. Corría de un lado a otro de la habitación.

—¡Ya lo sabía yo!... ¡Ya lo sabía que esto acabaría así!...

¡Sabía que el Señor me castigaría con esto!...

Gritaba en voz tan alta, que Rózsa apareció en el umbral, con la costura entre las manos.

Madre me designó con la mano y continuó gritando:

—¡Quiere irse a América!... ¡Quiere irse a América!

Su gesto y sus gritos eran como si dijera: «¡Quiere matarme!... ¡Quiere matarme! ...».

También en la cara de Rózsa se reflejó en el primer instante alguna idea por el estilo, al dejar correr su mirada por la mesa y por el suelo, como si buscara algo horrible y criminal. No sabía de qué se trataba.

Mi madre no cesaba de gritar, ni su cuerpo de estremecerse. Ahora me daba verdadera cuenta del lamentable estado en que tenía ya los nervios.

Nos costó mucho trabajo tranquilizarla. Volví a sentarla en su sillón, me puse a su lado y le acaricié el cabello, como si estuviera gravemente enferma. Rózsa se puso detrás del sillón, con las manos plegadas en actitud de orar, y con muecas desesperadas y mudas me suplicaba que no excitara más a nuestra madre.

Luego, cuando nos quedamos a solas los dos, procuré explicarle la situación:

—Pero hágase usted cargo, madre... Lo he intentado todo y no encuentro trabajo alguno... No tengo ni la más pequeña esperanza... Y no estoy solo en esta situación... Ahora no vivimos en tiempos normales...

Durante largo rato, mi madre no replicó nada. Por fin, mirando siempre fijamente ante sí, dijo:

—Haz lo que mejor te parezca...

En su voz había dolor y resentimiento.

Esos momentos viven ya confusos en mi memoria. Como el recuerdo de las altas fiebres de una enfermedad grave.

El tren para Budapest salía a las cuatro de la tarde. Me había levantado ya a las seis de la mañana. Abrí la puerta sin el más leve ruido, pero mi madre me oyó. Sin duda tampoco ella había pegado los ojos durante toda la noche. Me preguntó en voz suave y llena de sentimiento:

—¿Adónde vas, hijo mío?

—Volveré en seguida...

Salí a la calle. Era una deliciosa mañana de septiembre. Atravesé el pueblo, que se despertaba apenas, con paso presuroso, como si tuviera una cita importante con alguien.

Media hora más tarde estaba ante la puerta de nuestra antigua casa. Las persianas estaban corridas; toda la casa dormía aún. Ahora era propiedad de un negociante de aves de corral apellidado Kunz, que la había adquirido en la subasta pública; vivía en ella con su familia.

Permanecí allí largo rato, parado, ante la puerta, y a través de la empalizada, miraba hacia el patio. Contemplaba las viejas tuyas y los jóvenes olmos plantados por mi padre. Y con la mirada buscaba al viejo Sámi, barriendo el patio. Y a mi madre, con su vestido rojo de lunares blancos, sobre la veranda, batiendo huevos en una cacerola de cobre. A mi padre, en mangas de camisa, podando los rosales del jardín. Y percibía el rumor de la máquina de coser, en la habitación de Rózsa. Oía chancletear sobre las losas las babuchas de Virág, la pequeña criada...

El patio estaba vacío y silencioso. Pero de repente oyóse el violento ladrar de un perro: un mastín salió de no sé dónde, y se lanzó contra la empalizada, gruñendo hostilmente contra mí. Tuve que largarme apresuradamente, pues tan fuertes ladridos sin duda habían despertado a los moradores de la casa. No quería que me vieses. Una criada desconocida para mí aparecía ya en la puerta.

Al llegar otra vez a mi casa, mi madre me esperaba ya con el café del desayuno. Éste era más rico que de costumbre: huevos, salchichas, miel y frambuesas. Mis zapatos estaban cubiertos de polvo, y tengo la seguridad de que mi madre sabía perfectamente dónde había estado, aunque no me lo preguntó.

Mientras me desayunaba, sentía cómo mi madre me miraba a hurtadillas a la cara, como si quisiera grabar hondamente en su memoria mi fisonomía. También yo experimentaba una sensación como si a las cuatro de la tarde, en el momento en que el tren iba a arrancar, me esperase una clase de muerte extraña. Hablábamos muy

poco, y lo hacíamos en voz tan baja, tanto mi madre como yo, que parecía que en la habitación se velase un muerto.

Poco después apareció Rózsa. Quería aparentar alegría, pero en sus ojos vi que había llorado. Miró la mesa tan espléndidamente puesta y dijo bromeando:

—Ya ves... ¿Por qué le da usted este banquete, mamá? Si no nos deja para una eternidad...

Mas con estas palabras provocó un efecto contrario al que se propusiera, pues la palabra «eternidad» acabó de hacerle perder a mi madre aquel equilibrio que a duras penas lograra mantener hasta entonces. Su boca se contrajo y echóse a llorar sin poder evitarlo, por más que luchaba enérgicamente contra la emoción oprimiéndose los labios con los dedos, como si quisiera ahogar el llanto dentro de la boca.

Tomé una de sus manos entre las mías. Pero tampoco yo pude hablar, sino después de un largo rato:

—¿Por qué llora usted, mamá de mi alma?

Se secó las lágrimas, sollozó, y dijo:

—Yo soy ya una pobre vieja... Quién sabe si volveré a verte más en la vida, hijo mío...

Rózsa la interrumpió:

—¿Vieja?... ¡Oh!... Pero ¡cómo puede usted decir tal cosa!

Mi madre tenía a la sazón cincuenta y un años, si bien aparentaba muchos más.

—Dentro de dos años estaré de vuelta... —dije; pero tampoco yo lo creía.

Mi madre no replicó nada a esta declaración.

—Y escribiré cada día —observó Rózsa.

Yo no decía nada, pero estaba convencido de que esto no podría ser de otra manera.

(Entonces aún no sabía que llegarían tiempos en que dejaría de escribir, por pura pereza, durante año y medio, y más).

Así transcurrió la mañana. Cuando mi madre se ponía a llorar, Rózsa la consolaba, y al desaparecer ésta en su habitación, era mi madre la que iba detrás de ella.

Yo, durante toda la mañana, no vertí ni una sola lágrima. Sin embargo, me sentía tan postrado que apenas tenía fuerzas para hacer mis maletas. Necesité escribir una lista de una serie de cosas, pero mi mano apenas lograba guiar la pluma. Mi cerebro dejaba de funcionar a veces durante minutos enteros. Me sentía como aletargado. Todo me parecía completamente inverosímil. Echaba impacientes miradas al reloj de pared, y ya hubiera querido verme sentado en el tren; estar más allá del momento de la despedida.

Sí, no cabía duda; aquello lo había dispuesto yo muy mal. Más hubiera valido decir que iba a Budapest y que volvería al cabo de dos semanas. Y, desde la capital, me hubiera podido despedir con una sencilla carta.

Hacia mediodía llegó Gyula. Comió con nosotros. Y ¡no teníamos de qué hablar!

Como si algo apretase nuestras gargantas. Lo que había en nuestras almas fue incapaz de surgir a la superficie formulado en palabras. El último plato era maíz hervido, como postre. Gyula preguntó tímidamente:

—¿Sabes si en América comen también maíz hervido como postre?

Nadie contestó. Éste había sido ya el tercer intento fracasado de Gyula para deslizar, entre las miradas cruzadas, las sonrisas forzadas y los grandes silencios, unas cuantas palabras animadas. Pero las palabras quedaron allí, muertas, suspendidas en el aire.

Después que comimos, me senté en el diván junto a mi madre, y la tuve abrazada, mientras ella lloraba silenciosamente.

Poco después llegó el tío Sámi. Vino para llevar mi equipaje a la estación. Entró en el comedor con un sencillo «Buenas tardes tengan ustedes», y se detuvo en actitud de espera junto a la puerta. Aguardaba que yo le dirigiera unas cuantas preguntas en tono chocarrero, tal como acostumbraba siempre que transcurría mucho tiempo sin verlo. Pero esta vez ni una sola salió de mi garganta. Sin duda, el tío Sámi se dio cuenta de lo que pasaba, pues, después de unos instantes, echó mano a mi vieja maleta de lona, que ya había servido a mi padre, y nos dejó solos.

Por fin, transcurrido un tiempo que me pareció infinito, llegó el momento de salir, y nos pusimos en camino, a pie, hacia la estación.

Yo iba delante con mi madre. Rózsa y Gyula nos seguían. Al pasar por la calle principal de nuestro pueblo y dirigimos la palabra todos los conocidos, sentía surgir poco a poco en mi interior cierta especie de orgullo. Era ahora cuando me daba cuenta de que, en nuestro pequeño pueblo, mi viaje a América adquiriría una importancia extraordinaria. Hudák, el carnicero, salió corriendo de su tienda tal como estaba, con el delantal lleno de manchas de sangre, para alcanzarnos:

—¡Déjeme estrecharle la mano antes de emprender tan gran viaje!

Mi mano quedó toda cubierta de grasa en aquel apretón cordial. Y no podré olvidar nunca que los ojos de Hudák quedaban velados por una lágrima, aunque en verdad no mediaba entre nosotros relación alguna.

En las esquinas había grupos de conocidos y desconocidos que esperaban nuestro paso, pues sabían en qué tren me iba. Querían ver cómo era cuando el sino lo separa a uno de la monótona vida de un pueblo de provincias. Los presidiarios condenados a cadena perpetua puede que acompañen con tales miradas al afortunado compañero que se acerca al abierto rastrillo, entre su doble fila. O acaso me miraban como el globo lleno de gas que, en la feria, se ha soltado de la cuerda que lo sujetaba y desaparece lentamente entre las nubes.

Fueron muchas las personas que me hablaron en esta ocasión por primera vez en su vida. Las breves palabras que llegué a cambiar con ellas, y aquellas fugaces amistades trabadas a última hora, me parecían como niños recién nacidos que abriesen los ojos, mirasen en tomo suyo y muriesen en seguida. Yo me encontraba en medio de la gente, confuso y emocionado. Daba vueltas con la cabeza, sin saber a

quién debía prestar atención, pues todos hablaban a la vez:

«Cuando vuelva, dentro de unos años, comprará hasta la fábrica de harinas...». «Adiós, hijo, mucha suerte, muchas felicidades...». «Tengo un sobrino en Chicago; se llama Sándor Kurda, si por casualidad os encontráis...». «¿Cuántos días dura la travesía por mar?...». «Bueno, no le entretengamos, porque va a perder el tren...». «Pues, hijo, es una gran resolución, un acto de valentía...». «Yo, en su lugar, no me iría...». «Déjale estar, Ilka, no te metas en lo que no te importa...». «Anoche, conversamos de usted hasta las dos de la madrugada...». «Yo... lo repito: es un acto de heroísmo...».

Sí, también yo lo sentía así: *un acto*. Las personas que conocen el instante helado de la decisión, ganan enteros en la opinión de todo el mundo.

Diez años, diez años... Latían en mi interior, continuamente, estas dos palabras, como el latido del corazón. No sé por qué razón pero me había imaginado que volvería a los diez años. Y, en aquellos instantes de despedida, intentaba mirar a todos desde la perspectiva de aquellos diez años, sobre todo a los viejos. Sí, éstos, dentro de diez años, ya no vivirían... El tío Karády, el doctor Vendliczky, la vieja señora de Ezentesi, el señor Saroglya, pintor de brocha gorda, ni la tía Blanca, que ya ni siquiera camina y se limita a tenderme la mano desde su ventana de la planta baja, por entre los tiestos de geranios... Yo, ahora, estrecho las manos de unos difuntos.

El tío Lebschütz me espera en la puerta de la farmacia con un paquetito preparado de antemano.

—Ten, hijo; es un botiquín de viaje: aspirina, tintura de yodo, gotas tónicas para el estómago y otras cosillas... En cada una aparece escrito para lo que sirve. Sales para un largo viaje; te podrá servir algún día.

También el tío Lebschütz habrá muerto. También él. ¿Voy a echar sobre él aún una mirada retrospectiva? «Que sí, que sí». Nos hacemos señas con la mano.

Por fin, la estación. Mi madre llora ruidosamente. También Rózsa. Se apoyan una a cada lado en mis hombros. Gyula ha palidecido visiblemente. Nos queda muy poco tiempo pues el rápido no se detiene en nuestro pueblo más que un solo minuto.

Desde la ventanilla miro a mi madre. Sólo la miro a ella, con una mirada fija, violenta. Rózsa y Gyula no me interesan. No les toca ni el más mínimo pestañeo de mis ojos. Ellos son jóvenes.

Mi madre ladea un poco la cabeza; las comisuras de sus labios se contraen; su rostro está trabajado por el llanto. Tal como está allí, sin que se interponga el brillo de sus gafas, veo directa y profundamente en el fondo de sus ojos.

El tren arranca, se pone en marcha. Me inclino por la ventanilla, y grito algo con todas mis fuerzas a mi madre. Mi voz suena como si pidiera auxilio.

Agito mi pañuelo por la ventanilla, mas no me quedan fuerzas para moverlo. No veo nada, mi mirada está velada. Me quito los lentes y me froto los párpados; aún les vislumbro por última vez. Rózsa y Gyula conducen a mi madre, sosteniéndola cada uno por un brazo; avanzan con paso lento. Ella, como si estuviera a punto de

desplomarse. La había visto de la misma manera en el entierro de mi padre, cuando la obligaron a retirarse de la tumba.

Medio minuto más tarde, el tren traquetea ya por el puente de hierro del río. Y desaparecen la torre del pueblo y la chimenea de la fábrica de harinas.

Capítulo 7

ME duelen las rodillas y la espalda de tanto estar sentado; hace ya dos días que estoy en el tren, viajando. Cierro continuamente los ojos, pero no duermo. Sobre el traqueteo de las ruedas de los vagones oigo cómo nuestro viejo reloj de pared da las horas, con un sonido penetrante, que es más fuerte que si fuese real. Y luego, de repente, oigo la voz de mi madre, o de Rózsa —una voz misteriosa que parece murmurar más bien que hablar— dirigiéndose a mí y pronunciando mi nombre.

Revisión de la aduana. Francia. Un empleado muy raro; lleva un *kepis*^[14] bajo, azul marino. A lo mejor, un oficial de aduanas. Tiene en su mano mi pasaporte; lo mira por todos los lados, y después me da una ducha de palabras vertiginosas que fluyen dulcemente musicales. Éste será el idioma galo. Aún no lo había oído hablar en mi vida. Él me ve en la cara que no me he enterado de nada. Se pone a repetir lo mismo otra vez, pero ahora con menos palabras, y articulando con gran atención. Luego, mira en tomo nuestro a los demás viajeros, como si dijese: «Pues ya lo ven ustedes, es imposible expresárselo más claramente en una lengua humana...».

Me siento invadido por el miedo; siento mi corazón paralizarse en un calambre que me hiela. Me juzgo perdido. Quisiera llorar, y en mi interior pronuncio una palabra: madre...

Uno de los viajeros me pregunta en alemán mi nacionalidad. He comprendido la palabra y le contesto que soy húngaro. Sobre lo cual me habla en *magyar*:

—El *musiú* le pregunta que cuántos días permanecerá en Francia.

Mi corazón late más fuertemente al oír hablar en húngaro.

—No me quedo, voy de paso. Me embarco en el «Mauritania»...

Ha dicho algo al francés, quien me devuelve el pasaporte. El viajero, en cambio, se sienta a mi lado y se presenta.

—Me llamo Pulai...

Se pone a hablar y hablar; pero las palabras húngaras que surgen de él en demasía y con acento extranjero, me parecen ahora como un haz luminoso que alumbra una pista clara en medio de esta tremenda oscuridad de extranjería que me rodea.

Ya estamos muy adentro en el interior de Francia.

Siempre me había figurado que un país extranjero debía de ser algo completamente diferente del nuestro. Creía que, en Francia, hasta el cielo y las nubes tendrían otro color; que los árboles serían de formas distintas, y que brotarían de la tierra otra clase de hierba y flores. En una palabra, que todo, todo sería absolutamente distinto.

En mi viaje fue ésta mi primera gran sorpresa. Vi con asombro que los postes del telégrafo eran exactamente idénticos a los de casa. Vi una fábrica de harinas; y casi me pareció notar en la puerta al gordo Mura. Luego, los campos de trigo. ¡Los maizales y los bosques! A veces tenía la sensación de que las fronteras de mi tierra

me venían siguiendo corriendo tras de mí, y que todo no era más que una broma de mal gusto que me estaba gastando mi imaginación. De vez en cuando, veía saltar una liebre y correr a campo través, exactamente como en mi tierra.

¿Así es, pues, un país extranjero? Entonces sentí por primera vez en mi vida que mi alma se liberaba de algo, rompiendo la prisión de cierta preocupación cerril que antes me había hecho creer que más allá de las fronteras de Hungría empezaba una región espantosa y odiosamente extraña. Unas tierras de sueño y pesadilla, en las que sólo se transita temblando y rechinando los dientes de miedo.

Y, sin embargo, aquí, el sol brilla de la misma manera que en mi tierra. Y el fin del otoño tiene los mismos colores hermosos y amarillentos que en mi patria, en aquel bosquecillo, cerca de la granja de Sos. En este momento, el tren pasa junto a un riachuelo bordeado de salcedos; ¡pero si es nuestro Fűzes!... Sobre la rama encorvada de un sauce, se está balanceando un pájaro: ¡qué raro es que sea un pájaro francés!...

Ahora que está Pulai sentado en frente de mí, en nuestro compartimiento de tercera, que es un vagón directo y lleva las inscripciones de ritual en húngaro, y le oigo discutir en húngaro, y a través de las ventanas veo desfilar estos paisajes, poco a poco desaparece en mi interior la penosa sensación que empezó a invadirme después de Viena, y que me llenó de mortal terror al oírme interpelar por el agente de revisión francés.

De no existir las lenguas, el hombre podría sentirse en su casa en todas partes, bajo todas las latitudes. El idioma de las liebres y de los cuervos es el mismo en todos los sitios.

Es Dios misericordioso quien me ha enviado a este Pulai. Me dice que fue camarero en Kassa, y emigró a América antes de la guerra. No me explica nada de sus ocupaciones en América. Volvió empujado por la nostalgia de nuestra tierra.

—¿Sabe usted, amigo? —me dice—. Esto suele ser así: después de cierto tiempo, uno está aburrido de América. Aquel ritmo desenfrenado... Aún viven mis padres; y anhelaba volver a verlos. Pensé también quedarme en Hungría y empezar algún negocio. Pero no hay allí *bizniz*^[15]. Siento mucho haber vuelto. ¿Por qué lo he hecho? Mi pobre padre está más sordo que una tapia. Mi madre ha envejecido enormemente. Nuestra aldea pertenece ahora a Servia. Mi padre no podía comprender que ello no me produjera alegría alguna.

—¿Cómo? ¿De modo que es usted servio?

—¡Cualquiera lo sabe! Mi lengua materna fue el servio, y de niño aún me llamaba Pulitch. ¿Sabe usted?, quería ser actor; para esto era preciso *magyarizar* mi apellido. Alguna vez salí, efectivamente, a las tablas, en el «Príncipe Bob». Tenía buena voz. ¡Qué voy a ser servio yo! Desde luego, no soy húngaro tampoco. Soy americano. Y vuelvo tan triste, pero *tan* triste... ¡ah!... no ha valido la pena. Me hago cargo ahora de que no podría vivir en ninguna parte fuera de América. Usted, ¿a qué ciudad se dirige, amigo?

—Primero a Nueva York.

—¿Tiene ya algún *dehab*^[16]?

—¿Cómo?

—*Dehab*. Trabajo.

—Todavía no.

—Pues, ¿a quién tiene allí?

—Tengo un tío que es fabricante de pastas.

No tuve el valor de confesarle que, de momento, no tenía la menor idea de lo que empezaría una vez allí.

Aquel Pulai no me era muy simpático. No me gustaba su bigote. ¡En mi vida había visto un bigote así! Era tan pequeño como si saliera de las ventanas de su nariz. El resto, lo llevaba afeitado. Le pregunté por qué usaba aquel bigote, y me dijo que era una moda americana. Aquel bigote tan menudo le hacía la boca más pequeña, agrandándole la cara. Además, daba una expresión como si oliscase algún hedor desagradable. La cara tenía la sembrada de pecas grandes y rojizas. Llevaba una camisa azul sin almidonar, de cuello fijo, no postizo.

—Fíjese en esta camisa —dijo—. Me costó un dólar. ¿Dónde le darían una camisa así, en Europa, por este precio?

Con la camisa azul llevaba una corbata verde oscuro, y un traje amarillo tan claro y llamativo que hacía daño a los ojos el mirarlo. Del bolsillo de su americana sobresalía un pañuelo de seda encarnado. No por eso dejaba de verse en él que estaba satisfecho de sí mismo.

—Usted, ¿a qué se dedicaba en América?

—A todo lo que se presentaba. Allí no es como en Europa, que uno que alguna vez haya sido camarero o sastre se ocupa de lo mismo hasta el fin de sus días. Mañana, será banquero y, pasado, médico o abogado. ¿Qué se cree usted?... Esos prejuji... esas zarandajas sociales... ¡qué va! Allí no existe nada de eso. ¡Qué idiota he sido envolver!

Poco después observó como a la ligera:

—No lo olvide: la primera cosa que debe hacer, tan pronto como llegue, es comprarse un automóvil.

Sonrió modestamente. Un automóvil, dice Pulai. Desde que había salido de Budapest, durante todo el viaje, mi único gasto han sido las dos tarjetas postales que mandé a mi madre desde Viena y desde Zurich. No he gastado ni un ochavo para comer. Vivo del paquete que mi madre me preparó: salchichas, pollo asado, cabeza de jabalí, pastel de nueces molidas, manzanas y ciruelas pasas. Cuando en Zurich se me acabó el trozo de cabeza de jabalí, experimenté la sensación de que me hubieran quitado un trozo de corazón. Era preciso ahorrar frenéticamente hasta el más pequeño céntimo.

—¿Un automóvil? ¿Con qué dinero, señor Pulai?

—No sea usted tonto. ¿Se ha creído que en América se necesita dinero para

comprarse un coche? ¡Qué va! Allí no venden los coches por dinero contante y sonante, sino a plazos. Y para los plazos, el Banco da la garantía.

Empezaba a tener gran apetito. Aún no había tocado el pollo asado. Ahora, al pensar en el cuello salado de aquel pollo y se me hacía la boca agua. Sin embargo, no creí prudente abrir el paquete en el compartimiento, pues hubiera tenido que invitar a Pulai.

Saqué de la red el saco de viaje, en el que llevaba las provisiones: salí del compartimiento y me dirigí al lavabo. Cerré la puerta tras de mí y allí me comí la mitad del pollo. Mientras, rompí a llorar, y las lágrimas me caían por toda la cara. Porque tan pronto como me quedé solo volvieron a surgir mis recuerdos y me sentí indefenso contra ellos.

Deseaba con impaciencia volver junto a Pulai.

Hemos llegado a París. ¡Cuánto tiempo hace ya que el tren nos arrastra a través de los barrios extremos de la metrópoli! Se para muy a menudo; todo parece indicar que no le es fácil penetrar en esta gran ciudad. Por todas partes veo enormes carteles y anuncios, generalmente letras blancas sobre un fondo azul. A veces, cubren las paredes laterales de casas de cinco pisos. *Dubo... Dubon... Dubonnet... O: Félix Potin.*

Estas letras enormes se me han grabado en la memoria para siempre, aunque no haya podido saber hasta hoy lo que significan.

Por fin, la estación. Sin Pulai me hubiera perdido cien veces. Casi podría decir que no me soltaba de la manga de su americana.

Tomamos un tranvía, pues temamos que ir a otra estación.

Tampoco a París me lo había imaginado de aquella forma. Lo había creído mucho mayor, más grande, majestuoso y bello. Creía, no sé por qué, que en París las calles refulgían de limpieza, como los vasos de un aparador, y que por donde quiera había estatuas doradas y de nívea blancura, cúpulas azul de cielo y color de rosa, mujeres estupendas, abrigos de pieles y joyas, como si fuera un maravilloso mundo de ensueño. En cambio, aquellas calles estrechas y sucias, aquella gente cansada y triste, aquel tranvía viejo y renqueante, todo ello me causó una gran depresión. Por cierto, llovía.

—¿Así es, pues, París? —pregunté.

Pulai me miraba con aire de superioridad.

—Esto no es más que un barrio de las afueras, amigo. Si viera usted los *Champseleises*... —Se refería a los Campos Elíseos, pero pronunciaba *Champs-Elysées* a la manera de los yanquis—. París es una ciudad muy hermosa, pero no se puede comparar con Nueva York... ¡Qué creía usted...!

Una hora más tarde, otro tren nos llevaba ya hacia el puerto de embarque.

Súbitamente, desde la loma de una colina vi el mar. Brillaba con un color verde

plomizo, muy lejos y en gran extensión, tan amplio y majestuoso... No sabría expresar lo que experimenté en aquel instante; sólo me acuerdo de que me puse muy excitado, y hasta aparté de la ventanilla a alguien que me lanzó una palabra grosera... El mar... ¡El mar... ahora lo veo, por vez primera en mi vida, *el mar!*... Y esto era algo tan grandioso como si me hubieran enseñado de cerca la luna, aumentada y en dimensiones infinitas, como un disco gigantesco y radiante. Algo que hasta aquel momento había sido para mí una fantasmagoría. ¡Ahora lo tenía allí, ante mis ojos, en la realidad! *El mar*: hasta entonces había sido para mí una palabra hueca a la que consideraba con la indiferencia con que se mira a la luna.

Desde luego, de cerca dejaba de ser tan interesante.

Faltaba más de hora y media hasta la salida. Fuimos a dar una vuelta y entramos por curiosidad en la plaza del mercado. Trascendía en torno nuestro un fuerte olor a pescado; pero lo que allí vi me recompensó por todo. Pulai apenas conseguía arrancarme de las pescaderías. ¡Cuántos colores y formas, cuántos caprichos de la mano creadora de Dios! Aquellos grandes peces planos, que parecían la oreja de un elefante y, sin embargo, tenían una cola como la de un buey. De aquellos peces ya conocía yo bastantes, gracias a la incompleta «Enciclopedia Universal» de la biblioteca de mi padre, y los saludaba como viejos conocidos; sin embargo, nunca me los hubiera imaginado así en la realidad. Anguilas como serpientes, monstruos rojos de enorme cabeza, pescados azules y plateados, en cuyas formas estaba inscrito el ritmo de la rapiña. Luego, los cangrejos: minúsculos cangrejitos de cristal, blancos o rosado claro. Almejas y conchas de todas las dimensiones. Y unas cigalas enormes, rojas bermejas. Pulai se puso a explicarme las diferencias que hay entre la langosta y el cangrejo de mar.

Todo esto me excitaba sobremanera. La inagotable riqueza de la fauna ictiológica fue mi primera gran vivencia después de tantas y tan tristes decepciones.

—¿Puede practicarse la pesca deportiva con caña en América? —pregunté a Pulai, disimulando muy mal mi excitación.

—¿En América? ¡Qué idiota es usted! Cuando haya llegado un día al *westend*^[17], ya lo verá. Bueno, vámonos ya, porque si no estos hedores me harán desmayar...

En aquel momento, mi excursión me pareció como una expedición de ensueño, hacia unas infinitas aguas maravillosas, ¡para pescar unos peces admirables!

Llegamos a tiempo al puerto otra vez; era hora de embarcarse. Tuvimos que subir a un vaporcito que nos llevaría al «Mauritania», anclado fuera del puerto. Nosotros, viajeros de tercera, también allí estábamos separados, desde luego, de los demás; pero por lo menos podíamos admirar a nuestros compañeros privilegiados de primera.

Había mil cosas que yo, en mi ingenuidad de provinciano, podía admirar. Primero, los baúles. Aquellas maletas en forma de armario, que una grúa trasladaba en una enorme red, por centenares, del muelle al interior del vapor. ¿Qué podrían contener tantos baúles tan hermosos? Pensé en mi propio equipaje, en el que, además de mi ropa y algunos chismes sin interés, no había sino un traje de recambio, otro par

de zapatos y unos cuantos libros, entre ellos una gramática inglesa y un diccionario. Naturalmente, ni los había abierto siquiera, aunque tomara la decisión de no hacer más que estudiar el idioma durante todo el viaje.

El vapor hizo sonar su sirena, y se alejó del muelle. Fuera, en el mar libre, entre la niebla del crepúsculo, vimos al «Mauritania». Sus cuatro grandes chimeneas pintadas de rojo parecían apretadas, y se inclinaban ligeramente hacia un lado. Echaban unas nubes de humo tan grandes, que cubrían buena parte del cielo.

Bajo aquella gigantesca tienda de humo, el mismo barco aparecía insignificadamente pequeño.

Pero al acercarnos a él cada vez más rápidamente, sus dimensiones enormes se dejaban adivinar mejor. Estaba allí, negro e inmóvil, cual una enorme barraca alargada, de formas extrañas. Casi parecía como si tuviera sus cimientos en el fondo del mar, muy profundamente, aunque nuestro vapor bailaba bastante sobre las grandes olas verdosas.

En la cubierta, como sobre una azotea, nos esperaban en fila las huestes de los marineros, formados militarmente.

En la enorme pared negra del barco, abrióse un pequeño cuadrilátero, y en su marco, apareció la silueta de un oficial de marina con galones de oro.

De este cuadrilátero, tendieron una plancha provista de unas barandas forradas de tela, por la cual los pasajeros íbamos desapareciendo en el interior del buque.

Sentíme invadido de sensaciones tan extrañas, que a poco más me hubiera desplomado. Me daba cuenta de que me ocurría algo horrible. El momento era tan solemne y grandioso, que casi equivalía al de la muerte.

Podría decir que no marchaba sobre mis propios pies, sino que el flujo de los pasajeros me empujaba y arrastraba hacia delante. Ahora, ¡también a mí me tragará ese negro cuadrilátero! Se cerrará detrás de mí esa enorme puerta negra de hierro, tras de la cual ya no hay salida. Cuando retiren la pasarela y el «Mauritania» se ponga en marcha, esta puerta se abrirá muy por encima de las olas, sobre el vacío...

Al pasar por la plancha, me fijé muy medroso en la oxidada puerta de hierro.

Tuve que apretar las mandíbulas para no gritar pidiendo auxilio, deteniéndome en medio de la plancha, y suplicando que me soltaran, que me dejaran volver atrás... No, yo no quería esto... yo no sabía que esto fuera así...

Pulai, que se dejaba arrastrar a mi lado entre las apreturas, advirtió mi gran palidez y el sudor frío que inundó mi frente.

—¿Ya comienza usted a marearse aquí, amigo? ¿Pues qué va a hacer cuando el barco se ponga a bailar como Dios manda?...

Estaba convencido de que ya me había mareado.

Nos condujeron a proa. Una baranda de cable de hierro rodeaba la claraboya que cubría una enorme escotilla, abierta sobre unas profundidades de unos seis pisos, tan amplia como la del ascensor. Esta profundidad vertiginosa, y encima de nuestras cabezas las enormes chimeneas, nos indicaban las dimensiones reales del barco.

Unas pequeñas columnas gruesas de hierro, en cubierta, pusiéronse a girar y sobre ellas vinieron a enrollarse, chirriando, las largas cadenas de las anclas. Y muy abajo, en el interior del coloso, ya trepidaban las máquinas.

Todo aquello era terrible y amedrentador. No me tranquilizaba siquiera el ver que, en tomo mío, todo el mundo conversaba o reía con la mayor calma.

—¿Cuándo salimos? —pregunté a Pulai.

—¡Tonto! Si ya hace rato que estamos en marcha. Mire dónde queda ya el puerto...

Efectivamente, al mirar atrás, ya no se veía más que un faro.

Unas cuantas gaviotas acompañaban el transatlántico, que arrastraba tras sí una enorme cola de espuma, como de vidrio verde, allí donde las invisibles hélices hacían remolinear el agua.

Poco a poco desapareció también el faro. No sé la hora que podría ser. Apoyado en la borda, me había quedado solo en cubierta.

A solas con el inmenso océano.

Me sobresalté cuando encima de mí, en otra cubierta superior, se puso a tocar una estridente trompa metálica, con una melodía muy rara y alegre, avisando a los pasajeros que había llegado la hora de cenar.

Nosotros, pasajeros de tercera, tenemos nuestro puesto en la parte habitada más baja del coloso. Desde luego, debajo de nosotros aun había varios pisos: las cámaras frigoríficas, las bodegas, las salas de máquinas y, en el fondo, los depósitos de carbón. Las pequeñas portillas de los camarotes estaban tan cerca de la superficie del agua, que no tenemos vista alguna, pues las olas que azotaban el barco —unas olas maravillosas, llenas de perlas y espuma— venían a cubrirlas continuamente.

Allá abajo, en el fondo del transatlántico, apenas había aire. Esto me hacía sufrir mucho. El espeso hedor de las grasas del barco me pesaba sobre el pecho, y ya el segundo día me sentí muy debilitado, tanto física como psíquicamente. Por las mañanas me despertaba con una sensación de tener los pulmones completamente secos. Aunque los ventiladores no dejaban de zumbar y silbar ni un solo momento, la atmósfera era como la de un hoyo bajo tierra. Y aquel zumbar y silbar incesante, al final, ya eran como si se me hubiesen pegado al cerebro para siempre jamás. Los oía aún tapándome los oídos. ¡Y aquel continuo crujir y gruñir! ¡Los gemidos repentinos y bruscos de las enormes planchas de hierro y los goznes del cuerpo del buque! Mis nervios estaban extraordinariamente excitados, y cuando tocaban las sirenas se me estremecía todo el cuerpo, horripilado. Me invadía un miedo inexplicable. Sin duda, sería el pánico ancestral e instintivo del hombre de tierra adentro cuando viaja por mar. Pero aquel sonido era verdaderamente terrible. Un grito ululante que se arrancaba ronco y quejumbroso de los pulmones colosales del transatlántico. Pasaba palpitando a través de las grandes gargantas rojas de las chimeneas para desaparecer en un enorme arco invisible, por encima del barco, en las nubes. Aquel sonido hacía estremecer todo el cuerpo del «Mauritania».

Siempre que podía subía a cubierta, huyendo de aquella atmósfera sofocante. Mas allí arriba tenía vértigos. No me encontraba a gusto en ninguna parte, y en ningún punto del barco cesaba mi enervamiento ni el zumbido monótono en mi cabeza.

Sufría otro tanto por la comida. Las sopas y caldos despedían unos olores y tenían unos sabores que me eran completamente extraños. Pensaba con añoranza en los dorados caldos de mi madre, con sus pastas. ¡O en aquella mísera taberna de Pest, cerca de mi Facultad! Hasta allí se comía paradisiácamemente, comparado con esto... Carne de oveja y pescado, y otra vez oveja y pescado. Pero, por lo menos, he aprendido estas dos palabras en inglés: *Leg of mutton*. Y después: *codfish*. Acabé por comprender que un idioma extranjero no se asimila por el cerebro, sino con el paladar, el olfato y el estómago. Del diccionario, nunca hubiera aprendido lo que significaba *codfish*; ahora ya lo sé para siempre jamás.

—¡La comida es excelente! —declaró Pulai varias veces.

Por lo demás, ya desde hacía dos días que me venía atormentando para que jugara con él a las cartas. Llevaba un paquete de naipes constantemente en el bolsillo.

Una vez me senté, en efecto, con él para jugar al *poker*, naturalmente con unas apuestas ridículamente pequeñas; pero cuando Pulai se dio cuenta de que de ninguna manera quería dejarme «calentar» por el juego, y que rehusaba aumentar las apuestas, muy nerviosamente me plantó allí. Observé que, al jugar, su nariz hacía pequeños movimientos convulsivos. Todo su rostro adquiría un aspecto diabólico. De la mañana a la noche se pasaba el tiempo buscando otro para jugar, entre los pasajeros, pero no encontraba a nadie. Por fin, se rindió, conformándose con otro pasatiempo más sencillo, y nos pusimos a jugar al ajedrez. De las piezas faltaban la reina negra y un peón blanco; las sustituimos por una cajita de fósforos y por mi anillo con una turquesa, heredado de mi padre.

En la cubierta reservada a los pasajeros de tercera, la gente pasaba el rato con una serie de juegos de sociedad ridículos. Había, por ejemplo, una pequeña columna portátil; era preciso colocarse a una distancia de diez pasos y a cada jugador se le daban cinco aros de madera, para que tirándolos sobre la punta de la columna, se introdujesen en ella, como la rosquilla en el palo del vendedor. El barco se movía, y los aros eran bastante pequeños, de modo que la tarea no era sencilla. ¡Qué poderosa fuerza es el aburrimiento para transformar a las personas en niños!

En otro lado, la gente se divertía tirando unos platos de madera en unos cuadriláteros en los que había letras y números escritos; este juego lo practicaban más bien las mujeres. Había muchas entre los pasajeros, pero, ni por casualidad, una guapa entre todas.

Tras largas discusiones, Pulai había acabado por persuadir a un muchacho italiano que jugara con él, con dinero, a tirar los aros aquellos. El italiano se paseaba siempre sin gorra ni sombrero, y el viento que soplaba hacía ondear su larga cabellera napolitana, como una bandera.

Se jugaron un dólar en un partido. Pulai apuntaba mordiéndose los labios y

cerrando los párpados, durante tanto tiempo, que el público se impacientaba. De sus cinco aros, dos quedaron en la columna, lo que ya era un resultado apreciable.

El italiano tiraba los cercos sonriendo y con gesto ligero. Después de su segundo tiro, Pulai murmuró entre dientes:

«¡Me ganará ese granuja!».

Lo había dicho en inglés, pero no me cabía ninguna duda que éste era el sentido de sus palabras.

El partido siguiente lo aceptó el italiano a condición de que Pulai sacara de antemano el dinero.

Pulai no sabía italiano, y el italiano ignoraba el inglés; así que tardaron bastante tiempo en entenderse y ponerse de acuerdo por medio de gestos.

Pulai volvió a perder también esta vez. Ahora ya no le sirvieron de nada los argumentos; el italiano se arrugó en el bolsillo los dos dólares y se fue.

Aquella tarde en vano llamé a Pulai para jugar al ajedrez. Durante todo el santo día se paseó de un lado a otro, refunfuñando y echando de vez en cuando unas miradas tan amenazadoras sobre el italiano, que metía miedo. Aquél le volvía tranquilamente la espalda.

Naturalmente, los pasajeros de primera tenían diversiones menos ridículas. Su cubierta estaba un piso más alto que la nuestra, y se podía ver que les habían puesto un pequeño aparato, especie de catapulta, que a intervalos regulares lanzaba «pichones» (unos pequeños discos de arcilla) en altos arcos hacia el mar. Salieron de finísimos estuches de cuero las mejores marcas de escopetas de caza, y durante toda la tarde se oyeron las detonaciones de los disparos. Tiraban al blanco, sobre aquellos pequeños discos, caballeros y señoras, indistintamente. Supongo que allí arriba las apuestas serían mayores que un dólar.

El viento traía a mis narices el olor de la pólvora. Y el sonido familiar de las armas de doble tiro, bajo aquel cielo inmenso, me hacía recordar las antiguas jornadas de caza, los campos amarillos recién segados, las sembraduras y los verdes maizales. De repente surgió ante mí, allí, en medio del océano, la figura de mi padre, saliendo de las olas, con su sombrero con las tres plumitas de codorniz, la cazadora, y su rostro encamado, color de ladrillo, curtido por el sol.

Los discos alcanzados por los disparos cambiaban de rumbo y caían al mar en varios pedazos, igual que los faisanes, con sus plumas segadas por los perdigones, caen detrás de los arbustos.

Éstas fueron las únicas manifestaciones de vida en la tremenda monotonía de las olas.

Para mí, fue una sorpresa que el océano apareciera tan pequeño. Un estrecho círculo gris y vacío, y nada más. Siempre me había imaginado que, en alta mar, el horizonte se perdía en un infinito admirable y asombroso.

Uno de los pasajeros, un señor de cierta edad, visiblemente muy culto y educado, contra quien intentaba esgrimir mi pobrísimo alemán, me explicó que, en el mar, el

horizonte está a veinte kilómetros de modo que el diámetro de toda la circunferencia que la vista es capaz de abarcar, es de cuarenta kilómetros. Como quiera que no hay ni torres ni árboles, la monotonía de las olas produce la ilusión de que el horizonte es más reducido que en tierra firme.

No entendía todas las palabras, y una vez más lamentábame de no comprender el alemán. Aquel señor hubiera podido explicarme muchas cosas interesantes. La incesante y hueca palabrería de Pulai ya me había cansado y exasperado. Hasta en el ajedrez, cuando hacía una jugada equivocada, siempre me suplicaba que le permitiera rectificarla; en cambio, cuando me pasaba otro tanto, nunca me permitía retirar la pieza.

Una tarde, mientras presenciábamos los dos el tiro al blanco de los pasajeros de primera, observó con mucha suficiencia:

—Esos tíos no saben tirar.

—Y usted, ¿sabe?

—¿Yo? He estado dos años en Texas; allí aprendí... ¿Pues qué se figura usted?

¡Cuan vacío, cuan monótono es el mar! No se ve un pájaro por ninguna parte. Ni siquiera gaviotas. La única variación en todo el día es cuando surge el sol tras de las nubes, y sólo una parte de las olas queda iluminada. Esas grandes manchas de luz son como unos ojos de gigante que parpadean.

¿Qué hará a estas horas mi madre? Hoy es jueves; hace una semana que salí de casa. Seguramente habrán recibido ya mis tarjetas de Viena, Zurich y París. En cambio, yo, ¿cuándo recibiré noticias de mi familia? A lo mejor pasarán hasta cuatro semanas. Primero tengo que llegar a América y escribirles mi dirección para obtener respuesta.

Son las dos de la tarde, pero en casa ya son las cinco, pues hemos tenido que retrasar nuestros relojes una hora por tres veces. Al llegar a Nueva York la diferencia habrá aumentado a seis horas.

Mi enervamiento y esas continuas náuseas que sufro van empeorando de hora en hora.

El mar no está movido y, sin embargo, tengo la *cabeza* como si fuera de plomo.

Aumenta el número de los indispuestos. Yacen tendidos durante todo el santo día con los ojos cerrados.

De vez en cuando se levantan y suben, tambaleándose, a cubierta, al aire libre. Su tez tiene el color verdoso de las ciruelas.

Por la mañana, el tercer día, ocurren cosas inquietantes. Las prendas colgadas en las perchas se balancean como péndulos. El cuerpo del transatlántico suelta unos gemidos como si a cada instante quisiera hacerse añicos. Las portillas de los camarotes son azotadas con furia por las olas.

El mismo hecho de que los pasajeros permanezcan silenciosos, como si se hubieran vuelto mudos, ya es en sí aterrador. Los días anteriores este nuestro común dormitorio era con su greguería como una colmena.

De cuando en cuando se produce un silencio prolongado; luego, recorre todo el cuerpo del inmenso barco un terrible y sordo gruñido, con la fuerza de una detonación de disparo de cañón.

La primera vez me sobresalté asustadísimo, pues creí que ya todo había acabado. En la litera de al lado, con los brazos bajo la nuca y los pies en la baranda, yace vestido uno de mis compañeros. Es un gran tipo huesudo, de pelo rojizo. También él está pálido; sin embargo, al verme sonrío débilmente. Me guiña un ojo y dice:

—*That's a rough sea, hey*^[18]?

No podía comprender lo que decía, pero me imaginaba lo ridículo que debía de estar yo con mi cara asustada. Por mi cabeza pasaron mil ideas de todas clases: que el transatlántico es, según todas las estadísticas, el medio de locomoción que ofrece mayor seguridad; que, desde el caso del «Titanic», no había habido más catástrofes; que, hoy día, el acercamiento de los *icebergs* está señalado por unos detectores especiales.

Ha entrado un marinero con un sinnúmero de minúsculas jofainas azules. Avanzaba dando cambaladas, pero se balanceaba con diabólica destreza y no dejaba caer la pila de jofainas. Parecía un payaso de circo. Nos envía un guiño alentador, mientras distribuye las jofainas.

Poco después, de todos los camastros oíanse grandes sollozos quejumbrosos y terribles vómitos. También a mí me han dado una de aquellas jofainas, y pude utilizarla en seguida. Creí que iba a escupir todo mi estómago.

Fue terrible, verdaderamente terrible aquel mi primer mareo. La tempestad duró dos días enteros; durante dos largos días estuve tirado sin vida ni pensamiento sobre mi litera. No hacía otra cosa que extender la mano continuamente hacia la jofaina. Y ¡aquellos tremendos gruñidos, crujidos y traqueteos!... Aquella sensación enloquecedora de que no hay reposo alguno, de que el barco no para ni por un solo instante; de que mi cama se desliza conmigo, ora a la derecha, ora a la izquierda, ora adelanta, ora retrocede; de repente, parece que arranque, pero como si lo hubiera pensado mejor, se desliza hacia atrás, hacia delante, otra vez hacia atrás... ¡Hay para volverse loco!

Pulai hizo una vez su aparición a mi cabecera y, superando el infernal mido con su voz, gritó de modo que casi me asordó:

—No tenga miedo, tonto; ¡todavía no se ha muerto nadie de este mal!

Si de vez en cuando me amodorraba, en mi aletargamiento me quejaba en voz alta, y me creía en el fondo del infierno. El segundo día ya sólo tenía un deseo: morir, morir, para que acabaran mis tormentos. ¿Qué necesidad tenía yo de todo esto? ¿Por qué quería ir a América? Hubiera dado la mitad de mi vida por poder estar tendido tranquilamente, a aquellas horas, sobre el diván de mi padre, y oír en la otra habitación vecina, a través de la puerta cerrada, el zumbido de la máquina de coser de mi hermana, en vez del traqueteo y gruñido diabólico del barco. ¡Cuántas veces el mido monótono de la máquina de Rózsa había arrullado dulcemente mi sueño!

¡El diván, el diván de padre! Está fijo y no se mueve. No se mueve en absoluto. Pensaba ahora, desde mi yacija, en la inmovilidad de aquel diván como en el único punto sólido y seguro de todo el globo terráqueo.

¿Adónde voy, después de todo? ¿Quién me espera? ¿Por qué voy? ¿Qué suerte voy a correr?

¡Ay, Señor!: la cama patina otra vez, como si no quisiera detenerse hasta el mismísimo fondo del mar.

Veo a Pulai que se ha sentado para jugar al ajedrez con alguien. De repente, los dos salen despedidos contra la pared, con tablero y todo. Las piezas caen estrepitosamente al suelo. Pulai, en su vuelo, se ha agarrado a una columna de hierro que sostiene el techo y queda casi suspendido en ella.

Todo esto les hace reír a carcajadas. ¿En qué madera están tallados esos tipos?

Al cabo de dos días, el mar volvió a estar tranquilo. También yo me arrastré hasta cubierta. Brillaba el sol sobre una infinidad de minúsculas olas con cresta blanca.

El alemán, que estaba junto a mí, me cogió de repente del brazo, y exclamó, señalando hacia las olas:

—*Schauen Sie*^[19]!

Volaban encima del agua unos pájaros semejantes a nuestros patos silvestres. Serían como una bandada de treinta.

El alemán me explicó que ya sólo nos separaban unas quinientas millas de tierra firme, pues aquellas aves no vuelan más lejos de la orilla.

También las gaviotas llegaban cada vez en mayor número. Surgían de la nada, apareciendo de repente en el aire, como una nube de metralla.

El horizonte, hasta entonces desierto, se poblaba poco a poco. A mano derecha, vimos pasar dos vapores mercantes, uno más cerca, el otro muy lejos. Y por la izquierda nos cruzamos con otro transatlántico.

Pulai conocía el nombre de los tres barcos. Desde luego, a mí podía decirme cualquier nombre; yo no podía comprobarlo.

Tampoco el firmamento estaba vacío ahora. El humo de los barcos lo había llenado de hermosos dibujos.

Cuando el transatlántico llegó a nuestra altura, los dos barcos se saludaron con un toque de sirenas sordo y elocuente.

Me invadió una excitación extraña. Presentía que se acercaba algo ingentemente^[20] poderoso e ignoto. Súbitamente, todas las fibras de mis nervios se llenaron de esperanza. No sé si fue la reacción de aquella terrible desmoralización del mareo, pero aún hoy siento cómo me iban penetrando el alma aquellos minutos. Liberado de todas mis dudas, desplegábase en mi alma, con sus dimensiones incalculables y milagrosas, el espectáculo de la vida; el embrujo de la inseguridad; las perspectivas insospechadas de metas desconocidas... Me veía en un automóvil, con una mujer hermosa a mi lado... Me penetraban los rayos futuros, venidos de lejos, del amor y de la riqueza; me sería muy difícil explicar en palabras aquella sensación.

Nunca me había sentido tan repleto de anhelos y esperanzas, de energías y de una tan inquebrantable decisión.

Un día había leído en alguna parte que el hombre no tiene sensaciones verdaderamente grandiosas sino en alta mar. Y no es imposible que fuera el hecho de que nos acercásemos a las costas de América el que produjera en mí tan formidable y extática metamorfosis. ¡Aquella América, que se extendía misteriosa y poderosamente a la vez que en alguna parte, más allá del horizonte, detrás de mi frente, en la imaginación!

Capítulo 8

AL día siguiente, al despertarme, me di cuenta de que nuestro barco se había inmovilizado. Tras una travesía de seis días, ello representaba para mí una sensación tan inconcebible y rara como si acabara de pasar navegando por lo menos la mitad de una vida.

Me precipité a la portilla y miré afuera. No se podía ver la orilla por la niebla.

Poco después, llegaron los oficiales de la aduana americana. A mí me producían el efecto de unos habitantes de Marte.

Muy ceremoniosamente y serios se sentaron detrás de sus mesas, extendiendo ante sí sus libros y sellos; en todo ello presentía yo el misterio de un ritual de hondo sentido. La idea de que acababa de llegar a un punto opuesto del globo terráqueo, la amedrentadora sensación del miedo, el bramido monótono y sordo del mar, que aún continuaba resonando en mis nervios, todo ello confería cierto carácter extraño e inverosímil a aquella mañana invernal.

Desfilábamos en fila india ante las mesas, y, por fin, me tocó también a mí pasar ante el empleado que examinaba nuestros documentos. Me preguntó algo, pero yo, naturalmente, no le comprendí. Cuando me lo preguntó por segunda vez, miré en torno mío, pero no vi a Pulai en ninguna parte. Expresé con un gesto de la mano y una sonrisa de excusa que no comprendía el inglés. Era igual; me pusieron varios sellos en la documentación y me empujaron más lejos, hacia la salida.

Ahora ya podía subir a cubierta otra vez. Los que aún ayer estaban medio muertos por el mareo, ahora se paseaban muy alegres, y conversaban con gran animación, como si los hubiesen cambiado por otros. En cubierta había un hormiguo formidable. Yo contemplaba el agua, apoyándome en la borda. El mar estaba aterradoramente sucio. Flotaban en su superficie pieles de plátanos y naranjas, mendrugos de pan y toda clase de desperdicios de comida. Una bandada enorme de gaviotas libraba verdaderas batallas por los pedazos más sabrosos. El mar que nos había rodeado durante seis días con sus perlas de nivea blancura y sus espumas verdes de cristal o azules de acero, aquí, de repente, se hacía graso y sucio. No sé por qué este cambio me ponía tan triste.

Ya no me acuerdo con toda claridad del momento del desembarco. Sólo sé que todo me pareció extraño, hasta el punto de producirme escalofríos. ¿Qué me habría sucedido si Pulai no hubiera estado a mi lado? Me encontraba tan perdido en aquel torbellino como un sordomudo. Todo me parecía terriblemente complicado; Pulai, en cambio, se movía durante todo el tiempo con tanta naturalidad, que provocaba mi admiración más sincera. En lo íntimo de mi ser, le pedía perdón por cuanto había podido pensar de él, y en este nuevo mundo tan diferente del otro, empezaba a profesarle un cálido amor fraternal.

Por ahora, toda mi atención quedaba atraída por aquellos vaporcitos que venían a

nuestro encuentro desde el puerto y que allá abajo se aproximaban a las paredes de hierro del coloso por ambos lados, empujándolo, apretándolo, tirando de él, pues sus propias máquinas ya habían dejado de trabajar. Eran tan ridículamente pequeños aquellos remolcadores, que parecía como si unos cuantos foxterriers quisieran obligar a un elefante a entrar en un establo demasiado estrecho.

Por fin podíamos desembarcar. En la pared del barco volvió a abrirse aquel cuadrilátero por el cual habíamos embarcado. Tendieron la plancha con barandas forradas de tela, y nos encontramos en una enorme sala tan llena como una colmena. Todo el personal del transatlántico se ocupaba del desembarco de los equipajes. Hacían este trabajo con tan vertiginosa velocidad como si se hubiera declarado un incendio a bordo, y sólo dependiera del filo de un instante la salvación de todo el cargamento.

Mi cabeza me daba vueltas en aquel caos tan tremendo. La enorme sala se llenaba de gritos de toda clase, y también a mí se acercó un botones con llamativo uniforme y gorra de plato —nunca había visto a ninguno ataviado de tal manera, excepto en una opereta representada en el Teatro Real de Budapest— y me tendió un lápiz, pero yo no sabía lo que quería.

Oí detrás de mí la voz de Pulai:

—Envíe un cable a su casa, diciendo que ha llegado. Es costumbre hacerlo así.

A duras penas salimos a la calle. Serían las diez de la mañana, pero en las ventanas de los edificios, en todas partes brillaba aún la luz eléctrica. A través de la niebla, se perfilaban los contornos de un enorme edificio rojo. No me fue difícil contar sus pisos: tenía diecisiete. Toda la casa parecía ser una enorme fábrica de harinas. Y por doquier no veía más que otras tantas fábricas de harinas. Por lo menos, en los primeros instantes, todas las casas americanas me producían este efecto.

Al ver mi torpeza, Pulai me tomó completamente bajo sus alas protectoras.

—Es usted muy ligero, amigo —dijo, cuando ya estuvimos sentados en un taxi—. Cuando yo llegué por primera vez, me esperaba un amigo en el *pier*^[21]. ¿Qué hubiera sido de usted sin mí?

No contesté. Pulai no hubiera podido comprender que mi viaje a América se parecía en muchos aspectos a un suicidio, o a un atrevido salto mortal, Yo ignoraba por completo lo que tenía por delante —y sobre todo por debajo, a los pies—, pero tampoco quería saberlo.

Al adentrarnos cada vez más en la formidable vorágine de las calles y del tráfico, yo experimentaba cada vez más fuerte la sensación de que todo mi viaje, aquella aventura, aquel Nueva York y aquella América, iban a significar para mí, ineludiblemente, la perdición total.

En aquellos momentos volví a sentir la misma desmoralización absoluta que en el barco, cuando me encontraba mareado.

—Pues ahí tiene usted el Broadway... —me dijo Pulai.

Miré por la ventanilla. El espectáculo me sacudió de mi desmayo.

Parecía como si hubiéramos llegado a un abismo terriblemente profundo, entre dos abruptas paredes rocosas, en donde todo gruñía, tronaba, bramía, chillaba, bocinaba, relampagueaba y sonaba. Bajo la fina neblina se perseguían unas luces rojas y azules, pestañeaban enormes dispositivos anunciadores... De repente surgió ante nosotros el palacio del «Times», como si en aquel mismísimo momento hubiera llegado allí de alguna parte, negro, sombrío cual una torre inverosímil... Todo aquello me producía tal efecto que no encontraba palabras para hablar... aquel vaho y niebla mezclados de rayos de sol, arriba, con nubarrones de humo que envolvían las cimas de los rascacielos; abajo, con las luces coloreadas que correteaban, se apagaban y encendían; los rebaños de autos que se arrastraban por millares, bramando, y tanta gente en las calles, unos homúnculos diminutos a los pies de los edificios gigantescos; todo esto me admiraba y subyugaba tanto, y al mismo tiempo me era tan antipático que, en mi interior, una voz parecía clamar auxilio: «¡Por Dios, socorro!... Vengan, suspendan este tráfico inhumano, derriben esas casas que se nos caerán encima... ¿Qué quieren con este ruido caótico e insoportable? ¡Restablezcan el silencio!...». Más o menos, éstas eran mis primeras impresiones en las calles de Nueva York.

Por fin, el taxi se detuvo con nosotros ante un hotel. En aquella calle había un ruido tan estruendoso como en mi pueblo, bajo el puente de la vía férrea, cuando por él pasaba el expreso. Toda la calle era un solo puente interminable con sus estrépitos y traqueteos. Por la calle pasaba un tranvía, y por encima, sobre una vía tendida en unos soportes de hierro, se perseguían unos trenes de forma extraña, desprovistos de locomotora.

En esta calle las casas eran más bajas y más sucias, y las tiendas, de aspecto más pobre. La acera y la calzada aparecían cubiertas de basura e inmundicias. De vez en cuando, el viento daba un arranque, levantaba del suelo aquellos papeles sucios y húmedos, y los *azotaba* contra las caras de los transeúntes.

En el «hall» del hotel tomamos el ascensor, que subía con tal rapidez que parecía que se le hubiese estropeado el freno. No por eso dejó de pararse por sí mismo, como un animal bien amaestrado.

En mi vida había visto un hotel así. Nos condujeron a una sala enorme, en la que había un sinnúmero de pequeños compartimientos, separados entre sí tan sólo por cortinas. El aire podía circular libremente por ellos, pues el techo estaba descubierto. Una cama, una silla, una mesita minúscula y un armario incrustado en la pared, era todo el mobiliario. Los compartimientos eran poco mayores que una cabina algo cómoda de cualquier piscina de natación.

Todo el hotel parecía ilustrar a las claras cómo se sacaba provecho, a la fuerza, hasta del último palmo de espacio.

A Pulai y a mí nos dieron dos compartimientos juntos. Pulai me dejó solo; me dijo que a las seis volvería a buscarme para llevarme a un restaurante húngaro a cenar.

Desde la puerta aún me gritó, volviéndose:

—«¡Sobre todo, no vaya a callejear por ahí, pues no encontraría el camino para volver a casa!».

Me eché sobre la cama, vestido, para descansar. Tras de las cortinas, por doquier, oíanse ronquidos, carraspeos o conversaciones en sordina. La sala no recibía luz desde arriba; cada compartimiento tenía su lamparita con pantalla. La oscuridad pesaba aún más sobre uno a causa del aire viciado. Tenía la impresión de encontrarme en el fondo de un gran saco, junto con numerosas personas, todos muy apretujados.

Cerré los ojos y procuré formarme una idea aproximada de lo que acababa de ver desde la mañana. Mi imaginación, rendida de cansancio, me formulaba más o menos de esta manera mis impresiones de Nueva York: en una inmensidad de calles, una inmensidad de casas; en esta inmensidad de casas, otra inmensidad de pisos, desde el nivel del suelo hasta el cielo; en esa inmensidad de pisos, otra inmensidad aún mayor de ventanas y, por doquier —abajo en las calles, en los trenes, en los coches y dentro, entre las paredes— una cantidad inmensa, verdaderamente inmensa de seres humanos. En las calles, hay unos enormes agujeros, y el flujo humano se encauza en ellos, cual un líquido pardo e inmundo, o sale burbujeando de los mismos, como en las calles el agua de los grifos abiertos de la canalización. Había preguntado a Pulai, qué eran estos agujeros, y me contestó que eran las estaciones del metro subterráneo.

En ninguna parte puede uno sentirse tan abandonado como en medio de una inmensa cantidad de gentes.

Se apoderó de mí una extraña inquietud. Decidí bajar a la calle. A cada diez pasos volvía la cabeza para reconocer la entrada de mi hotel. Grábeme en la memoria que, inmediatamente junto a la entrada, aparecía ante la puerta de una pequeña tienda un aparato muy curioso que nunca había visto antes en ninguna parte. Era una barra vertical de cristal, fijada en la pared, tan gruesa como un brazo humano. Corrían por él, en sentido inclinado, unas líneas pintadas de rojo y azul, y mientras alguna fuerza invisible hacía girar la barra de cristal, el conjunto daba la ilusión óptica de que toda la barra fuese penetrando en algo, sin cesar, infinitamente. Son las líneas inclinadas rojas y azules las que provocan esta ilusión. Es un aparato muy sencillo, pero ingenioso.

«De modo que, me decía, la entrada del hotel está al lado de ese aparato». No me apartaba de la pared, y hubiera sido imposible atravesar la calzada. Auto tras auto, pasaban en nutridísimas y tupidas filas. Me produjo la impresión de que tuviera que abrirme paso a través de una selva virgen.

En los escaparates de las tiendas no había mucho que ver ni admirar. Las de modas masculinas ofrecían mercancías tan inferiores y de mal gusto, que hasta en los almacenes más modestos de Budapest se podía comprar mucho mejor. Aquellas corbatas verdes y azules me llenaban de un sacro horror. No era muy difícil adivinar que la elegancia espeluznante de Pulai procedía de tales tiendas.

Tenía tanta hambre que casi me desplomaba ya. Sobre todo, al pasar ante la

puerta de otro diminuto local, en el vidrio de cuyo escaparate vi escrita la palabra «Restaurante». Detrás del cristal podían verse enormes lechugas, rojos tomates, un gran pavo asado fiambre, y, además, plátanos y naranjas.

Miré al interior y vi que, ante el mostrador, encaramados sobre unos asientos muy altos, había varios hombres con el sombrero puesto, comiendo. Entré yo también, teniendo buen cuidado de no olvidar que estaba en América, y que, así, no tenía que quitarme el sombrero (como cuando se entra en una tienda de Budapest). Me encaramé a mi vez sobre un asiento alto de aquéllos, y esperé, lleno de curiosidad, a ver qué pasaba.

Se me acercó el camarero. Le expresé por signos que quería comer. Temía que se riera de mí por expresarme de una manera tan primitiva, pero en vez de eso me miró con cariño y comprensión.

Sin duda estaba acostumbrado a clientes que no se expresaban más que con sus dedos y con su mímica.

Me enseñó un par de salchichas, con mirada interrogativa, y yo asentí con la cabeza.

Sacó un panecillo alargado, lo cortó en dos rebanadas como asimismo las salchichas; puso sobre el panecillo así abierto, primero unas hojas de ensalada, y después vertió sobre todo una salsa que no pude adivinar qué podía ser.

Bueno: esto no debe de ser muy malo, ¡salchichas con ensalada y un panecillo! Mordí con avidez en el emparedado, pero casi lo dejé caer todo: mi boca se había llenado de un gusto dulzarrón y empalagoso. ¡Aquel granuja me había echado algún jarabe sobre el emparedado!...

Estaba allí sentado, desamparado ante aquel bocado incomedible. No era capaz ni de mirarlo. En un instante, cuando me parecía que nadie me miraba, aparté el plato, significando que quería pagar.

Respiré aliviado cuando me encontré de nuevo en la calle. De repente, creí que soñaba, pues acababa de llegar a mis oídos unas palabras en húngaro:

«¡Qué va!, no digas tonterías...».

No había oído más que esto, pero no era ningún sueño; aquellas pocas palabras habían sonado con toda claridad y en húngaro en medio del maremágnum del tráfico callejero. Miré hacia aquel lado: vi dos hombres, uno joven, otro más bien maduro. Apresuré mis pasos, los alcancé y, rebasándolos, volví la cabeza hacia ellos. Desde luego, eran ellos; tenían unos inconfundibles rostros de húngaros bonachones. No hay engaño: al húngaro se le puede conocer en seguida por la cara hasta a una distancia de un centenar de pasos.

Esperé que volvieran a hablar. Pero iban presurosamente uno al lado del otro, sumergidos en sus preocupaciones. Me invadió una agradable excitación y, al llegar a una esquina, me planté ante ellos, saludando con el sombrero muy amablemente, y con una sonrisa amistosa, les grité en *magyar*:

«Perdonen, señores; ¡también yo soy húngaro!».

Se quedaron parados, y se miraron; luego me miraron a mí, y otra vez el uno al otro.

El más viejo le preguntó al más joven; pero aquél se limitó a encogerse de hombros.

No eran aquéllos. Ni sabían una palabra en húngaro. Las palabras vernáculas que habían chocado en mis oídos entre la muchedumbre, habían brotado de otros labios, que se habían sumergido nuevamente en aquel inmenso flujo de transeúntes.

Me puse tan triste como si se me hubiera caído algo al mar, que nunca más podría encontrar en esta vida.

Entretanto, había llegado ante el escaparate de otro restaurante. Allí se veían unas tajadas de carne que desprendían un cálido vaho en una enorme olla de plata. Sin vacilar entré.

Éste parecía ya un local algo más selecto. Los clientes se sentaban ante unas mesas, sobre pesadas sillas de roble. En las mesas, igualmente de roble, no había mantel, pero todo era muy pulcro y limpio. Por signos, encargué a uno de los camareros que también me sirviera lo que acababa de traer a otro.

Entretanto, en un plato de cristal, habían colocado ante mí entremeses picantes; pepinillos, un diminuto melón, un tomate verde no mayor que una nuez. La boca se me hacía agua: ¡por fin, un plato como los de casa, que también mi madre solía preparar así, en salsa picante, los melones pequeños!

Cuando colocaron ante mí la carne, tomé con la punta de mi tenedor un pepinillo y lo mordí. Creí caerme del asiento: mi paladar, preparado para recibir una sensación picante, sufrió una decepción: ¡también el pepino estaba tan dulce como un jarabe!

Por suerte la carne, guarnecida de patatas fritas muy sabrosas, no estaba bañada en jarabe alguno. Comí con mucho apetito. Me sirvieron también café, mucho más de lo que había esperado, en una taza de té. Desde luego, más flojo que el de casa.

Después de comer —serían las tres— quise volver al hotel. Al salir a la calle, noté, estupefacto, que había perdido totalmente la orientación. Naturalmente, esto me había pasado al interpelar a aquellos dos desconocidos, corriendo tras ellos y olvidándome de todo lo demás; cuando las voces húngaras, cual fuegos fatuos, me hicieron desviar del camino recto, atrayéndome como a un terreno pantanoso.

Se me escapaba incluso el nombre del hotel. Me puse a caminar al acaso, y al poco rato casi solté un grito de alegría: acababa de ver la barra de vidrio roja y azul, que giraba penetrando su punta en la nada.

Pero mi alegría no duró más que un instante fugaz. Ni a la izquierda, ni a la derecha de la barra, había hotel alguno. Más tarde me pude dar cuenta de que barras como aquéllas las había ante muchas puertas, y que eran la muestra de los salones de peluquería, como en mi tierra las bacías de latón.

Estaba desesperado. En vano iría a consultar a un policía, pues no llegaría a hacerme comprender. Y, aún cuando supiera inglés, sería inútil. ¡Se me había olvidado el nombre del hotel!

Seguí una dirección, luego otra, y por fin volví ante el escaparate de las tajadas rojas, pues temía perderme aún más en aquel bosque terrible.

Tras dos horas de lucha acabé por encontrar la entrada de mi hotel.

Me agarré al pasamano de latón de la subida al «hall» con el mismo ahínco que una vez, siendo niño, me agarrara a la rama de un sauce, que me salvó la vida cuando, al bañarme, la corriente del río me arrastraba.

Capítulo 9

DESCENDIMOS bajo tierra donde se cruzaban en todos los sentidos unos pasillos abovedados de blancos azulejos. Aquellos pasillos resonaban con un eco muy sonoro. Las palabras que pronunciábamos, el ritmo de nuestros pasos, adquirirían un relieve inusitado, y el fondo invisible de los corredores estaba repleto de toda clase de gruñidos y bramidos, traqueteos y silbidos misteriosos. En las paredes, había enormes carteles anunciadores, que daban al subterráneo prestancia de galería de pinturas. Desde aquella mañana, conocía ya el nombre de una marca de cigarrillos; ahora, al verlo otra vez en un enorme cartel, sentí como si tuviera el gran honor de ver el nombre de uno de mis familiares más cercanos inscrito con letras grandiosas en un sitio público. En un país extranjero cualquiera la nueva marca de cigarrillos es nuestra primera amiga. Por lo demás, en un ambiente extraño, uno se regocija con cada palabra que ya ha visto escrita o ya ha oído anteriormente.

Hay toda una pequeña ciudad bajo tierra: quioscos de periódicos, tiendas de todas clases. Nunca les toca el sol, únicamente la luz amarillenta de las bombillas eléctricas. Un día vi un cuadro que representaba a la Tierra (no sé dentro de cuántos millones de años) ya demasiado enfriada, y a la Humanidad obligada a bajar, a vivir subterráneamente. ¡Ah, sí!, ya me acuerdo: era un grabado de un artículo de «Illustrated London News», que hojeara en un café de Budapest. Allí se podía ver cómo sería una de aquellas ciudades bajo tierra. Corredores iluminados, escaleras, unos hoyos brillantes bajo el suelo. Ahora tenía la sensación de pasearme en una ciudad por el estilo. Una poderosa comente de aire pasa zumbando junto a mis oídos, a través de aquellos laberínticos corredores que resplandecían de colores blancos. Aquello me molestaba. Supongo que otros no acostumbrarán tener tales desagradables sensaciones en aquel lugar; tan sólo yo, que me encontraba allí por primera vez en mi vida. La masa ingente de los pasajeros caminaba a mi lado con la misma cara impasible que arriba en las calles.

Por fin, al final del pasillo, desembocamos en la estación, en la que entraban uno tras otro los largos trenes sin loco-motora. Las puertas se abrían por sí mismas para cerrarse igualmente. La multitud de pasajeros fluía afuera y adentro sin que se oyera una sola voz. Es admirable con qué automatismo se hace allí todo. Hay en ello algo ingentemente poderoso, pero también algo tremendo, algo desolador.

El metropolitano corre con nosotros a una rapidez vertiginosa. Ni siquiera se para en todas las estaciones. Éstas, cual grandes cavidades blancas y doradas y brillantes, pasan como llamaradas a nuestro lado, y henos otra vez en el interior de otro túnel negro.

Esa desbocada carrera bajo tierra, ese tren silbante que atraviesa las estaciones sin detenerse y pasa por interminables túneles, provocan en mí la sensación de alguna indomable violencia. Sí, también estos trenes se ven empujados por una indomable

violencia; lo siento, pero no encuentro ninguna otra expresión mejor: violencia, una violencia brutal y torpe, que lo arrollaría todo para llegar a la meta. Es esto lo que mueve los ascensores con tan vertiginosa velocidad, esta energía tan violenta, esta furia de querer superar y reprimir a todos los demás, estos celos, esta envidia, esta fiebre de la competencia... Es también la que traza sobre el cielo las cúpulas de los rascacielos. Por lo demás, todo ello carece absolutamente de sentido. ¡Esa arquitectura hacia la estratosfera! Es muy desagradable vivir y trabajar en estas casas altas y estrechas como un bastón. La gente ha hecho subir los pisos con la misma locura con que en la Bolsa suben las cotizaciones, en algún cuarto de hora de locura, durante algún momento desbocado de la Historia. Y ahora se han quedado pegados allí arriba, a esos rascacielos, negros y pequeñitos, como las moscas en el pegajoso papel que las atrapa. Todo ello no tiene sentido alguno. En América existen territorios inmensos que aún están vírgenes de las pisadas del hombre blanco. Y éste, ahora, ya no puede ni utilizar sus automóviles. ¿Por qué no va con esos coches más lejos, a lo largo de las orillas del mar? ¿Por qué no adopta la arquitectura en extensión horizontal?

Tales eran los pensamientos que cruzaban mi cabeza, mientras el metropolitano nos hacía volar hacia el otro extremo de la ciudad. Ahora, el tren, como si estuviera cansado de los túneles oscuros, salió al aire libre y al sol. Y aún más: trepó sobre aquella vía elevada que pasa por encima de las calles. Con tremendo traqueteo, corrí aún durante unos minutos a la altura de dos o tres pisos; luego, de repente, como por una montaña rusa de los parques de atracciones, descendió otra vez bajo el suelo, soltando unos pitidos estridentes en cada curva que sonaban como las locas carcajadas de una bruja que pasase cabalgando sobre su escoba, por encima de las chimeneas, y exhibiendo su feo cuerpo, con unos alaridos sensuales y asquerosos.

Miré mi reloj: todo el trayecto no había durado más de siete minutos. El tren no se había detenido más que una sola vez, por muy contados segundos.

Pulai me había dicho que íbamos a una taberna húngara a cenar pollo con *paprika*^[22]. Esta perspectiva me tenía muy excitado.

En esta calle no había rascacielos. Eran casas de sólo cuatro o cinco pisos, ahumadas, negras y sucias.

Nos detuvimos ante una de ellas. Pulai me enseñó el rótulo que rezaba así: «Hungarian Restaurant». Esto me infundió cierta confianza, pues comprendía el sentido de ambas palabras. Así, pues, la primera chispa de mi amor propio de ciudadano norteamericano surgió en aquella ocasión, al subir por la crujiente escalera de madera, cubierta con una sucia alfombra. Iba hacia dos palabras inglesas, y sabía lo que significaban. Además, ya conocía el nombre de una determinada clase de cigarrillos. Todo esto me llenaba de ciertas emociones que se parecían mucho a las de la familiaridad.

Quisiera acordarme con gran exactitud de aquellos instantes. Tal vez voy a anotar aquí ahora una serie de detalles superfluos, mas aquellos minutos, para mí, vistos

desde tan grande distancia de tiempo, se me figuran ahora decisivos, de importancia vital, como los momentos en los que se inicia algo que decidirá nuestro destino.

Subimos al primer piso. El restaurante apenas era mayor que una salita de dimensiones regulares. Un pesado hedor de comida flotaba agarrado en las paredes, embebido en los manteles de las mesas. Como si la suciedad de la calle tuviera allí su continuación, hasta los cubiertos eran de dudosa limpieza.

Llegamos temprano; tan sólo una mesa estaba ocupada. Un hombre viejo y malhumorado la ocupaba, con el sombrero puesto, las piernas estiradas y las manos hundidas en sus bolsillos. Masticaba un palillo y miraba fijamente ante sí.

Poco después, apareció la propietaria: una judía de edad madura. Llamábase Regina Stolz.

—*Hello, missis Stolz*, —saludóla Pulai, sentándose a una de las mesas.

Repetí para mi colete varias veces esta manera de saludar, con objeto de poder emplearla también yo en otras ocasiones, pues me daba cuenta instintivamente de que aún volvería a este lugar bastante a menudo. En efecto, en la mesa, entre toda clase de mostazas y otros frasquitos cuyo destino me era desconocido, había también una cajita de madera con esta inscripción: *Paprika de Szeged*.

La señora Stolz se sentó a nuestra mesa, mostrándose muy amable y simpática también conmigo. Me preguntó toda clase de cosas posibles e imposibles, y hasta se interesó por mi familia. Posiblemente esto formaba parte de su estrategia comercial; en la continuidad ininterrumpida de sus preguntas había efectivamente algo que podía provocar la sospecha de que a todo el mundo solía preguntar lo mismo, pero esto me importaba muy poco en aquellos momentos. Al contrario, casi se me saltaron las lágrimas cuando me invitó a considerarme en su modesto restaurante como si estuviera en mi propia casa. Y, si necesitaba un consejo, un informe, unas cuantas palabras amables para conversar, podía venir a verla cuando gustase. Lo decía con toda sinceridad. Parecía ser una mujer sencilla. Tenía una mirada muy hermosa, pura y cálida. Era una de tantas mujeres de cualquier pueblo de provincias de Hungría, la esposa del humilde comerciante israelita. Vestía a la manera de ellas, se movía igual y hasta llevaba el moño exactamente como la señora viuda de Puder, que tenía el almacén de pinturas junto a la iglesia católica de mi pueblo.

Era muy agradable oírla hablar de la «vieja patria». Sí, ya he aprendido esta expresión: «vieja patria». Fue la señora Stolz la primera que la pronunció ante mí. Comprendí inmediatamente lo que significaba. Y con la palabra, me penetró incluso cierta tristeza extraña, como el recuerdo hondo y admirable de un ser querido muerto. Sí, me atrevo a afirmar sin hipérbole que estas dos palabras adquirirían una sonoridad patética en aquel diminuto restaurante húngaro de Nueva York regentado por una pobre hebrea.

—¿Desde cuándo está en América la señora?

La señora Stolz se ruborizó ligeramente. No estaba acostumbrada a que se le hablara con tanto respeto.

—Vinimos ya antes de la guerra, con mi marido...

—Y su señor esposo, ¿a qué se dedica?

—Mimando... ¡Oh!... Mi marido... —reía se, de manera algo rara.

—¡Es un granuja! —declaró Pulai con una suficiencia moral como raras veces he encontrado en mi vida.

La señora Stolz jugueteaba meditabunda con unas migajas de pan sobre el mantel. Tenía las uñas demasiado recortadas. En tomo de su boca apareció una sonrisa triste y pensativa.

—Me divorcié de mi marido. Ya hace mucho tiempo... En América es cosa muy corriente...

Luego, para cambiar de rumbo de la conversación, me preguntó qué tal se vivía ahora en la «vieja patria». Preguntóme por los precios del trigo, de la carne de vaca, de los huevos. En aquellos instantes sus hermosos ojos pardos estaban repletos de una tristeza cálida. Yo tuve la sensación de que en aquella mirada flotaba un sinnúmero de recuerdos. Toda su infancia y su juventud. Y aquella pequeña aldea del condado de Szabolcs de la que era natural.

El camarero vino a servirnos el pollo con *paprika*. En mi vida he comido pollo con *paprika* peor preparado. Estaba soso, nadaba en una salsa fría, y la carne, demasiado hervida, se desprendía de los huesos. Además, había sido pésimamente trinchado. Aquel pollo con *paprika* despertó en mí una gran tristeza.

Poco a poco se iba llenando el pequeño restaurante. En todas las mesas se oía hablar húngaro, pero al mismo tiempo se hablaba inglés también. Había quien acababa en inglés la frase empezada en *magyar*.

La señora Stolz aún continuaba sentada a nuestra mesa y nos hacía más y más preguntas: si existían aún en Budapest los «Grandes Almacenes de París»; si ya habían construido las orillas del lago Balaton, y qué orquesta de zingaros tocaba actualmente en aquel café que hay en la esquina de la calle Király. Cada vez que me dirigía una pregunta la empezaba por estas palabras:

«Oiga, míster Pekri...».

En aquellos momentos precisos acababa de transformarme definitivamente en míster para siempre. Nunca olvidaré la sensación extraña que experimenté cuando oí aparecer mi apellido, por vez primera, en compañía de este título de tan complejo sentido.

Después de cenar, trabé conocimiento con una serie de húngaroamericanos. En su mayoría eran gente sencilla; había entre ellos, empero, también un médico y un coadjutor católico. Parecióme que les enlazaba a todos cierta fraternidad común, en lo que había para mí algo muy bonito y triste.

Les pregunté cómo podría ir a algún museo neoyorquino. Se rieron de mí cuando les dije que solo no podía ponerme en camino: me perdería, por no saber una palabra de inglés.

—¿Quiere usted apostar conmigo que ya sabe por lo menos trescientas palabras?

—me dijo el padre.

Cuando me limité a contestarle con una sonrisa cohibida, exclamó:

—Óigame, pues. El lugar adonde quiere dirigirse se llama así: *American Museum of Natural History*.

Lo escribió en un papel y lo puso ante mí.

—Tradúzcalo ahora; a ver, qué significa.

—Ya le he dicho, padre, que no comprendo ni una palabra de inglés...

—¡Que sí, que sí! Lo principal es no asustarse ante la dificultad, la cual no es más que aparente. *American* significa americano; *Museum*, museo; *natural*, significa lo mismo, e *history* es historia. Bueno, ahora componga usted las palabras. «Museo Americano de Historia Natural»... Mire: usted ha estudiado el latín. Pues bien: en el inglés, la mitad de las palabras son de raíz latina.

—Cuando lo veo escrito así, *natural*..., sospecho, desde luego, lo que quiere decir. Pero cuando lo oigo en la boca de usted, padre, suena muy distinto. ¿No ha pronunciado usted *néicharel*? ¿Cómo quiere que lo reconozca así?

Esto les hacía reír. El médico nos explicó:

—En los tiempos en que desempeñaba el cargo de médico a bordo de un buque, hablábamos un día de la pronunciación. Había en nuestra mesa un comerciante noruego. Dijo el noruego: «¡Qué tontería que en cada país se pronuncien las palabras de manera distinta! Ahí tienen ustedes, por ejemplo, la voz *nation*. El francés la pronuncia *nació*, con ene nasal; el inglés dice *néchn*... En vez de decir todo el mundo, como Dios manda, igual que en noruego: *nashúnl*».

También esto provocó risas. Luego sacaron un plano, explicándome que, en el fondo, era más difícil perderse en Nueva York que en una pequeña ciudad europea cualquiera. El mapa de Nueva York es tan sencillo como el papel cuadriculado. Las avenidas —en inglés, *avenues*, lo que aquí pronuncian *evnius*— corren en sentido norte-sur, y las calles o *streets* —*strits*—, en sentido perpendicular sobre las anteriores. Es imposible confundirlas, pues están numeradas, y una viene rigurosamente tras la anterior en la numeración. Me explicaron incluso dónde debía tomar el tranvía elevado —el *elevated*, pronunciado *elevéitid*, otra palabra fácilmente comprensible— para llegar al museo.

Tenía la impresión de que las puertas misteriosas y amedrentadoras del idioma inglés empezaban a abrirse poco a poco ante mí.

Al día siguiente me paseaba por la Sexta Avenida con un plano en la mano. A cada instante chocaba contra algún transeúnte; me empujaban de un lado a otro, pero esto me tenía absolutamente sin cuidado. Mi nariz y mis lentes estaban, ya sobre el mapa, ya buscando, en los rótulos fijados en los faroles, el número de las calles. Era un juego lleno de emociones encontrar la clave y solución de tan enorme laberinto, y hojear ese libro inmenso que es Nueva York. Las filas de calles y rascacielos se doblan periódicamente, arañando el aire: páginas gigantescas en un libro de gigantes... ¡Nueva York!

De vez en cuando, soltaba una ligera carcajada. Los transeúntes, sin duda, debían de tomarme por un loco. Naturalmente: la Madison Avenue está por aquí, y aquella otra es la calle Cuarenta y siete. En alguna que otra esquina me sentí feliz a más no poder; creo que ni el mismo Hudson pudo serlo tanto cuando descubrió la isla Manhattan, donde yo hacía ahora, a cada instante, mis formidables descubrimientos, con un minúsculo plano en la mano, tres siglos más tarde que él.

Dos semanas después, ya chapurreaba algo de inglés. Y hasta conseguía manejar con tanto arte mi modestísimo saber, que los americanos que conocí en el restaurante podían creer que ya lo comprendía todo. El idioma inglés se me pegaba como al hombre untado de alquitrán las plumas.

Al cabo de dos semanas hasta encontré trabajo. El médico húngaro me dio una tarjeta, con la que me presenté a ver a uno de los administradores de un *building*^[23], y en seguida me dieron el empleo de ascensorista, con veinte dólares semanales. No era mucho, pero podía vivir con ello, sin necesidad de tocar el poquísimos dinero que aún me quedaba del modesto capitalito con que había llegado a América.

El ascensor en que trabajaba era tan grande como una habitación mediana. Por las mañanas, cuando afluían los empleados de las oficinas, a veces tenía hasta cuarenta pasajeros a la vez. El trabajo era bien sencillo. No era necesario apretar botones, como en los ascensores de Budapest, sino manejar una manivela de acero, impulsándola hacia adelante o hacia atrás, según se quisiera subir o bajar. Cumplía mi cometido sentado. Junto a la manivela había un pequeño asiento redondo, el único en todo aquel enorme ascensor. Ya había observado antes cuánto cuidado se tiene en América con la comodidad de los trabajadores. En América he visto al primer conductor de tranvía conducir sentado su coche.

El tráfico de aquel enorme rascacielos era tan grande, que yo tenía que trabajar incesantemente. Mi mano no podía soltar casi ni un instante la blanca manivela de acero. Tanto yo como Jimmy, el otro ascensorista, un muchacho escocés picado de viruelas, llevábamos unos guantes cuyo interior estaba untado abundantemente de jabón, para que la manivela no nos produjera sabañones en las manos.

Por lo demás, me gustaba mucho mi trabajo. Nunca resultaba aburrido. ¡Cuánta gente, y cuan distinta toda! Nadie se conoce; van allí, en el ascensor, de pie, como otros tantos maniqués de cera. Sólo pronuncian mecánicamente una palabra, dicen *fiven*, o *seven*... o *fourteen*, según el piso en que tienen que hacer.

Ya conozco a muchos de vista. Los que trabajan en nuestro mismo *building*. Éstos ya ni pronuncian el número de su piso, sino que se limitan a dirigirme una sonrisita de inteligencia. Yo les contesto con otra sonrisita igual. Son taquimecas y empleados de oficina. En el séptimo piso tienen su despacho unos arquitectos, donde sólo se hacen planos para plantas industriales. Aquella muchacha de pelo color de alheña, de mirada amistosa, y aquel hombre con el cuello corto, que lleva un bigote igual al de Pulai, ese asqueroso bigotito americano que no es más que la prolongación de las ventanas de la nariz, van ambos a la oficina de los arquitectos del séptimo piso. Aquel

señor japonés de edad madura, suele ir al duodécimo, al despacho de un consignatario de buques. En el noveno hay una editorial que sólo publica libros de rezos. Allí va un *gentleman* israelita ya bastante maduro, pero más bien joven aún, que siempre está cavilando y meditando en algo, redondeando los labios y silbando; saca sus llaves en el ascensor y las manosea con impaciencia. Cuando sólo van hombres en el ascensor conservan puesto el sombrero, pero tan pronto como entra cualquier persona del otro sexo, todos se descubren. Si alguien no lo hace, indica con ello claramente que acaba de llegar de Europa. En Budapest no es costumbre quitarse el sombrero en el ascensor; aquí sí. Parece que es obligatorio. Luego subo y bajo a gran cantidad de gente de todas clases, a la que no conozco, que tienen algún quehacer en este horrible colmenar, y que trajina arriba o abajo. En cada piso hay oficinas o despachos de los más variados negocios.

No hay que decir que visto uniforme. Sin ponérmelo no hubiera podido empezar a trabajar. Es de paño azul pólvora. En mi gorra de plato se leen las palabras «Taft Building», en letras doradas; el rascacielos donde presto mis servicios lleva el nombre del que fue presidente de los Estados Unidos.

Me siento, pues, en mi pequeño asiento redondo y manobro la manivela. Ya no me molesta este continuo movimiento de subir y hundirse constantemente en el espacio.

¡Trabajo! Me dan dinero por ello. ¡En América! Es una sensación muy especial, pero magnífica. Veinte dólares por semana, harán en un mes... ¿cuánto?... unos ocho millones de coronas de papel húngaras. Gyula no tiene de sueldo ni siquiera la mitad de esto.

Ya tengo incluso tarjetas de visita: *John Pacree*... y en el ángulo inferior, la dirección del hotel donde duermo. De vez en cuando, las saco y me las quedo mirando. *John Pacree*. ¿Sería, pues, yo éste?

La palabra *Pacree*, los americanos la pronuncian *Pekri*; en cambio, si la escribiera como en casa, lo pronunciarían *Pókri*. Por eso rogué al coadjutor, en el restaurante, que transcribiera mi apellido según las leyes de la pronunciación americana. Mientras él me bautizaba poniéndome el apellido de *Pa-cree*, el médico me echó, en broma, por detrás, medio vaso de agua sobre la cabeza.

A mi madre le escribí que acababa de encontrar colocación en la «administración» de una gran casa de inquilinos. Si me viera ataviado con este uniforme, y si supiera que no soy más que un vulgar botones de ascensor, se le partiría el corazón. Ella no podría comprender estas cosas.

Uno de estos días recibiré carta suya.

Capítulo 10

MIS tardes libres las suelo pasar por regla general en el museo. El *American Museum of Natural History*. Ya el mismo camino de llegar hasta allí me encanta: me gusta enormemente el tranvía «elevado», que corre con rapidísimo traqueteo por encima de las calles.

Heme aquí una vez más en el museo. Tiene salas tan amplias como un mercado abierto, en las que me paseo absolutamente solo. Y es que los vigilantes están tan inmóviles, que apenas se les diferencia de las estatuas. También conmigo se verifica el célebre chasco: me sobresalto, apartándome de uno de aquellos guardianes, cuando, con el catálogo en la mano, me he acercado a él como a un objeto inanimado y veo que... ¡me mira con ojos de persona viviente! Hasta suelta una risita, y me dice algo, mientras me alejo rápidamente y avergonzado; pero no comprendo el sentido de sus palabras.

El silencio que reina en este museo es algo subyugador, algo formidable. Estar a solas con el pasado, con millones y millones de años de vida que imprimieron sus huellas en las capas geológicas de la Tierra. Me hallo en la sala de los animales prehistóricos, en la fabulosa cripta de los anfibios mesozoicos. Corro de uno a otro como si quisiera comérmelos ávidamente, con mis anteojos de miope. Son viejos conocidos míos; en los cafés de Budapest, al hojear las revistas extranjeras ya los había visto a casi todos, grabándolos hondamente en mi memoria. Pero ahora los veo en sus dimensiones reales, y me producen el efecto de haber sido los gigantescos y asombrosos juguetes de la divinidad.

De repente encuentro a otro «conocido». En uno de los pasillos, junto a la pared, se puede ver el sencillito y pequeño trineo de Amundsen, con el cual pisara el primero el Polo Sur. El capitán Scott, que progresaba hacia la misma meta de diferente dirección, ya encontró en la nieve las huellas de este trineo, y encima de ellas la bandera noruega ondeando. Se había retrasado tan sólo ocho días. Empezó el viaje de regreso y pereció en una tempestad de nieve. El capitán Scott ¡había realizado el viaje en vano! El tío Lebschütz, el boticario de mi pueblo, me había prestado su libro, el *Diario del capitán Scott*, o sea, el contenido de aquel librito de notas que se encontró años más tarde sobre él, o mejor dicho, sobre su cadáver extendido en su saco de dormir. La agenda reposaba sobre su pecho, después de haberse caído de su mano helada y muerta.

Me acuerdo perfectamente del efecto que me produjo aquel libro.

Y ahora tengo ante mí el trineo de Amundsen. Durante mucho tiempo no conseguí apartarme de este vehículo. De este diminuto artefacto sujeto con harapos de piel ennegrecidos, irradia la energía de gestas sobrehumanas. Tomo la decisión de, si alguna vez mi sino, en América, me hunde en los abismos de la desesperación, volver junto a este trineo.

Estaba a punto de proseguir mi visita cuando una algarabía inusitada vino a romper el silencio sobreterrenal de los amplios corredores del museo. Como si una bandada de pájaros acabara de hacer irrupción entre tan venerables muros.

Eran las alumnas de una escuela de muchachas, capitaneadas por sus profesores. Llevaban todas el mismo uniforme: traje de tela azul claro, con cuello de marinera, y gorra de la misma tela. Serían un centenar.

Todas tenían aproximadamente la misma edad: catorce a quince años. Niñas todavía y, sin embargo, ya mujeres: unos pequeños senos imprimían su relieve a las blusas de tela azul. Reían, charlaban, giraban las cabecitas, como si sus ávidas miradas quisieran captarlo todo a la vez. Se agolpaban como un rebaño de ovejas; yo les miraba las piernas, sus pantorrillas medio desnudas en sus calcetines blancos, sus piecitos en unos zapatos minúsculos con tacón bajo de *sport*; cómo pataleaban, corrían y se reunían en corros alborotados.

Niñas, niñas americanas, rubias, morenas, pelirrojas y castañas. Su pelo sedoso y fino caía en trenzas hacia delante, sobre sus hombros, o salía en rizos bajo sus gorras. En sus rostros, las rosas de la juventud. También en mi tierra había visto yo salir juntas, en grupos, a las alumnas de los institutos de muchachas; pero aquéllas ofrecían un aspecto muy distinto. Las colegialas europeas tienen granos en la cara o están pálidas; unas son demasiado gordinflonas, y otras demasiado flacas. En cambio, aquellas chicas americanas todas eran muy parecidas, y con su cuerpo elástico formado por los deportes, con figuras de efebos, como si todas fueran frutos del mismo árbol. En semejantes ocasiones se da una verdadera cuenta del poderío, fuerza y salud del gran pueblo norteamericano.

No sé, habrá sido por efecto del medio ambiente: aquella juventud parlanchína y gorjeante en medio de los esqueletos cien veces milenarios y los yacimientos geológicos de tiempos inmemoriales; las líneas agradables de su cuello, de sus hombros; sus tacones sonoros que golpeaban las grandes baldosas de piedra del suelo como una lluvia de granizo... todo ello adquirió para mí características de casi una visión, produciéndome tanta belleza y encanto femeninos una sensación de erotismo purísimo, por encima de la materialidad de la carne.

Pasaron a la otra sala, y yo las seguí. Desde luego, no sólo yo, sino también aquellos otros escasos visitantes que, catálogo en mano, hasta entonces nos paseábamos ensimismados a través de las salas. Los incomparables tesoros del *Museum of Natural History* acababan de perder repentinamente todo su atractivo.

En la sala, una de las profesoras ordenó silencio. Tuvo que repetir varias veces, y en tono cada vez más enérgico, el grito de *Silence!*, hasta que, por fin, se calló la gorjeante bandada de muchachitas.

Colocándose ante el esqueleto del diplodoco, la profesora, con mucha suficiencia, dio una conferencia rimbombante, de la que no comprendí ni una sola palabra. Bien es verdad que ni siquiera prestaba atención, pues me puse frente a la juvenil concurrencia, sumergiéndome por completo en la contemplación de tan radiantes

palmitos, y observando cómo las chicas se daban codazos, cómo extendían curiosas el cuello, o procuraban ocultar sus maliciosas risitas. Las había que permanecían muy serias y atentas, y otras cuchicheaban continuamente entre sí.

Cuando la profesora acabó su charla, dirigiéndose a otra sala, seguida de todas, era como si una bandada de gorriones hubiera levantado el vuelo, con alegres gorjeos, para ponerse de nuevo ante el esqueleto de otro anfibio primigenio, sumiéndose otra vez en el silencio.

Las seguí incluso a la sala etnográfica, donde bajo multicolores tiendas indias, se sientan unas figuras de tamaño natural, inmenso gabinete de figuras de cera, aldeas enteras tras valladares de bambú: salvajes agazapados en torno del fuego, mujeres haciendo las labores de casa, y por doquier canoas, ídolos, plumas, flechas, lanzas, *tomahawks*, utensilios de pesca primitivos, collares de conchas, jarras, cráneos. Todo ello evocaba en mi alma los recuerdos de las lecturas de mi mocedad: Robinson Winnetou... islas fabulosas con las que tanto soñara antaño. Mas sobre todo ello no echaba esta vez sino una mirada fugaz, tan atraídos como estaban mis pensamientos por la presencia de aquellas mocitas púberes. En medio de los fabulosos *wigwams*^[24], tiendas y pueblos de esos indios de cera, las muchachas correteaban como las hadas de una realidad mucho más maravillosa. La masa de sus cuerpos juveniles hizo encandecer la atmósfera entorno mío.

Y yo las seguía, de sala en sala, con el desesperado anhelo y la imaginación excitada, abrigando pensamientos prohibidos.

En una sala tan repleta de vitrinas que la profesora tuvo que dejar a las muchachas en libertad, pues hubiera sido imposible explicarles todo con detálleme mezclé entre ellas; desde luego, aparentando que también a mí me interesaban por encima de todo las jarras y cántaros de los indígenas americanos. Procuré retener en la memoria los rasgos de alguna que otra, pero, en su uniforme, todas parecían iguales. Apenas acababa de diferenciarse, como un relámpago, un rostro o una mirada, volvía a sumergirse de nuevo en la masa. En el agolpamiento entre las vitrinas, alguna que otra me cogía más de una vez del brazo, se volvía hacia mí y me decía algo, creyendo dirigirse a una de sus compañeras. En tales casos, encogían asustadas el cuello, se iban corriendo y, al encontrar a la amiga buscada, designándome a mí, le explicaban la confusión tenida conmigo, entre cuchicheos y sofocantes risas. Parecían ver en mí algún profesor, a causa de mis lentes. Yo procuraba conservar la seriedad, pero mi corazón, incomprensiblemente, latía con ritmo acelerado.

Poco después se fueron. Dejaron tras de sí un silencio y un vacío que daba miedo. Los objetos del museo se enmohecían aún más en su inmovilidad, sumiéndose en un mutismo todavía mayor que de costumbre.

Me había quedado solo en la sala de insectos. Y, al pasearme entre vitrinas, sobre una de las mismas noté un pequeño bolso femenino.

Alguien lo había olvidado allí. Bajo el bolso, había un cuaderno escolar, con el nombre de su propietaria: *Jennifer Doak*.

Aquella consabida letra de mujer, en la que los trazos aún infantiles aspiran ya a tener un carácter definido, permitía predecir que aquella muchacha, cuando fuese abuela, trazaría aún exactamente igual los lazos de la /, acabaría con el mismo empuje el final de la «k»; pero el perfil de las letras era aún muy inseguro. Los rasgos parecían casi unos tentáculos vivos que fueran palpando hacia un porvenir desconocido. Se notaba en ellos cómo se anquilarían más tarde, qué formas tomarían, en qué sentido se alargarían, con qué sacudidas se debatirían en las cartas de amor, y cómo se amansarían luego en una escritura materna.

Jennifer Doak: ¡cuánto de extranjero, cuánto de desconocido hay para mí en este nombre y apellido! De no saber que es el nombre de una muchachita americana, podría significar cualquier cosa, me sería igual. Pero así, se esconde tras él el emocionante misterio de algo virginal. Casi la veo ante mí en su blusita de tela azul claro. Pero sin distinguir, desde luego, su rostro.

Abro el cuaderno. Comprendo uno de los deberes que se refiere a una cuestión de geografía de los Estados Unidos. En el bolso hay un pequeño peine de plata, un tubito de rojo para los labios, una borla para polvos, unas hojas de papel con notas indescifrables, diminutas fotos de Kodak, en las que es imposible distinguir los rostros; además, dos dólares en papel y varias monedas de níquel de cinco *cents*.

Aún podría correr tras la bandada de muchachitas, pero, de repente veo ante mí una meta confusa. Hundo en mis bolsillos los objetos hallados y, en sentido contrario, me precipito hacia la salida. Sería muy desagradable que en este momento preciso volviese la propietaria, o me detuviesen para registrarme.

Ya estoy en la calle. Acabo de apoderarme de algo que me conducirá —aún no sé cómo, cuándo ni por qué— a alguna parte. Tal vez a ningún lado. Pero, de todos modos, es algo que en mi terrible soledad y en mi aburrimiento, representa un hilo de la vida del que parecen brotar mágicas chispas eléctricas.

Una vez en casa, vuelvo a sacar todos los objetos del bolso, y los examino cuidadosamente uno por uno. Entrevista confidencial con los objetos íntimos de una muchachita norteamericana. Levanto hacia la luz el peine, para ver si encuentro en él un pelo, e inferir de ello si *miss Jennifer Doak* es rubia o morena. Pero no hay cabello alguno en el peine. Procuero descifrar las notas contenidas en las papeletas, mas no consigo nada. Contemplo las instantáneas, con la esperanza de adivinar si está ella en las fotos; fueron sacadas en una excursión en automóvil, y aparecen en ellas también algunas damas, mas ninguna luce uniforme escolar.

Todos estos diminutos objetos son ahora para mí como si hubiera sacado del mar el contenido de un frasquito, examinando ahora bajo el microscopio la fauna invisible al ojo desnudo que nada en ella. Es una gota de agua del infinito e ignoto mar humano de Nueva York...

Paso el peine unas cuantas veces por mis cabellos, y con el tubo de rojo toco mis labios, pensando que la barrita había tocado los labios de *ella*. Y me atraviesa una sensación confusa y rara... ¡A tales estupideces puede impulsar a una persona seria la

soledad!

Me pongo inmediatamente a redactar una carta: la primera carta en inglés de mi vida. Por la noche llevo el borrador al restaurante húngaro, donde solicito de mi amigo Mike, ese muchacho completamente americanizado, aunque de origen alemán, que me lo corrija. En el dorso de la minuta, Mike vuelve a redactarme la carta, mientras se le saltan las lágrimas de risa al ver las terribles faltas de mi pobre inglés.

La carta es brevísima:

Distinguida señorita:

He encontrado en el Museo su bolso y cuaderno olvidados, y quisiera... rogarle me dé ocasión de devolvérselos.

En el cuaderno se lee la dirección: *138. E. 65 th.* Aquella misma noche echo la carta al buzón.

Al día siguiente llega la contestación. No la ha escrito la chica, sino su madre. Mañana, sábado, a las cinco de la tarde, me esperan en su casa.

Puedo decir que nunca en mi vida me he preparado con tanta excitación para mi visita. Mandé planchar mi traje, y hasta me compré una corbata nueva. Lo que más me emocionaba en la visita que iba a hacer era la incógnita de si con mis pobres conocimientos de inglés de quince días podría desempeñar mi papel con relativo decoro, en una casa completamente extraña, sin la ayuda de nadie. Había en ello algo inédito para mí, a la vez que algo impresionante: iba a visitar a una familia neoyorquina. Era esto como si se levantara un poco el velo misterioso que encubría para mí a Nueva York. Me acuerdo aún, con toda claridad, de que hasta con las calles me sentía más familiarizado que antes.

Llegué demasiado temprano ante la puerta de una típica casa de alquiler neoyorquina, de dimensiones regulares. Me paseé durante unos cuantos minutos ante la puerta, intentando imaginarme el diálogo que tendría lugar dentro de unos instantes, y formulando para mi coleteo algunas frases en inglés. (Desde luego, sin mucho éxito).

¡Eh, es igual! Vale más dar el salto mortal en seguida. Medio minuto más tarde me encontraba en casa de los Doak.

Recibiéronme dos rostros, dos pares de ojos. Aquellas dos caras, aquellos dos pares de ojos, eran completamente iguales, como la reproducción en doble ejemplar del mismo ser humano. Madre e hija.

Estaban de pie, a ambos lados de la mesa, pero en idéntica postura, extraña réplica una de otra.

Naturalmente, la madre era algo más gruesa y vieja, al lado de la juventud de la frágil muchachita. De sus caras enmarcadas por un pelo dorado cortado a la moderna, me miraban con la misma expresión, los mismos ojos. Aquellos ojos verdes, algo rasgados, parecían bañarse en algún extraño líquido plateado. Al mostrarse de perfil,

aquel brillo argentado y húmedo no desaparecía de los ojos, confiriendo cierta luz encantadora a su fisonomía. Bajo los finos lóbulos de la nariz, había sendas bocas cálidas, de líneas algo ondulantes, y unas barbillas cuadrangulares, de dibujo muy regular.

Para ser franco, Jennifer me defraudó: me la había imaginado muy diferente. Tal vez por estar convencido de que me recibiría aún esta vez con el uniforme escolar. Pero ahora lucía un traje de paño pardo oscuro, medias de seda y zapatos de tacón alto. Noté inmediatamente el rojo de sus labios, y en sus párpados, las «sombras» azules. Esto me pareció aún algo extraño, aunque en América consideran como completamente natural que también las muchachas jóvenes usen afeites.

Se podía leer en su cara que mi visita representaba para ella algo extraordinario; debía de ser sin duda su primera visita masculina. Reconocí inmediatamente esta importancia que se me daba, y después me di cuenta de que mi condición de extranjero contribuía aún más a realzar el carácter fabuloso de mi presencia a los ojos de la joven.

Me detuve cerca de la puerta y saludé con la cabeza. Ya sabía que no era costumbre darse la mano.

—*How do you do*^[25]?

Me contestaron ambas, como el eco, con sendos saludos de la cabeza: *How do you do?*

Me excusé de mi pésimo inglés, pues llevaba aún poquísimos tiempo en los Estados Unidos.

—¡Oh!, habla usted maravillosamente —declaró la mamá (desde luego, se trataba de una mera fórmula de cortesía). Mrs. Doak podía tener unos cuarenta años, aproximadamente.

Entregué a Jennifer los objetos hallados. Al tomarlos, se ruborizó hasta la punta de las orejas, y en vez de hacer una reverencia, como lo hubiese hecho en idéntica ocasión una chica de mi tierra, su cuerpo tuvo tan sólo cierto estremecimiento inimitable, y de sus labios se escapó un sonido semejante al piar de los pájaros, que podría transcribirse así:

—*Kyú...*

Esta palabra equivale a *thank you*, «gracias». Ya conocía este monosílabo, pues en las tiendas lo había oído muchas veces, melodioso y, sin embargo, muy breve: *Kyú!*... También Jennifer me agradeció mi amabilidad con el mismo monosílabo.

Mistress Doak me invitó a sentarme y me ofreció un cigarrillo. Rogué a Jennifer que registrara el contenido del bolso para ver si le faltaba algo.

Volvió a sonrojarse, y musitó:

—*Oh, that's all right*^[26]!

E inmediatamente escondió bolso y cuaderno en un cajón, para que yo no pudiera suponer que dudaba de mi integridad.

Inicióse entonces lo que más miedo me infundía: la conversación. Fue,

naturalmente, la mamá quien primero tomó la palabra; Jennifer callaba, y si por casualidad yo echaba una mirada sobre ella, desviaba cohibida la suya, lo que era encantadoramente infantil.

A las preguntas de *mistress* Doak le dije que era húngaro, y expliqué el clima de nuestro país, pues también me preguntó por él mismo. Y para preguntar yo también algo, me volví hacia Jennifer:

—¿Sabe usted, *miss* Doak, dónde está Hungría?

Jennifer clavó su mirada en el centro de la mesa y frunció las cejas, cavilando unos instantes. Sin duda era ésta su actitud también en la escuela, cuando la profesora le preguntaba algo especialmente difícil.

Tras una pequeña pausa, dijo:

—En Asia.

—En Europa —le rectificué, no sin cierta ligera tristeza.

Y en seguida fue como si hubiera alzado entre nosotros una valla de separación por este error suyo. Como si yo me diera cuenta inmediatamente de aquella tremenda extranjería que me separaba del alma de esta muchacha norteamericana. A partir de aquel instante, no pude liberarme de la sensación sofocante de mi calidad de extranjero.

—En América esto no se enseña en las escuelas —apresuróse *mistress* Doak a decir en ayuda de su hija.

Naturalmente, ¿cómo habría podido saber dónde estaba Hungría? Como si a mí me preguntasen por Bolivia o Bujara. Cogido de improviso tampoco yo sabría contestar.

Mistress Doak empezó una historia más bien larga. No tenía yo ni la más mínima idea de lo que chapurreaba, pero hacía como si me enterara y de vez en cuando observé:

—*Yes, sure...* (Sí, desde luego).

Tal como lo había oído decir a otros. Y el método solía dar resultado. *Mistress* Doak parecía contenta de mi aprobación, y dijo:

—¿No es verdad?

También Jennifer dijo algo, a lo que asentí igualmente: *Yes, sure...*

Pero a continuación me tiré una terrible plancha con este mi eterno *yes, sure...* En efecto, *mistress* Doak, como comprendí más tarde, me había preguntado:

—¿Cuántos habitantes tiene Budapest?

—*Yes, sure...* —asentí de nuevo, plácidamente.

Prodújose un instante de embarazoso silencio.

—*Yees...* —dijo con una sonrisa forzada *mistress* Doak, cambiando una mirada con su hija.

Sentí que el suelo se hundía bajo mis pies; el suelo del idioma inglés. Ante mis lentes se confundieron los muebles de la habitación y las figuras de las dos mujeres. No era la primera vez que notaba en mí lo mismo: a veces, progresaba con asombrosa

facilidad en el curso de una conversación en inglés; pero, de repente, todo se oscurecía en torno mío. Era esto lo que acababa de pasar ahora. Mi frente se bañaba de sudor, y a todas las preguntas de *mistress* Doak, sólo contestaba con una sonrisa estúpida.

Las pausas se hacían cada vez más largas; por fin, para salvar la situación, dejando sin respuesta una de las preguntas, me dirigí inesperadamente a Jennifer:

—Señorita Doak, ¿le gustan los perros?

—Sí, me gustan —contestó la muchacha.

Pero con ello la conversación se estancó definitivamente.

Me levanté para despedirme. Al salir, abrí por error la puerta del cuarto de baño, pero, en fin, acabé por salir del piso.

Otra vez en la calle me sentí invadido repentinamente de una maravillosa seguridad. La de no tener que continuar chapurreando en inglés.

Me pesaba ya aquella visita, que me había producido cierta tristeza y desánimo. Me sentía aún más solo en esta inmensa metrópoli que antes.

Sin embargo, al pasar delante de una tienda de flores, entré y encargué un hermoso cesto para Jennifer.

Volviendo a pensar en ello, comprendo que mi única finalidad era, al hacerlo, poder emplear por fin la primera de mis flamantes tarjetas de visita.

Capítulo 11

PULAI se fue del hotel sin despedirse de mí. No sé adonde habrá ido a parar; no le he visto desde hace cinco días.

Fue ayer cuando visité a Jennifer; hoy es domingo. Por la tarde, echado sobre mi cama, el sueño me ha vencido.

En el compartimiento vecino, un caballero negro estaba afinando su navaja de afeitar, y aquel ruido monótono me hizo entrar en sueño: tiz-taz... me dormí.

No había conciliado más que una especie de letárgico sopor, pero en aquel estado, tenía la sensación más completa de estar acostado sobre el diván de mi cuarto, en nuestra antigua casa. Sentía claramente el perfume de las manzanas: el de las *parmenio* de invierno y el de las «Zar Alejandro», y el de las reinetas carmelitas. Todo esto se debía a que el caballero negro (con el cual ya me saludaba, o mejor dicho, nos sonreíamos mutuamente), empleaba para afeitarse una pasta muy olorosa.

El perfume había penetrado en mi compartimiento, se extendió sobre mi rostro mientras estaba adormecido y me trajo del pasado los perfumes de nuestra despensa de manzanas.

En mi sueño era verano, una tarde de verano, cuando el sol cae sobre el suelo, las paredes y el cubrecama con incandescentes manchas triangulares. Me parecía como si una de ellas quemase mi zapato; esta ilusión provenía de que en mi compartimiento había un radiador al pie de la cama, lo que me hacía sufrir mucho por las noches.

Pero ahora era verano en mi alma, una tarde dorada de verano, yo estaba tendido en mi vieja habitación, sobre aquel canapé cubierto de gutapercha negra, con botones blancos. Reinaba silencio y fuera, en el jardín, las viejas tuyas aparecían secas y de color ocre, en medio de los pomposos trajes de follaje multicolor de los olmos, tilos y encinas jóvenes. Vi en mi sueño también un pozo, cuyo brocal está enlazado con pasión por unas ramas de yedra negras y viejas, tan gruesas como brazos humanos. En mis sueños llenos de añoranza reaparecía siempre de nuevo esta estampa rústica.

Y oía también el chancleteo de las babuchas de Virág sobre las losas de la veranda, y el crujir de sus numerosas enaguas superpuestas. Cuando pasaba ante la puerta de mi cuarto, tenía la costumbre de echar siempre una mirada al interior. ¡Cuántas y cuántas veces se habían enlazado así nuestras miradas, al fragmento de un segundo, y cuán agradable era para los dos! Llevaba la cabeza siempre un poco ladeada, pero, milagrosamente, su rostro era ahora el de Jennifer Doak, con sus ojos verdes plateados y su pelo corto liso, color castaño dorado. Y en la veranda de nuestra antigua casa soñaba una frase en inglés, el dulce y melodioso gorjeo de Jennifer: *Oh, that's all right!*

Luego presentáronseme otras visiones. En el silencio sólo perturbado por el zumbido de unas moscas oía claramente los gritos de los pavipollos, al fondo del patio, que parecían recitar un versito, inspirando el aire siempre de la misma manera:

«Bien, Pepe, muy muy bien...».

Oía los enérgicos carraspeos de mi padre, cuando, terminada su breve siesta después de comer, con su pipa apagada en la mano, salía de la veranda al patio. Oía, a través de la puerta cerrada, el runruno de la máquina de coser de Rózsa, Percibía la voz de mi madre que, desde la ventana abierta, le gritaba algo a mi padre, al patio. «Abróchate el gabán, que si no, te resfriarás», o «No olvides llevarte el paraguas...», o algo por el estilo. Estos gritos de mi madre, desde luego, nunca tenían sentido, pues mi padre no solía contestarle ni hacerle caso; no eran más que el testimonio de su exceso de cuidados para con él.

Todo esto surgía en tomo mío con alucinador relieve, allí en el oscuro compartimiento del hotel neoyorquino. Cuando, por no sé qué mido, me desperté, de momento no sabía dónde me encontraba. Buscaba con la mirada el cuadrilátero de la ventana, a través de la cual se veían el viejo pozo de piedra y las tuyas. La máquina de coser aún continuaba zumbando en torno mío; sólo después de algunos minutos me di cuenta de que era el mido del ascensor del hotel que me producía aquella ilusión.

Al volver por completo en mí, sentí mi alma infinitamente vacía. Desde que había salido de mi casa nunca habían cobrado tanto bulto los recuerdos de allí. Sentado sobre mi cama y apoyando mi cabeza contra la pared, cerraba los ojos para prolongar en mi alma aquellas voces y aquellas luces. Pero aquella vez todo fue en vano. Volvía a hallarme en este *Hotel Qui... Quer...* que el diablo se lo lleve; ya veo que nunca acabaré por aprender el nombre de la casa en que vivo.

Sentía un dolor lacerante al pensar que mi padre ya estaba muerto. Podría haber vivido aún veinte años más, por lo menos. Este dolor me invadió inesperadamente; ni aun aquella mañana tan fría en que me encontraba ante su catafalco, lo había sentido tan intenso. Y ahora todo me hacía daño: el pozo fuera en el jardín; los árboles; mis cañas de pesca en un rincón, apoyadas contra la pared, al lado del armario ropero; la despensa de manzanas y la veranda de nuestra casa; los chillidos de los pavipollos y aquellos muchos trofeos de caza en la galería. Todo esto, ¿había pasado? Todo esto, ¿se había hundido en la nada? ¿Por qué estoy sentado aquí, en este camarín tan oscuro, sobre el borde de tan incómoda cama? ¿Dónde estoy, realmente? Sí, sí: en América...

Es preciso que concentre un poco mis pensamientos. Había venido aquí para ganar dinero, mucho dinero. A mi madre la enviaría a un balneario, y entre tanto, recuperaría nuestras tierras, hasta el último palmo de lo que había pertenecido a mi padre. Recuperaría hasta el último mueble y el último cuadro, el último trofeo de caza que había en nuestra antigua residencia. Sé de cada uno adonde fue a parar. Recuperaría el coche y los dos caballos. Compraría arneses nuevos, y hasta haría pintar otra vez el coche. También la casa. Cuando mi madre volviese de su balneario la esperaría el coche, el coche de antaño, en la estación.

En efecto: así me lo había imaginado cuando, por las noches, yacíamos tendidos

en el suelo, en torno del fuego sobre el cual hervía la sopa de buen olor y Zsiga animaba las llamas, mientras otro jornalero nos hablaba de América.

Heme aquí, pues, en América. Bajo el «hall» del hotel, me siento junto a una mesita, donde los clientes suelen escribir su correspondencia. Este «hall» es como una calle de gran tráfico. Resuenan los golpes de las llaves sobre el mostrador, conforme salen o entran los clientes. ¡Dios mío, cuan diferente es todo esto de la América de mis ensueños!

Tendría que escribir a mi madre; ante mí están el papel y la pluma. En cada una de estas mesitas hay alguien escribiendo cartas, con la *cabeza* inclinada. Yo ni siquiera echo mano de la pluma. No tengo nada que decir a nadie. Estoy sentado aquí, y en mí interior pronuncio palabras inglesas. Me hago preguntas y las contesto en voz alta. Así me habitué, de costumbre. Me pregunto, en voz audible: «¿Debo ir a casa de la señora Stolz?». Y me contesto en voz alta: «*Yes, sure, certainly...*», con una cadencia como he oído en estas trasechas muy a menudo en el restaurante húngaro. Alguien me mira desde su mesita y busca con la mirada a mi interlocutor. Al ver que estoy solo sin duda debe de creer que he sido víctima de una alucinación.

Salgo. Aún es temprano, iré a pie al «Hungarian Restaurant».

Siempre llevo en la mano el pequeño plano; sin él nunca salgo a la calle. A los pocos pasos heme aquí en medio de los torbellinos de Broadway. En una esquina hay una aglomeración de gente en tomo de un señor vestido con cierto esmero, el cual está vociferando desesperadamente. No le duele nada, es que vende algo. En América si alguien grita muy fuerte, podemos estar seguros de que quiere vender algún artículo.

Este hombre vende relojes de bolsillo. En la emoción de su oratoria se echa de vez en cuando el sombrero hacia el occipucio. En su mano izquierda sostiene unos cuantos relojes de plata, y a sus pies, en el suelo, tiene un maletín lleno de la misma mercancía.

Ya he oído y leído muchas veces que los multimillonarios habían empezado su carrera de esta manera. Me detengo, pues, junto al vendedor callejero, para estudiar cómo lo hace. Tampoco yo quiero ser botones de ascensor hasta el fin de mis días.

Comprendo de su vociferación por lo menos una cosa: que cada reloj cuesta un dólar. Las gentes le rodean, escuchan su perorata, pero nadie se decide a comprarle el reloj. Por fin, un señor se abre paso a través de la gente, se acerca al vendedor y le tiende un dólar.

No quiero creer a mis ojos: es Pulai. ¡Produce una sensación tan extraña el descubrir una cara conocida en esta ingente muchedumbre extranjera...! Pero, antes de que hubiera podido dirigir la palabra a Pulai, volvió a desaparecer entre la gente.

Después de él se acerca al vendedor una dama bien vestida; también ella compra un reloj y se aleja. Es curioso: me parece haber visto ya a esta señora en el restaurante húngaro, junto a la mesa de Pulai, en largos conciliábulos con él. Pero no, no puede ser; sin duda fantaseo.

La multitud que rodea hasta ahora indecisa al vendedor de relojes, se pone en movimiento, y ahora ya hay hasta cuatro personas a la vez que compran relojes. Como si hubieran recibido un pequeño empuje animador para decidirse a comprar el reloj de un dólar.

No hay más compradores, el vendedor vuelve a colocar su mercancía en el maletín, cerrando también su boca, como si ésta fuera tan sólo un utensilio más de trabajo. En otra esquina, pone otra vez en el suelo el maletín y vuelve a vociferar. Unos cuantos transeúntes que no tienen demasiada prisa se detienen a su lado para escucharle. Pero tampoco esta vez quieren comprarle nada.

En este momento, se acerca otra vez alguien... Caramba: Pulai, de nuevo. Sí, era Pulai; se acerca y compra otro reloj. Y desaparece en el acto. ¿Estaría loco? ¿Qué va hacer con dos relojes iguales a la vez?

Mas no comencé a maravillarme sino cuando, como segunda compradora, salí de entre la gente otra vez la misma mujer de antes, desapareciendo a su vez después de su compra «¿No existe aquí alguna conexión entre las cosas?», tuve que preguntarme a mí mismo.

Algo más lejos, en un portal, noté a Pulai en compañía de aquella dama bien vestida. Estaban debatiendo algo con mucha animación. No quería que me viesen, y por eso me alejé.

Ahora ya estaba claro para mí que colaboraban los tres. Pulai y aquella señora no eran más que compradores fingidos, para desencadenar en los indecisos aquel consabido proceso psicológico que se necesita para que uno se desprenda de un dólar.

Ahora comprendía por qué Pulai me había dado siempre respuestas tan evasivas, cada vez que le preguntara por su oficio. Sin duda le daba vergüenza confesarme que se ganaba la vida de esta manera. Ojalá también yo hubiera tenido alguna ocurrencia por el estilo para ganar mucho dinero.

No me tengo por idiota, y, ya desde mi más tierna juventud, era yo quien ayudaba a mi padre a resolver los crucigramas del periódico. Me senté en un banco decidido a inventar a mi vez algo que me permitiera ganar mucho dinero aquí, en Nueva York. Permanecí sentado allí por lo menos una hora entera, y casi me comí un dedo de mi guante de tanto morderlo; y, sin embargo, no se me ocurría nada en absoluto.

No obstante, debe de existir una posibilidad con la que yo, János Pekri, tal como ustedes me ven aquí en Nueva York, pueda ganar diez millones de dólares en quince días. ¡Oh, honradamente, desde luego! Por ejemplo, con esos veinticinco dólares que me quedan podría comprar algo, vendiéndolo en seguida en doscientos. Estoy seguro de que existe una mercancía así en alguna parte; la desgracia es que no conozco al que ha de vendérmela, ni al posible comprador. O, por ejemplo, mañana podría haber una catástrofe ferroviaria, y yo escribiría una carta a un millonario que pensase tomar el tren en cuestión, conminándole a que se abstuviera de hacerlo. Si aceptaba mi buen consejo y se salvaba, podría ir a verle para cobrar la recompensa. También se podría ganar una pequeña fortuna si, gracias a una embrujada caña de *zahori*^[27], fuese yo

quien encontrara todas aquellas carteras y demás objetos de valor que se pierden diariamente en Nueva York. Valdría la pena de tener un coche para correr de un lado a otro, para recoger del suelo tantas carteras y joyas perdidas...

Tales estupideces me pasaban por la cabeza. Entretanto, apareció ante mí, en mi imaginación, sobre su cuello de fino dibujo, la cabeza de Jennifer Doak, enmarcada por su liso pelo castaño dorado, y en medio de su rostro, su mirada de lucecitas plateadas.

Era un jueves por la mañana; me acuerdo perfectamente. Había salido para ir a mi trabajo. Al atravesar el «hall» del hotel, el portero, detrás de su mostrador, dio unos golpecitos sobre el vidrio con su anillo. Al mirar hacia él me llamó con un gesto. Tiró ante mí, sin decir palabra, una carta, e inmediatamente dejó de interesarse por mí. No quería dar crédito a mis ojos: en el sobre conocí en seguida la letra de mi madre. Y conocí también el sobre, con su papel fino y liso, color de mantequilla. Tres o cuatro años atrás, mi padre le regaló a mi madre, por Navidad, una cajita de papel de cartas muy fino. Cien cartas y cien sobres; cada cuadernillo de veinticinco hojas, ligado con una pequeña cinta morada. Al abrir la caja de nívea blancura, cuyo contacto era como el de la seda y sobre la cual brillaba una palabra desconocida escrita en letras de oro —*Morys...* o tal vez *Moyrs*, ya no lo sé—, al abrir la caja salía de ella un perfume en que parecían mezclarse olores de violeta, de anís y de papel nuevo.

¿Por qué explico todo esto? Porque mi madre se guardó cuidadosamente aquella caja, y un día, mucho tiempo después del entierro de padre, al ver a Rózsa que escribía una carta, se acercó a ella, quedó sorprendida y exclamó:

—Pero, chica, ¿quién te ha permitido que uses mi papel de cartas?

Rózsa, que estaba sumergida en su escritura, se sobresaltó y palideció con un descolorimiento tan agudo y violento que en aquellos instantes debía de herirla aún más, pues estaba escribiendo precisamente a Gyula, y trazaba en aquel momento una frase llena de ternura y dolorosa sensibilidad. Sobrecogida, tiró la pluma, se volvió hacia la pared y se puso a llorar desesperadamente.

Mi madre estaba allí, inmóvil y pálida, y sus anteojos brillaban con extraña emoción. Se veía en ella que estaba arrepentida de su exclamación violenta. Pero yo me di cuenta entonces de que aquella caja de papel de cartas representaba un punto íntimo y sensible suyo; su tesoro, guardado con mucha susceptibilidad, que había escondido cuidadosamente en el fondo de su armario ropero. Pero Rózsa lo había buscado y acabó por encontrarlo.

Mi madre dio media vuelta y salió a la cocina. Intenté primero apaciguar a Rózsa, que lloraba tan convulsivamente como si la hubieran golpeado. Lloraba y lloraba. El corazón de las muchachas enamoradas es tan sensible como una llaga en carne viva. Nada tan fácil como hacerlas llorar, sobre todo si las duras voces de la vida las hacen sobresaltarse cuando se inclinan sobre una carta de amor, en medio de sus

trashumantes sentimientos etéreos.

Salí luego a la cocina para buscar a mi madre; estaba convencido de que también ella lloriquearía en algún rincón. Desde la muerte de mi padre, ocurrían a menudo estas disputas con Rózsa por cualquier tontería. En tales casos, se iban corriendo hacia lados opuestos, se escondían, y, una lejos de la otra, se entregaban al llanto. Después, cuando ya había pasado aquella tempestad de su alma, durante semanas procuraban ser cariñosas una con otra, hasta el punto de que incluso llegaban a ser pesadas.

Pero esta vez mi madre no lloraba. Estaba sentada en la cocina, inmóvil, apoyando su índice contra su rostro. Era un atardecer ya bastante oscuro; mi madre vestía su ropa de luto. La única cosa que brillaba en ella eran sus anteojos. Nunca la había visto tan inmóvil.

Por eso no quise molestarla. Salí frente a casa y me senté en un banco. Me acordé de que mi madre no había abierto aquella caja de papel de cartas sino en una sola ocasión; sólo gastó una hoja y un sobre, y aún esto, en vida de mi padre. Éste tuvo que hacer un viaje a Győr, por pocos días, y mi madre le escribió. Su misiva no contenía nada de particular, y fue escrita únicamente para poder emplear el papel de cartas. Mi padre, que no tenía ninguna sensibilidad para tales cosas, le preguntó, cuando volvió a los dos días:

«¿Y a ti, qué mosca te picó, vida mía, para que me escribieras?».

Mi madre no le contestó nada; sólo se sonrojó un poquitín.

Mi madre escribía muy raras veces. Cada mes una carta a Brasó, a su hermana mayor. Tenía un cuñado viudo en Temesvár, y también le escribía de vez en cuando. Cuando yo estudiaba en Budapest me solía escribir a menudo. Pero siempre, a todo el mundo, en un papel barato cuadriculado, comprado en la tienda de Klein. Una vez hasta le pregunté:

—Madre, ¿por qué no emplea usted aquel papel de cartas tan bonito?

—Es igual, hijo mío —me contestó evasivamente.

Sentado allí ante nuestra casa, y pensando en mi madre, vestida de luto en medio de su cocina, me pareció haber resuelto el misterio: madre no toca aquel papel de cartas ni permite que otros lo empleen porque con aquellas hojas vírgenes se cartea con padre en el otro mundo. En pensamientos, llena para él toda una hoja y otra, pero nunca, nunca desata la cinta morada, nunca toca el papel con sus manos. Tan sólo con el pensamiento. También es posible que haya hecho un cálculo, repartiendo aquellas cien hojas para toda su vida, a fin de que sean suficientes. Y por eso ha sido tan dura con Rózsa, que con manos sacrílegas había osado abrir la caja. Yo, por lo menos, me lo imaginaba así.

Cuando el portero echó la carta sobre el mostrador vi inmediatamente que mi madre me escribía también a mí en aquel papel «de ultratumba». Este descubrimiento me llenó de cierta alegría y orgullo, mas al momento pensé que, para la pobrecita, yo me encontraba ahora tan lejos como mi padre: también a mí me escribía como si lo

hiciera al otro mundo. Tal vez ello fuese debido al maravilloso instinto de su corazón de madre, el cual sospecharía ya que, a lo mejor, nunca más volveríamos a vemos. O como si hubiera sabido misteriosamente las huellas que dejaban en mi alma el rostro y la mirada verde plata de Jennifer, ¡visión dulce que volvía hacia mí cada vez más frecuentemente!

Me asaltaron tales pensamientos mientras con temblorosa mano cogía la carta del mostrador y me la guardaba en el bolsillo. Me acerqué a la salita, pero cambié de idea, di media vuelta y me fui corriendo al salón de correspondencia. Pero tampoco me quedé allí, sino que volví al ascensor y entré en él sin ninguna razón clara. Cayeron sobre mí con tanta violencia y cantidad los pensamientos como los perdigones sobre la liebre asustada al tiempo que la hiere el disparo. También yo corría zigzagueando; subí hasta el piso veinte, donde nada tenía que hacer, y volví a la planta baja, donde me crucé con mi vecino de compartimiento, el caballero negro, quien me saludó, según su costumbre, con su nívea sonrisa. Sin embargo, parece que me olvidé de contestarle, pues él volvió la cabeza hacia mí con unos ojos extrañados y desconfiados, como tratando de adivinar por qué me veía tan embarazado.

Me encontraba otra vez en el «hall». ¿A dónde ir, ahora? ¿Dónde encontrar un rincón tranquilo en el que pudiera leer la carta en la más completa soledad? No era una carta que se pudiese leer a la ligera. El sobre era pesado; ¡cuántas cosas me habría escrito mamá! Pero ya apenas me quedaba tiempo, a las nueve tenía que estar en el trabajo. Llegar tarde podría provocar serias contrariedades.

Llegué con cierto retraso y relevé en el ascensor a Jimmy, el muchacho escocés con la cara picada de viruelas, el cual puso su reloj bajo mis narices, para enseñarme cuántos minutos me había retrasado. Me dio un amistoso manotazo en la espalda, y con esto, asunto liquidado; no señaló mi retraso a la Dirección.

Empecé mecánicamente mi trabajo, con la carta en el bolsillo. Todavía no la había abierto, pero ya ejercía sobre mí una acción asombrosa. Todo cuanto me rodeaba lo encontraba inverosímil. Aquel ascensor, que era una jaula de acero y de cristal. Su extraño zumbido al subir y bajar. Tengo la sensación de estar muerto. Todo cuanto me rodea es el otro mundo. Me morí en aquel preciso instante en que el tren se puso en marcha conmigo, al tender mi brazo por la ventanilla, pero sin fuerza suficiente para agitar mi pañuelo. Idea loca, sensación descabellada, el crearme muerto, y, sin embargo, tengo claramente esta impresión.

Y esta carta en mi bolsillo es un mensaje de mi existencia pasada.

¿Qué puede escribirme mi madre? Sin duda empieza su carta con amargos reproches por no haberle escrito hasta ahora sino sólo dos veces, y ser ambas misivas muy breves. Seguramente es incapaz de comprender lo que me pasa: que el montón de mis pensamientos se anquilosa tan pronto como me siento para escribirle. ¡Tendría tantas cosas que contarle!, y no hay esperanzas de que se lo pueda describir todo. La sensación de las distancias que nos separan es desalentadora. Siento continuamente en el fondo de mi alma el Océano Atlántico como una gran oscuridad que mis

pensamientos son incapaces de cruzar volando. Mis cartas tardan diez o doce días en llegar, y esto me produce la sensación de como si durante tanto tiempo mis pensamientos se enfriasen y muriesen. Nunca logro vencer en mí esta conciencia constante de la distancia.

Ojalá no haya ninguna noticia de muerte en la carta... Tal vez Rózsa, o Gyula, o algún otro... También la muerte de mi padre la supe así por un telegrama, que arrastré conmigo, en mi bolsillo, durante hora y media, lleno de malos presentimientos, y que no me atrevía a abrir. Por fin, en la avenida Lajos Kossuth, ante el escaparate de una tienda de cuadros, lo abrí; no podría explicar por qué fue precisamente en aquel lugar y no en otro.

Pero esta vez no tengo ningún presentimiento nefasto. Si hubiera puesto la dirección Rózsa en este sobre, ya hace tiempo que lo hubiera abierto. ¡Cuántas cosas vienen irradiando hacia mí de este sobre cerrado!

El *gentleman* gordo —el de los libros de rezos— me da un empujón y me grita:
—¡Eh! *Nine!*

Naturalmente, estaba soñando, y le he subido al piso decimosexto en vez del noveno. Tampoco él se había dado cuenta, por estar sumido en sus meditaciones.

—*Excuse me, sir* —le digo, y bajo al noveno.

La tía Blanca, que sólo me tendió su mano marchita por la ventana cuando íbamos a la estación, seguramente ya se habría muerto. A lo mejor el tío Lebschütz, el boticario...

Ahora tengo ante mí tres hombres al abrir la puerta en la planta baja. Dos de ellos llevan grandes abrigos de piel de lobo con el pelo hacia fuera: a lo mejor son canadienses, gente del Norte. Antes de subir en el ascensor me preguntan algo en inglés, que no comprendo en absoluto. Pero como si hubieran dicho unas palabras comprensibles: *OH Company...*

—*Fifteen!* —les digo, pues sé que en el piso decimoquinto están las oficinas de una compañía de petróleo.

El ascensor berrea, volamos hacia arriba.

Hudák, el carnicero, que había corrido tras de mí con su delantal manchado de sangre. Y, para despedirme, me apretó la mano dejándomela empapada de grasa... Aquí son las once de la mañana, pero en casa ya son las cinco de la tarde... Y también en Hungría estará oscuro, muy oscuro: una sombría tarde invernal. Brezonyák, el encargado de encender los faroles de petróleo de la calle Mayor, ya habría salido a hacer su ronda, con su escala al hombro. Veo claramente en su mano el trapo rojo con que limpia bien, por fuera y por dentro, los vidrios de cada farol antes de encenderlo...

Deposito a los canadienses en el decimoquinto piso y vuelvo a hundirme a la planta baja. Abro la puerta y espero la llegada de nuevos visitantes. Mas, durante varios minutos, nadie viene.

Saco del bolsillo la carta, miro la dirección: letra de mi madre. Se ve que fue

dibujando una a una las letras del nombre de mi hotel, cautelosamente. En la letra Q hay un pequeño adorno en forma de dogal, casi aparte de la letra; diríase casi que es un motivo estilo Imperio, como hay en ciertas casas viejas, junto a las ventanas. A mi madre le gusta adornar así las mayúsculas. Y New York lo ha escrito así: *Nev Jork*, a la húngara. En estas dos palabras ya se veía que no las había copiado, sino que sentía muy segura la pluma.

Toca el timbre desde el decimoquinto; tengo que volver. Allí están más canadienses: uno de los del abrigo de lobo, vociferando incluso.

Entran en el ascensor. ¿Qué voy a hacer con ellos? Me pongo en marcha hacia abajo.

Él me coge los hombros y me grita en el oído:

—*Seven!*

Me toma por sordo. Es igual, así por lo menos sé que van al séptimo, a los despachos de arquitectura.

¿Dónde encontraré un rinconcito tranquilo para leer la carta de mi madre? ¿Dónde, en medio de un profundo silencio y en la soledad, podré entregarme durante largo rato a mis pensamientos? En la calle es imposible. Tampoco podría ser en el restaurante, con aquel jaleo de cubiertos y gritos. En el Metropolitano, ni pensarlo. En casa, en el hotel, tendido sobre la cama, todavía menos, pues constantemente berrean terriblemente los aparatos del aspirador eléctrico. Abajo, en el «hall» o en el salón de correspondencia, siempre hay demasiado movimiento.

¡Dios mío, dame media hora de reposo, media hora de silencio y tranquilidad, aquí, en Nueva York, para poder leer en calma la larga carta de mi madre! La carta rezaba así:

Mi muy querido hijo:

Esta mañana ha llegado tu primera carta, ya puedes suponer como me latía el corazón cuando Kecherri, el cartero, ha entrado, estaba precisamente en la cocina y me ha dado tu carta, y he conocido enseguida tu puño y letra en el sobre y he visto el sello extranjero. Corrí enseguida y busqué mis otras gafas, con las que suelo leer estaba tan emocionada que hasta tropecé al correr luego me senté en mi sillón y me la leí cinco veces seguidas. Me olvide tanto de la cocina que la leche se quemó, sólo por el mal olor de quemado lo he notado. Naturalmente tú no sabes que también la Rózsa se fue y estoy completamente sola.

Mi querido hijo, te digo que Rózsa tuvo su boda el miércoles de la semana pasada esto es día 12 todo vino muy inesperadamente porque Gyula por fin acabó por hacerse trasladar a nuestra ciudad, solo han esperado esto y vino el papel oficial y a los cuatro días se casaron. Fueron unas bodas muy tristes querido hijo, yo no había imaginado de esta manera el casamiento de mi hija

mayor siempre me lo había imaginado en la casa vieja y en el mes de mayo fuera al aire libre en el jardín, con música de zingaros con todos los de la familia y demás amigos y allegados y Dios mío cuántas veces había adornado la mesa en pensamientos para la festiva ocasión y pensaba que la cena empezaría por pescado frío en gelatina, luego filete y pavo lo había pensado muchísimas veces y hasta estaba decidida a pedir prestada la vajilla de plata a la tía Blanca, pues la mía no hubiera bastado para tantas personas y creía que hasta bailaríamos, al final, con tu padre, aunque ya hace por lo menos quince años que habíamos bailado por última vez, el día de San Alejandro su santo. Y ya ves hijo así son las cosas, tu pobre padre en la tumba y tu tan lejos y nuestra casa perdida y hasta toda mi vajilla, por eso estaba tan triste en la boda de Rózsa.

Pero es igual, que importa mi tristeza, solo importa que Rózsa sea muy feliz, de la iglesia volvieron enseguida a casa y no habíamos invitado a nadie, almorzando entre los tres, les había hecho pisto y torta de Dobos, pues a Gyula le gusta mucho, y se fueron a la capital con el mismo tren que tu tomaste al marchar solo que ellos no irán mas lejos de Budapest, es su viaje de bodas, y hasta recibí ya de ellos una tarjeta el sábado, habían ido al Teatro Nacional a ver La tragedia del Hombre^[28]

Hoy ya hace nueve días que estoy sola, apenas espero que vuelvan otra vez, les espero para mañana por la noche. Ya he arreglado el piso de la nueva manera, yo me estaré en tu cuartito, y les dejo las dos otras habitaciones a ellos.

Es muy buen muchacho ese Gyula, el Señor ha sido muy bondadoso con nosotros y ha depositado el sino de Rózsa en buenas manos. Ojalá fueran felices, la pobre Rózsa lo tiene bien merecido, pues debes saber y solo a ti te lo digo hijo mió que ese Gyula tiene un temperamento algo colérico, cosa que yo siempre había sospechado por su manera de hablar atropellado y rápido, tan pronto como le viera por primera vez, pero tal vez entre nosotras dos llegará a ser más calmoso. También tu pobre padre tenía un temperamento así, por eso era tan difícil entenderse con él, pero en fin nos habíamos entendido a pesar de todo.

Pues ahora te escribiré las novedades ocurridas desde tu marcha.

Primero, Mura se ha pegado un tiro le enterraron el jueves. Seguramente te acordarás que era director de la fábrica de harinas, aquel hombre gordo, naturalmente tú eras aun niño cuando todavía venía a casa, en una palabra se ha suicidado porque su fábrica ha quebrado, se disparo un tiro con su escopeta de caza. Ahora que ha muerto, te puedo explicar porque hubo aquel gran enfado entre nosotros, pues en aquel tiempo ellos dos tenían decidido fundar una fábrica Municipal de Hielo, yo siempre le ponía en guardia a tu pobre padre ante tales proyectos descabellados, y al final, la fábrica quebró y ellos dos no llegaron a hacer las cuentas entre sí y Mura denunció a tu padre y hasta fue detenido y llevado al juez de instrucción, luego hubo gran proceso, pero al final

naturalmente todo se aclaró y yo no me acuerdo como pero llegaron a un acuerdo de liquidación.¹

Ha habido otra defunción también, ésta la he sabido por Sámi el cual vino a ayudarme cuando arreglé la casa de la nueva manera. Pero a ti sin duda no te interesara, y a lo mejor ni te acordaras de que en la casa vieja teníamos una criada que se llamaba Virág, era muy buena muchacha en paz descanse, la pobrecita se mató tirándose a un pozo, cuando la tenemos en casa ya era muy melancólica.

Ayer estuve en el mercado, compré dos pollos muy flacos, estas cosas cuestan ahora un ojo de la cara, y al volver, he platicado largo rato con el señor Lebschütz, al que encontré en el umbral de su farmacia...

En doce largas páginas, mi madre me escribía todas las noticias de nuestra pequeña ciudad, saltando de un tema a otro, según le venían a la memoria las cosas.

... anoche mientras arreglaba el piso por descuido dejé caer del aparador seguramente lo recordarás aquel vaso azul que llevaba la inscripción «Recuerdo de Bártfa» y que venía guardando desde mis tiempos de muchacha, tuve mucha pena y hasta lloré un rato, ay Dios mió poco a poco todo pasa y perece en torno mió y antes de que se me olvide Gusti Barany te manda recuerdos, te ruega le escribas también él te escribirá...

Un hombre, un rostro, un vaso, un mueble... poco a poco, surgían en mí todos los recuerdos... Ya había caído la nieve —me decía mi madre—; los árboles estaban cubiertos de escarcha... De repente, veía claramente ante mí los cuervos grises que llamábamos «cuervos calvinistas», pues siempre solían ponerse sobre los olmos del jardín de la iglesia reformada...

Al final de su carta, mi madre me decía aún:

No quiero mezclarme en tu vida querido hijo ni sé como van tus cosas en la lejana América pero para mí es terrible pensar que estés tan lejos de nosotros, no quiero amargarte la vida con ello pero es preciso que te diga que en secreto he sufrido muchísimo ya por el solo hecho de que pudieran decidirte a abandonamos créeme hijo también aquí se puede vivir, ya ves el hijo Pista de los Kálmandi tiene mucho éxito, ya es cajero en el Banco cuando tan solo de un año te aventaja a ti, dicen que hace la corte a la Jutka Rátz y en primavera próxima se casaran ya, vuelve a casa querido hijo mió, vuelve a casa por poco que puedas pues hasta de noche me sobresalto de mi sueño al pensar cuan lejos estás de nosotros y ni puedes saber cuando estoy enferma, no persigas hijo mió espejismos exagerados, podrías estarte muy bien en casa hasta que encuentres

un empleo, no te venga la idea de creer que nos causarías molestias. Gyula antes de marchar me llamó a un lado y me encargó muy especialmente te escribiera llamándote que vuelvas, todos los tres solo quedaríamos verdaderamente tranquilos y contentos si tú estuvieras con nosotros, vuelve a casa hijo mió, pues yo lloro cada día por ti...

Guárdeme la carta en el bolsillo y salí a la calle.

Fui a pie durante mucho tiempo, sin darme cuenta hacia dónde. Caminaba, caminaba sin rumbo fijo, en medio de los rascacielos, como si atravesara una selva virgen, completamente solo. Calculé que si continuaba aún trabajando durante cinco semanas en el ascensor, ahorrando cada céntimo, entonces, al cabo de aquel plazo, podría volver a casa en un barco económico.

Después de media hora de paseo, esta decisión había tomado formas tan concretas, que apresuré el paso, y al poco rato me ponía hasta a correr, en mi gran excitación, como si de esta manera pudiera volver a casa más rápidamente.

Al llegar al primer agujero, bajé al Metro, me senté en el primer tren y volví al hotel. Una sonrisita de compasión jugueteaba en tomo de mis labios, al contemplar a los demás viajeros, los respaldos de junco de los asientos, la cartera del cobrador y las puertas automáticas, los nombres de las estaciones y los carteles de publicidad conocidos hasta hartarme, como si ya todo aquello estuviera muy lejos detrás de mí, y como si ya ni siquiera me encontrara en América. Lo contemplaba ya todo desde la perspectiva europea.

Sí, en efecto, ¡me iré! ¡Me iré a casa! Sentía un ligero y muy agradable vértigo al formular este pensamiento. Era una sensación mucho más maravillosa y mucho más intensa que aquella otra que me solía asaltar en Hungría cuando pensaba venirme a América.

Al volver a mi hotel, el portero me entregó un paquetito. Era un índice de lectura bordado de seda azul; un regalito sencillo, de muy buen gusto. En la hoja de papel que lo acompañaba sólo había estas pocas palabras, con aquella caligrafía que ya conocía desde que hojeara el cuaderno olvidado en el museo: «*With many thanks, Jennifer Doak*».

Era para corresponder a la canastilla de flores.

Pero la sensación que me produjo entonces fue como si aquel regalo no viniese destinado a mí. Jamás volvería a ver a *miss Jennifer Doak*.

Capítulo 12

PASÉ la Nochebuena en la calle, en Times Square, en donde, en medio de la plaza, al aire libre, habían erigido un enorme árbol de Navidad. Naturalmente, lo iluminaban no velas, sino unas bombillas eléctricas de mil colores. Era tan enorme aquel árbol de Navidad, que nunca he visto pino más alto en mi vida; pero, aún así, parecía un enano a la sombra de los rascacielos. En el zócalo de piedra del árbol, se podía leer esta inscripción:

*A los forasteros que moran dentro de estos muros.
El Ayuntamiento de la ciudad de Nueva York.*

Rodeaban al árbol un nutrido grupo de personas mal vestidas y sin hogar: chinos, japoneses, negros y toda clase de blancos. Estaban allí, inmóviles y silenciosos bajo la nieve que caía.

También yo estaba entre ellos, de pie. Era la más triste Nochebuena de mi vida.

Ya habían pasado aquellas cinco semanas que me había fijado como plazo. No había conseguido reunir la cantidad necesaria para la vuelta, pues, para ello hubiera necesitado demasiada abnegación, y me faltaban energías para tal cosa. No podía renunciar al cigarrillo, ni a las entradas al cine en mis horas solitarias, punto menos que enloquecedoras, ni tampoco a aquellos lugares a donde me llevaba de vez en cuando Mike.

Mike correteaba por las calles neoyorquinas en su diminuto Ford, pasando por todos los huecos y resquicios con la agilidad que le prestaba su temperamento bullidor. Eran así también su modo de pensar y su vida: decidido, rápido como el rayo, sin preocupaciones. Le envidiaba mucho por todo ello, y a su lado, me parecía verme a mí, arrastrando sobre el hombro entre lamentos y gemidos el pesado fardo de mis recuerdos de Europa.

Mike no tenía ningún oficio fijo. Pero Dios sabe cómo, nunca le faltaba una idea con la cual ganar dinero. Cuando era necesario, especulaba con coches, o con pianos, y hasta con solares. Siempre tenía algún negocio a la vista. Y si sus cosas iban un poco mal, no rehuía ninguna ocupación.

Vestía con mucho esmero. Llevaba esos trajes americanos tan cuadrados, con las mangas planchadas con raya, al igual que los pantalones. Su pelo rubio desteñido era tan blando, que continuamente se le deslizaba sobre la frente. En tales casos, con un gesto rápido de la cabeza, o con una mano, si la tenía libre, se lo echaba hacia atrás. Casi daba la impresión de que era su pelo el que mantenía en constante movimiento a todo el muchacho. Pero hasta la mirada tenía siempre inquieta: sus ojos redondos, pequeños, azul claro, saltaban continuamente de una cosa a otra. Entre sus labios, muy finos, colgaba continuamente un cigarrillo *Chesterfield* a medio fumar. Era un

chico bajito, delgado.

Mike hizo en seguida amistad conmigo y también yo le cogí mucha simpatía. Al restaurante húngaro no solía ir sino cuando tenía que tratar con alguien de algún negocio. Mike quería ayudarme; de vez en cuando me brindaba la oportunidad de participar en algún pequeño negocio que llevaba entre manos, pero sin lograrlo, pues yo era inservible, por chapurrear apenas el idioma.

Una noche me dio un golpe en el hombro.

—Para mañana por la noche tengo un negocio para ti.

—¿De qué se trata?

—Habrá una gran recepción en la Ritz Tower. Pagan diez dólares por la noche, pero esto es lo de menos, pues lo que cuenta es la propina. Estarán presentes muchos millonarios. ¿Te interesa?

—Y ¿cuál sería nuestro trabajo?

—Distribuir el tabaco. Haremos circular los puros y los cigarrillos entre los invitados... De los americanos no debes esperar ninguna propina, pero también habrá europeos... Ya estuve allí una vez, y gané mucho dinero en una noche...

Mike me llevó a una casa donde alquilaban trajes, y, tras prolongada selección, nos vestimos ambos de librea, con un uniforme verde loro. Desde luego, a mi cara enmarcada con unos anteojos, no le iba demasiado bien aquel gorro ladeado en la punta de mi cabeza, con el barboquejo de charol unido a mi barba; pero no le di ninguna importancia.

Tomamos el ascensor para salir al piso veintiocho de la Ritz Tower —que tenía en total sesenta pisos—. En el «hall» del hotel un lacayo de frac nos preguntó adonde íbamos.

Yo tenía muchísima curiosidad por saber lo que iba a pasar. En el camino, Mike me había explicado que la recepción tendría lugar en el apartamento de la viuda de un gran millonario petrolero de Nuevo México. Ocupa doce habitaciones del hotel más elegante de Nueva York, y paga por ello la friolera de sesenta mil dólares de alquiler al año.

En el ascensor, ya había apretujadas muchas damas y caballeros, vestidos todos de etiqueta, y observando un silencio cerril, casi ofensivo.

Mike me dio un empujón con el codo, señalándome a una señora de edad, que llevaba su pelo canoso cortado, y unos espejuelos de pinza sobre la nariz. La admiración de Mike iba dirigida al collar de diamantes de la dama; en mi vida había visto piedras preciosas tan enormes. Una de ellas era tan grande como un huevo de paloma.

El ascensor se detuvo y entramos en una antesala cuyos muebles eran todos antiguos y de estilo.

Mike, que ya conocía el camino, me condujo hacia un *maitre d'hôtel*, que vestía calzón negro de seda, y llevaba zapatos con hebillas. Tenía las pantorrillas tan gruesas, que comenté entre mí: «Qué enormes fardos tiene que arrastrar este hombre

al caminar». Parecía muy estúpido y se daba gran importancia. A ambos nos dieron sendas bandejas de pesada plata antigua, con sus velas de fina cera roja encendidas en el centro. El *maitre d'hôtel* colocó personalmente, en tomo de la vela, muchos habanos rubios y paquetes de todas clases de cigarrillos.

En pocos minutos las habitaciones se llenaron de invitados, y nosotros dos nos pusimos a circular en medio de aquella selva humana. Mike por la derecha, yo hacia la izquierda. El trabajo era facilísimo, pues consistía únicamente en dirigir a todos lados la bendeja y la vela encendida, que servía para que encendieran los fumadores. Entretanto, tuve amplia ocasión para observar a la gente. Abríase ante mis ojos un mundo nuevo, una vida desconocida, tal como nunca la había visto antes. Los diez mil más elevados de Nueva York, la vida de los *big four hundred*.

Media hora más tarde, había tanta gente que era imposible moverse. Humo de puros y ruido de conversaciones. Todo el mundo tenía en la mano un emparedado y una copa. Voces maullantes de mujeres, voces de bajo masculinas. Luz tamizada de varios colores. Perfumes y calor. Era cuestión de pocos instantes que muriera sofocado en mi librea verde loro, que tenía el cuello demasiado estrecho.

De vez en cuando, me detenía junto a una belleza americana. Me acuerdo que, en los cafés de Budapest, había soñado muchas veces con aquellas mujeres norteamericanas de cuello largo y ojos verde mar, a las que conocía muy bien por los retratos de las revistas ilustradas. Mis hambrientos ojos de estudiante las habían contemplado largo rato, en el café, y ahora me parecía como si ya conociera a alguna que otra. Pero al encontrarme a su lado, como lacayo de tabaco, con aquel maldito gorro de disfraz en la cabeza, experimentaba la sensación de estar más alejado de ellas que cuando sólo las soñara en Budapest. «Pero me es igual —me decía—; ojalá me gane aquí unos treinta o cuarenta dólares, y en paz». Mike, cuando le consulté sobre la posible ganancia, se había callado diplomáticamente. Para no olvidarlo, tengo que decir que, antes de entrar en la Ritz Tower, Mike me detuvo por un instante y me dijo:

«Supongo que ya sabes que a mí me corresponde un diez por ciento de lo que ganes. Sí, así es, pues yo soy quien te ha encontrado este trabajo...».

Mike no gastaba bromas cuando se trataba de cosas de negocio. Lo encontré naturalísimo en él.

En la sexta habitación nos encontramos Mike y yo descansando un poco, pues nuestros brazos estaban rendidísimos por el peso de aquellas macizas bandejas. Mike me contó que el ama de la casa, a la que yo aún no había visto, se divorció primero de su marido número uno, casándose de nuevo a los sesenta años, en Londres, con un joven Lord de veintiséis, el cual ya tuvo cierta dificultad en pronunciar el sí de feliz esposo, pues, en la guerra mundial, había sufrido una intoxicación de gas y, efectivamente, murió a poco de casado. La señora había perdido, pues, así a su joven marido, pero conservó su título. Después del año de luto, la viuda del Lord se casó por tercera vez con un magnate del petróleo que ya llevaba más de ochenta y dos

años a las espaldas. También este marido se le murió.

De repente, Mike cuchicheó:

—Ahí la tienes... Mira, es aquella que lleva el traje verde manzana, y que acaba de entrar.

Me quedé atónito de sorpresa.

—¿Ésta? Pero si no puede tener más de unos treinta años...

—Obsérvala mejor cuando se acerque algo más... Cada paso que se aproxima, envejece diez años...

Se nos acercó, pero aún así, nunca le hubiera calculado más de cuarenta. Tenía un hermoso y estrecho talle, y observé con especial atención sus piernas, jóvenes y como de acero; sin duda, se conservaba tan bien gracias a los deportes y al golf. Pensé en mi pobrecita madre, que sólo tenía cincuenta y tres años, y me la figuré de repente allí, entre tanta gente desconocida, con sus gafas, que brillarían a la luz de los candelabros.

Mike continuó su ronda. También yo eché mano de mi bandeja y volví a nuestro trabajo. Pero, una hora más tarde, nos reunimos otra vez para descansar otro rato. Mike me hizo otra señal con el codo.

—Mira, aquel tío es uno de los hombres más ricos de América...

Lo miré, pero sin ver en él nada especial.

Le presentaban una tras otra a muchísimas personas. Hubo en torno suyo una verdadera aglomeración. También en mi pueblo había sucedido lo mismo cuando el gobernador civil asistió al gran baile de Santa Ana.

Pasa su copa de la mano derecha a la izquierda, en la que sostiene ya su emparedado, se coloca el puro en la boca y, habiendo librado de esta manera su diestra de tantos bienes de la tierra, bajo cuyo peso su pequeño cuerpo senil parece encorvado, da la mano al señor que le están presentando. Pero no le dirige ni una sola palabra. No podría hacerlo, pues a cada momento tiene que empezar de nuevo tan complicado y difícil procedimiento, por el gran número de los candidatos a la presentación. Tuve la impresión de que no sólo no tenía ni la menor idea de quiénes le rodeaban, pero que ni siquiera sentía la menor curiosidad por saberlo. Creo que hubiera pagado a buen precio poder cambiar en aquel momento con su ayuda de cámara, que a aquellas horas estaría en casa, muy a gusto en la cama, durmiendo el sueño de los justos.

—Ven, voy a enseñarte una serie de tipos interesantes —me dijo Mike, y salimos en la misma dirección ambos a la vez.

De repente, Mike me designa discretamente otra persona. Me dice al oído el nombre de una gran familia soberana de Europa, hoy destronada. Es un muchacho rubio muy guapo y simpático.

Mike se pone a explicarme, cuchicheando:

—¿Sabes de qué vive? Suele invitar a su casa varios millonarios de los más ricos. Les ofrece un «*lunch*» espléndido. Entremeses: caviar. Los invitados alaban

cortésmente el caviar. Entonces, el príncipe les dice, como de paso, sin dar importancia a la cosa: «¿Le gusta? Pues, si quiere puedo hacerle enviar de la misma calidad... Tengo un proveedor excelente...». Naturalmente, el huésped contesta: «¡Oh, sí, se lo agradecería mucho!...». Y, al día siguiente llevan a la casa del millonario en cuestión dos grandes barriles de caviar.

—Bueno, y ¿qué? No lo comprendo.

—¿Qué es lo que no comprendes? Su Alteza es un vulgar corredor de una gran casa de caviar. Y, el mismo día del envío, se presenta para cobrar su comisión...

Atravesamos el dormitorio, que estaba abierto igualmente a los invitados. En aquel cuarto había algunas muchachas jóvenes, rodeadas de sus galanes. Yacían ellas, apoyadas en un codo, sobre el enorme lecho estilo francés, en posturas muy coquetas. Sus ojos brillaban del champaña; fumaban horrores, con las faldas subidas por encima de sus rodillas, dejando descubiertas las medias de seda, finas como la tela de araña. Eran como unas flores exóticas tiradas en desorden sobre la colcha color turquí. Sus cabelleras rubias rojizas brillaban, como si sus cabecitas se bañasen en oro líquido. Eran tan guapas, que me fallaba hasta la respiración.

Tanto las miraba, olvidándome de mí mismo, que al fin Mike acabó por arrastrarme de allí.

Hacia las dos de la madrugada, los invitados empezaron a marcharse. Mike me hizo señas, muy excitado, de que nos colocáramos a ambos lados de la puerta, inmóviles, con la bandeja de plata y la vela encendida en las manos. Los que salían tenían que desfilan entre nosotros dos.

Los hombres, al marchar, hundían la mano en el bolsillo de su pantalón y entresacaban los billetes de dólar que tiraban sobre nuestras bandejas. Muchos, desde luego, pasaron sin dignarse echar ni siquiera una mirada sobre nosotros. Por ejemplo, el anciano multimillonario no nos dio ni un céntimo*

Los billetes de banco amigados empezaron a amontonarse sobre la bandeja. De reojo, yo miraba siempre los billetes que caían, y no quería creer a mis ojos al ver que hasta los había de veinte dólares. Diez dólares, cinco dólares, un dólar... Y era tan grande el montón de billetes en mi bandeja, que a mí mismo me daba vergüenza; con gesto rápido, quité una parte, hundiéndola en mi bolsillo. Y procuraba contar mentalmente cuánto podría haber ya... ¡Doscientos dólares!... Sí, por lo menos doscientos... Estaba allí, inmóvil, en medio de aquella lluvia de dinero, y el llanto se me agarraba a la garganta... ¡Mañana!... Si quiero, ¡mañana mismo puedo volver a casa!... Y dentro de quince días, ¡podría abrazar a los míos!... ¿Qué día es hoy?... ¿Jueves?

Por fin se fue hasta el último invitado. Devolvimos las bandejas al *maitre d'hôtel*, con lo que quedaba de tabaco. Nos pagó nuestro jornal de diez dólares a cada uno, y nos dio asimismo sendos puñados de cigarrillos y dos grandes puros habanos. «¿Sabrá este tío lo que nos han dado de propina?», comenté conmigo. Me hizo el efecto de que este detalle no le interesaba para nada, pues él debía de tener negocios

mucho más importantes.

También Mike estaba rojo por la excitación. Al llegar a la calle se dio un golpe sobre el muslo y exclamó:

—¡Ni yo mismo hubiera esperado tanto!

Entramos en un pequeño restaurante, planchamos con la mano los billetes arrogados... Yo había ganado ciento ochenta y cinco dólares. El diez por ciento de aquella cantidad se lo entregué en seguida a Mike.

El dinero me había embriagado completamente. Excitaba tanto mi imaginación que durante toda la noche no conseguí conciliar el sueño.

De haberlo querido, al día siguiente hubiera podido tomar el barco. Sin embargo, de manera extraña nada estaba más lejos de mí, en aquellos momentos, que el pensamiento de marcharme. ¿Volver a casa, ahora, cuando el éxito me sonríe, cuando sopla en tomo mío el viento cálido y embriagador de la ganancia fácil? Sería una locura.

Ya no me torturaba la nostalgia de mi patria. Parecía como si aquellos ciento sesenta dólares —esto era lo que me quedaba neto— hubieran curado completamente mi pobre corazón dolorido. Por esto sentía cierto desprecio para conmigo mismo; pero esto no era más que como si rondase en torno mío una sombra, echándome miradas cargadas de reproche.

Empezaba a comprender por qué la gente se quedaba en América. Cuando no tienen dinero, no pueden volver, y cuando lo ganan, quieren probar otra vez su suerte. Al igual que el jugador ante la mesa del casino. En pequeño, era más o menos esto lo que acababa de ocurrir también conmigo en aquellos días.

Mi primera idea fue la de enviar a mi casa cien dólares para mi madre. Me avergüenzo al relatar que, después, regateé conmigo esta cantidad y decidí enviar tan sólo cincuenta. Y para que no hubiese más regateos vergonzosos en mi interior, a la mañana siguiente me precipité al Banco y mandé aquella cantidad. Me consolé pensando que también aquellos cincuenta dólares representarían una ayuda considerable para mi madre; por lo demás, ella se alegraría no tanto por el dinero, cuanto por saber que mis cosas iban viento en popa.

Salí del Banco; fue mi primer momento feliz desde mi llegada a América. Recordaba aquella sombría mañana de noviembre en que me encontraba solo ante el cadáver de mi padre, y tenía la sensación de que el difunto me exigía el voto de ayudar siempre a mi madre.

«¡Me encargaré un traje! Compraré zapatos, sombrero, ropa, guantes y un abrigo. Ya es hora de que me vista a la manera de los muchachos americanos. Con este traje tan usado que he traído de casa, sin duda hago una impresión lamentable», me decía.

Me compré asimismo una estilográfica y una nueva máquina de afeitar, pues desde hacía tiempo anhelaba estos objetos. Pasé todo el día mirando escaparates, pero, de momento, me contentaba con paladear los precios. Entretanto, lo apuntaba todo y echaba cuentas. No hay mayor alegría que esta clase de proyectos.

En la Madison Avenue hay una formidable tienda de deportes, con un escaparate lleno de artes de pesca. Objetos carísimos; una *reel*^[29] de tamaño enorme, naturalmente para peces grandes y pesca en agua profunda. ¡Ah, Dios mío, si yo pudiera pescar un día un tiburón!

Me quedé mucho tiempo ante aquel escaparate, deleitándome con la vista de aquellos objetos, muchos de los cuales ni sabía para qué servían. Sólo un gran tambor de acero costaba ya ciento cincuenta dólares.

En mis momentos de felicidad, me suelen asaltar siempre los recuerdos de cuanto hubo de bello en mi vida. Me vino a la memoria aquella mañana de septiembre, cuando, en el brazo del río, una mariposa policromada como un pensamiento siguió mi barca, y acabé pescando aquel enorme sollo.

Y de repente pensé en Jennifer Doak.

Durante aquellas últimas semanas la tenía completamente olvidada. Pero ahora el recuerdo de la muchachita americana seguía mis pensamientos como antaño aquella mariposa a mi barca.

Sería preciso enviarle algún regalito. Pero ¿y qué, si han cambiado de casa? Salté en un ómnibus y un cuarto de hora después me paseaba ya ante su puerta.

En ésta, veíase un letrero que decía: *Vacancy*. Había viviendas disponibles. Ya estaba a punto de preguntar en la casa si la familia Doak vivía aún allí, cuando vi llegar a *mistress* Doak abromada con un enorme paquete. Me aparté un poco, pues no quería que me viera.

«Sus asuntos no deben de ir muy bien si ella misma lleva un paquete tan grande por la calle», pensé. En América esto no se puede hacer.

El anuncio de la vivienda vacía había puesto en marcha mi imaginación. Entré y pregunté por el administrador de la finca. Me enteré de que no había una vivienda libre, sino hasta tres a la vez. Una, tenía dos habitaciones, y dos, una sola. Una de estas últimas estaba en el piso catorce, y otra en el octavo, al lado mismo de la que ocupaba la familia Doak.

Era una estupidez que yo continuase aún en el hotel; así me lo habían dicho ya tanto Mike como la señora Stolz. Y si hasta entonces no me había cambiado, era únicamente porque pensaba que pronto me iría a Europa.

En una casa amueblada americana, una vivienda dé una habitación tiene también cocina y cuarto de baño. La habitación sirve, de noche, de dormitorio, y de día, de sala de estar. Mike vivía también en otra por el estilo. Por la mañana, después de levantarse hacen la cama y la introducen, como una puerta de escotillón, en la pared, quedando cerrada por un tablero que da la impresión de una puerta que comunica con otra habitación, pues hay hasta picaporte en la puerta simulada, para hacer la ilusión más completa. Y puesto que también los armarios aparecen a su vez embutidos en la pared, de día, no se creería estar en un dormitorio. En tales cosas, los americanos tienen, efectivamente, una inventiva insuperable.

Con la vivienda, dan también la ropa de cama, toallas, paños de cocina, manteles

y servilletas. La vivienda amueblada significa en América una cosa completamente distinta que en Europa. Pensando en la habitación realquilada que ocupaba en Budapest, cuando era estudiante, me pareció miserable y primitiva. Sin objeción: es en estos pequeños detalles en lo que se nota mejor la diferencia entre dos países.

Aquí, en el armario hay vajilla y cristalería, igual que en una casa ocupada por una familia establecida. Incluso hay servicios de vino y licores, reliquias de los tiempos anteriores de la prohibición. En la cocina, desde el aparato pela-patatas hasta la última cuchara de madera para la ensalada, no faltaba nada. Cuando pasé revista a las cosas que tenía Mike en su casa, me quedé asombrado.

Por la noche, haré yo mismo mi cena. Resultará más barato, sin hablar de que yo no resisto la comida que dan en los restaurantes americanos de tercera categoría. Escribiré a Rózsa que me mande un buen libro de cocina, y que copie para mí unas cuantas recetas de nuestra madre. Pero, sin necesidad de las mismas, ya sé hacer bastantes cosas, pues durante nuestras cacerías solía yo guisar las comidas de mi padre, a orillas del río. ¡Oh, qué felicidad me producirá todo esto!

De pronto me dirigí al administrador:

—¿Qué rentan los apartamentos de una habitación?

—Cincuenta dólares al mes.

Le di en seguida una paga y señal. El procurador me preguntó:

—¿No quiere usted verlo?

—No, gracias, ya lo conozco.

De antemano sé que tiene los mismos muebles, lámparas y cortinas que el de los Doak. Y probablemente hasta los mismos que el de Mike. En América no hay que temer sorpresa alguna en tales materias.

Al marcharme, el administrador aún me preguntó:

—¿Cuál de los dos prefiere?

Vacilé un momento, indeciso. Por fin, dije:

—El del octavo piso...

Esto llamará sin duda un poco la atención, pero es igual. Si *mistress* Doak o Jennifer me preguntan, les diré que fui a parar allí por pura casualidad. Y si el administrador les dijera otra cosa, me dejaría igualmente sin cuidado.

Millones de pensamientos pululaban en mi cerebro. Me daba perfecta cuenta de que mi sino americano empezaba a tomar un rumbo hacia alguna parte, aún desconocida.

Capítulo 13

YA hace dos días que vivo en mi nueva habitación, pero aún no me he encontrado ni con Jennifer ni con *mistress* Doak. Probablemente ignoran aún que soy yo su nuevo vecino.

Las paredes son bastante delgadas; anoche me llegó desde el piso de los Doak, algo tamizada, una música de gramola y, luego, una voz de hombre nerviosa y baja. Será sin duda míster Doak, del cual no sé absolutamente nada.

Mi nueva distribución del tiempo requiere que trabaje en el ascensor desde las siete de la mañana hasta las tres de la tarde. De esta manera estoy libre por las tardes y por las noches, aunque ya suelen ser las cuatro cuando llego a casa.

Mis horas libres las empleo para hacer observaciones. Ya he podido saber que míster Doak, el cabeza de familia, suele llegar a casa después de las siete, y entonces los tres se ponen a cenar. No tienen criada; es Betty quien les hace la limpieza; esto es, la misma doméstica negra que me la hace a mí también, por un dólar y medio que le pago cada semana. La negra es una mujer gorda y grande, y viste traje de percalina gris y cofia blanca. En su rostro, negro como el carbón, brillan con reflejos azulados sus blancos ojos y dientes. Tiene una boca pavorosamente grande, pero es muy buena persona y muy servicial.

Le pregunté quién vivía al lado.

—I *sailstnan* —me contestó lacónicamente.

Así, pues, papá Doak, es corredor. Desde luego, esto le da una categoría social mucho mayor que en Europa.

—¿Tiene hijos?

—Sólo una muchacha.

Así, Jennifer, no tiene hermanos.

—*Very nice people!* ¡Son unas bellísimas personas! —dijo Betty, mientras me estaba haciendo la cama y asestaba grandes palmadas a mis almohadas.

No quise preguntarle más para no despertar sospechas.

La tarde del día siguiente me crucé con *mistress* Doak en la escalera. Me miró, pero sin conocerme. También yo hice como si no supiera quién era.

Dejé entreabierta mi puerta y me puse en acecho. Cuando la puerta se abra, sólo podrá ser Jennifer, pues está sola en casa.

Pero la puerta no se abría para nada. Más tarde me pareció oír canturrear en el piso de los Doak.

Cuando ya me cansaba de tanto esperar en vano, pensé que lo que estaba haciendo era una inmensa tontería. ¿Qué quería yo de aquella niña? Ya estaba arrepentido hasta de haber ido a vivir allí. No cabía duda que acabaría por estar en una situación equívoca frente a ellos.

Mas después pensé que existía algo que representaba en mi terrible soledad cierta

confusa luz; algo que por lo menos daba pasto a mi imaginación.

Salí a la cocina y preparé mi cena: sopa de cominos, luego chuletas con patatas fritas en su jugo. Sólo desde que me hago la comida yo mismo como buenos bocados. Al volver de mi trabajo me compro los ingredientes y esto representa otra ocupación placentera para mí. Después de cenar me pongo a leer el periódico hasta que tengo sueño. Aún hay bastantes cosas que no comprendo en los diarios, pero como ejercicio lingüístico no está mal esa lectura. Periódicos de mi tierra no he visto ninguno desde que me vine de casa.

El cuarto día —estaba precisamente a punto de abrir mi puerta, al llegar—, por fin vi a Jennifer y a su madre. Salían.

Me detuve para charlar un rato con ellas. En los primeros momentos *mistress* Doak no sabía todavía quién era yo, tan sólo más tarde lo comprendió por la conversación. En su existencia, la historia del bolso olvidado era un acontecimiento completamente desprovisto de interés del que ya apenas se acordaba. Y, así, no le pareció extraño que yo hubiese venido a parar a esta misma casa.

Jennifer, al reconocermé, se ruborizó de la misma manera que cuando le entregué el bolso por mí encontrado. No pude cambiar con ellas sino muy pocas palabras; pero, durante todo el tiempo, aquel rubor no desapareció del rostro de la muchacha. A mí el corazón me latía fuertemente.

Cuando se fueron, Jennifer dejó que su madre pasara delante y volvióse hacia mí desde la escalera. Yo me había quedado en el umbral de mi puerta y nuestras miradas se encontraron. Giró inmediatamente la cabeza, pero ese instantáneo encuentro de nuestras miradas se dulcificó y se amplió a proporciones desmedidas tan pronto como me quedé solo en mi cuarto. Me eché sobre la cama, hundiendo la cara en la almohada, y me entregué al ensueño.

Durante tres días no volví a verla. Luego, una tarde, nos cruzamos en el pasillo. Ambos estábamos bastante turbados. Yo no sabía cómo comportarme con ella. ¿Cómo con una chiquilla o cómo con una señorita? Lo que resultaba más infantil en ella era precisamente su voluntad de aparentar ya ser toda una mujer. Pero al verla tan pegada a la pared, con un ademán como si quisiera esconder sus manos detrás de la espalda, la encontraba muy encantadoramente pueril».

—Ahora ya habla usted mucho mejor el inglés —me dijo—. Sin duda tiene talento para los idiomas...

Le expliqué que a los húngaros nos es difícilísimo el estudio de los idiomas, pues nuestra lengua vernácula no tiene parientes en Europa. Le expliqué cuan diferentes eran la conjugación y la declinación húngaras de las de las demás lenguas europeas.

Me escuchaba con interés, con cierto aire de suficiencia. A veces, acompañaba mis palabras con una expresión de sorpresa, diciendo siempre con la misma cantinela musical:

—*Is that so*^[30]?

Cuando yo me callaba, mirándola, no resistía mi mirada durante mucho tiempo.

Volvía la cabeza y fijaba los ojos en el suelo. En tales casos, su cuello y sus hombros tenían un perfil hermosísimo.

Le pregunté qué les enseñaban en el colegio. Nuestra conversación giraba en torno de los temas más inocentes; sin embargo, cuando inesperadamente se oyeron pasos en la escalera, se alejó de mí con un brinco, desapareciendo detrás de la puerta de su casa. Con esto, acababa de confesar que en nuestro encuentro y conversaciones había algo prohibido. Esto, en aquel entonces, me halagaba sobremanera.

Vi varias veces también a su padre. Aparentaba ser un viejo agotado, aunque es muy posible que fuera todavía joven, pues me había podido dar cuenta de que los americanos se vuelven canosos y envejecen muy pronto, debido al ritmo vertiginoso de la vida en este continente.

Míster Doak lo es todo menos un espectáculo digno de verse. En las calles neoyorquinas se ven continuamente docenas de este mismo tipo de hombres, que visten exactamente los mismos zapatos, camisas, traje y sombrero, e incluso tienen el mismo semblante serio, afeitado y sumido en preocupaciones graves.

Un día, sin duda olvidaría algo en casa, pues con la mano en el picaporte, llamó:
—*Dchin!*

De modo que a Jennifer la llamaban *Dchin* en su casa. Míster Doak se fue con sus largos pasos presurosos, pero me dejó esta palabra: *Dchin*.

Se pronuncia con una «i» muy larga, tal vez la más larga del idioma inglés: *Dchiin, Dchiüiin...* ¡Cuánta música hay en este monosílabo! Puede sonar con tanta suavidad como las alas de la abeja que vuela, y con tanta sensibilidad como los sonidos de una flauta de caña, en la que se sopla con precaución y dulzura.

Jennifer se iba acostumbrando paulatinamente a aparecer en el pasillo, siempre a la misma hora del día, y casi en el mismo minuto. Esto solía ocurrir hacia las cinco, cuando el repartidor de los diarios enrollaba el periódico de la tarde en el fino anillo de goma, colocándolo sobre el picaporte de la puerta de los Doak. Jennifer solía esperar hasta que el chico se fuera, y entonces abría la puerta. Desde luego, lo hacía únicamente cuando se encontraba sola en casa.

Esto parecía un acuerdo tácito entre nosotros dos, sin que nunca hubiéramos hablado de ello. Pero precisamente confería una emoción dulce y especial a nuestras citas: la de que nuestros pensamientos se adivinaran mutuamente sin necesidad de ser formulados.

Hablábamos siempre de cosas anodinas. Pero una vez, cuando durante varios instantes no retiró su mirada de la mía, le dije en voz baja y como en sueños:

—*Dchiün...*

Exhalé esta palabra más bien que la dije, tan grande era el sentimiento que se concentraba en ella. Jennifer volvió su cabeza, la apoyó contra la pared y cerró los ojos, como si mi voz la hubiera penetrado en todo su ser. En sus labios brillaba una maravillosa sonrisa, de aquellas que irradian hacia el interior.

Era tan hermosa, tan virginalmente hermosa en estos instantes, que yo sentía

temblar mi corazón. Alargué mi mano hacia la suya, pero, en el instante de tocarla, desapareció de mi lado como un relámpago, como el pájaro cuando alza su vuelo.

Después de aquella escena, no volví a verla durante ocho días. Para su imaginación infantil, aquel momento debió de representar tal colmo de felicidad amorosa, que no hubiera podido esperar más. En vano acechaba yo la llegada del muchacho del periódico. Jennifer no abría la puerta. El periódico se quedaba sobre el picaporte hasta que volvieran míster o *mistress* Doak. De vez en cuando, a lo sumo, podía imaginar que Jennifer me enviaba mensajes a través de los tabiques con la música de su gramola.

Entretanto, recibí otra carta de mi madre, y también esto contribuyó a que se desplegara en mi alma cierta calma y confianza nunca sentidas todavía. Mi madre era feliz con aquellos cincuenta dólares.

Lo he explicado a todo el mundo —me decía en su carta— y la tía blanca y yo hemos vertido lágrimas de alegría, Hudák me dijo: Ya verá usted, señora, el señorito llegará a ser un hombre muy rico en América...

Y, en efecto, yo sentía algo así en aquellos días. Ya estábamos en febrero, y hacía cinco meses que me encontraba en Nueva York; en cinco meses aprendí bastante bien el inglés. Y, lo que nunca hubiera creído posible, me movía con una sensación de familiaridad tan grande, como si estuviera en mi ciudad natal.

Me imaginaba mi destino futuro suponiendo que aún pasaría unos cuantos años en Nueva York. No sería eternamente ascensorista (la rueda de la fortuna sube y baja); estaba plenamente convencido de que me ocurriría algo: un golpe de suerte excepcional. Sólo quería ganar el dinero suficiente para recuperar la casa de mi padre, con su parcela de tierra. Veinte mil dólares. Mucho dinero, pero no imposible de ganar. Mike ya había hecho negocios que le produjeron de una vez una ganancia de ocho mil dólares. Le creo de buena gana, pues nunca suele mentir.

Mi madre me dice en su carta, además, que no quiere que le envíe más dinero, ni que me prive de nada por ella, pues no necesita mi ayuda. Me da cuenta de los pequeños acontecimientos de nuestro pueblo, pero, en el fondo, no hace más que repetir casi palabra por palabra, lo que me ha contado ya en su carta anterior. Sin duda no se acordaba de habérmelo explicado ya todo. También Rózsa y Gyula me dedicaron sendas páginas en la misma carta.

Mike me prometió ayer que hoy me llevaría, si yo quería, a un *speakeasy* muy selecto, adonde sólo van personas ricas y elegantes, y adonde tampoco él ha ido más que dos veces hasta ahora. Me contó que un día tuvo que conducir a su casa a un fabricante de automóviles de Ohio, por recomendación del dueño de un local, pues estaba completamente embriagado. El borracho tuvo ocurrencias muy jocosas durante el camino: así, por ejemplo, alquiló doce taxis a la vez, y los hacía desfilar a todos uno tras otro, en fila india, por las calles principales de la ciudad. A Mike le hizo ir a

casa a vestirse de *smoking* y se lo llevó a un *speakeasy* muy reservado, para continuar bebiendo. Le dijo que le adoptaría como hijo suyo. Mi amigo ya se había creído que su fortuna era cosa hecha; pero, cuando por la tarde se fue a ver a su flamante padre en su hotel, aquél, vuelto en sí de su borrachera, no quiso saber nada de él, y ni siquiera le recibió.

Mike me contó esta historia entre verdaderos ataques de risa. Toda la aventura no le había reportado más ventaja que el conocimiento del secreto santo y seña que abría la puerta de aquel local. *Speakeasy* significa literalmente: «habla en voz baja». Así se llamaban en América los locales clandestinos en tiempos de la prohibición, donde se podía beber alcohol.

Mike me contó igualmente que, cuando estuvo allí por segunda vez, conoció a una actriz joven y pelirroja, muy célebre, la cual se lo llevó a su casa ya de madrugada, tratándolo con la amorosa intimidad de una rendida amante. Pero le pasó otra vez lo mismo que con el fabricante de automóviles: al día siguiente, tampoco ella quiso saber nada de él.

Era preciso vestir *smoking* para ser admitido en el local, pero yo no lo tenía. Mike me llevó, pues, a una tienda donde alquilaban trajes. Lo que más me tentaba de la invitación era el lucir un *smoking*. En mi vida me lo había puesto aún.

En la tienda, el viejo dependiente dormitaba apoyado en el mostrador. Era el dependiente del turno de noche, y nos miró con ojos encendidos, cuando le despertamos. Sacó de los armarios, que despedían un fuerte olor de naftalina, unos doce o quince *smokings*, y los tiró sobre el mostrador, para que escogiéramos. En la tienda se podía encontrar todo lo necesario para el caso: gemelos, corbata, botones de camisa...

El alquiler del *smoking* costaba cinco dólares cada veinticuatro horas. No era caro, para la sensación de elevarme, en pensamientos, de la fangosa cuneta en la que manejara el pico en Buda, cuando trabajara en la construcción de aquella carretera de marras; en el fondo, mi trabajo de ascensorista no era de mayor categoría que el de peón. Y el hecho de haber trabajado el otro día de lacayo de tabaco, aceptando propinas humillantes, tampoco me realzaba más. Todo ello volvía a despertar mi yo primigenio, impulsándome con fuerza a ataviarme de *smoking* y dirigirme hacia las diversiones nocturnas de Nueva York, cosa que me llenaba de enorme curiosidad.

A los pocos instantes, me encontré ante el espejo con toda la apariencia de un elegante *gentleman* neoyorquino. Puedo decir que mi sensación embriagadora y extraña fue aumentada por el hecho de que, en el camino, los dos encendiéramos sendos habanos. El exquisito perfume del humo flotaba en torno mío como nubes de un curioso país de ensueños.

Llegamos ante una casa que parecía un palacete particular, hacia el final de la Park Avenue.

A poco de tocar el timbre, apareció detrás de la mirilla la cofia blanca de una criada negra. Mike le dio el santo y seña, ante el cual la puerta nos fue abierta.

De las salas interiores, nos llegó velada música de una gramola. Entramos en un local sumergido en la penumbra. En unos tubos opalinos que corrían a lo largo de las paredes, brillaban luces azules y rosadas.

En esta salita no había ningún mueble, sólo una fila de cojines de terciopelo color de tabaco claro, en derredor de las paredes. Sobre ellos yacían en la penumbra algunas figuras vestidas de etiqueta, y delante, en el suelo, las copas y el cenicero. No era muy numerosa la concurrencia; tal vez, seis hombres y cuatro mujeres.

Al entrar, vimos dos parejas bailando un tango en el centro de la salita. La gramola que proporcionaba la música, estaba puesta sobre una silla. Los que no bailaban, parloteaban recostados sobre los cojines, lo cual daba mucho tono a la conversación.

Mike se tumbó en seguida sobre los cojines, con la desenvoltura de quien ya conoce las costumbres del lugar, y pidió dos *whiskys*.

Todo ello me pareció extraordinariamente hermoso: aquella música tan suave y blanda, lo extraño del ambiente, la historia de Mike con la actriz pelirroja y bellísima, la bebida, la penumbra y el humo de mi habano.

Miraba a las parejas que bailaban como si estuvieran solos en el mundo. De golpe, le di un codazo, excitado, a mi amigo:

—¡Mira!

Vimos entrar un joven rabio y guapo, que se instaló junto a nosotros. Por su manera de andar se notaba claramente que estaba bebido.

Era el príncipe europeo de sangre real, que Mike me había enseñado en la recepción de la Ritz Tower. Me acuerdo que me dio veinte dólares de propina.

Estar sentado ahora —«sentado» es un decir— a su lado, como clientes de igual categoría, era una sensación extraña para mí. Sin embargo, Mike, que no veía en Su Alteza sino al corredor de caviar, no demostró ninguna emoción. Acababa de vivir yo una escena democrática, como no se ve en ninguna parte fuera de América.

El príncipe pidió un licor color de rosa, y, sin preocuparse mucho de quiénes le rodeaban, tomó entre sus manos, muy meditabundo, su copa. Cuando cesó la música —para dar cuerda a la gramola— podía oírse que, completamente ensimismado, Su Alteza canturreaba un aire de moda francés. Dios sabe por dónde se paseaban sus pensamientos.

Mike se acercó a una de las mujeres y la invitó a bailar. Yo estaba seguro de que ella rehusaría, pero ocurrió lo contrario, y la mujer le tendió su mano a mi amigo para que éste la ayudara a levantarse de los cojines. Era una mujer morena, guapísima y esbelta, con un sombrerito que se amoldaba tan ceñidamente a su cabeza, que parecía como si no tuviera pelo bajo el tocado. Bailaron admirablemente y, al terminar el baile, todos les aplaudieron.

En secreto: le tenía mucha envidia a Mike. Sobre todo, cuando mientras bailaba, le veía hablar continuamente a su pareja, y ella le contestaba con unas risitas como si le hicieran cosquillas. Esto me sorprendía tanto más cuanto que tenía a Mike, desde el

primer instante de conocerle, por un muchacho inculto y vulgar, mientras que la mujer parecía ser un ser de orden superior, desde el tacón de sus zapatos hasta la punta de su sombrerito. Ello sólo demuestra que, en las mujeres, produce siempre mayor impresión la actitud resuelta y segura de sí del varón, que su cultura o sus modales, por muy refinados que éstos sean.

Me acordaba una vez más de la historia con la actriz pelirroja, lo que me encendía de nuevo la imaginación. ¿Por qué no podría bailar también yo con aquella muchachita rubia tan graciosa que se sentaba en el rincón, con las piernas recogidas debajo de sí, al lado de su adormecido galán, sin hacer nada y mirando cómo bailaban los demás? Se aburría visiblemente. Después de todo, también yo sabía bailar el *one-step* bastante bien.

Al terminar su baile, Mike volvió a mi lado, ruborizado por el éxito, pues también esta vez le habían aplaudido. Para disimular su turbación, me dio un golpe en el hombro, preguntándome:

—Y tú, ¿qué?, ¿no bailas?

Serían las tres de la mañana. Poco a poco, se habían ido marchando todas las mujeres, excepto aquella pequeña rubia. Sólo quedaban en la salita, además de nosotros dos, otros tres hombres.

El príncipe no se cansaba de canturrear aquel aire francés, jugueteando meditabundo con su copa.

Miró en tomo suyo con una mirada de borracho, y a los posos instantes dijo:

—*Well, gentlemen...*

Sacó la mano del bolsillo de su pantalón, y en ella un estuche de marfil que tenía la forma de las cajitas del jabón de afeitar. Quitó la tapa y tiró sobre el suelo tres dados de ébano negro, con puntitos blancos.

Esto no me extrañó nada, pues ya sabía que el juego de los dados es popularísimo en todas las capas sociales de Norteamérica. De dos personas, una lleva dados en el bolsillo, para poder ponerse a jugar en cualquier momento.

Los otros dos caballeros desconocidos se acercaron, pusieron bajo su cuerpo sendas almohadas y empezaron el juego. Poco a poco, el suelo se llenaba de arrogados billetes de banco: de veinte y de cincuenta dólares, y poco después hubo lances hasta de cien. Según mis cálculos había allí de tres a cuatro mil dólares, en el suelo.

Llegó otro cliente, y también participó inmediatamente en el juego. De presentaciones, ni hablar.

Mike y yo nos contentábamos con hacer de mirones. Pero yo no dejaba de notar que los ojos de Mike brillaban y que, en su emoción, se mordía las uñas. Veíase en él muy claramente que no iba a transcurrir mucho tiempo sin que participase en el juego.

Yo les veía jugar, sin perder mi sangre fría y con soberana calma. Me acordaba de cómo mi padre, al volver de caza, sacaba de su cazadora un juego de naipes y

sentados sobre un tronco, me enseñaba el *calabrias*, el *whist* y el *piqué*. Ya en aquel entonces encontraba yo poco agrado en el juego, y en mi vida me había jugado un céntimo, aunque, en mis tiempos de estudiante de Derecho, se me brindaban a diario muy numerosas ocasiones.

Mike apostó primero diez dólares, y los ganó. Luego jugó con cambiante fortuna, pero sin hacer nunca apuestas mayores a cinco o diez dólares. Entre tanto, su excitación fue en aumento, y sus ojos se desorbitaron.

El jugador que mejor conservaba la calma era el príncipe. Uno de sus compañeros le apostaba hasta dos o trescientos dólares, mas él continuaba canturreando impertérrito aquella canción francesa. Me hacía el efecto de que él mismo hubiera deseado ya dejar aquel eterno sonsonete, pues hasta a él le molestaba; pero una misteriosa fuerza interior parecía dictárselo a pesar suyo.

Mike apostó ahora veinte dólares, pero los perdió. El príncipe —sin interrumpir su canturreo— cogió el billete con dos dedos a manera de pinzas, y se lo llevó.

Ya no quedaba nadie en la salita excepto los jugadores abismados en el juego, y la menuda rabia. Estaba sentada completamente sola en su rincón, fumando pitillo tras pitillo, de finísimo tabaco, en una larga boquilla verde, y no se cansaba de pedir nuevas copas de *whisky*.

Tras el humo de su cigarrillo, me lanzaba miradas sobre cuyo sentido no me podía equivocar. Hice acopio de todo mi valor, y fui a sentarme junto a ella. En seguida me ofreció un cigarrillo de su pitillera de oro, y me preguntó qué quería beber. Estaba visiblemente embriagada. En su rostro, en sus párpados, los afeites se habían disuelto y amasado en gruesos grumos, pues en el local reinaba un calor extraordinario. En sus manos, que recordaban algo las garras de un pájaro, brillaban enormes sortijas de brillantes, y llevaba las uñas alargadas, en forma de conchas, pintadas de carmesí.

Tras breve conversación, me preguntó si me vendría bien acompañarla a casa. Salimos, sin mirar siquiera a los jugadores. Ante la puerta, la esperaba su coche, con un chófer enfundado en un gran abrigo de pieles, que dormitaba profundamente junto al volante.

Al llegar ante su casa, quise despedirme, pero ella me invitó a subir para tomar otra copa de licor.

Permanecí en su casa hasta la tarde del día siguiente, en que desperté de un largo y profundo sueño.

Nunca me he mostrado orgulloso de esta aventura. Al contrario, me daba asco a mí mismo, hasta cierto punto, por haberla aceptado.

A los pocos días, Mike llegó al restaurante húngaro en un coche morado novísimo, con carrocería cerrada. Llevaba, además, un flamante traje nuevo.

Me contó que aquella noche había ganado más de tres mil dólares a los dados.

Yo le pregunté asombrado:

—¿Cómo te has arreglado?

En vez de contestarme, hizo un guiño. Y se rió.

Aquel guiño y aquella risa parecían ser la confesión de que había hecho trampa. Por lo menos a mí me producía este efecto.

Capítulo 14

LUNES de Pascua. Esta tarde fui a pasearme bajo los árboles del Riverside; aquellos árboles ya están cubiertos de capullos. Un viento húmedo, con olor de nieve, se paseaba en medio de las alamedas, y me invadió con tanta fuerza el recuerdo de las primaveras de Hungría, que me senté en un banco y cerré los ojos, con el cuerpo estremecido.

En mi casa debe de haber un plato de porcelana en el aparador, lleno de aquellos huevos rojos que las chicas regalan a los mozos que van a «regalarlas», según costumbre tradicional, con sus frasquitos de agua de colonia. Cubierto de una servilleta, espera que se hundan en él los cuchillos, un sabroso jamón de Pascua. Fuera, en la calle, el aire huele al dulce perfume de las violetas. (En esta época de la estación solía decir mi padre: «Ya se están limpiando los cuernos los gamos...»).

Anteayer, sábado, celebró Jennifer su cumpleaños. Le compré como regalo un minúsculo costurero en roja *dóngola*^[31], con toda clase de agujas, hilos de seda, unas tijeras minúsculas y un dedal de plata.

Jennifer acababa de cumplir los quince años. En su traje nuevo, me hacía el efecto de que como por arte de encantamiento, de la noche a la mañana, se hubiese transformado en una muchacha mayor. Me acuerdo aún hoy exactamente de aquel traje. Era de color leonado, con cuello azul ceniza, estriado, con unas negras líneas onduladas. Su talle, inverosímilmente esbelto, estaba ceñido por un cinturón. En el paño de color leonado, aparecían unas manchas tejidas muy hábilmente, de color marrón. Aquella armonía sencilla, discreta y, sin embargo perfecta, me hacía pensar en el plumaje del perdigón, que siempre me encantaba.

Es muy posible que no hiciera en aquel entonces más que fantasear: el largo cuello de Jennifer a los quince abrilés, su fina cabecita, la ligereza de sus gestos y ademanes, la elasticidad suave de su cuerpo, sus hombros, su cintura, sus amplias caderas, todo eso, en su conjunto se parecía desde luego bastante a mi ave preferida que yo había tenido siempre por la viva quintaesencia de la perfecta armonía entre la elegancia y la sencillez.

Me turbé un poco cuando presenté mi regalo a Jennifer y, sin saber por qué, estaba conmovido. Cuando la muchacha desplegabá el papel de seda y abría el estuche de *dóngola*, se olvidó repentinamente de que ya vestía de largo. Como si de golpe y porrazo hubiera vuelto a sus diez años. Su mirada abrazó con una curiosidad mal contenida el obsequio, y sus dedos, olvidándose de todo, hasta de mi presencia, se alargaron hacia las tijeras y el dedal. Era encantadoramente infantil, y expresó su entusiasmo con unas frases atropelladas en voz muy alta.

Luego me miró pestañeando, y haciendo una mueca cómica, me sonrió, no sin coquetería.

Tras un instante de vacilación le dije:

—¿Me permites que te dé un beso?

Proferí esta frase con suma sencillez, casi en un tono paternal. Durante un instante, pareció meditar mi proposición, con pueril suficiencia, y por fin, con repentina decisión, casi transportada, musitó:

—Yes...

Cerró los ojos, tendiéndome su mejilla izquierda. Yo la besé en la boca. Era un beso ligero y blanco, apenas más que un suspiro. No sentí ni el sabor de sus labios.

Sin embargo, al volver ella a abrir los ojos, me costó reprimir la risa. ¡Era tan cómico ver reflejarse en su cara y en sus ojos, el susto y la sorpresa! Como si le pareciera incomprensible que, después de esto, las paredes no se derrumbaran, la casa no se hundiera crujiendo, y no salieran llamas del suelo. El pasillo oscuro permaneció tan silencioso como antes. Tan sólo el aspirador de Betty silbaba tristemente encima de nuestras cabezas, en el piso superior.

Pero hasta aquel sonido desprovisto de todo peligro era suficiente para que Jennifer se apartase de mí, con un ademán infantil.

Al día siguiente, volvimos a encontrarnos. Y a partir de aquella fecha, todos los días. A las cinco en punto. El distribuidor de periódicos no sabía que cuando colocaba el diario sobre el picaporte, nos proporcionaba una señal secreta para dos seres jóvenes que él nunca había visto, escondidos detrás de dos puertas cerradas. De haberlo sabido, hubiera llegado minutos antes, para abreviar nuestros prolongados tormentos de espera.

Nos besábamos cada vez con mayor furia, y nos pasábamos siempre más tiempo en el pasillo. Una vez ocurrió que la madre de Jennifer se había quedado en casa, y no pudimos salir al pasillo. Aquel día, yo me sentía como si hubiesen retirado algo del régimen normal de mi organismo, cocaína o morfina, algún dulce veneno. Caí enfermo de esta privación; no llegué a pegar los ojos en toda la noche, una extraña nerviosidad ponía mis nervios de punta y tenía la sensación de que, en mis sienes, las venas despedían llamas.

Nunca, nunca hubiera sospechado que en los besos de una niña de quince años pudiera haber tanto fuego.

Una vez, la cogí por el brazo, empujándola hacia mi cuarto. Pero Jennifer afirmó su pie contra el quicio de la puerta, me miró con unos ojos en los que se leía el ruego, el reproche y la ira, mientras luchaba conmigo con la expresión de alguien que quisiera dar gritos y se ve obligado a callar.

Por fin, vencí. Jennifer estaba en mi habitación. No pensaba ni por un instante atentar contra su pudor; en el ser de Jennifer había algo tan infantil que, en último instante, me hubiera desarmado siempre. Sin embargo, asaltaba su cuello, sus hombros y sus pequeños senos que se escondían púdicamente, con ardorosos besos.

Quedé convencido de que no volvería a verla nunca más. Sin embargo, al día siguiente, entró por sí misma en mi habitación. Eran aquellos unos cuartos de hora de locura que se sucedían día por día, semana por semana.

Jennifer era una niña; no hacía más que jugar con el fuego. A lo mejor, ni comprendía el sentido de nuestros retozos. Y esto parece confirmado por el hecho de que una vez, precisamente en el momento más encendido, me apartó de sí con un gesto brusco y dijo:

—Oye, ¿quieres decirme qué es esta adivinanza? Redondo como la galleta, y aplicado como la abeja...

Se llevó una mano a la boca y colocó uno de sus dedos entre sus dientes, mirándome en este ademán, por detrás de su palma entornada, con sus dos grandes ojos verdes plateados, que parecían ocupar todo el ancho de su cara, y en los que en aquel momento se escondían unas llamitas de expectación muy maliciosas.

Hice como si me sumergiera en profundas cavilaciones, con el único fin de verla mantenerse todo lo posible en aquella actitud, deleitándome con su visión.

—¡Golondrina! —dije, de repente, a guisa de solución.

—No.

—Entonces, algún pescado.

—Tampoco.

—Entonces, ¿qué?

—Un reloj de bolsillo.

Y soltó una carcajada; una carcajada sabrosa y argentina, de satisfacción por esta adivinanza tonta que acababan de explicarle aquel mismo día en el colegio.

En el pasillo, como en todas las casas americanas de esta índole, había un grifo de agua, con una manguera larga y comprimida en forma oval. Nuestras entrevistas silenciosas y violentas no nos satisfacían* por completo, pues por la excitación y el miedo, no nos atrevíamos a hablar en voz alta. Decidimos carteamos, y aquella manguera nos pareció un excelente buzón. Por las mañanas, al salir para mi trabajo, siempre encontraba entre las amigas de la misma una carta de Jennifer, en una hoja arrancada de un cuaderno escolar. En vez de la suya, le dejaba yo otra mía.

Ya no me acuerdo muy bien del texto de nuestras cartas. Para decir verdad, no acepté la idea de aquella correspondencia, sino porque Jennifer insistía. Para mí, la redacción hasta de la más pequeña carta significaba un esfuerzo mental excepcional. Ya hacía nueve meses que vivía en Nueva York, pero mis conocimientos del idioma inglés no bastaban para una correspondencia amorosa digna de mí. Las cartitas de Jennifer eran muy pueriles. A veces, contenían palabras que yo no entendía.

Una noche, nunca lo olvidaré, oí llamar a mi puerta. Era un ruido suave, como en sueños. Hacía tal vez unos diez minutos que había apagado la luz, pues velaba hasta muy tarde, leyendo en la cama. Estaba medio dormido. No encendí la luz, y entreabrí la puerta. Era Jennifer, en el pasillo en penumbra, vestida con su pijama verde mar, con unas babuchas adornadas con plumas color de naranja, con el pelo en desorden y cara de sueño, tal como nunca la había visto.

—¿Tú... eres tú?... ¿Estás loca? —musité asustado.

Entró con una risita sofocada, como una niña traviesa. Saltó en mi cama, y se

cubrió con la ropa hasta la coronilla. Luego, sacó un ojo debajo del embozo, a la vez que se reía de manera extraña. Y daba vueltas y más vueltas bajo la ropa.

Todo ello apenas duró unos segundos. Jennifer de un salto se puso en la puerta otra vez. Desde allí me sacó la lengua, me hizo unas orejas de burro y desapareció.

Como si sólo desease tomar un baño, o sumergirse en la ola más cálida del pecado, de las cosas prohibidas y del peligro. O como si se propusiera torturarme a mí, revolcando mi alma y encendiéndola.

En aquellos tiempos, yo no alternaba con la gente, sino que llevaba una extraña vida de ensueños. Hacía semanas que no me había dejado ver en el restaurante húngaro.

En cambio, a Jennifer la veía todos los días, menos los sábados y domingos, pues durante el fin de semana, sus padres estaban en casa, o toda la familia salía de excursión.

En una de estas ocasiones, me había cruzado con los tres, bajo el portal. *Mistress Doak* me dirigió la palabra, cambió conmigo unas cuantas frases triviales, y me presentó a su marido, saludándonos ambos con el gesto habitual de la cabeza, el *how do you do?* de ritual, y con la patentada sonrisita típicamente americana.

Me asombró con qué calma profunda, con qué comedimiento era capaz de conducirse Jennifer en presencia de sus padres. ¡Cuántas cosas pueden encerrarse en un bichito así! A mí, ambas orejas me ardían de rubor.

Una noche, a pesar de todo, fui a casa de la señora Stolz. Encontré allí también a Mike.

Y aquella noche, cometí la mayor tontería de mi vida. Aunque ahora, al recordarlo, ya no estoy tan seguro de si fue mi propia estupidez la que provocó la catástrofe, o de si es que tenía que producirse con inexorable fatalidad, tarde o temprano. Lo he meditado muchísimo, desde entonces, y durante muchos años he estado convencido de que yo tuve la culpa de todo.

Existe algo en cada persona que no le permite contentarse con la callada posesión de algo, sino que anhela darlo a conocer a los demás. Así ocurre también con el amor y la mujer. Si los demás saben como yo que una mujer me pertenece, ello constituirá otro placer nuevo y suplementario. Es la vanidad, o qué sé yo.

En una palabra, propuse a Mike que, el domingo siguiente, fuéramos de excursión con *mistress Doak* y su hija. Le dejé entrever confusamente que entre la muchacha y yo había algo; pero muy confusamente. Es posible que Mike ni tomara nota de ello. No lo niego; quería yo producir efecto en Jennifer con el hermoso coche nuevo de Mike; presumir de tener un amigo tan distinguido, pues no le había ocultado que yo no era más que un ascensorista.

Mike aceptó muy gustoso mi idea. Aquella misma noche, llamé a la puerta de los Doak. Encontré sola a la madre; estaba poniendo la mesa para cenar. Jennifer, que ya estaba enterada de antemano, no se dejó ver.

Explicué lo que pretendía: que, el día siguiente por la tarde, un amigo mío y yo

las llevaríamos a dar una vuelta en coche. A ella y a Jennifer.

—*Oh, that's fine*^[32]! —dijo con alegría sincera *mistress* Doak, haciendo andar de un lado a otro, bajo sus largas pestañas negras de *rimmel*, sus ojos verdes plateados de brillo húmedo, de los que una vez más pude comprobar que eran exactamente iguales a los de su hija.

—Se lo diré a mi hija... —añadió.

Llamó hacia el cuarto de baño:

—*Dchin!* Ha venido míster Pacree... ¿Quieres que vayamos de excursión mañana? Vendría a buscamos en coche, con un amigo suyo.

—*Oh, that's fine!* —gritó desde el cuarto de baño Jennifer, con el mismísimo acento que instantes antes su madre, y como si no hubiera sabido nada de mi idea.

El día siguiente, Mike llegó a las tres en punto, con su coche. Lo presenté a mis vecinas; ya nos esperaban. En su traje blanco, calzando zapatos del mismo color, Jennifer estaba guapísima. Yo podía estar efectivamente muy orgulloso de «mi» amiga.

Era una tarde de junio cálida y agradable. Tras breve discusión, decidimos salir en dirección a Coney Island, hacia el mar.

Yo no estaba muy contento del efecto que Jennifer acababa de producirle a Mike. También ahora colgaba con indiferencia de sus labios el cigarrillo. Trataba a Jennifer con superioridad, como a una criatura. En cambio, Jennifer no me causó ninguna decepción: visiblemente le producía un gran efecto el coche de mi amigo, y, en mi inmensa tontería, yo inscribí esto en mi propio favor.

¿Cómo colocarnos en el coche? A mí me incumbía resolver este problema, y yo opté por la solución más sencilla. Las dos damas no podían sentarse atrás solas; era preciso distribuir los caballeros. A la madre, no podía ponerla al lado de Mike, delante, por el respeto que se le debía; en cambio, Mike debía conducir el coche. Así, al lado de mi amigo sentóse Jennifer, y detrás, *mistress* Doak conmigo.

Salimos. *Mistress* Doak se lanzó inmediatamente a explicar una historia muy intrincada y larga. Narrábame que, la semana anterior, había tenido que comparecer ante el juzgado, lo que era harto desagradable. Tenía que saber que, al abandonar el compartimiento en que viviera el año pasado, al devolver los objetos de la vivienda resultó que el acuario de cristal estaba rajado a lo largo de la parte de atrás, la que siempre quedaba junto al muro. El administrador les exigía una indemnización de setenta y cinco dólares. Ella, en cambio, estaba dispuesta a jurar que no eran ellos los que habían producido aquel daño. Ya habían tomado el compartimiento con el acuario en aquel mismo estado, sin notar la grieta. Aún habría otra comparecencia, pero *mistress* Doak temía mucho perder el pleito. Pues así era la gente. Hay que tener mucho cuidado siempre. Parece que aquel administrador ya se había ganado una pequeña fortuna con el mismo acuario, pues lo volvía a colocar en cada compartimiento que alquilaba de nuevo.

Me explicaba todo esto con gran lujo de detalles y, durante su narración, volvía a

vivir todas las emociones de su pleito. Hasta se le había congestionado la cara, y las aletas de su nariz se movían extrañamente. Yo hubiera preferido que se callara, pues por su culpa no entendía ni una palabra de lo que se decían Jennifer y Mike. Ni cuando en los cruces de las calles nuestro coche tenía que pararse, hasta que los timbres de los semáforos señalasen de nuevo «paso libre». La conversación de los dos, sentados delante, me inquietaba un poco. No sabía de qué hablarían; sólo noté inmediatamente que Jennifer hablaba un inglés completamente distinto con Mike que conmigo. El verdadero inglés inglés, que sólo dos auténticos nativos del país son capaces de hablar entre sí. Conmigo hablaban otro inglés, reservado para el trato exclusivo de los extranjeros que hablan mal el idioma. Y así, me sentía ahora invadido de la penosa sensación de que estaba excluido y eliminado de algo. Desterrado de las grandes altiplanicies del idioma inglés, de sus hermosos bosques para mí inaccesibles y prohibidos, y de sus peligrosas cimas de amplio panorama, que ellos escalaban alegre y despreocupadamente, coqueteando uno con otro a la manera de gallardos alpinistas. Experimentaba más o menos esta sensación, al oír unas expresiones cuyo sentido me escapaban. A veces eran frases enteras. Y hasta varias frases una tras otra.

No me gustaba que Jennifer tuviera tantas cosas que explicar a Mike. Cuando me viera por primera vez a mí apenas había abierto la boca. Tampoco me podía encantar mucho que Mike, en vez de ocuparse de la carretera, echara de vez en cuando unas miradas furtivas sobre la muchacha, observándola detenidamente.

Mistress Doak continuaba todavía con la historia de su acuario. Ya nos acercábamos a Coney Island. De repente, el coche se detuvo; Jennifer y Mike bajaron.

—¿Qué pasa, muchachos? —preguntó *mistress* Doak.

—Vamos a comprar helados en aquel quiosco —contestó Jennifer—. ¿Quieres que traigamos también para ti, mamá?

—*Oh, that's fine!* —dijo *mistress* Doak, con el consabido acento.

A mí, Jennifer ni siquiera me preguntó. Tampoco me miró. Mas no fue tan sólo esto lo que me molestara, sino también otra cosa: ¿Cómo se le podía ocurrir a Mike obsequiar con el helado a Jennifer? Si fuera un muchacho bien educado, se daría cuenta de que ello tenía que herirme, pues había en ello algo ofensivo para mí. Soy pobre, desde luego, pero, para pequeñeces así no tenía que pedir prestado a nadie. Y ¿por qué tuvo que ir también Jennifer hasta el quiosco? ¿No hubiera podido traer él solo los tres helados, en sus cucuruchos de barquillo? ¿No habría algo detrás de esta maniobra? A lo mejor habían inventado todo aquello sólo para arreglar una cita tranquilamente, sin peligro de ser oídos. En efecto, les veo conversando animadamente, y hasta como si cuchichearan, al volver con desesperante lentitud de aquel quiosco. ¿Por qué caminaban tan despacio? ¿Y por qué Mike había parado su coche tan lejos del quiosco, cuando hubiera podido hacerlo mucho mejor allí, ante el puesto de gasolina? ¿De qué hablaban los dos? ¿Quién era esta Jennifer? ¿Qué clase

de misterios me ocultaba el estilo de vida neoyorquino? A lo mejor, Jennifer ni sería virgen. No tendría nada de extraño, pues he oído hablar de casos así, de muchachitas que aún no han dejado de ser unas criaturas y ya tienen amantes...

Me vi asaltado de tales dudas, y experimenté un dolor casi físico bajo los pinchazos de estos problemas que me planteaba a mí mismo. Y esa *mistress* Doak, ¿era tan ciega que no notaba nada sospechoso en la conducta de su hija? (Es curioso: nunca se me había ocurrido pensar esto hasta entonces, mientras había considerado como de mi propiedad exclusiva los secretillos de Jennifer).

Mistress Doak tomó el cucurucho con el helado, extendió cuidadosamente la servilleta de papel sobre su regazo y se entregó a las delicias de la fría golosina. También ella era capaz de demostrar una alegría excesiva ante los placeres más insignificantes. En su rostro volví a encontrar la expresión de su hija. También Jennifer puso exactamente la misma cara el día que le entregué el diminuto costurero.

El coche se puso nuevamente en marcha. Jennifer, sin dejar de lamer el helado, se volvió de repente hacia mí:

—¡Oh, míster Pacree!... Me he olvidado de preguntarle si quería también un helado.

—No, muchas gracias... A mí no me gusta...

Esto me bastaba. Con ello me pasó inmediatamente aquella sensación de sofoco en mi garganta. Jennifer se había vuelto hacia mí, ¡me había hablado! Era una tontería procurarme dolores de cabeza tan inútilmente. Jennifer era una mujercita inteligente y astuta. Si se ocupaba tan ostensiblemente de Mike era para desviar la atención de su madre de mí. Esto hubiera podido ocurrírseme ya desde el primer momento, verdaderamente. Si algo no marcha bien no es culpa de Jennifer, sino únicamente de mi susceptibilidad. Sería imposible que Jennifer hubiese olvidado lo que había pasado entre nosotros, no más lejos de ayer.

Recobré las ganas de hablar y me puse a explicar cosas de Hungría a *mistress* Doak. No lo niego, hasta exageraba un poco las cosas para embellecer todo cuanto se refería a mi tierra. En secreto, me rompía la cabeza pensando cómo podría pretender la mano de Jennifer para llevarla conmigo a casa, sin que el corazón materno de *mistress* Doak se asustara ante semejante perspectiva. Al verlos sentados ante mí y conversando animadamente, miraba ya la nuca de Jennifer, ya la de Mike.

Me acuerdo con absoluta claridad de cómo en aquellos momentos germinó en mi mente por primera vez la idea de casarme con Jennifer.

Para *mistress* Doak era muy sorprendente saber cosas como la de que en Hungría la gente vivía en casas, igual que en todas partes. Me preguntaba cosas como éstas:

—Dígame, míster Pacree... Y, ¿ferrocarriles? ¿Hay ferrocarriles en aquellos lugares?

No era la primera vez que notaba cuan incultas pueden ser en América hasta personas de la clase media. En este país, efectivamente, la calidad de las prendas de vestir está en estricta proporción con el nivel cultural de la gente.

Llegamos a Coney Island. Jennifer propuso inmediatamente subir con Mike a la montaña rusa.

—*Oh, that's fine!* —dijo *mistress* Doak otra vez, con el acento de siempre, lo que me ponía ya los nervios de punta.

Mike y Jennifer desaparecieron. La situación estaba agravada por el hecho de que *mistress* Doak volvía sobre el asunto del acuario, y yo tuve que escuchar otra vez, de cabo a rabo, toda la aburrida historia. ¿Qué es eso de que aquellos dos subiesen juntos a la montaña rusa? Verdaderamente, Jennifer abusaba ya un poco.

Me asaltaron de nuevo los torturadores pensamientos de antes. Para desviar mi intención, conduje a *mistress* Doak a una de las «ruedas de la fortuna», donde, por unos níqueles de cinco *cents* se puede ganar, con mucha suerte, todo un jamón, cosido en un saquito blanco. El punto morado indicaba sólo tocino, pero el punto encarnado, como primer premio, el jamón.

Encontré muy natural, y hasta inexorablemente fatal, que a mi tercera jugada la aguja del cuadrante se detuviera sobre el punto encamado. *Mistress* Doak daba grandes gritos de alegría cuando le entregué el jamón, mientras que mi propio corazón se helaba, y estaba convencido de que todo estaba perdido.

Afortunado en el juego... En aquellos momentos era más que supersticioso.

Mike y Jennifer volvieron por fin. El tiempo que estuvieron separados de nosotros me pareció mucho más largo de lo que yo había descontado. Tenía, además, la impresión de que en torno de la boca de Jennifer llameasen unas manchitas rojas. Conocía muy bien tales manchas en su cara, y sabía lo que significaban. Conque Jennifer y Mike se habían besado... Sí, esta vez, ¡ya no se trataba de meras fantasmagorías!

Nos pusimos a pasear; desde luego, Jennifer iba delante con Mike, y yo podía quedarme atrás con su madre, como un idiota. Apenas lograba dominar mi excitación. Enviaría mis padrinos a Mike, ya no cabía duda^[33]. Yo le enseñaría a aquel americano mocosito y engreído lo que es el honor de un caballero. Lo que estaba haciendo aquella tarde era la máxima villanía que se puede imaginar.

Dimos vueltas durante una hora, aproximadamente. Entretanto, Jennifer no me concedía ni una sola mirada, como si evitara la mía intencionadamente. ¡Como si yo fuera aire puro y transparente! Había dejado de existir para ella.

Por fin, no pudiendo resistir más, propuse que volviéramos a casa. *Mistress* Doak consultó su reloj de pulsera y notó, con desánimo que, efectivamente, se había hecho muy tarde.

Cuando nos acercábamos al coche decidí que esta vez me sentaría al lado de Mike. Mas Jennifer, como si hubiera adivinado mi pensamiento, se adelantó corriendo y volvió a ocupar su asiento de antes.

En el camino, durante la vuelta, apenas contestaba a las insípidas charlas de *mistress* Doak, so pretexto de que me dolía la cabeza.

Al llegar ante nuestra puerta, no supe decidir lo que tenía que hacer. ¿Subir junto

con las Doak en el ascensor? Me sentí incapaz de hacerlo en aquellos momentos. Sin embargo, la idea de quedarme a solas con Mike me parecía aún más odiosa e insoportable. Por fin resolví el problema diciendo con rapidez adiós a todos, y subiendo precipitadamente, dejando a *mistress* Doak y a Jennifer junto al coche, despidiéndose largamente de Mike. ¿Error mío? ¿Injustificada suspicacia? Era igual. ¡Qué pensarán lo que les diera la gana! Desaparecí en el portal. Además, si Jennifer se daba cuenta de que estaba enfadado con ella, yo sólo podía estar contento.

Al retirarme aún oí con qué entusiasmo alababa Jennifer el automóvil de Mike. Su voz, en la que antes yo sabía descubrir tanta melodía, me pareció esta vez un maullido americano afectado y repugnante.

Subí a mi cuarto y, al quedarme solo tras la puerta cerrada, todas mis fuerzas me abandonaron. Me arrastré hasta la pared y me dejé caer de bruces sobre el diván.

Esta historia me dolía, me dolía terriblemente. Todo me dolía. Habían muerto en mí, de golpe, los dos máximos valores de la vida: la amistad y el amor. Porque, en el fondo, también quería mucho a Mike. Era mi único amigo en toda Nueva York, y ahora me sentía medrosamente solo en esta gran selva de extranjería. Maldecía el instante en que concibiera la idea absurda de emigrar a América. Pensaba en mi padre, y con mis pensamientos torturados me refugiaba en mi madre.

Ahora, ¿qué sería de mí? Allí no podría continuar; tendría que mudar de casa. Tampoco podría ir ya al restaurante húngaro, pues Mike solía ir allí.

Poco después oíase música de radio en el piso de los Doak. Me tapé los oídos, pues era exasperante para mi cerebro.

Más tarde, entré en la cocina y me preparé un buen plato de patatas con *paprika*. La cena me tranquilizó un poco. Volvía a reflexionar sobre lo ocurrido y me di cuenta de que había exagerado demasiado las cosas.

Desde luego, Jennifer se ha portado muy mal conmigo; pero Jennifer no era más que una criatura. Yo hubiera podido saber de antemano que, ante el coche de Mike, caería en éxtasis. Mañana todo se habría esfumado en ella por completo. Mañana, a las cinco de la tarde, cuando los pasos del muchacho de los periódicos se hubiesen alejado en la escalera, Jennifer volvería a esperarme en el pasillo.

Pasé la noche tranquilo y feliz, llena la mente de las imágenes agradables que me iba tejiendo de nuestra entrevista del día siguiente.

Por la mañana me fui a mi trabajo muy alegre y contento. Sólo me parecieron insoportables aquellos minutos de antes de las cinco, en casa. Esperaba la hora crítica con el reloj en la mano, mordiéndome los dedos.

Oí venir el chico de los periódicos, y cómo se alejaba otra vez. Abrí la puerta, acechando. Pero la puerta vecina no mostró ninguna disposición a abrirse. Como si detrás de ella no hubiera vida alguna. No se abrió ni a las cinco y media, ni a las seis. La puerta me oponía un obstinado silencio. Era como la puerta de una cripta.

Me di cuenta de que todo estaba perdido. Por la mañana, al salir, aún miré en la manguera si había algún mensaje de Jennifer para mí. No había nada.

Por la tarde me escondí en el pasillo, acechando él paso de la muchacha. De repente se abrió la puerta y vi salir por ella... ¡a Mike! Me oculté lo mejor que pude.

Durante cinco días no volví a ver a Jennifer. Una mañana vi el coche de Mike estacionado ante nuestra puerta. ¿Qué significaba aquello? ¿Habría pasado la noche en la casa?

Aquella misma noche me enteré por conducto de Betty de que Mike acababa de alquilar la habitación del piso décimo cuarto, que aún estaba desocupada.

El día siguiente hice mis maletas y me mudé de casa. A primera hora de la mañana, con gran sigilo.

Capítulo 15

QUISIERA despertar de este desmayo en que vivo desde hace cinco días, siquiera no fuese más que por unos instantes. Desde hace cinco días no he salido de casa. Y ni una sola vez he corrido, para levantar las persianas. No he abierto la ventana más que cuando el humo del cigarrillo llega ya a ser tan espeso en mi cuarto como en el mar la niebla invernal. En tales momentos, bajaba unos instantes al patio. Y miraba cómo salía de mi ventana aquel humo blanco grisáceo, como de alguna chimenea. Sentado en el pasamano de la escalera observaba la huida del humo, y pensaba que aquel humo había pasado por mis pulmones; aquella masa de humo había acompañado todos mis pensamientos y sentimientos, y era como el humo de mi alma que se iba apagando.

Paso todo el día ante mi escritorio. De día, trabajo en la penumbra verde, como de ensueño, de las persianas bajadas, y de noche, a la luz de la lámpara eléctrica. A decir verdad, ni me he dado cuenta de si era de día o de noche, pues cada vez que me sentía muy cansado dormía aunque fuera de día. Sin embargo, aún en mis sueños he continuado viviendo aquella vida, cuya descripción queda interrumpida sobre mi mesa.

A veces no he comido nada durante todo el día. Tan sólo hacia el alba me he acercado a la nevera, devorando con apetito de lobo cuanto ha caído en mis manos. Tan desordenada vida durante cinco días, me ha debilitado considerablemente. Me he vuelto casi incorpóreo bajo el efecto de la irradiación de mis memorias, y cuando esta mañana he pasado por primera vez junto a los solares de la avenida de Kalakaua, he tenido vértigos, como si, después de varios años de enfermedad, me hubiese levantado de la cama.

Porque, efectivamente, he vuelto a vivir aquellos años cuya historia he ido poniendo en las cuartillas, por débil e inhábil que fuera mi mano para cristalizar en palabras las ideas que surgían del pasado. No obstante, todos estos pensamientos y recuerdos me han penetrado a la manera de una corriente eléctrica de alta tensión.

He tenido que despertarme otra vez a la conciencia de la realidad, casi a la fuerza, para darme cuenta de que sí, de que efectivamente, estoy aquí, en la isla de Oahú; de que ya soy, a título definitivo, ciudadano de los Estados Unidos; mi mujer y mi hijo han salido de viaje días pasados, para ir a San Diego, al otro lado del océano, que está a cinco días de navegación de aquí... ¡Atiza!, he aquí, ante mí, aquel enorme tiesto de flores, aquella casita tan divertida que tan bien conozco, y por cuya puerta casi veo de nuevo salir con el hocico sonriente a mi amigo Ralf, el cual hace la corte a la señorita Cheng, la florista china.

Esta mañana he recibido un cablegrama de Jennifer. No me dice nada especial; se limita a comunicarme que llegaron bien y han encontrado a sus padres en buena salud. Con este cable —el mensaje de Jene— era ahora como si a uno que, en una

morada solitaria se inclinara durante varios días sobre sus papeles, escribiendo, completamente abstraído de la realidad, se le gritase brutalmente: «¡Eh!... ¿Qué haces?... ¡Despierta!».

El cable de Jene y esta mañana que acabo de pasar en la ciudad, me han arrancado a la tonalidad afectiva de mis reminiscencias. Ahora me siento otra vez ante mi mesa, pero mis ideas se presentan tan lentamente y tan indecisas como si hubiera bajado de un aeroplano moderno para subir en una tartana de labriegos. Aunque por otro lado, no me cabe la menor duda de que los cuatro años de mi vida en América, cuyo relato sigue ahora, según estricto orden cronológico, es una época tan sombría, que preferiría no poder acordarme de ella.

Pilato, mi criado hawaiano entra y pone ante mí el café. Me doy cuenta de que furtivamente me escruta la cara con su mirada. No me extrañaría que creyera que durante estos últimos días me he vuelto loco.

De modo que interrumpí mi relato en aquella mañana en que, con gran sigilo, abandoné la casa en que vivían Jennifer y Mike.

Alquilé una habitación mucho más pequeña y modesta, en el otro extremo de la ciudad. Durante varios días estuve enfermo a causa de la impotente rabia que sentía hacia Mike. Hasta me pasó por la cabeza la peregrina idea de denunciarle a la policía por haber ganado su coche gracias a ciertas trampas en el juego. O decírselo todo en una carta anónima al príncipe, a quien Mike había ganado tanto dinero. Pero no poseía prueba alguna contra Mike. En mis momentos más tranquilos me daba cuenta de que esta forma de venganza sería alevosa y vil. Incluso era muy posible que Mike no hiciera trampas en el juego. Aquella guiñada suya al relatarme su extraordinaria suerte, podía significar, sin duda, otra cosa muy distinta.

Las ansias de venganza se me pasaron al cabo de unos días, tal como suelen volver a calmarse paulatinamente los violentos latidos del corazón, después de una emoción fuerte.

Mas Jennifer, el recuerdo de Jennifer, no me soltaba de ninguna manera. El dolor me debilitaba, no sólo moral, sino incluso físicamente. Tuve días en los que me faltaron fuerzas para levantarme de la cama. Las dos primeras ausencias injustificadas de mi trabajo aún me las perdonaron, pues el administrador me veía en la cara que estaba enfermo. Tan pálido estaba y tan grandes ojeras tenía. Mas la tercera vez, volvía al «Taft Building» en balde: ya me habían sustituido por otro muchacho.

Mi sucesor era un inglesito rollizo y enjuto. Por la mañana, al llegar, le encontré ya en el ascensor, sentado en aquel taburete redondo, y con la mano en la manivela, dispuesto a poner en marcha el ascensor. Apretaba la manivela de acero como si ya no quisiera soltarla más en su vida. Era bastante más joven que yo. En pocas palabras me comunicó el recado del administrador:

—*I am sorry...*^[34] —decía, y salió disparado con dos «pasajeros» hacia las alturas.

Acepté mi desgracia con apatía; en mi interior se habían derrumbado cosas mucho mayores para que la pérdida de mi colocación me pudiera pesar mucho. Siempre había considerado inferior este trabajo, como un período de transición. A lo mejor, valía más que sucediera así; por propio impulso tal vez no hubiera tenido el valor de dejarlo. El ascensor, cual un tomo que zumbara continuamente, me había despojado poco a poco de toda voluntad. Me iba de cara a la nada y la miseria, pero me consolaba pensando que las grandes metas, las grandes decisiones suelen surgir en tales difíciles momentos. A menudo estos abismos psíquicos y materiales han sido cuna de las más brillantes carreras humanas.

Me sentí casi aliviado al echar una última mirada al ascensor que desaparecía hacia las alturas.

Me encaminé al Museo. Sentía deseo de encontrarme otra vez ante el trineo simbólico de Amundsen. Ya estaba sobre la escalera de hierro del *elevated*, para tomar el tren, cuando, de repente, me volví atrás.

Había sido en el Museo donde... No, no iría al Museo.

Durante largas horas fui vagabundeando por las calles. Mi imaginación ejecutaba atrevidísimos vuelos. Ante cada nuevo escaparate germinaban en mí nuevos proyectos fantásticos. Veíame como rico joyero en Nueva York, en la Quinta Avenida. O como dueño de un elegantísimo restaurante. Como director en las grandes tiendas de automóviles. ¿Por qué no se podría abrir ante mí una brillante carrera política? Dentro de cinco años podría optar por la nacionalidad americana. Primero sería un tribuno popular, luego miembro del Senado. Diez, quince años... Me vi en mi imaginación fotografiado en la *Illustrated London News*: con unas cañas de pesca en un pequeño yate de motor. El epígrafe de la ilustración rezaba así:

Míster John Pacree, presidente de los Estados Unidos, se dedica a su pasatiempo favorito, la pesca...

Por ahora, viviría de mis dólares ahorrados. De momento dejé completamente de fumar.

Recibí cartas de mi madre diciéndome que Rózsa esperaba un bebé. Y añadía el mego de que no se lo dijera a nadie. Pero ¿a quién se lo hubiera podido contar?

Así pasó aquel verano. Estuve en la Legación de Hungría y también a ver el padre Richter, secretario de la Asociación de Húngaros. Tomaron mi nombre y dirección prometiéndome que, si se presentaba alguna oportunidad de trabajo, ya me avisarían.

Cuando me paseaba por las calles sin rumbo fijo, para no gastar mis zapatos nuevos, llevaba los viejos que había traído de Hungría. Pero hacia fines de septiembre aquel par de zapatos estaba tan estropeado que no me quedó otro remedio que tirarlo. Eran la prenda que me había acompañado más tiempo en mi nueva vida americana.

Eran unos zapatos a la medida, encargados en vida de mi padre al zapatero Gustav Matula. Fue mi padre quien los pagó a este honorable artesano. Ahora todo cuanto llevaba era americano, hasta los gemelos de mi camisa. Cuando tuve que separarme de mis zapatos húngaros, me ahogaba exactamente la misma penosa opresión que cuando en Zurich se me acabó el trozo de cabeza de jabalí que mi madre pusiera en mi saco de viaje. Una vez más experimentaba la sensación de que se hacía añicos una buena parte de mi ser.

Mis dólares disminuían de manera aterradora. Ya no me quedaban más que diecisiete. Calculé que, en el mejor de los casos, me bastarían hasta fines de octubre, y entonces me vería arrojado a la calle. Era una sensación como la del minero sepultado en la galería, el cual tiene conciencia de que, a cada inspiración, va faltando el aire a su alrededor.

Por suerte, a mediados de octubre encontré trabajo. En Nueva Jersey, en las obras de construcción de una iglesia. Era un trabajo de categoría bastante más elevada que el del ascensor; tenía que comprobar las horas de trabajo y liquidar el jornal de dieciocho obreros italianos.

Debí esta colocación a míster Masefield, a quien creo haber mencionado ya. Era aquel señor enjuto que conocí en el ascensor, y que iba al séptimo piso, a las oficinas de arquitectura.

Un día, por casualidad, se sentó a mi mesa en un pequeño restaurante, me reconoció y me preguntó qué me sucedía. Me lamentaba a él con la impresión de que ni siquiera me prestaba atención, pues devoraba al mismo tiempo su almuerzo con tan vertiginosa rapidez como si le persiguiesen. Antes de irse corriendo me dijo sólo esto:

«Venga a verme mañana, por la tarde...».

No puedo pensar en este hombre sin profunda emoción. Siempre tenía prisa, siempre corría de un lado a otro, mas no por eso le faltaba tiempo para ser bueno y atento con los demás.

En la obra conocí a la señorita Bárbara O'Bail, que estaba empleada como yo en los servicios exteriores. Solíamos ir juntos a cenar y también al cine.

Esta chica flaca, con su nariz cómicamente puntiaguda, era una frutecita bastante agria. No podría afirmar que lo que nos enlazaba fuera precisamente un amor romántico y ardoroso. Era el encuentro de dos personas tristes y solitarias. Me hacía repetir incluso diez veces alguna que otra frase, hasta que supiera decirla sin falta alguna. Fue de ella de quien aprendí más inglés en mi vida.

Celebré solo y en silencio el primer aniversario de mi llegada a América. No sabía si era un aniversario de alegría o de luto.

Vivía, pero faltaba en mi vida toda luz. Leía mucho, sobre todo los suplementos de los periódicos y las novelas baratas. Era un régimen intelectual verdaderamente de muy baja categoría, pero ahora ya me interesaba y excitaba mi curiosidad cualquier giro para mí aún desconocido del idioma inglés.

Una vez tiré una novela como si me hubiera quemado la mano. Y es que una de

las protagonistas se llamaba Jennifer.

A fines de noviembre recibí una carta de mi madre, la cual me decía que Rózsa había dado a luz felizmente un hijo, que pesaba al nacer tres kilos seiscientos gramos. Tenía el pelo negro, rizado, y grandes manitas blancas. Le bautizaron con el nombre de su padre, Gyula. Rózsa tenía cierta complicación en la vejiga, reliquia del parto. Y mi madre añadía aún esta vez: *«pero querido hijo, no se lo digas a nadie...»*.

Navidad. Luego, Pascua florida. Ya hace tiempo que tengo «relaciones» con Bárbara.

El cuatro de abril. Es el cumpleaños de Jennifer. Jennifer tiene dieciséis años.

Al pensar en esto se estremecía todo mi cuerpo.

Me invadieron con tanta intensidad los recuerdos del año anterior, que no logré dominar el deseo que surgía en mí, y que, hasta entonces me había ocultado hasta a mí mismo. Quería ver aún por última vez a Jennifer.

Le diría que volvía por la estilográfica que le había prestado un día, sin que me la devolviera. Tenía la estilográfica en cuestión en el bolsillo; se trataba de un mero pretexto.

En el pasillo encontré a Betty. Supe por ella que los Doak se habían marchado de Nueva York meses atrás para ir a alguna parte del Oeste.

También Mike se había mudado de casa, pero Betty ignoraba si acompañaba o no a la familia Doak.

Capítulo 16

A fines de septiembre la iglesia estaba construida, y a nosotros nos despidieron. Bárbara se fue a Detroit, donde encontró trabajo en una fábrica de pastas alimenticias. Yo, en cambio, me quedé sin trabajo. Nos despedimos muy conmovidos, y la acompañé hasta la estación. Nos prometimos que nos escribiríamos con regularidad y frecuencia.

Sin embargo, no nos escribimos ni una sola vez, ni ella ni yo; como si en lo íntimo de nosotros hiciéramos votos en tal sentido. No la he vuelto a ver en mi vida.

De momento volví a vivir de mis ahorros. Pero esta vez no quería llegar a la «última fase», o sea, cuando uno ve con creciente horror que pronto tendrá que gastarse su último dólar, y, ya antes de Navidad, acepté trabajo en una editorial. Era ciclista. Distribuía libros en la ciudad, y sólo me daban quince dólares por semana. Trabajo pesadísimo que no tenía comparación con el del ascensor. Mas, por entonces, no tenía ningún otro empleo en perspectiva.

Ocurrió en enero que, una tarde, a las cuatro, en la esquina del Broadway y de la calle 26, me atropello un automóvil. El guardabarro de un enorme cupé Lincoln alcanzó la rueda trasera de mi bicicleta, y yo volé a una distancia de diez metros con mi máquina sobre la calzada resbaladiza y helada. Otro automóvil pudo evitar atropellarme a costa de subir a la acera, y un autobús frenó bruscamente en el último medio metro. Casi me sacaron de entre sus ruedas.

Todo esto aconteció en unos segundos. Oí horrorizados gritos de mujer, durante mi espectacular caída. Se me fracturó el brazo izquierdo, y los cristales de mis lentes me hirieron en la cara. Mi frente y mi sien izquierda quedaron completamente excoriadas. No hace falta que diga que me desmayé.

No volví en mí sino en el hospital, donde estuve durante seis semanas. No podía pretender una indemnización, pues fui yo el culpable. El semáforo prohibía el paso, pero yo no lo vi. No obstante, el propietario del coche que me atropello —director de la Compañía de Electricidad de Nueva York— me envió al hospital cien dólares, sin que yo se los pidiera. No tuve que pagar los gastos de mi hospitalización, de modo que mi accidente me resultó, en fin de cuentas, un bonito negocio.

Alguien me dijo en el hospital que las autoridades americanas son extraordinariamente severas con los conductores de coches cogidos en falta. En el cuarto vecino yacía una mujer a la que era preciso amputar una pierna por la rodilla. Intentaba una demanda de indemnización de veinte mil dólares contra el chófer, y no cabía la menor duda de que la ganaría.

Pensé que, por veinte mil dólares, también yo daría muy gustoso una pierna. Entonces volvería inmediatamente a mi casa. Quién sabe si acabaré por pagar aún un precio mucho más elevado que una pierna, por mi absurda idea de haber venido a América.

Cuando pude abandonar el hospital estábamos a fines de marzo. Como es natural, a mi madre no le hablé para nada de mi accidente en mis cartas.

Alquilé una habitación en la East-Side, en una casa baratísima. Allí conocí a Toshiko Harakosi, profesora de idiomas, japonesa, bastante más pequeña que yo, aunque este servidor dista mucho de ser un mástil.

El cuarto de Toshiko estaba al lado del mío. Nos conocimos de una manera muy divertida: una noche, por error, entró flotando en mi cuarto, cuando estaba precisamente afeitándome. Lanzó un grito de susto y, al verla como fulminada en el umbral, con la mano sobre el picaporte, con una cara tan cómicamente asustada, tuve que reírme a carcajadas. Se fue corriendo como un ratoncito, pero, una vez en el pasillo, la oí reír a su vez.

A los pocos instantes fui yo quien irrumpí en su cuarto, como si lo hiciera por equivocación, e imité hasta su grito de susto. Salí corriendo exactamente como ella. A Toshiko le gustó mi ocurrencia, vino a buscarme y me invitó a tomar una taza de té.

Sus diminutas uñas estaban amarillas del tabaco, lo que disminuyó muchísimo la impresión agradable que me había producido. Hablaba inglés con ligero acento francés, pues había vivido largos años en París. Era una muchacha muy alegre, capaz de reírse enormemente por cualquier motivo insubstancial. Tenía algo de mariposa. Lucía un gabancito azul bordado a la manera de las japonesas más auténticas. Era como una gran mariposa brasileña.

Su voz y sus risitas hacían pensar en el sonido de ciertos xilófonos. Y aquellas vocecitas parecían brotar de la punta de su cabellera, negra como el carbón, que llevaba peinada hacia arriba. No logré determinar su edad ni siquiera por aproximación. A veces daba la impresión de que debía de ser ya muy vieja.

Empecé nuestra conversación haciéndole constar que éramos parientes. Le expliqué que también nosotros los húngaros éramos originarios de Asia; por suerte me acordaba aún muy bien de un artículo filológico que había leído estando en casa, y que trataba del parentesco existente entre los idiomas japonés y *magyar*. Tales cosas siempre interesan a la gente, y hasta me acordaba todavía de unas cuantas palabras japonesas que aparecían en aquel artículo.

Desde luego, exageré intencionadamente un poco la nota, hasta el extremo de titular a Toshiko «querida prima»:

—*You see, dear cousin*^[35], decíale constantemente.

Toshiko aceptó la broma y se reía como si le hiciesen cosquillas. Más tarde, invocando el estrecho parentesco húngarojaponés, me ponía insolente con ella, descontando la bofetada que me iba a dar. Pero en este cálculo mío quedé completamente defraudado.

Evoco ahora los ojos almendrados de Toshiko como si ni siquiera estuvieran cargados de una mirada humana, como si tampoco fueran de persona su voz y sus risitas. Cuando alguna vez la tenía sentada sobre mis rodillas, me parecía que volviesen a repetirse los ratos pasados con Jennifer, pero como una repulsiva

caricatura. Hasta la disposición de mi cuarto y de sus muebles se parecían extrañamente a los del de entonces. Todo ello era como una pesadilla desagradable.

Poco después, Toshiko se fue. Volvió a París, porque en Nueva York no llegaba a ganarse la vida.

Mi colocación siguiente la encontré gracias a un anuncio. Era de médico. Esto hay que interpretarlo en el sentido de que yo era un vulgar doméstico, pero lucía un blanco batín de galeno y, ante el público, mi nuevo jefe me daba el apelativo de «doctor». Creo que fueron la seriedad de mi cara y mis lentes los que me hicieron obtener aquella colocación.

Mis ocupaciones «médicas» consistían en que mi jefe, un robusto hebreo de origen checo, que hubiera podido hacer creer de sí mismo todo menos que era doctor, había alquilado en Broadway un amplio local, colocado en él una cátedra y un encerado negro, y después de llenar la sala con varias filas de sillas, daba «conferencias» ininterrumpidamente durante todo el santo día.

En mangas de camisa vociferaba de la mañana a la noche, hasta el punto de hinchársele las venas en el cuello. Vendía cierto líquido morado del que bastaba verter unas cuantas gotas en la bebida para evitar la apendicitis. Mi jefe diseñaba en el encerado nuestro aparato digestivo e indicaba el lugar del apéndice. Los transeúntes, al oírle vociferar de aquella manera, entraban de la calle, y la sala estaba continuamente tan atestada de gente como un mitin político. Muchísimos eran los que se dejaban tomar el pelo por él, y el negocio iba viento en popa. Yo era su ayudante. Días hubo en que tuve que entregar a los compradores hasta ciento cincuenta frascos, a razón de cincuenta *cents* cada uno.

Mi jefe gritaba siempre el mismo texto, repetido al pie de la letra, pretendiendo convencer al público de que todos los grandes hombres de la Humanidad, sin olvidar a Caruso o al *kaiser* Guillermo II, perecieron a raíz de una apendicitis.

Cuando la primera noche le expliqué que el *kaiser* aún vivía, me echó una mirada por encima de sus quevedos como si estuviera convencido de que le quería engañar. Más tarde, cuando por fin le hube convencido, sólo hizo un gesto resignado con la mano y dijo:

—Es igual. Si los americanos lo ignoran...

Y, en efecto, no ha cambiado ni una palabra del texto que tenía empellado. Aún después, enviaba al otro mundo varias docenas de veces al día al *kaiser*, con apendicitis.

Esta nueva Jauja no podía durar mucho, pues las cuerdas vocales de mi jefe se extenuaron completamente a las seis semanas; también había disminuido el público, de modo que, con sus pingües beneficios se retiró al bien merecido descanso.

Meses más tarde volví a encontrarlo un día, por casualidad. Esta vez vociferaba montado sobre el mostrador de una tienda de artes decorativas, anunciando la acostumbrada subasta a la americana, la llamada *whole sale*.

Luego aprendí el oficio de peluquero, y, durante punto menos de seis meses,

trabajé como oficial de peluquería en un diminuto local de la calle 49.

Cuando perdí también este empleo, a cortos intervalos ejercí la profesión de inspector de una casa de transportes de pianos, de redactor de noticias en un periódico húngaro, y hasta de actor. Trabajé en una modesta compañía de lengua húngara, «creando» el papel principal, como primer actor, en una comedia seudocampesina.

De vez en cuando, sobre todo al encontrarme sin trabajo, sufría mucho por la nostalgia de mi tierra. Pero luego me ponía otra vez en camino, lleno de nuevas esperanzas y reuniendo todas mis fuerzas hacia algún rayo de luz imaginario, con más pena que gloria.

Tres años... ¡Cómo pasa el tiempo! Ya hace tres años que estoy en América. No me sirve para nada el haber aprendido entre tanto el inglés, aún no he llegado absolutamente a nada dando vueltas en el mismo sitio.

Soy camarero en el restaurante de la señora Stolz. Una vez —después de más de año y medio— volví por allí. Ya me dejaba sin cuidado encontrarme o no con Mike. La señora Stolz me dijo que desde entonces no había vuelto a verle más por allí.

Desde aquel día volví a ser un fiel parroquiano. Y en una ocasión en que no tenía nada en perspectiva, pues desde hacía semanas no se me presentaba ni la menor posibilidad esperanzadora de encontrar alguna colocación, el camarero de la señora Stolz, un italiano de baja estofa, llegó a las manos con uno de los clientes, por cuyo motivo la dueña le despidió inmediatamente.

No pareció sorprenderse lo más mínimo cuando le pregunté si me aceptaba por camarero. Me daba la comida y diez dólares semanales. Las propinas sumaban unos quince dólares por semana. Pude enviar a mi madre otra vez veinte o treinta dólares mensuales.

Poco a poco intimamos la señora Stolz y yo, hasta tal punto, que incluso me confiaba el manejo de la caja. Además, me iniciaba en todos los secretos íntimos de su vida.

Supe de esta manera que el único y fatal amor de su vida no había sido su marido, sino Pulai. Por él se divorció de su marido. Sin embargo, hacía ya más de seis meses que no había vuelto a ver a Pulai y me preguntó si sabía algo de aquel hombre.

En casa de la señora Stolz estaba muy a mi gusto. Fue la colocación más agradable y más tranquila que tuve desde que llegué a América. Los clientes húngaros que me conocían de antes nunca me llamaban «camarero» o *waiter*, sino que me trataban de «John» o de «Mr. Pacree». El coadjutor Richter me llamaba por el diminutivo de mi nombre, «Jani».

Pero tampoco en este puesto me fue posible permanecer mucho tiempo.

Me es penoso recordar lo ocurrido, y aún más describirlo aquí: la señora Stolz se enamoró de mí, o no sé qué diablos pasó. Mejor dicho, ni siquiera se enamoró de *mí*, sino más bien de su juventud que declinaba ya. Me solía seguir a la cocina, y, cuando

tenía ambas manos ocupadas con los platos, me besaba en la nuca. Dios sabe por qué, en tales ocasiones, me sentía yo tan avergonzado y me ponía más rojo que la *paprika*. Y cuando servía en el comedor, ella se sentaba siempre ante una mesa en un rincón y no quitaba su mirada de mí, contemplándome incesantemente con unos ojos que hasta debieron de llamar la atención de los clientes.

El doctor Varjas, qué de vez en cuando venía al restaurante, me dijo un día haciéndome un guiño significativo:

—Dicen que ha anidado usted muy bien aquí...

Durante un instante le miré con los ojos en llamas, pero después lo planté sin decirle nada.

Por lo que se refería a la conducta de la señora Stolz, aquellos dimes y diretes no carecían de fundamento. Yo, en cambio, estaba ya casi enfermo por todo ello. Me causaba repugnancia yo mismo, me daba asco de la señora Stolz, pero al propio tiempo tenía mucha lástima a aquella pobre mujer, que siempre había sido muy buena conmigo, y en la que la pasión hacía los mismos estragos que un acceso de fiebre. No exagero nada; en medio de aquellos tipos groseros y dudosos de América, aún flotaba en tomo mío bastante de la atmósfera pura de la casa de mis padres y de mis buenos modales de europeo educado.

Una noche, cuando ya no quedaba nadie en el restaurante, la señora Stolz me hizo la proposición de tomarme como socio en el negocio, con un cincuenta por ciento en los beneficios. Me hacía unas alusiones que no daban lugar a duda: que, a cambio, esperaba que yo me casara con ella. Yo tenía a la sazón veintitrés años, y ella cerca de cincuenta.

Tartamudeé que esto era imposible; que en Hungría había dejado una novia... Y, en aquel instante, yo mismo ignoro por qué, pensé en Jennifer. En Jennifer a la que no había visto desde hacía ya dos años, y ni sabía nada de su vida. Sin embargo, siempre la tenía en mi presencia: «Ya tiene diecisiete años; ahora, dieciocho».

Comprendí que después de aquella conversación no podía quedarme ya en casa de la señora Stolz. Me fui sin despedirme; pero le escribí una carta, agradeciéndole todas las bondades y buenas intenciones que había tenido para mí.

Capítulo 17

Noviembre.

HOY es el aniversario de la muerte de mi padre. Cinco años; ¡Santo Dios, cinco años! Y ya hace más de cuatro que estoy en América...

El pasado agosto cumplí veinticuatro años. Ayer, en la calle, en el espejo de un aparato automático me contemplé la cara largamente. Y quedé horrorizado. Soy un anciano, un viejo fatigado y rendido. Es verdad que mis lentes me hacen más viejo de lo que soy. Además, iba sin afeitar y llevaba una camisa sucia.

Desde el mes de mayo estoy nuevamente desocupado, y desde el mes de septiembre no tengo ni casa. Sam me ha dado una yacija por misericordia; duermo en su taller, sobre un colchón, sin sábanas.

Sam es fotógrafo. Es un gran muchacho judío, encorvado, con una gran narizota. Mi madre me había rogado el año pasado que le mandara una fotografía mía. Entré en el primer salón y así conocí a Sam. Conversando con él descubrimos que su padre era natural de Zagreb, pero él había nacido en América. Otro día nos encontramos en el autobús; otro domingo salimos juntos de excursión, y poco a poco llegamos a ser amigos.

Tampoco los asuntos de Sam van muy bien, pero, por lo menos, aunque mal, puede vivir. Su galería fotográfica, de séptimo orden, está en la Sexta Avenida, en la cúpula de un rascacielos. Durante el verano yo sufría enormemente bajo el techo de vidrio, debido a la típica ola de calor neoyorquina.

Sólo iba a «casa» por las noches. Sam guisaba él mismo; todas las noches me dejaba algunos restos de comida junto a mi yacija, pues no ignoraba mi triste situación. A veces no nos veíamos durante varios días. No me gustaba encontrarle, y salía cada día muy de mañana. Pero nunca dejé de colocar junto al plato vacío un papel con estas palabras: *Thank you, Sam!*

Durante las últimas semanas había pensado a menudo que valía más abandonar aquella lucha sin esperanzas. Vagabundeaba a menudo por el puerto, mirando los barcos que salían para Europa. Una vez hasta logré esconderme como polizón a bordo de un vapor italiano. Desgraciadamente me descubrieron en el último momento; dos marineros me sujetaron por los brazos y me condujeron ante un oficial. Estaba convencido de que iban a entregarme a la Policía.

Sin embargo, el oficial italiano que me tomó declaración tuvo lástima de mí. Le rogué, le imploré que me diera trabajo a bordo, pero que me llevara a casa. Me dijo que me esperase. Se alejó, fue a consultar sin duda con el capitán. Volvió poco después para decirme que, aunque lo lamentaba mucho, era imposible lo que yo pretendía. Cuando ya me iba volvió a llamarme y me dio cinco dólares. Le pregunté a un marinero cómo se llamaba, y me apunté su nombre en mi agenda.

Hacía muchos meses que no había escrito a mi madre. Temía no poder resistirme

y confesarle la verdad. A veces sentía un deseo casi irresistible de escribirle, de lanzar hacia ella un grito de S. O. S., rogándole que rezaran por mí.

Tuve momentos en los que pensé seriamente en el suicidio. Pero, después me venían a la memoria Sam u otras personas tan buenas como aquel oficial del barco italiano, y volvía a recobrar energías. Me parece que sólo pueden creer de veras en la bondad de los hombres los que han perdido ya todas las esperanzas.

¿Jennifer? Se había enfriado, se había apagado en mi alma. Ya no estaba enfadado con ella. Ni con ella ni con Mike. Pensaba en ellos con cierto melancólico perdón. A veces, cavilaba: «¿Dónde estarían, qué habría sido de su vida? Jennifer tiene ya más de dieciocho años. Sin duda es ya la mujer de Mike».

Y a veces, cansado de vagar sin rumbo y de perder el tiempo en las calles, me decidía y pasaba horas enteras paseándome ante la puerta de la casa en la que había vivido bajo el mismo techo que ellos. También se me ocurrió subir al pasillo y detenerme junto a la pared donde había besado por vez primera a Jennifer, o acechar ante la puerta de mi antigua habitación, tras de la cual había pasado horas tan inverosímilmente hermosas. Me acercaba incluso a la manguera, mirando si había allí algún mensaje de Jennifer para mí, escondido entre los pliegues. En tales ocasiones era como un sonámbulo.

Anteayer me encontré casualmente con Pulai. Hacía más de tres años que no le había visto. Apenas me conoció, o a lo mejor, no quiso conocerme. Me miró con ojos inquisidores, y vio en seguida en qué lamentable estado me encontraba. Todo parecía indicar que sus negocios iban viento en popa; tenía coche propio. Le pregunté dónde vivía, y sólo me gritó, a guisa de contestación, alejándose:

—¡En el Ritz!

No se lo creí entonces, y, sin embargo, heme aquí ahora sentado en el «*hall*» del Ritz, esperándole. Vive aquí desde hace pocos días.

Tras largas cavilaciones, había decidido, a pesar de todo, ir a verle. Tal vez podría ayudarme. El conserje ya me había anunciado, y le estaba esperando desde hacía más de hora y media.

Mientras esperaba allí sentado, me invadieron las mismas sensaciones que antes, muchísimo tiempo atrás, en Hungría, cuando aguardaba a Mura, el director de la fábrica de harinas, en el Casino Municipal. O cuando en la calle Sas, de Budapest, en el despacho de la Cooperativa, quería ver al director Sulyok. O cuando, en la avenida de Vác, me pasaba largas horas sobre el pardo diván de la antesala del secretario de la fábrica de cables. Y en el despacho del abogado Preisz, en la avenida Rákoczi, cuyas florecillas pintadas sobre el biombo de la estufa conocía ya tan íntimamente como si las hubiera pintado yo mismo, encerrado en la celda de un presidio, durante interminables años.

Dios mío, no era precisamente así como me imaginara antaño mi vida futura ni mi juventud, cuando, de vuelta de la caza, volvíamos a casa mi padre y yo, y debatíamos el problema de mis ocupaciones futuras.

Una amargura salvaje me estrechaba la garganta. Estaba pictórico de deseos y de voluntad; quería trabajar. Y hasta sabía trabajar; en todas partes me habían tenido por persona hábil y digno de toda confianza. Excepto en el único caso del ascensor del Taft Building, donde perdí mi colocación por no haberme presentado durante varios días.

¿Por qué me pasaba todo esto? ¿Por qué estaba el mundo tan mal organizado? No era tan sólo mi sino personal, sino también el de millones y millones de otros jóvenes... Y, sin embargo, ya hablaba perfectamente el inglés.

Pero, por fin, he aquí a Pulai. Lleva un flamante traje amarillo, y del bolsillo del pecho cuélgale un pañuelo de seda verde. Se me acerca sobre muelles suelas de crepé, sin ruido, tal como ha salido del ascensor. Se deja caer en un sillón a mi lado y sólo me dice:

—*Hello...*

Luego hunde la mano en el bolsillo, saca una carta, echa una mirada en ella, vuelve a guardársela. Entretanto, da un número al botones del teléfono para que se lo pida; es urgente. Como quien tiene la cabeza repleta de mil otras cosas, y la única cosa que no le interesa un bledo es mi persona. Piensa en otros asuntos, mientras me mira y me dice:

—*Welljohn...*

No tenía la menor gana de conversar. Cuando llegue a la frase más importante, llamarán a Pulai al teléfono. ¡Cuan terrible es esto de no llegar nunca a hacerme comprender por nadie! ¡Y que en esta América, tan inmensamente grande, hasta después de transcurridos cuatro años, tenga que ser este Pulai la única persona a la que haya de pedir ayuda...!

Le explicaba mi situación con palabras frías, sin convicción. Y he aquí que, tal como yo había previsto, en medio de la frase saltó de su asiento y corrió al teléfono.

Yo me quedé allí, suspendido del hilo roto de la frase confidencial, como si colgara, de un solo brazo, de un avión sobre el horrible abismo de la extranjería y de la soledad.

Cerré los ojos y durante unos minutos escuché así el zumbido de los ruidos del hotel: la marcha de los ascensores, los timbres tamizados de los aparatos telefónicos del interior de las cabinas acolchadas, los gritos del portero y de los botones, la barahúnda de las conversaciones del «hall», y pensé de nuevo que... Podría soltar el último hilo de esta cadena, para dejarme caer en el precipicio y que todo acabase de una vez.

En aquellos instantes, mi cerebro y mi corazón estaban envueltos en un cansancio tan mortal, que no tenía ganas ni de abrir los ojos.

Pulai me tocó en el hombro:

—Espéreme aquí; volveré dentro de una hora. Tengo un negocio para usted; esta misma tarde podrá ganarse quinientos dólares...

Ya había desaparecido por la puerta giratoria. No tuve tiempo para contestar ni

para llamarle.

Todos mis sentimientos e ideas se pusieron a hervir y a burbujear como la cal, cuando se le tira agua encima. Después, de súbito, me invadió con llamas ingentes el anhelo de volver a mi tierra y de ver a mis familiares.

Aún ignoraba en absoluto de qué manera se me brindaba la oportunidad de ganar aquellos quinientos dólares. Hubiera tenido cien razones para dudar de aquella frase de Pulai, proferida a la ligera; sin embargo, mi alma estaba tan inflamada en aquel momento, me animaba una esperanza tan intensa, que me levanté y me acerqué a un espejo. Contemplé durante largo rato mi rostro, intentando determinar cuánto había cambiado, cuánto había envejecido durante aquellos cuatro años pasados en América, para calcular las impresiones de mi madre en el momento en que volviese a verme.

Las palabras de Pulai me excitaron sobremanera. Volví a sentarme en el sillón, entorné otra vez los ojos, y evoqué mis recuerdos patrios. El tañido de la campana de la iglesia y el olor de acacias mezclado con el de polvo de las calles de mi pueblo. El chirrido de la bacía de cobre ante la barbería de Péter Vojtka. Y, en las tibias noches de verano, el olor sulfuroso del pozo artesiano que brotaba en medio de la plaza del mercado.

Volvía a estar en casa; iba tanteando en medio de mis recuerdos ya bastante desvaídos por el tiempo, como medio ciego y ensordecido.

Establecí el balance de los cuatro años pasados en el Nuevo Mundo. ¡Como si ya los tuviera detrás de mí! En aquellos cuatro años tan sólo en cinco ocasiones había mandado unos pocos dólares a mi madre.

¿Qué clase de negocio podría ser éste en el cual, con la ayuda de Pulai, me podría tocar un beneficio de quinientos dólares?

Desde luego, no aceptaría ningún negocio contrario a la corrección y al honor; de esto, ni hablar. Pero tampoco tendría demasiados escrúpulos, pues, en fin de cuentas, ya había aprendido que aquí en América sólo se abren camino y hacen fortuna los que no vacilan mucho cuando se trata de escoger los medios. Cien dólares me bastarán para los gastos de viaje; cincuenta, para pagar mis deudas; otros cincuenta me servirán para comprarme ropa. Siempre me quedarían trescientos dólares para comenzar una nueva vida en Hungría. Trescientos dólares y mis conocimientos de inglés, como beneficio neto. Tenía confianza sobre todo en estos últimos, gracias a los cuales me sería facilísimo encontrar una colocación bien retribuida en mi tierra, en algún Banco.

En su última carta, mi hermana Rózsa me comunicaba que durante los últimos tiempos, mi madre había encanecido bastante. Sin duda tendría ya los cabellos completamente blancos, sólo que Rózsa no querría escribirme la verdad.

¡Por fin, he aquí a Pulai otra vez!

Se sentó a mi lado y miró en tomo suyo; el lugar no debió de parecerle muy indicado, pues había otras personas cerca de nosotros dos. Se levantó y me llevó a un rincón de la sala, donde estábamos solos. Le seguí sintiendo latir mi corazón en la

garganta.

Ya sentados, Pulai dejó perderse su mirada en el vacío, y durante largo rato estuvo rascándose con el índice la parte del bigote tan brutalmente afeitada. Por fin se puso a hablar.

—*Listen...*^[36] Tengo un cliente que quisiera divorciarse de su mujer...

Empezaba de manera bastante extraña, pero yo le escuché con todos los nervios en tensión.

—Debe usted saber que el señor en cuestión... un financiero muy distinguido... tuvo muy poca suerte al casarse, hace algunos años. Ignoraba por completo con quién se casaba... Sólo lo descubrió más tarde... De esto, no quiero hablar ahora... En una palabra, esa mujer es una bestia...

Todavía no comprendía yo ni una sola palabra de todo aquel asunto. Mas Pulai continuó:

—Engaña continuamente a su marido, pero lo hace de una manera tan hábil, y con tanta astucia, que él nunca logra obtener una prueba contra ella. La mujer, naturalmente, no quiere ni oír hablar del divorcio. Nos hemos decidido, pues, a urdir una prueba contra ella, la atraeremos a una celada, pues no hay otro remedio para librar a este pobre hombre de esa arpía, la cual, dicho sea de paso, casi siempre está borracha...

—¿Qué papel me destina usted en este asunto?...

—Nada. Casi nada. Yo voy a alquilar para usted una habitación en un hotel. Usted no tiene que hacer nada más que tumbarse sobre el sofá, en pijama, fumando o leyendo, o lo que usted quiera... esto es todo.

—No lo comprendo...

—*Oh, you, fathead!*^[37]... Escúcheme. El marido telefonea a su casa y le da cita a su mujer a las seis de la tarde, en el hotel X, habitación número tal, pues ha llegado de Chicago... qué sé yo... una tía suya. Y que irán al teatro juntos. La mujer se presenta en el hotel, sin sospechar nada, llama a la puerta de la habitación indicada, y, en lugar del marido y de la tía, encuentra a un muchacho en pijama, quiero decir: a usted. En este momento salen de su escondite los detectives y testigos oficiales, los cuales levantan acta de que la mujer había entrado en la habitación de un muchacho joven el cual la estaba esperando en ropas menores... ¿Lo comprende ahora?

Durante un instante hasta perdí la respiración. Fijé en Pulai mis pupilas inmóviles:

—¿Y usted pretende de mí que luego declare ante las autoridades que aquella mujer era mi amante?

—¡Ca, hombre! Usted repetirá hasta el cansancio que no ha visto a aquella mujer en su vida, que no la conoce siquiera, que nunca ha cruzado con ella una palabra, y que, por lo tanto, no puede haberle dado una cita. De modo que no tiene que decir sino la pura verdad...

Después añadió en voz baja:

—Naturalmente, podrá decir lo que quiera, nadie se lo creerá. El tribunal, cuando usted declare lo cierto del caso lo interpretará como pura caballerosidad por parte suya. En cambio, aceptará los hechos como única verdad. No vacile usted; el proyecto ha nacido en el cerebro del abogado más caro de Nueva York. ¿Por qué pone esa cara tan agria? No quiera ser más listo que el abogado que le digo...

Luego, de súbito, impuso a mi muda resistencia sus argumentos, cual aceradas esposas:

—Mire usted, no sea tonto: podrá perder aún su tiempo aquí durante diez años más, y nunca se le brindará una ocasión como ésta de ganarse en media hora quinientos dólares... ¿Sabe usted cuánto dinero son quinientos dólares? ¡Podría comenzar una nueva vida con ellos! Todo depende de los primeros quinientos dólares, ¡que ya son un capital! ¿Qué es lo que teme? Aún lo comprendería si se pretendiese obtener de usted un testimonio falso. Pero usted dirá la verdad, nada más que la verdad, que no ha visto a aquella mujer nunca antes en su vida. ¿Qué más quiere? Si no me cree, o si teme no cobrar los quinientos dólares, venga conmigo al bufete del abogado. Ya le explicará él que lo que proyectamos es una acción hornada e incluso moral, pues sólo pretendemos librar a un caballero distinguido y digno de mejor suerte, de una mujer perversa hasta los tuétanos...

—Le creo a usted... —repliqué pensativo, pues me era insoportable el pensamiento de tener que dar mi consentimiento en presencia de tercera persona, de un desconocido, aunque éste fuera el abogado más famoso de la inmensa ciudad de Nueva York.

Rechiné los dientes y sentí surgir en mi interior una decisión rabiosa. Durante cuatro años me debatía luchando, y en la miseria. Ahora, ¡ya estaba harto! Quería volver a mi tierra. Quería vivir. No quería perecer aquí... Cada día me quedaban menos fuerzas, y me visitaba más a menudo la idea del suicidio. Y, por lo demás, esta América... Volvería a casa, y todo esto dejaría de tener más importancia que una pesadilla que uno olvida. Pecaría contra mí mismo y, sí... pecaría contra mi madre si ahora, por cobardía, retrocediese... Y, en fin, yo no sabía, yo no quería saber nada de nada. Y no diría otra cosa que la más pura verdad: que no había visto nunca, que no conocía ni siquiera de vista a aquella mujer.

—No hay mucho tiempo para reflexionar —dijo Pulai, que me observaba.

Miró su reloj. Eran las cuatro de la tarde.

—Vámonos —le dije.

En el camino entramos en un bazar de ropas, donde Pulai me compró un pijama de seda a rayas azules y amarillas y un par de zapatillas de dónbola roja, con borlas blancas. Me parece que debía de estar yo muy pálido cuando la dependienta envolvió aquellas prendas. Apretaba las mandíbulas y en mi interior repetí varias veces una especie de voto: que, tan pronto como cobrase el dinero, me compraría sin demora el pasaje y me volvería a casa. Esta idea iba precisándose con tanta intensidad alrededor de mí, en el ambiente, que a lo mejor, por ella, hasta hubiera sido capaz de asesinar. E

incluso tenía como una sensación vaga de que aquel pijama a rayas era un arma dispuesta para el asesinato; mas en aquellos momentos procuraba reprimir este sentimiento por todos los medios a mi alcance.

Saltamos en un taxi y, al poco rato, llegamos a un hotel, del cual pude notar en seguida que era uno de los mejores de Nueva York.

Pulai se había encargado de todo, y subimos a «mi» cuarto. No se fue hasta que abrió el paquete. Sacó con sus propias manos los alfileres que sujetaban el flamante pijama, haciéndolos desaparecer cuidadosamente, junto con todas las etiquetas de papel que indicaban el precio y la tienda. Esperó asimismo a que me pusiera el pijama, y hasta me despeinó la cabeza, para que la situación resultara más verosímil.

Pulai se fue y yo me quedé solo. Inclinando la frente en la palma de mi mano, reflexioné largo rato. O, mejor dicho, procuré en vano reflexionar: tan excitado estaba.

Después di una vuelta por la habitación, entré en el cuarto de baño, y abrí el armario ropero embutido en la pared, que hubiera podido pasar muy bien por una alcoba. Me conducía como un animal encerrado en un lugar que le es extraño.

Toda mi atención quedó cautivada por el mobiliario lujoso y confortabilísimo de la habitación. El suelo estaba cubierto con una alfombra verde claro, mullida y espesa; las ventanas, cubiertas de pesadas cortinas de seda, de color ceniza y oro, que protegían el silencio hasta contra los ruidos de la calle. La ancha cama francesa, muy baja, despedía por debajo de la vaporosa colcha, el perfume de las sábanas, de nítida blancura.

Hasta levanté la colcha para admirar la cama. ¡Dios mío, cuánto tiempo hacía que no dormía en un lecho tan limpio!

El silencio que me rodeaba me ayudó a concentrar mis pensamientos. No podía pensar en otra cosa sino en la expresión diabólica de Pulai, cuando momentos antes estaba sentado allí, en el sofá, quitando los alfileres de mi pijama. Daba vueltas en sus manos a la prenda como un animal de rapiña a su presa, mirando por dónde puede comenzar a devorarla. Como con sus uñas, demasiado cortas, no lograra sacar uno de los alfileres, se ayudó con los dientes.

Poco a poco, como si fuera despertándome de un desmayo y como si abriese una por una varias ventanas hacia la claridad, mis pensamientos se ponían en movimiento. Si en un asunto así se podían ganar tan fácilmente quinientos dólares, ¿por qué no se encargaba de un papel tan sencillo el propio Pulai? Sin duda porque, ante la policía o ante el tribunal, él infundiría sospechas. ¿Tal vez habría participado ya en otro asunto por el estilo, fracasando en el intento? ¿Y si a lo mejor no era la mujer la mala persona, sino el marido? Esto parecía lo más probable. El hombre se habría enamorado de otra y querría divorciarse de su mujer, que seguramente era una virtuosa madre y compañera. Por esto el marido no lograba obtener pruebas contra su esposa.

En mi modo de pensar, seguía el método más sencillo, que consistía en suponer

exactamente lo contrario de lo que me había dicho Pulai. Y, como por obra de milagro, toda aquella historia cobró una construcción lógica y orgánica, mientras que en la exposición de Pulai todo aparecía inverosímil.

Eché una ojeada al reloj: las cinco y diez. Según el programa, la cita debía celebrarse a las seis en punto.

Aún pensé rapidísimamente lo siguiente: Es preciso salvar algo para mí de este asunto... No debo olvidar que estamos en América... en esta enorme trinchera de combate... Aquí, se lucha cuerpo a cuerpo, mano a mano, por cada dólar... No puedo permitirme el lujo de abandonarme a una debilidad sentimental cualquiera... ¿Qué es, pues, lo que tengo que hacer?

¿Qué pasaría si revelase a la mujer la celada que le están preparando? Ésta sería, de todas maneras, la solución más caballerosa. Se trataba de personas en muy buena posición social. A lo mejor, ella me pagaba mejor por tamaño servicio que el abogado del marido. Pero no, no... imposible canjear la caballerosidad por vil dinero... Sin embargo, podría explicarle la difícil situación en que me encontraba, y no le pediría más que me ayudara a encontrar algún empleo modesto, pero honrado. Era lo menos a que tenía derecho...

Y mientras atravesaban mi mente tales pensamientos, me iba quitando el pijama de seda rayada, cuyo olor, desde luego, ya empezaba a producirme náuseas. Me vestí, cogí el listín de teléfonos: *Míster Jeffrey Richardson*... sí, éste era el nombre que me había dicho Pulai... Park Avenue...

Encontré y pedí el número. Solicité al teléfono a la señora de Richardson. Al principio no quería ponerse al aparato, y mandó que preguntaran mi nombre y el motivo de la llamada, pero luego, al insistir yo en la importancia y urgencia del asunto, acabó, a pesar de todo, por ponerse al otro extremo del hilo. Sólo le dije esto:

—Señora, absténgase de acudir a la cita que le han propuesto para las seis de la tarde, pues en la habitación del hotel no será precisamente su marido quien la espere... Prevéngase: están tramando contra usted un vulgar *frame-up*...

Y, sin esperar siquiera contestación, colgué el auricular.

En efecto: en el último instante me vino a la mente el recuerdo de que en América llaman *frame-up* a tales celadas alevosas y astutamente ideadas. Se inventaron contra la mujer en las demandas de divorcio.

A Pulai le escribí unas cuantas líneas rogándole que me perdonara; pero que, reflexionando sobre el asunto, había decidido renunciar al papel que me habían destinado. Puse la carta sobre el sofá, encima del pijama, cuidadosamente plegado.

Después salí a hurtadillas del hotel.

Sabía que no volvería a ver a Pulai nunca más en la vida. Y, una vez en la calle, sabía asimismo que tampoco la señora de Richardson oiría hablar jamás de mí.

Me adentré de nuevo, sin un solo *cent* en el bolsillo, en la inmensa selva humana de Nueva York. Pero me sentía ligero, feliz y rico.

Capítulo 18

AÚN tengo la impresión de estar soñando. Son las diez de la mañana, y, a las dos y quince de la tarde salgo de viaje hacia California.

La sensación de soñar ha quedado aumentada todavía por las copas de *whisky* que acabo de beber en la habitación de Hullinger. Ya, haciendo vida normal, no resisto la bebida, y por la mañana, con el estómago vacío, mucho menos. Pero esta vez encuentro muy agradable esta ligera embriaguez; y al pasar, en los rayos de sol de febrero, en medio de los magníficos palacios de la Quinta Avenida, casi me pongo a cantar. Efectivamente, como si caminara por un gigantesco corredor de ensueño, de mágica belleza, así me parece esta avenida. El corredor tiene paredes que llegan hasta el cielo, y, a través del techo abierto, desde las policromas cúpulas de los rascacielos, cae un hermoso sol de invierno.

Ahora encuentro que Nueva York es una ciudad maravillosa. Y es maravillosa toda América también. Y bendigo el momento en que decidí venir aquí.

¡Qué sensación más formidable ésta: pasar por una amplia vía como la Quinta Avenida! Es tan limpia como un vaso de cristal. No cabe aquí ni un átomo de polvo. Las lunas de los escaparates brillan como otros tantos resplandecientes espejos. Y brillan los picaportes de latón de los portales. Ésta es la calle más bella y más pulcra de toda Nueva York.

Ahora siento cierta comunidad de espíritu con la formidable y misteriosa energía humana que ha llegado a construir tamañas pagodas que arañan el firmamento. Me siento hombre, y como si todos estos rascacielos fueran míos. Como si diera una vuelta por mi imperio personal.

Siento mi corazón tan ingrátido como nunca en mi vida, Ayer mandé cincuenta dólares a mi madre.

Caramba; esta vez estoy canturreando en voz alta. Canto la canción popular húngara: «*No lloréis, chicas de Gerszenyeg...*». El diablo se lo lleve; pero he bebido algo más de *whisky* de la cuenta. A un transeúnte le grito: *Hello, old boy!*^[38], cuando en realidad no le conozco. Es igual, él debe de cree que nos conocemos. Esto no está mal, así puedo desahogar un poco mi corazón en algún sentido, y ahora, ya interpelo a cad; persona que pasa a mi lado, como si todos fueran amigos mío de toda la vida. A las mujeres más hermosas las saludo con mi sombrero en actitud de profunda reverencia. Hay mucho: que se dejan coger; no se rompen la cabeza para saber quién pueda ser yo, sino que me contestan con otro alegre *hello!*, a pasar presurosos a mi lado. En otros, en cambio, la sonrisa de los labios se tuerce, su actitud revela desconcierto y asombro, vuelven la *cabeza* para mirarme extrañados. Hay otros cuya mano, ya levantada para el saludo, se detiene en el aire; pero yo continúo mi camino y saludo a diestro y siniestro, pues, en fin, aunque tengo derecho a saludar, tengo derecho a amar a los hombres, a abrirles mis dos brazos, bajo el amarillento sol de la

Quinta Avenida: *Hello, hello old boy! Hello, how are you...!* Ya es todo un pequeño escándalo lo que estoy haciendo; no hay derecho, estoy borracho.

A ver si explico cómo ha acontecido todo esto. Ayer, por la mañana, recibí una carta de la redacción de una gran revista cinematográfica. Me comunicaban que había ganado el premio de doscientos dólares de un concurso organizado para encontrar el mejor título para una película nueva. Por casualidad había caído en mis manos el número de la revista en que se anunciaba dicho concurso, publicando un resumen del argumento de la película: ni me acuerdo bien del mismo. Una mujer joven, feliz esposa y madre de familia, escucha el cortejo de un señor desconocido y acepta su acercamiento, de lo que surgen, naturalmente, complicaciones; pero, al final, todo se arregla.

Ni remotamente esperaba poder ganar el concurso; envié la carta más bien por distraer mi aburrimiento, proponiendo como título éste: *Watch your steps!*

Habíalo yo tomado a guasa, y enviaba mi propuesta más bien para chancearme de los redactores, que el hombre tiene a veces tales impulsos maliciosos. Hay que saber que estas tres palabras *Watch your steps!* —lo que significa «Ten cuidado con tus pasos»— aparecen pintadas en blanco en los estribos de todo tranvía, todo autobús, todo vagón de ferrocarril. Si uno quiere tomar cualquier vehículo público, ha de subir por encima de estas grandes letras blancas que le ponen en guardia. Estas tres palabras son mucho más conocidas en América, y quedan mucho más profundamente introducidas en la mente de los americanos, que en Europa las frases análogas de «peligroso asomarse por la ventanilla», o «Prohibido fumar», o «Prohibido el paso», y otras por el estilo. Y había sido precisamente por esta razón por lo que yo ganara el concurso, pues el título se adapta admirablemente bien a la historia de la mujer que da un paso en falso.

¡Doscientos dólares! Corrí como un loco a ver a Sam para que me prestase un traje y una camisa, pues estaba tan andrajoso, que en tan lamentable estado no me hubiera atrevido a presentarme en la redacción a cobrar el premio ganado. Le enseñé a Sam la carta, y soltó un grito de alegría tan grande, como si fuera él el feliz ganador, no ya de aquel insignificante concurso, sino del premio mayor de la Lotería. Sam era un muchacho de buen corazón; pero esta vez lanzó aquel grito también por haber leído en la carta, antes que nada, que, por fin, podría pagarle aquellos quince dólares que le adeudaba. Esto no podía tomárselo yo a mal, desde luego.

Era verdaderamente conmovedor cuando me visitó con su mejor traje. Amplió su generosidad prestándome su abrigo nuevo de invierno.

Hice, pues, mi aparición tan elegantemente vestido en la redacción. Después de justificar mi personalidad me dijeron que volviera al día siguiente, pues el director, que tenía que firmar la nota para la caja, había salido ya.

Les mentí al decirles que a la tarde tenía que salir de viaje. —¡Mañana!. ¿Podía yo esperar hasta mañana aquel dinero?—, ante lo cual una de las secretarias me indicó el restaurante donde el director en cuestión solía almorzar.

Se trataba de un club discreto y más bien modesto, en el vigésimo piso de uno de los edificios de Park Avenue.

El director —desgraciadamente ya no me acuerdo de su nombre— era un hombre de cierta edad, calvo, con cara abotagada y unas grandes palas en saliente prognatismo. Veíase en él claramente que no realizaba ningún ejercicio físico, y que salía del ascensor para subir al coche, y se apeaba del coche para tomar otro ascensor. Asimismo era visible que le gustaba comer y beber en abundancia. Para ser un periodista cinematográfico, parecía persona mansa y estúpida.

Ocupaba con otro señor una mesa en un rincón de la sala. Era Hullinger, un director de películas, hombrecito pequeño, flaco, extraordinariamente feo, con el cuello encogido y la cabeza ladeada. Había en él una movilidad extraordinaria. Extender la mano hacia el vaso, echar una mirada sobre sus uñas, sacar y mirar su reloj, todos estos gestos y movimientos revelaban en él otras tantas decisiones tan rápidas como el relámpago. La expresión de su rostro revelaba claramente que siempre solía pensar en dos o tres cosas paralela y simultáneamente, lo cual refleja en su fisonomía cierta tensión continua. Al reflexionar, abultaba la mejilla con la lengua. También a él le gustaba la bebida, y el *whisky* hacía enrojecer y transpirar su rostro. Por casualidad yo había leído un artículo sobre él en la referida revista, y le conocí por la fotografía; hasta sabía qué películas había dirigido. Así que me fue muy fácil, al ser presentado, expresar toda mi admiración y felicitarle por su último gran éxito, pues bien sabía que esta clase de personas son siempre muy vanidosas. Me cogió por el brazo:

—¿Ha almorzado ya? Bueno, siéntese y coma con nosotros. Es igual, puede usted comer dos veces.

Entretanto, el director de la revista firmó la nota para la caja, que yo había llevado conmigo. Hullinger, al enterarse de qué se trataba, alzó las cejas y meditó el título, declarando que era una idiotez. «*Blódheit*», decía en alemán; pero al mismo tiempo me escanciaba vino en un vaso. Desde luego, no es necesario que haga observar que, a pesar de la prohibición, en el club aquel se bebía todo el alcohol que se quería.

Por regla general, Hullinger solía desbordar de buen humor, y a los pocos minutos me comunicó que aquella mañana acababa de firmar un nuevo contrato. Comprendí en seguida que éste era el motivo de que fuera tan bien recibido, sin hablar de las copas de *whisky* ya ingeridas. Mientras Hullinger no cesaba de hablar continuamente, el director de la revista entregaba sus pensamientos a la borrachera, con los párpados entornados, estado que parecía producirle una euforia extraordinaria.

—¿De qué nacionalidad es usted? —preguntóme Hullinger—. ¿Húngaro? Yo hablo admirablemente el húngaro...

Y chapurreó rápidamente una serie de palabras de mal gusto que no sufren la transcripción, aprendidas de algún mamarracho a la manera de los loros.

Después se informó de si conocía yo a tal y cual escritor húngaro. Se trataba de nombres muy conocidos hasta en el extranjero; no hay que decir que contesté

afirmativamente. No le dije que a la mayoría sólo les conocía por sus obras, pero tampoco Hullinger me lo preguntó. En Budapest no solía frecuentar los medios intelectuales, ni hubiera tenido ocasión de hacerlo.

De repente, Hullinger se inclinó confidencialmente hacia mí para preguntarme acerca de una actriz húngara muy conocida. Le dije que en la actualidad era un rico latifundista quien le hacía la corte. Esto era invención pura, pero Hullinger hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Hullinger había sido escritor y periodista en Berlín. Por unas cuantas palabras tuyas, esparcidas en su conversación, me daba cuenta de que miraba las películas americanas con los ojos del publicista europeo. Ni siquiera en Budapest me gustaba ir mucho al cine, sino que prefería retirarme al rincón de algún café, sumergiéndome en la lectura de los periódicos literarios. En cuanto a mi cultura literaria se refiere, había en ella enormes lagunas y zonas de oscuridad; sin embargo, en la conversación no me resultaba difícil hacer gala de una gran información, sobre todo en lo referente a los clásicos.

Procuraba, pues, mostrarme de este lado ante Hullinger, conversar con él.

—¿A qué se dedica usted? —me preguntó.

—Tengo un pequeño capital que me permite vivir... Soy independiente.

Al decir esto no mentía, pues ya tenía en el bolsillo la nota de cobro de los doscientos dólares; de momento, aquel capital representaba mi única fuente de ingresos.

Creí haber comprendido, o por lo menos sospechado, la idea de Hullinger. Mi corazón latía fuertemente. Tendí con gran esfuerzo todas mis fibras nerviosas para que, con alguna misteriosa transmisión de pensamiento, activara el de Hullinger en el sentido en que aparentaba encaminarse ya; pero todo parecía indicar que no lo lograba, pues Hullinger, como si ahuyentase lejos de sí un pensamiento apenas germinado —repito: no sé lo que podría ser, sólo lo presumía o creía conjeturarlo—, se dirigió de repente al director de la revista, cambiando bruscamente de conversación.

Poco después se despidió el periodista y me quedé solo con Hullinger. Tuve de nuevo la impresión de que Hullinger quería decirme algo; pero otra vez cambió de idea. Aquellos momentos operaban en mí una excitación extraordinaria. Hay ocasiones en la vida en que uno tiene la sensación de que va a ocurrir algo importantísimo; a veces, sin fundamento real alguno. Tenía la intuición de que no había producido mala impresión en Hullinger, antes al contrario. Hasta le dije unas cuantas frases en alemán, teniendo buen cuidado de no revelar cuan poco sabía de este idioma.

Remontamos a pie Park Avenue. El sol amarillento y pálido de aquella tarde de invierno era como si allá arriba hubiesen encendido una enorme lámpara de petróleo. Frente a nosotros, también la cúpula gigantesca del Central Stadium se bañaba en aquella luz en las alturas.

Al llegar ante su hotel, Hullinger me dijo:

—¿Tiene usted prisa? Si no la tiene, suba conmigo un momento.

Me invadió tal excitación, que mis rodillas temblaban sin fuerza.

Arriba, en su habitación, se plantó ante el espejo, se arregló la corbata, se contempló largo rato y casi se acarició la cara, como si estuviera solo. Luego, mirando siempre al espejo, dijo:

—¿Cómo podría obtener informes sobre usted?

Palidecí al oír esta pregunta. Sin duda Hullinger notó este cambio en mi cara, pues añadió:

—Le mego que no se moleste; pero tengo ciertos proyectos respecto a usted y apenas hace una hora que nos conocemos...

Mis ideas se pusieron a galopar desenfrenadamente: ¿cuáles eran mis conocimientos más distinguidos en Nueva York? Todos mis conocidos eran gente pobre: camareros, peluqueros, ascensoristas, con los cuales había trabajado. Para el fin deseado, tampoco Sam entraba en consideración.

—El presidente de la Asociación de Húngaros —dije tras un instante de reflexión.

Pero apenas lo dije, mi corazón se paró casi en mi pecho, pues pensé que, a lo mejor, Hullinger cogería inmediatamente el teléfono. Porque, a decir verdad, al presidente sólo le conocía de nombre. Desde luego, podía rogar al reverendo padre Richter, secretario de la Asociación, que él rogara al señor presidente... Pero todos éstos no fueron más que unos pensamientos apenas esbozados. Casi diría que toda mi vida pulsaba en mí en aquel instante, y tenía la íntima y agradable convicción de que sí, de que yo era persona hornada y honorable. Esta fuerte y melancólica convicción mía me daba fuerza moral para que mi voz sonara muy segura y muy tranquila, al decirle a Hullinger que podía pedir informes míos al presidente de la Asociación de Húngaros.

Parece que mi respuesta, tan segura de mí, había convencido a Hullinger, pues, un instante después me dijo:

—Mañana me voy a California. Todo este asunto se ha presentado inesperadamente... Necesito un secretario. Le daría cincuenta dólares por semana y gastos de alojamiento y subsistencia...

Hizo una breve pausa, luego apartó la mirada de su propia cara en el espejo, y la volvió hacia mí.

Tuve que reunir todas mis energías para no descubrir mi emoción. Tenía ganas de llorar. Con la rapidez de un relámpago, había calculado que cincuenta dólares por semana, sin contar los gastos de subsistencia, era más de lo que ganaba Mura, el director de la fábrica de harina en los mejores períodos de su vida... Y que podría ahorrar hasta ciento cincuenta dólares al mes.

—¿Y también los gastos de viaje?

—Desde luego —replicó Hullinger.

En aquel instante ya sabía incluso de qué se trataba. Hullinger se dirigía a

Hollywood con un nuevo contrato en el bolsillo; no quería llegar sin secretario.

Le pregunté en tono frío y tranquilo:

—¿Qué tiempo me concede usted para decidirme?

—Una hora —dijo rápidamente Hullinger.

Me levanté, le di la mano y, sin decir palabra, me fui. Para que Hullinger viera que conocía el ritmo americano.

Una vez en la calle me puse a caminar sin rumbo fijo. Iba de un lado a otro como un idiota. Una hora después telefoneaba a Hullinger para decirle que aceptaba su proposición.

Hullinger me mandó que me presentara el día siguiente a las diez, en su hotel. Ya me hablaba como a un subordinado. Esto me produjo gran alegría.

Al colgar el auricular no podía creer en todo aquello. Me había cogido tan inopinadamente... Y ¡era tan inverosímil!

Corrí a la redacción para cobrar mis doscientos dólares. De allí, me precipité de una tienda a otra, para comprar maleta, traje, abrigo, ropa y zapatos; en una palabra, me equipé por completo. Pero, durante todo el tiempo, aun me parecía que soñaba.

Todo esto acababa de pasarme en unas pocas horas. Por la mañana, aun me había levantado de mi colchón como de un ataúd. La camisa que tenía que ponerme la llevaba hacía diez días.

Calculé que, enviando cincuenta dólares a mi madre y pagando todas mis deudas, me quedarían sólo catorce dólares. Pero esto, ahora, me importaba un bledo. Ahora estaba bajo las alas protectoras de Hullinger.

Hullinger viajaba en lo que en América llaman *compartment*, o sea que tenía en el tren toda una pequeña habitación para él solo: cama, lavabo, mesa, sillas y armarios, y, además de todo esto, cuanto es necesario para independizarse de las demás partes del vagón. Los europeos no conocen esta comodidad en el viajar. Desde luego, tampoco ellos viajan cinco días seguidos en un tren expreso.

Yo tenía un asiento en la parte común del tren, pero aun esto significaba un lujo y una comodidad principescos, comparándolos con las costumbres europeas. Había a disposición de los viajeros un salón de peluquería, un salón de lectura, pero lo que más me agradaba era la terraza abierta del último vagón, donde uno podía sentarse y gozar del panorama de los paisajes que pasaban. No resistí mucho tiempo allí fuera, pues hacía bastante frío.

Hullinger se pasó durmiendo casi todo el viaje. Cuando se despertaba se ponía a beber, para volver a dormirse otra vez. Mis deberes de secretario consistían en presentarme de cuando en cuando en su *compartment* para conversar con él. Pero nunca prestaba atención a lo que yo decía. Pensando en otras cosas, miraba por la ventana, o soltaba irnos tremendos bostezos. En tales ocasiones, su nariz desaparecía completamente de su rostro, para salir de golpe después, como movida por un resorte.

Más allá de Chicago, en medio de las montañas, nos atrapó una formidable tormenta de nieve. El tren se cubría de escarcha, y por la noche ya pendían de él, por todos lados, unos carámbanos de más de un metro. Atravesamos corriendo a un ritmo frenético por tan crudo invierno durante tres días enteros.

Pero la mañana del quinto día fue como si se hubiese producido un verdadero milagro. Al despertarme y mirar por la ventanilla, vi por doquier el verano: verano, el mismo verano que en Hungría, con su sol blanco y cálido.

En la primera parada del tren, todo el mundo bajó al andén, sin abrigo, para estirar un poco las piernas. Durante la última noche nuestro tren había dejado tras sí las abruptas sierras para entrar en las risueñas llanuras de Arizona.

A partir de allí, el trayecto se inclinaba cada vez más hacia el sur, y atravesamos a un ritmo desenfrenado un enorme y sofocante desierto de arena.

En la estación siguiente subieron al tren unos indios. Vendían alfombras y unas primitivas joyas de plata repujada, de su propia manufactura. Tenían un aspecto completamente mogol. Al mismo tiempo tenían algo de zíngaros, y su pelo ya ni siquiera era negro, sino más bien tan azulado como el plumaje de los cuervos. Hombres tristes, que no ofrecían interés alguno; me era imposible encontrar en ellos algo de los recuerdos de mis lecturas de la infancia.

Por la tarde, el tren nos arrastraba con velocidad precipitada a través de las estepas californianas. Los enormes árboles con flores encamadas, llamados *holly*, se hacían cada vez más numerosos. Nos acercábamos a Hollywood.

Porque, si alguien no lo supiera, *Hollywood* significa literalmente «Bosque de *hollies*». Como si se dijera: «Bosque de acebos», o mejor, «Acebedo».

Llegamos a la capital del cinema a las diez de la noche. El tren llevaba dos horas de retraso. Por consiguiente, el interventor se presentó entre los viajeros y también a mí me devolvió dos dólares con sesenta centavos.

En América, el tiempo es dinero. Y esto es algo más que una frase.

Capítulo 19

A mediados de marzo, Hullinger volvió a Nueva York y hoy he recibido carta de él, en la que me comunica que tiene que ir a París, donde ha de permanecer cuatro meses. Esa gente del cine nunca sabe lo que va a ocurrir dentro del porvenir más inmediato.

Cuando llegamos aquí en febrero, Hullinger alquiló un hotelito a orillas del mar, contrató a un cocinero negro y se instaló en tal forma como si tuviera que vivir allí diez años seguidos. Dichos diez años se redujeron, en la realidad, a nada más que cinco semanas. Antes de salir para Nueva York, despidió al negro —entonces creía que sólo pasaría unas seis semanas en Nueva York—, pero en su carta de hoy me dice que, contrariamente a lo previsto, la empresa había decidido rodar la película, no en Nueva York sino en París. Creo que en esta decisión influyó mucho el deseo del propio Hullinger, pues me había contado confidencialmente que había dejado en París a alguien que no podía venir con él. No tenía otro anhelo que el de poder volver a Europa, corriendo los gastos del viaje, desde luego, a cargo de la casa productora, y sin rescindir el contrato.

Casi veo a Hullinger en el despacho de la dirección central, explicándoles a los directores, con todos los gestos posibles de la persuasión, que el argumento de la película no podía tener por escenario ninguna otra ciudad que no fuera París. Había ido cambiando y transformando el argumento y el guión hasta que logró volver a reunirse con *mademoiselle* Lefébre, cuyo retrato está colocado en un ancho marco de plata sobre la chimenea, ante mí; en sus manos, sostiene una raqueta de tenis, y la dedicatoria, escrita con letras tan grandes como cerillas, violentamente puntiagudas, reza así: «*Toujours ton petit chou, Michette...*»^[39].

No sé nada más de dicha señorita. Pero, desde que soy secretario de Hullinger, no pasó día sin que saliera una carta a su dirección.

Al principio me sentía bastante incómodo al lado de Hullinger. Tenía tan poca cosa que hacer, mi empleo resultaba tan confortable, que sentía remordimiento de conciencia y hasta temor de que aquello no pudiera durar. Hullinger acabaría por descubrir que tener secretario era un lujo completamente superfluo para él.

Sin embargo, la carta de mi jefe rebosa alegría, y me encarga que le guarde la casa, mientras dure su permanencia en Europa.

Parece como si el destino quisiera recompensarme por cuanto me ha hecho sufrir hasta ahora. De modo que puedo vivir aquí, en la playa más hermosa del mundo, y, desde la mañana hasta la noche, mi único deber consiste en hacer lo que me dé la gana. En mi vida me he sentido tan libre e independiente.

Ni tampoco tan solitario. A veces, me duele tanto esta soledad, que temo enloquecerme. Me acuerdo de que a orillas del océano Pacífico, me encuentro a una distancia de cinco mil kilómetros de Nueva York, o sea la misma que separa a Nueva

York de Hungría. He calculado que, a las nueve de la mañana, en Hungría son las seis de la tarde, pues hay nueve horas exactas de diferencia. Aquí es verano hasta el mes de enero, pues nos encontramos aproximadamente a la misma distancia del ecuador que El Cairo. A las diez de la mañana, voy a bañarme en el mar —el mar resplandece y el cálido cielo azul fulgura—, y en mi tierra, a la misma hora, son las siete de la noche, y reina una oscuridad invernal completa. Casi veo a mi madre, inclinada ante la estufa, examinando con cuidado cada trozo de leña, pues es preciso ahorrar combustible. Gracias a Dios, ahora ya puedo enviar dinero a mi casa con toda regularidad.

El mar me había reservado unas alegrías como nunca me hubiera atrevido a imaginármelas. He descubierto dos viejas barcazas ancladas lejos de la orilla. Cada hora salen hacia ellas del embarcadero canoas automóviles, transportando a aquellos barcos viejos y oxidados a los que nos dedicamos a la pesca deportiva. Esas barcazas viejas jubiladas están destinadas por completo a la pesca en alta mar. Vistas de lejos, el sinnúmero de cañas que bordean sus costados hacen el efecto de que les hayan salido unos largos pelos rubios. Tienen sendos restaurancitos y trabajan lo mismo de día que de noche. Entonces, unos enormes proyectores iluminan el mar, para facilitar la pesca, y se puede ver cómo evolucionan en el agua negroazulada grandes peces oscuros aglomerándose en tomo de los focos luminosos.

Esta playa es el verdadero paraíso de los pescadores de caña. Hay también unos vaporcitos, no mayores que las antiguas «golondrinas» del Danubio, que se hacen a la mar por la mañana, navegan a lo largo de la orilla con sus pasajeros, y recorren las pequeñas ensenadas, o se adentran profundamente en el mar. Desde un mástil, un marinero acecha el agua que brilla con colores plúmbeos, y dirige el barquito hacia donde pasan las bandadas de grandes peces.

Estoy enamorado del mar. Y enamorado asimismo de las interminables horas que paso a bordo de estos barcos. Cuando salí el primer día a la pesca, en alta mar, me acordé de aquella mañana de septiembre en que fuimos por última vez mi padre y yo hacia el brazo del río.

Pero aquello, el agua estancada, las riberas bordeadas de salcedos y cañaverales, encerrado en medio del silencio embrujado del espejo del agua, ¡cuan diferente era todo! Cuan diferente era aquel mundo en miniatura comparado con estas dimensiones fenomenales de la pesca, entre el bramido de las olas, y con la conciencia de que estas mismas olas bañan las orillas del otro lado, las tierras del lejano Japón y de la China, con la sensación de lo enorme e infinito que es el océano. Encima de nuestras cabezas, revolotean las gaviotas y unas bandadas de grandes pelícanos pardos, y cada cual se estremece en la emoción de la espera del instante en que se mueva el anzuelo, y de la incógnita de qué clase de monstruo marino nunca visto picará esta vez.

Me acuerdo de la sensación que causó en mi casa, durante algunos años, el que una vez tuviera suerte de pescar un gran sollo, que no pesaba más de doce kilogramos. En cambio, aquí, mi vecino acaba de sacar del mar, hace unos instantes,

un formidable ejemplar del pez llamado halibut. Dos marineros apenas conseguían arrastrar a cubierta, mediante unos enormes garfios de hierro, esa bestia, grande como un hombre, y cuyo cuerpo tiene la forma de una gigantesca hoja de árbol.

Alguien me pone su mano sobre el hombro y señala hacia el mar:

—Mire, ¡allí!

Se Ven sobre el mar cinco rayitas de agua verticales, como los arcos de los surtidores en algún parque inmenso.

—¿Qué es?

—Ballenas.

Apenas me queda tiempo para asombrarme, ante la visión que parece surgir de un libro de mi adolescencia, cuando por doquier se oyen silbidos y risas. Se silba a las focas, que acaban de aparecer en tomo de nuestro barco en nutridos grupos. Nos miran mansa y amistosamente al sacar del agua sus cabezas redondas y lisas. Al oír silbar, se acercan como los perros en tierra firme. Con unos cuantos disparos se las ahuyenta, pues de no hacerlo, lo harían ellas con nuestros peces, y se acabaría la pesca.

El marinero que se sienta arriba en el mástil, lanza un grito:

—*Pull out the line!*

Y veo que, efectivamente, todo el mundo saca muy excitado sus anzuelos del agua. Mas ignoro por qué. Yo acabo de colocar un grueso arenque vivo en mi anzuelo, para cebo.

Uno de los *stewards*^[40] se me acerca y me quita de la mano la caña.

—¡Saque usted el anzuelo! —grita otra vez.

—¿Por qué?

—Pero ¿no lo ve? ¡Se acerca un tiburón!

—Pues no lo saco; ¡no me he vuelto loco!

Casi me pongo a luchar con el marinero. Desde mi infancia venía acariciando el sueño de pescar un tiburón, algún día. Mas el *steward* pone todo su empeño en impedírmelo.

Pero ya es tarde. El anzuelo estaba muy profundo en el agua. Antes de que lo pudiera sacar, el tiburón ya se había tragado mi arenque. Todo el mundo estaba convencido de que el tiburón rompería el sedal y se llevaría el anzuelo. Nadie sabe que mi caña está provista del mejor dispositivo del mundo: el de Hullinger, y fue comprado en la célebre casa Hardy, de Londres, con sedal del 39 y con el perfecto *Fortuna-reel*... En efecto, a los pocos instantes, se ve la espada pardoamarilla del tiburón, que se debate a una profundidad de unos diez metros aproximadamente. Es un tiburoncillo pequeño, pero aun así, tiene el tamaño de un niño de diez años.

El *steward* pone una cara como si hubiera acaecido alguna gran vergüenza o desgracia. Mis compañeros, los demás pescadores, me miran con compasión.

Al tiburón no lo sacan del agua sino a la altura que permita ponerle una mordaza y sacarle el anzuelo. Como despedida, con un gran cuchillo se le abre el vientre y lo

dejan caer otra vez al agua.

Así me he enterado de que coger un tiburón es una vergüenza, por lo menos tan grande como cuando uno sale a cazar ciervos y mata un caballo o una vaca.

Todo el santo día, me lo pasaba en el mar. Casi empezaba a creer en la metempsicosis, en otra existencia anterior; a lo mejor habré nacido a orillas del océano y ahora, tras un largo vagabundear, acababa de encontrar el fondo más íntimo de mi ser. Sin duda, el destino no es completamente ciego, sino que guía nuestros pasos hacia tales existencias pretéritas.

Solía salir muy de mañana, y no volvía hasta la noche, en mi blanco *short* o pantalón corto, y mi *mallot* sucio de la sangre de pescado, con el saco de la presa en la mano y mis cañas al hombro.

Ya trataba a los marineros de los barcos de pesca por sus nombres de pila, y me había conquistado muchos amigos hasta entre los verdaderos pescadores deportivos. Podía conversar con ellos durante largas horas, de los peces y de sus varias costumbres. Eran gente de todas clases: obreros, pequeños empleados, pero había entre ellos también millonarios, y hasta un actor de cine de fama mundial.

Sé muy bien que por doquier, en el vasto mundo, suelen burlarse de los pescadores de caña. Quienes nunca han practicado ese deporte, se imaginan que el pescador deja colgar en el agua durante largas horas un cordelito, y que su cerebro se sume en una idiotez mansa e inofensiva.

Me siento impulsado por cierto orgullo secreto de pescador aficionado, al no poder resistir a dejar descritas aquí dos de mis más memorables excursiones piscatorias. Las describiré cuando menos por la sola razón de que algún día pueda rememorar su emoción con toda intensidad.

Mis nuevos amigos me habían dicho que la verdadera pesca grande se practicaba mucho más lejos de la costa, más allá de las islas. Desde el punto de vista deportivo, los dos peces más preciados del Océano Pacífico son el atún y el pez espada. El atún figuraba ya en mis manuales escolares de Historia Natural, y se nos enseñaba que ejemplares pequeños abundan hasta en el Adriático. Según se pretende, en el Pacífico, llega a alcanzar esta especie hasta más de diez toneladas de peso, y lo que sé a ciencia cierta es que la barca alcanzada por el Tuna Club, que tiene su sede en la isla Catalina, no dista mucho de este peso.

El atún interesa a la pesca deportiva, no sólo por sus dimensiones, sino, sobre todo, porque su presa requiere una paciencia, una destreza y una fuerza corporal descomunales. El enorme pez no abandona nunca la lucha, como por ejemplo el tiburón, mucho más grande que él, sino que pugna por la vida hasta su último instante.

Mi presa sólo pesaba 147 libras y media.

El otro gran pez «deportivo» es el *Xiphius gladius*, el fabuloso pez espada. Blande

en su nariz una espada de hueso que a veces mide hasta dos metros, y, cuando ataca enfurecido, es capaz de perforar incluso el costado de una barca. En cuanto a la fuerza, a la talla y a su despiadada lucha por la existencia, supera considerablemente hasta al mismo atún. Lo que es para el cazador africano el macho del elefante o el león macho de negra melena, es para los pescadores deportivos del Pacífico el *Xiphius gladius*.

Su pesca equivale a la obtención de los más preciados galardones de los clubs de pesca: el botón de oro y el botón purpúreo, que se suelen llevar con las condecoraciones, en el ojal del frac. Un verdadero aficionado a la pesca deportiva no daría un botón así por las llaves de camarlengo, ni tan siquiera por el mismo toisón de oro.

La marca mundial de esta pesca la tiene Zane Grey, el célebre escritor, quien pudo pescar un día, cerca de Nueva Zelanda, un pez espada de 1070 libras, con caña. La lucha a vida y muerte entre el hombre y la bestia había durado nueve horas enteras.

Mi primer pez espada pesaba 312 libras en la báscula.

Primero, explicaré la pesca del atún.

Eran las cinco de la mañana. En la bahía de la isla Catalina, el agua estaba tan serena como si estuviera fundida en una sola enorme pieza de acero. La violácea luz del alba lo envolvía todo.

En la pequeña lancha motora, no había conmigo sino su propietario, *Old Peter*, «el viejo Pedro». Llevaba él el timón y observaba. Esto ya era una diversión de gran lujo: veinticinco dólares al día. Con ello se alquila la embarcación, pero también la rara sabiduría de *Old Peter*. Sin un *boatman* muy experimentado, sería completamente inútil salir a la pesca del atún.

Apenas abandonamos la isla, el liso espejo de mar apareció de repente como lleno de arañazos de gato. Este símil no es mío: *Old Peter* lo dijo así. *Castpaw!* En una palabra, la embrujada calma del agua de las bahías había desaparecido, íbamos hacia alta mar. Poco después, ya nos balanceaba con unas olitas plateadas el profundo océano color índigo.

Muy lejos, sobre un punto determinado del agua, brillaban con sus alas blancas, en apretado racimo, una bandada de gaviotas. Revoloteaban sobre el mismo punto, chillando estrepitosamente, como si quisieran ser testigos de una tragedia desconocida.

—Prepare usted sus cañas —volvióse atrás *Old Peter* desde el timón.

Invadióme una excitación descomunal. Era aquél un instante grandioso; con manos temblorosas, enganché en el anzuelo un pez volador de tamaño regular.

Y solté al aire la pequeña cometa de seda gris que sirve para llevar el anzuelo hasta una distancia de doscientos metros. Es imposible tirar tan lejos el anzuelo sin este dispositivo, y tampoco se puede acercar uno a tan noble presa con la

embarcación.

Sólo ahora se podría apreciar verdaderamente la destreza incomparable de *Old Peter*, al maniobrar con la lancha. Tenía que colocarla en tal sentido, respecto al viento, que la cometa llevara el anzuelo en dirección de los atunes.

Ya se veían las aletas color de bronce surcando el agua. Los atunes siempre navegaban por bandadas.

—Éstos son demasiado pequeños —díjome *Old Peter*, imprimiendo otro rumbo a la barca.

Sentí una rabia terrible contra él. Para mí, ya hubiera bastado. Pero no dije nada; la fama legendaria y la autoridad de *Old Peter* me desarmaron.

Erramos por el mar durante horas, sin descubrir ninguna presa digna. El sol estaba ya en el cénit. Empecé a perder la paciencia, y observaba continuamente el rostro del viejo, que se abstraía en el acecho de la superficie del agua.

De repente, gritó:

—¡Ahí tiene usted sus peces!

Otra vez la misma emoción de antes. La cometa ya está en el aire, el anzuelo se hunde varios metros en el agua, y el hilo se desenrolla suavemente del tambor, conforme el viento se lleva la cometa hacia los peces, que no sospechan nada. Naturalmente, el anzuelo, de acero inglés, es tan grande, que serviría para alzar hasta una ternera.

Vuelven a aparecer, Dios sabe de dónde, las gaviotas. Bajo la chillona bandada, el agua despide una espuma blanca, como si la hicieran bullir en aquel punto.

Ahora emergen de las olas dos, después cuatro, y luego tres oscuros cuerpos de pez, con sus aletas en forma de horca, en atrevido salto, para desaparecer inmediatamente otra vez, con la rapidez de un relámpago.

—¡Los hay hasta de cien kilos! —me grita *Old Peter*.

Yo, por poco me desmayo de emoción. Ya sé que, en tales casos, es preciso conducir el anzuelo a unos cuantos metros detrás de los peces guías de la banda, pues allí están los mayores. Al igual que los altos dignatarios de una corte, detrás de sus heraldos anunciadores.

Old Peter da una gran vuelta en dirección del viento, para que la cometa pueda llevar el anzuelo hacia los peces.

—¡Haga saltar el anzuelo!... ¡Hágalo saltar!... —me grita ahora *Old Peter*, excitado a su vez.

Tiro hacia atrás el enorme bambú, sacando el anzuelo a una altura de un metro sobre el agua, y dejándolo caer otra vez. Los atunes creen que el pez volador vive y da saltos al huir ante ellos.

El anzuelo, con atrevidos saltos, se acerca cada vez más a la bandada de los atunes. Son éstos los momentos decisivos de mi empresa.

De súbito, se ve una masa negra que surca con increíble rapidez las olas. Su aleta superior es como la reja de un arado.

Y en el mismo instante en que el anzuelo vuelve a caer en el agua, ésta se pone a bullir a su alrededor con espuma blanca. Después, se precipita al mismo lugar otra aleta, y otra más, con un empuje formidable. El agua borbotó y hierve.

Como si todo esto hubiera ocurrido en la centésima parte de un segundo. Otra vez, la sombra voladora de una aleta gigantesca; luego, las formidables mandíbulas se tragan casi en el aire el anzuelo que mide medio metro.

El cordel de anzuelo se tensa, y se va zumbando del tambor. Mucho, muchísimo tiempo, como si no quisiera detenerse nunca más.

—¡El freno! —grita *Old Peter*.

Con mi dedo pulgar, aprieto el botón, primero del freno suave, y después del freno fuerte del tambor. El cordel continúa volando, con su zumbido habitual; pero esta vez ya algo más lento. El segundo freno significa que el pez que huye arrastra consigo un peso superior a cincuenta kilos. Si el cordel se acabase en el tambor, el atún rompería como un hilo de coser aquel finísimo cordón inglés no más grueso que una cerilla; pero, por suerte, es larguísimo. Después de cuatrocientos o quinientos metros, hasta el pez de mayores dimensiones se detiene para descansar, en la profundidad. Para descansar o para cavilar sobre lo que acababa de ocurrirle.

En tales momentos, ¡a cobrar, a cobrar tanto cordel como sea posible! Se enrolla rápidamente sobre el tambor, pues el pánico tardará poco en volver y la huida comenzará inmediatamente de nuevo.

Otro descanso, otra recuperación de cordel. Así ocurre unas diez veces seguidas. El pesado bambú que sostengo en una funda de cuero fijada en mi cintura, cual los portaestandartes la bandera, se inclina a veces formando un semicírculo. ¡Ya apenas puedo mover el brazo! *Old Y éter*, mientras hace bailar la barca de un lado a otro, me grita de vez en cuando algo, pero no entiendo sus gritos.

¿Cuánto tiempo dura ya esta lucha siempre renovada? El atún no la abandona nunca. Estoy bañado de sudor. Hace por lo menos dos horas que estoy trabajando.

Por fin, logro cobrar ya tanto cordel que sale del agua incluso la doble cuerda de piano en cuyo extremo está fijado el anzuelo. Así, la víctima debe de estar ya muy cerca, a pocos metros de la superficie del mar.

De súbito, suelto un grito. De asombro, de dicha, de admiración. Veo voltear lentamente, bajo el agua, muy cerca de la lancha, el enorme cuerpo de un pez mucho mayor que un ser humano. Gira majestuosamente sobre su propio eje, y brilla en colores de plata y de hermoso verdeoscuro. Se le ve, ora la espalda, ora el vientre, en su lento movimiento giratorio.

Después, el agua se pone a hervir de nuevo, la cola bifurcada sale verticalmente del agua, el atún reúne por última vez toda su fuerza, pero ahora ya apenas logra arrastrar el sedal frenado a una distancia de unos cien metros.

Poco después, vuelve a girar al lado de la lancha, aún más lentamente que antes.

Old Peter echa mano del garfio, lo sumerge en el agua y se lo hunde bajo la branquia. Tiramos, para sacarlo del agua. Pero sacamos ya un cadáver. Fue un héroe,

como todos los atunes: no se ha rendido convida.

Cae pesadamente al fondo de la lancha. Contemplo largo rato su gigantesca cabezota, sus enormes ojos, que brillan en mil reflejos maravillosos, sus costados plateados, su espalda de verde oscuro y sus aletas inferiores color naranja.

La embarcación vuelve hacia el puerto, bufando alegremente. Oscurece poco a poco; en el puerto, ya brillan algunas lucecillas. Apenas llegados, nuestro primer cuidado es hacer pesar la presa. Allí está también uno de los empleados del club, para hacer el oportuno registro oficial. Porque, si el pescado pesa más de 45 kilogramos, en la torre del edificio del club izarán la bandera anunciando tan hermoso botín.

Caigo en la cama mortalmente rendido. En mi sopor, vuelvo a revivir siempre cada uno de los instantes de la lucha. Desde luego, la pesca es un deporte cruel. Despiadadamente cruel. Me tranquilizo diciéndome —no recuerdo dónde lo leí— que el pez no sufre, por no tener nervios.

Mi primer pez espada, lo cogí unas tres semanas más tarde. Después de unas cuantas excursiones fracasadas, salí a alta mar otra vez en compañía de *Old Peter*. Era a mediados de mayo.

En esta región del océano, el pez espada es bastante raro, y por esto es una presa más apreciada. Hasta entonces, no había visto más que dos, de la especie llamada *marlin*, saltando fuera del agua.

Es un espectáculo majestuoso. El pez espada, cual un torpedo disparado, se precipita con empuje irresistible, y su enorme pero esbelto cuerpo se lanza al aire describiendo un hermosísimo salto. *Old Peter* afirma que salta de rabia, por haber dejado escapar alguna presa. Si es verdad, entonces no conozco exteriorización más divina y más apasionada de la cólera en toda la Naturaleza.

Mi pez espada vino al anzuelo hacia las once de la mañana. Como cebo, empleamos caballa. El pez volador no sirve, porque el pez espada recela que su víctima salte fuera del agua y se precipita sobre él con un empuje tan formidable, que el pez volador muerto se rompe en el sedal como si recibiera una descarga eléctrica.

La lucha duró más de cuatro horas. Con esta presa, me hice hasta fotografiar en el puerto, y esta fotografía, ampliada, adorna aún hoy mi despacho. Allí estoy, con la gran caña en la mano; el pez cuelga a mi lado cabeza abajo, sostenido por una gruesa cuerda; sólo la punta de su espada toca el suelo. Gracias a un pequeño truco fotográfico, parece exactamente tres veces mayor que yo (pues me alejé algo más del objetivo).

Bajo la foto, no hay más inscripciones que ésta: «16 de mayo de 1925. Avalon. 140 kilogramos».

Mandé la misma fotografía también a mi madre.

Recibí carta de ella el mismo día. Me decía que Rózsa estaba muy angustiada, pues el pequeño Gyuszi tenía viruelas.

Y que el abogado Rosaras, había sido nombrado «consejero del Gobierno^[41]».
¡Dios mío, cuan lejos están ya de mí todas estas cosas; como si fueran parte de un sueño!

Capítulo 20

DEBO creer en el destino.

Era el día 24 de mayo, a las siete de la tarde. En el mar, había un temporal tan fuerte desde hacía dos días, que hasta los barcos pesqueros se quedaban en el puerto.

Dediqué todo el día a escribir cartas. A todos aquéllos cuyo nombre se me ocurría. Hasta al tío Lebschütz y a la tía Blanca les envié sendas tarjetas postales. Sólo después me acordé de que k tía Blanca había muerto hacía tiempo. Escribí también al reverendo Richter, a Nueva York, y al abogado Preisz, a Budapest.

Después me fui de paseo hacia el puerto, donde hay toda clase de tiendas. Una ciudad en miniatura.

Me detuve ante un escaparate en el cual había atraído mi atención un aparato muy ingenioso. Dos ejes de aluminio que giraban uno en tomo del otro, amasaban y trenzaban dos hilos de blanco caramelo, produciendo la ilusión de que aquel trenzado sedoso de azúcar viniese del infinito y volviese a desaparecer en él.

Era una pequeña *candy store*, esa especie de confitería que es absolutamente idéntica en todas las regiones.

Al cabo de poco, me di cuenta de que detrás del mostrador había una muchacha joven con un guardapolvo blanco arremangado hasta el codo. Envolvía en papel con vertiginosa rapidez los trocitos de caramelo, en forma de ladrillo.

No le pude ver la cara, pues me volvía casi la espalda. Unos rizos castaños dorados de su pelo blando le caían sobre la cara, y, mientras trabajaba, se los echaba hacia atrás, inclinando la cabeza, siempre con el mismo gesto. Sus blancos brazos y sus dedos se movían con tal agilidad, trabajando, como si estuviesen tocando la escala en un instrumento semejante al piano.

A través del cristal del escaparate, contemplé largo rato a la muchacha. La encontraba encantadora, ardiendo como una llama en el fervor de su trabajo.

Había dado ella media vuelta... y se me contuvo la respiración. Esta vez, pude verle la cara. ¡Jennifer!

Me aparté del escaparate de un salto, como si hubiera visto algo horrible, un fantasma o un monstruo inconcebible. Me alejé como si huyese, casi corriendo, y por poco derribo a varios transeúntes.

Corría hacia el puerto, como quien se ve perseguido por una horrenda visión. Mi corazón latía tan fuertemente que hasta me hacía daño físicamente.

Me senté en un banco. ¡Qué tontería! No era Jennifer. Una vez más había sido víctima de mi imaginación. En América, de cada diez muchachas se encuentran dos que se parecen como si fueran hermanas.

Sin embargo, no cabía duda: era Jennifer. En vano quería hacerme la ilusión de que no; pero no había error posible. Salté del banco para volver a la tienda, con presurosos pasos. «Acabemos de una vez —me dije—; es imposible resistir el deseo

de volver allí».

Al acercarme a la *candy store*, caminaba más despacio, y, apretujándome contra la pared, miré con precaución hacia el interior. También ahora me volvía la espalda, y tampoco se le podía ver la cara. Pero su cuello, el perfil del cuello, era netamente distinto: éste no era el fino dibujo virginal del cuello de Jennifer. Pero, en aquel entonces, la muchacha sólo tenía quince años, y ¡ya habían pasado cuatro años largos! Su mano... si viera su mano, sin duda la conocería.

Y, en aquel mismo instante, su mano apareció en el aire. No sólo la mano, sino también el brazo, arremangado hasta el codo. Sólo le veía las manos y los brazos; la cara quedaba cubierta por las estanterías. Aquellas manos colocaban unas diminutas cajitas en el escaparate; unas cajitas abiertas; con dulces de todas formas, y arreglaban con esmero el papel rizado que los envolvía dentro de la caja. Como si ni siquiera tuvieran continuación. Tan sólo las manos y los brazos.

Aquellas manos no eran las de Jennifer. Jennifer tenía las as cortadas hasta las raíces, sin color y muy tiernas, como las de una niña pequeña. Tampoco las manos ni los brazos podían ser suyos. Aquellos brazos estaban redondeados y eran casi los de una mujer madura, cubiertos de un fino vello dorado que brillaba sobre la piel tostada por el sol. No, aquellas manos no eran las de Jennifer. ¡Cuan largas eran aquellas as en unos dedos igualmente largos!

Las manos desaparecieron del escaparate. Casi diría que habían levantado el vuelo.

Ya aprieto el picaporte, entro y la miro a la cara. Ella no levanta la vista hacia mí, de tan ocupada como está.

—Una cajita de caramelos...

—*Yes, sir!* —óyese la respuesta, en tono comercial, mientras que la dependienta piensa en otras cosas.

Ahora, por casualidad, levanta los ojos. Y nuestras miradas se abrazan como si nos mirásemos a través de una distancia infinita.

Palidece visiblemente, y una sonrisa casi dolorosa se le asoma a los labios.

—*Hello, John...* —dice, respirando profundamente, en un tono como si estuviera a punto de desmayarse.

Yo no recobro la voz sino al cabo de algunos instantes.

—Apenas te he conocido, Jennifer...

—Y tú, ¿qué haces por aquí?

Desplaza un objeto en su mostrador, para ocultar su turbación. No le contesto; me fijo en su cara. ¡Cuan extraña me es esta cara! Sus cejas apenas son más anchas que una cerilla. Desde luego, se las ha afilado artificialmente; a partir de entonces. Y también su manera de acicalarse ha cambiado. Tampoco su cabellera es tan lisa; ahora está ondulada.

Contesto con otra pregunta a la suya:

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

—¡Oh; ya hace año y medio!... ¿O quieres decir, en esta tienda? Tan sólo desde Año Nuevo. Tú, no has cambiado en absoluto.

—¿Tus padres?

—Están en Chicago.

—Así, ¿estás sola en Hollywood?

—Sola. Los asuntos de papá van muy mal. Tengo que trabajar.

—¿Quieres cenar conmigo esta noche?

Apenas pronunciada esta pregunta, ya me pesa haberla formulado. Jennifer no debe de estar sola. Seguramente tiene a alguien. A lo mejor, Mike. De golpe reapareció ante mis ojos la figura de Mike, en su traje de perfil cuadrado y con el cigarrillo eternamente colgando en la comisura de sus labios.

Jennifer no me contestó en seguida. Ató la caja de bombones con un cordón dorado.

—¿Estás de paso?

—No.

—Espérame en el malecón. Iré dentro de media hora. Pero no podré cenar contigo...

Me acerqué a la puerta. Jennifer me llamó:

—John... Los caramelos...

—Déjalo...

Ya estaba de nuevo en la calle. Apenas podía caminar, de tan débil como me sentía. ¿Por qué tenía que volver a verla? Hubiera podido saber que estaba con alguien. Por eso es por lo que no puede cenar conmigo. Mis tormentos infernales volverán a empezar otra vez. Todavía podría desaparecer. ¡Qué tontería! ¡Si vamos a conversar tranquilamente un rato!

Me senté en un banco, serenándome por completo. Aún no había esperado media hora cuando Jennifer se acercó.

Capítulo 21

VENÍA tocada con un sombrerito rojo, muy ladeado y tirado casi sobre el ojo izquierdo. En su traje sastre gris, ceñido estrechamente a su cuerpo, reconocí su hermoso talle de antaño.

Nos dimos la mano y nos sentamos.

En su manera de llevar el traje y los guantes, había algo conmovedor. También, en el gesto con que pasó la mano por su falda, y arregló el sombrero en su cabeza. Con tales gestos, revelaba a las claras cuánta premeditación, cuántas cavilaciones, cuánta decisión y sacrificio se pegaba a cada una de sus prendas. Solamente las muchachas guapas de familia pobre que visten muy bien, son capaces de tocar así, furtivamente, los vestidos que lucen. Pero América es muy grande y poderosa hasta cuando se trata de vestir bien a sus hijas pobres. Pensé en las terribles luchas que mi hermana Rózsa solía sostener con su máquina de coser y con la costurera, en mi casa; y sin embargo al comparar ahora a Jennifer con Rózsa, me parecía una verdadera princesa.

Domingo; es la noche de un domingo. Todo el paseo a la orilla del mar está atestado de gente y de coches. El altavoz del puente del puerto transmite bailables de Hawai, por radio, música que flota encima de la baraúnda y el continuo bramido de las bocinas de los coches como una bandera enarbolada. Y el mar ruge, y las olas corren hacia la orilla, desplomándose como una blanca empalizada sobre la arena. Pero ya la sigue otra, y otra, y otra. Las olas del mar producen el mismo ruido que en mi tierra el tren expreso, al atravesar la *puszta*, cuando pasa traqueteando el puente de hierro. Pero, aquí, casi cada segundo llegan trenes nuevos.

¡Cuan doloroso resulta para mí que, aun estando aquí, tendido, con todas las fibras de mi alma hacia Jennifer, perdida y vuelta a encontrar, pulsando su pequeña persona que me ha llegado a ser tan extraña al correr los años; cuan doloroso es que, aun ahora, me vuelva hacia mi casa con la mitad de mi yo, y vaya comparando sonidos y colores de aquí con sonidos y colores de mi tierra: al mar con la gran llanura, a Jennifer con Rózsa! Como si ya habitaran mi cuerpo dos almas distintas, y como si en ambas almas las mismas cosas se reflejasen de dos maneras distintas.

Al estar sentados uno al lado del otro, callamos durante unos instantes, y contemplamos el mar. ¡Sería tan sencillo decirle o preguntarle algo! Pero las palabras se detienen en mi garganta, como si temiese que, al salir de la boca, se ablanden o se estremecan, o tropiecen contra mi respiración, contra los latidos de mi corazón. Es muy posible que también Jennifer experimente alguna sensación por el estilo.

Nuestro doble silencio no dura mucho tiempo, y, sin embargo, parece interminable. Tal vez por remolinar tras ella un millón de pensamientos. Como si en mi interior luchara para que esta muchacha no vuelva a supeditarme otra vez, como antaño; para que mi vida y mi sino no se sumerjan en los suyos. Esto sería terrible. Yo quiero volver a mi tierra, y lo antes posible.

Ya lo sé: América me dolerá, pero el recuerdo ya se encargaría de embellecerlo todo. Mas el pensamiento de que tendré que quedarme aquí para siempre jamás... ¡no, no! Estoy seguro de que ello acabaría por matarme.

Por fin, rompo el silencio.

—Habla, Jennifer. ¿Qué te ha pasado desde entonces?

Saca un cigarrillo de su bolso; me invita también a mí. Fumamos.

—Pues, ¿cuándo fue?... ¡Ah, sí!... Tuvimos que trasladarnos de Nueva York, de la noche a la mañana, a Saint Louis. Papá había encontrado trabajo allí. Luego, Cleveland, y Kansas... Eran años muy difíciles.

—¿Mike os acompañó a Saint Louis?

—¿Quién?

—Mike.

Me mira.

—¿Mike? ¿Quién es?

No le contesto. Le observo la cara. Pero su rostro no esconde nada.

—¡Ah, ya sé! Tu amigo. Ahora, ya me acuerdo. No, él se quedó en Nueva York.

—¿Cuándo le viste?

—¿Desde entonces? Ni una sola vez. Alguien me dijo que se había casado con la hija de un rico hacendado de Kansas, y que hasta hijos tienen. En aquel entonces, me gustaba... Era un guapo mozo.

Se vuelve hacia mí, y profiere estas palabras con una sonrisa que parece implorar perdón. Como si también con ello aludiera a nuestra «cosa»:

—Eramos unos niños...

—Yo, ya no era niño... —observo melancólicamente. Pero me doy cuenta de que este reproche no tiene ningún sentido ahora.

Sin embargo, no resisto a preguntarle:

—¿Qué hubo entre vosotros?

—¿Entre Mike y yo? Creo que él estaba bastante enamorado de mí. Alguna que otra vez, nos besamos. Como contigo.

Dice todo esto con tanta sencillez y sinceridad, que no me causa dolor alguno.

—¿Qué tal van tus asuntos?

—Bien. Tengo una colocación excelente. Soy secretario de un director de películas. Y tú, ¿cómo viniste a parar a California?

No me mira, al contestarme. Hace caer, meditabunda, la ceniza de su cigarrillo.

—Un amigo...

Me fijo en su cara, por la cual parece pasar una nubecilla. Estoy seguro de que tras de aquellas palabras se esconde una tormenta grave de su vida. Siento esto con tanta evidencia como si se me abriera su alma y yo echara una mirada hasta el fondo de la misma. Y al mismo tiempo, me doy cuenta de que esta historia ha terminado ya, de una vez, para siempre.

«Un amigo...». Con qué facilidad ha querido deslizarse sobre estas palabras. Mas

veo por una furtiva sombra de su rostro, que ha tropezado, que ha caído por esta palabra, y que en el fondo de su alma brota sangre nueva de las viejas cicatrices, y se lamentan ayes quejumbrosos en tomo de sus recuerdos. No le pregunto nada más. Tengo la sensación de que, si continuara preguntándole, acabaría por romper a llorar.

Esta idea me inquieta y me enfurece. ¿Quién podía ser aquel hombre? ¿Qué clase de bicho habrá sido el primero en tocar el cuerpo de Jennifer? De ella que fue mía, que hubiera tenido que ser mía... ¿Por qué fui tan estúpido? Ahora sería yo quien se escondiera en aquellas profundas y secretas sombras de su rostro.

Jennifer, como si intuyera mis pensamientos:

—¿En qué estás pensando? —dijo.

—En nada.

Y después, tras breve pausa, añadió:

—¿Por qué no has querido cenar conmigo esta noche?

Me contesta evasivamente. Pero quizá me equivocaba.

—*Miss Lee*... Ya no tenía tiempo para avisarla. Me espera con la cena. Vivimos juntas las dos...

Eché una ojeada sobre su pulsera:

—Dentro de unos minutos tendré que irme...

Cambiamos de conversación. Entretanto, yo no dejaba de pensar en lo guapa que era Jennifer, y en el que pudiera poseer ahora tan hermoso objeto, tan bello y perfecto cuerpecito de mujer. Sus ojos, son exactamente los mismos que entonces: los baña cierto brillo velado y húmedo. Como si estos ojos redondos estuviesen sumergidos en algún maravilloso líquido plateado. ¡Y su voz! Una voz alta, cantarina, afectada, pero no por eso menos dulce. No habla con palabras, sino con acentos. El vuelo de su hablar no parece posarse más que sobre las cimas de los acentos.

Me explicó que la *candy store* era propiedad de un tal mister Simpson. Le paga veinticinco dólares a la semana, y, por tan poco dinero, tiene que trabajar duramente. Mister Simpson es un anciano malhumorado, alto y encorvado. Desde hace cinco días, vuelve a estar en el hospital enfermo de la vejiga. Quisiera vender la tienda.

—¿Cuánto pide?

—Seis mil dólares. Y los vale.

Jennifer continuaba charlando, relatando historietas divertidas relativas a mister Simpson o a *miss Lee*. Entretanto, paralelamente, mis pensamientos recorrían otros senderos muy distintos, y por decirlo así, entre bastidores. Me representaba escenas enteras, como en algún extraño teatro de sombra oriental.

Compraré la tienda. Desde luego, todo mi haber no asciende más que a unos centenares de dólares, pero sin duda Hullinger, u otro... Aquellos pocos millares de dólares, ya los encontraría, aunque tuviese que sacarlos de bajo tierra. Me veo a mí mismo, en guardapolvo blanco, detrás del mostrador, en la *candy store*... Jennifer sirve a los clientes. Oigo el sonido de la caja de níquel, y oigo la voz de Jennifer: *Kyú!*

No. A Jennifer me la llevaré conmigo a Hungría. ¡Cuan divertido será cuando ya sepa chapurrear un poco el húngaro!

Sí, esto no será muy difícil para ella. ¡Cuan fácilmente consienten sus padres que su hija viva lejos de ellos, ganándose ella misma su pan de cada día con el sudor de su frente, en otra ciudad! Mi madre se hubiera muerto si mi hermana se hubiera ido sola a Budapest, a trabajar de mecanógrafa, o en algún despacho. Pero éstos son otros tiempos y otra gente.

¿Me comprenderá Jennifer cuando le explique que arrastro conmigo la nostalgia de mi tierra como una enfermedad anímica, sombría y pesada; la añoranza de saltar del tren otra vez en nuestra estación? ¿Me comprendería si le dijera que yo no consentiría nunca, pero *nunca* en quedarme para siempre en América? Lo que conserva mis energías vitales es la conciencia de que, un día u otro, este cautiverio acabará.

Parece que Jennifer ha notado en mi cara que pensaba en otras cosas. Se levantó, pasóse la mano sobre el talle de su traje, y dijo:

—*I musí go home...* Tengo que ir a casa.

Nos pusimos en camino. En una pequeña bocacalle de aquella hilera de hoteles a la orilla del mar, nos detuvimos ante una de las casas.

Jennifer me tendió la mano. Tras un instante de indecisión, le pregunté:

—¿Te puedo besar, Jennifer?

Me hizo una señal negativa. Algo melancólica, pero muy decidida.

—¿Cuándo volveré a verte?

—Mañana mismo, si quieres. En el malecón, como hoy. Quisiera ser una buena amiga tuya...

Me sonrió y desapareció en el marco de la puerta.

Me fui a casa y me tiré sobre el sofá. Aquella noche no quise cenar.

Capítulo 22

HACE algunas semanas que no tengo noticia de Hullinger. Desde luego, en los periódicos cinematográficos siempre encuentro alguna referencia sobre él. Últimamente, apareció una gran información, contando con todo lujo de detalles cómo un leopardo domesticado que figuraba en algunas escenas, le había desgarrado el brazo izquierdo, siendo de tal gravedad las heridas, que tuvo que ser trasladado a un hospital parisiense, en estado desesperado.

La noticia me aterró. Corrí al estudio y me precipité en el despacho de miss Lewis, a quien ya conocía bastante bien, por nuestra relación con Hullinger. Miss Lewis era la jefe de la sección de publicidad. Lo menos tenía cincuenta años, pero vestía y se acicalaba como si tuviera sólo treinta. A pesar de ello, si por ejemplo un día se le hubiese ocurrido vestirse de sotana, nadie hubiera puesto en duda que se trataba de un cura escocés. Llevaba el pelo muy corto, y sus modales estaban llenos de unción. No obstante, tras de este tono tan ceremonioso, escondíase un excelente buen humor, desde luego seco, pero... que hacía reír con ganas; esa clase de humor que sólo se encuentra en los payasos musicales ingleses y en las solteras norteamericanas. Supongo que miss Lewis tuvo que renunciar a muchas cosas en esta vida, y que el destino quiso compensárselo con aquella filosofía vital, tan sagaz y áspera.

Me miró largo rato en silencio, sin que ni un solo músculo de su cara se alterara. Con el periódico en la mano, le pregunté... que si aquello... que si sabía algo... sobre Hullinger y el leopardo...

Miss Lewis me contestó:

—Sepa usted, mi joven amigo, que los directores de películas son unos individuos tan triviales y aburridos, que si yo, en mi calidad de directora de publicidad, no me encargase de que de vez en cuando se los comiese algún leopardo, estrella de la pantalla u otro animal cualquiera, el público se olvidaría de ellos por completo. Pues ¿qué se creía usted, que es por su talento que los directores de cine cobran fama mundial? Siéntese y encienda este pitillo. Cuénteme por encima, míster Pacree, cómo pasa su tiempo. ¿Se ha casado, desde que no le he visto?

Mientras, no dejó de escribir, no me miraba siquiera, y hasta despachó dos comunicaciones telefónicas. Tan sólo después fijó en mí sus dos ridículos ojos azules:

—Bueno. A lo mejor le he preguntado algo desagradable. Tal vez está usted divorciándose ya.

—Miss Lewis —le dije muy serio y dándome cierta importancia—, quisiera preguntarle algo en plan de amigo...

A estas palabras apartó los papeles que tenía delante, asintió ceremoniosamente con la cabeza, y, apoyando la barbilla sobre sus manos cruzadas, se puso a escuchar:

—*Please* —dijo con calor.

Todo su ser parecía estar destinado a hacer favores a los demás. Ésta era la única cosa que había tomado en serio en la vida.

—Dígame, miss Lewis... Usted está enterada, y no se trata de un secreto de los negocios de la casa... ¿En qué fase de producción se encuentra la película de míster Hullinger en París? ¿Volverá alguna vez de allí? Compréndame que se lo pregunto porque mi sino está enlazado con el suyo...

—Querido amigo, usted me pide demasiado. Quien se arriesgue a ser profeta en materias cinematográficas, merece que se le vuelva la espalda, como a un estafador. Es posible que, pasado mañana, míster Hullinger sea nombrado director general de nuestra compañía, pero tampoco es inverosímil que, dentro de dos días, lo echen a patadas, sin una palabra de comentario. Por ahora, la situación es tal, que míster Condón, cuando tiene un instante libre, se coloca junto a la pared y golpea su cabeza contra la misma; tanto le pesa el haber autorizado a míster Hullinger para hacer ese viaje a París. De todos modos, no estaría de más que usted fuese buscándose alguna colocación para un futuro inmediato, para cuando deje de ser el secretario de míster Hullinger...

Clavé la mirada en el suelo durante largo rato, y después dije:

—Miss Lewis, ¿podría usted obtenerme alguna ocupación aquí, en los estudios?

—¡No! —dijo rápida y enérgicamente—. Yo misma podría preguntarle lo mismo: ¿no podría recomendarme alguna colocación tranquila y segura? Porque sepa usted que también a mí me han despedido ya. ¿Cómo está su mamá? ¿Cuándo recibió usted carta de ella?

Al mismo tiempo, mordía un emparedado y, con la boca llena, hablaba con alguien por teléfono.

Aquel día me quedé en la ciudad, paseándome durante mucho tiempo entre el espeso enjambre humano de las calles, hasta que el sofocante olor de gasolina y los chirridos espeluznantes de los frenos de los coches me provocaron un dolor de cabeza tan atroz, que tuve que refugiarme en una bocacalle más tranquila, y sentarme en un banco de una alameda.

Me acordé del día en que por vez primera pisara tierra americana.

Vi ante mí el mar, en el puerto; aquellas aguas tan fétidas, en las que flotaban pieles de plátanos y naranja, pedazos de pan y toda clase de desperdicios de comida. Y una infinidad de gaviotas, que luchaban chillando por algún bocado.

Y aquel otro instante en que, en la negra pared de hierro, se abrió el mismo cuadrilátero por el cual habíamos embarcado en Europa.

¡Dios santo! ¡Europa! ¿Hubiera pensado nunca que, algún día, el carácter extraño del puerto de Cherburgo surgiría en mis recuerdos como un pedazo de mi patria chica, de mi tierra natal? ¡Europa! Ahora pienso en ella, desde estas lejanías, como en algún continente familiar y pequeño, simpático, donde todos los humanos son hermanos y paisanos míos.

Vagabundeeé por las calles durante más de dos horas aún. Me detenía ante todas

las tiendas, contemplando largamente los escaparates. Cavilaba lo que podría hacer si perdía mi *sinicura* de secretario de Hullinger. No se me ocurría nada concreto.

Y, sentado en aquel banco, latía en mí como el dolor de cabeza, la inseguridad del porvenir. Tenía ya trescientos dólares en el banco. Hasta entonces, Hullinger se portaba conmigo como un perfecto caballero; a ese respecto, no podría quejarme de ninguna manera. Había dejado dispuesto que en los estudios me pagasen puntualmente cada semana mis emolumentos. Además, desde hacía ya tres meses, estaba en la agradable situación de enviar mensualmente cien dólares a mi madre.

En su última carta, mi madre me había incluido una nota detallada del empleo dado al dinero. Me decía que Cserényi, el director de la Caja de Ahorros, le había vendido la panoplia de mi padre, su morral de cazador y la canana, objetos que éste había adquirido cuando se subastaron nuestros bienes. Me decía mi madre que Cserényi se había portado muy bien, cediendo todos estos objetos a mitad del precio que le habían costado. Comprendió de lo que se trataba y bromeando, le dijo a mi madre: «Ya sé yo muy bien, señora, para qué necesita usted estas escopetas: a partir de hoy, ¡irá usted a cazar liebres desde el alba hasta la noche!».

¡Mi madre y las escopetas! ¡Dios mío!, durante toda su vida las había enviado al quinto infierno, y ni siquiera se hubiera atrevido a tocarlas, pues temía que hasta descargadas pudieran dispararse.

Mi madre no me suplicaba ya en sus cartas que volviera. Como si hubiera perdido toda esperanza, o como si su amor propio, su dolorido corazón de madre le prohibiesen hablar de este asunto, al cabo de casi cinco años. Pero si había recuperado las escopetas y la panoplia, era para que tocaran un resorte escondido de mi corazón.

Otra vez, meses atrás, me había enviado una serie de pequeñas fotografías. Una de ellas sacada con motivo de una excursión para merendar al aire libre, en la viña de los Kuthy, ante la casita del guarda; aparecen en ella mi cuñado Gyula, Rózsa, unos cuantos chicos y chicas de cuyos nombres ya no me acuerdo, y Jóska Kuthy, que desde que no le veo le han crecido barba y bigotes, y que con un gorro de papel en la cabeza, está enseñando alguna canción a los zingaros. Aquella actitud de buen humor resulta tan forzada en la foto, como si hubiera sido inspirada por Rózsa o por Gyula, con la intención preconcebida de enviármela a mí, demostrándome qué bien y en medio de cuánta alegría transcurre su vida en casa. En otra fotografía, aparece el pequeño Gyuszi —el hijito de mi hermana, que ya tiene más de tres años—, en pie, en el patio lleno de sol, dándoles lechuga a los gansos. Hay una fotografía en la que se ve al viejo tío Sámi, en rigurosa posición de «firmes», pues si uno tiene la suerte de que le retraten, es preciso que observe una actitud digna de ello. Luego, mi madre, sentada en un sillón del jardín, bajo el manzano en flor. Un perrito foxterrier, al que yo ya he conocido, alzándose sobre sus dos patas traseras ante Gyula que está a su lado, con el índice levantado.

Mi madre nunca olvidaba adjuntarme, sin comentario alguno, hojas de periódicos

recortadas del extraordinario del domingo, con una ilustración artística:

«Grupo de campesinos domingueros ante la iglesia de su pueblo»... «Mercado de sandías en Szolnok»... «Puesta de sol en el Balaton»... «Procesión del Corpus en Buda»...

Estas hojas de periódicos eran otros tantos mensajes mudos. Y también, amargos reproches silenciosos. Precisamente por no llevar comentario alguno, por no contener las cartas ninguna alusión a las mismas, me penetraban hasta el fondo del corazón.

¿Qué ocurrirá conmigo? Aunque perdiese mi puesto de secretario junto a Hullinger dentro de breve tiempo, por lo menos, durante un año, no debo temer la recaída en una miseria tan negra como la que había pasado en los últimos años. Aquellos pocos centenares de dólares me permitirían respirar libremente durante un año entero por lo menos. Y, entretanto, ya lograría alguna solución.

Un año, ¡otra vez un año! ¡Cómo pasa el tiempo! Y ¿vale la pena? ¿Vale la pena? Que me encuentre aquí, al otro extremo del globo terráqueo, sobre un banco, bajo una palmera, en medio de tamaña soledad, abandonado hasta de mis pensamientos, e incluso del lacerante anhelo de volver a casa... ¡Hay para volverse loco!

—¡Me voy a casa!

Pero cuan desmayadamente brota en mí ahora este pensamiento. Ahora, cada vez que lo pienso, me parece menos posible su realización. ¿Por qué uno no tiene fuerza suficiente para volver a declarar: Lo intenté, pero he fracasado? Heme aquí otra vez, pobre, pero decidido a empezar de nuevo. ¿Qué es esto? ¿Vanidad o alevosía, el no tener fuerza para ello? Como si hubiera formulado un solemne voto del cual nadie me pudiera desligar. ¿Tendré que morir tan lejos de mi tierra, de mi familia, de mi hogar?

Los periódicos están llenos del nombre de Pulai. En Pittsburgo, al salir de un club clandestino de juego, mató a tiro limpio a dos policías. Desgraciado, ¿qué será de él ahora?

Hace tres días que no he visto a Jennifer. No he querido que leyera mis pensamientos en mi rostro.

Pero ahora, heme aquí otra vez en el consabido banco del malecón, esperándola.

Ahí viene ya. Me levanto para recibirla, y volvemos a sentarnos en el banco.

Por su voz y su sonrisa, puedo deducir que está contenta de volver a verme. Pero esta voz y esta sonrisa significan al mismo tiempo que yo no represento para ella más que un amigo simpático. También yo sentía por ella algo por el estilo. Dos personas así se encuentran a gusto en compañía una de otra.

Encuentro muy guapa a Jennifer. Lleva un traje de lana azul marino, con un cinturón de charol rojo en el talle. Y también esta vez viene tocada con su sombrero rojo. En su mano enguantada, sostiene una serie de paquetitos.

—¿Dónde vas a pasar el fin de semana? —le pregunto.

—Iré a la isla Catalina a casa de Patricia. Patricia es una amiga. Ven conmigo, si

gustas. El barco sale a las cuatro de la tarde de San Pedro...

Al día siguiente, me presenté puntualmente en el embarcadero. Llevaba conmigo mis artes de pesca. El barco iba atestado de gente; Jennifer y yo nos hallábamos apretujados en la cubierta de arriba. Apenas podíamos conversar, pues, durante las dos horas de travesía, la orquesta, que estaba instalada a pocos pasos de nosotros, no consentía pausas un instante. Esta vez, Jennifer lucía un traje verde mar con cinturón blanco y sombrero del mismo color. No llevaba más que un minúsculo maletín de fin de semana. Yo iba vestido para el deporte. (Hullinger me perdonará que, para esta ocasión, usurpara uno de sus más hermosos jerseys de lana).

Al acercamos al puerto de Avalon, Jennifer se inclinó hacia mi oído:

—Patty me esperará en el desembarcadero. Seguramente me preguntará quién eres tú...

—Estoy dispuesto a cualquier mentira piadosa...

—Le diré que te conozco por asuntos del negocio, desde hace tiempo. Que nos hemos encontrado en el barco, por casualidad... Patty tiene una imaginación demasiado viva; durante todo el tiempo me torturaría con preguntas...

Reflexionó un instante, y añadió:

—Lo mejor sería que en el puerto mismo nos separásemos. Mañana, al mediodía, iremos a almorzar al restaurante italiano, allí podríamos encontraros de nuevo...

Un cuarto de hora más tarde, desembarcamos. Surgían del mar, con la calma infinita de las soledades de la selva virgen, las cordilleras cubiertas de nieve de la isla de Catalina. En el puerto hormigueaban los excursionistas. Las lomas de las colinas estaban sembradas de casitas al estilo americano, cual una especie de setas que se reproduciese con extraordinaria rapidez, y que atacase a la isla con su contagio. En varios puntos, las casas formaban calles aún no terminadas. En el puerto, había tiendas *drugstores*, restaurantes, hoteles, como si todo ello quisiera dar una idea al espectador del nacimiento de una futura ciudad norteamericana. Entre los rompeolas de piedra del puerto, las olas verdeoscuras se encalmaban, meciendo un sinnúmero de yates y embarcaciones más pequeñas.

Patty esperaba a Jennifer en compañía de un hombre. Patty era una chica muy bajita, pero la supuse de bastante más edad que Jennifer. Tenía unos enormes ojos grises, sombreados por largas y tupidas pestañas negras. Su pelo negro y liso hacía su tez aún más blanca.

Cuando Jennifer me presentó, Patty fijó en mí sus grandes ojos grises, sorprendida y fría:

—Nos hemos encontrado casualmente a bordo —dijo Jennifer, sin dar importancia a sus palabras, mientras se arreglaba el sombrero, para ocultar su turbación.

En aquel instante, sentí invadido mi corazón por cierto calor agradable. Dejaba de sentirme solo y abandonado en esta isla de Catalina. Aquella pequeña mentira significaba que, por algún motivo, Jennifer se sentía más cerca de mí que de Patty, su

mejor amiga.

El hombre que acompañaba a Patricia vestía un traje del mismo color amarillo que Pulai en el tren de París, cuando le encontrara por primera vez. No llevaba sombrero, y el viento despeinaba sus ralos pelos canosos. Sus pequeños ojos estaban muy cerca uno de otro, lo que confería a su cara, de rasgos muy marcados, cierta expresión de desconfianza. Se afeitaba su bigote de la misma manera que Pulai. Pero, por ser americano nativo, no caía en las exageraciones de Pulai ya que, por regla general, son los extranjeros los que suelen extremar de manera desmedida las costumbres americanas, para compensar precisamente su origen forastero. (Desde hace días, quiéralo o no, tengo que pensar continuamente en Pulai). Nos saludamos cordialmente, con un *hello!* mutuo y un ademán de la cabeza, cuando Jennifer chapurreó rápidamente ambos nombres.

Por el hecho de que Patty cogiera a Charles del brazo (así se llamaba) sin más ni más, comprendí inmediatamente que desde el punto de vista sentimental, Charles pertenecía a Patty. Esto me tranquilizó mucho.

Dimos algunos pasos juntos; ni que decir tiene que hablamos del tiempo. En la primera esquina, me despedí de ellos. Ya estaba bastante lejos, cuando Jennifer gritó detrás de mí:

—Mañana almorzaremos en el restaurante italiano. ¡Váyase allí, si no tiene otro programa!

Asentí con la mano y continué mi camino. Era muy fácil adivinar que Jennifer consideraba necesaria esta invitación, para que, cuando al día siguiente me presentase en aquel restaurante, no llamase ello la atención.

Subí con paso alegre la loma de la montaña, por entre las risueñas casitas y hotelitos. Ahora ya no debía temer la noche que pasaría solo en un pequeño hotel extraño, en medio del inmenso océano Pacífico, en una isla donde aún no había estado nunca. Cada vez que paso la noche en un hotel nuevo, antes de acostarme, cae sobre mí, aterradora, la sensación de extranjería que me hiela el corazón. Pero esta vez tenía la sensación de como si en pensamiento, Jennifer estuviera a mi lado.

Desde luego, durante un instante me asaltó la preocupación de por qué necesitaba Jennifer tanta diplomacia, pues en América es muy natural que una muchacha pase el fin de semana en compañía de un muchacho, sin más ni más; pero no daba importancia a la cuestión. Jennifer quería sin duda evitar de antemano todo interrogatorio superfluo por parte de su amiga Patricia.

Me detuve ante un escaparate y dediqué mi atención a un cartel que anunciaba que la balsa «Big-Barge» estaba anclada en alta mar, a dos millas de la costa. Old Ted guisaba con sus propias manos la cena y había alojamiento también, por si durante la noche tenía uno sueño; por lo demás, los proyectores estarían encendidos toda la noche, y la pesca costaba dos dólares cada veinticuatro horas. Las canoas automóviles salían cada hora del muelle.

Éste, desde luego, era mi asunto. Volví inmediatamente al puerto y, corriendo un

poco, logré alcanzar aún la canoa. Ya oscurecía (en esas latitudes, la oscuridad cae bruscamente) y, al arrancar la canoa automóvil a fuerza de mucho humo y un traqueteo infernal hacia alta mar, la doble fila de luces de la costa de Avalon, que se alejaba, hacía el efecto, en la noche color de zorro azul, de un brazalete engarzado de perlas ardientes sobre la muñeca de la isla. Y ante nosotros, muy lejos en el mar, brillaban los haces de luz de los proyectores de la «Big-Barge», meciéndose y desapareciendo de vez en cuando, conforme las grandes olas oscilantes llegaban a cubrirlas.

Aparte de mí, sólo había dos pasajeros: dos muchachos de cara rubicunda que no podrían tener más de quince años, gemelos, y tan cómicamente parecidos uno a otro, que excitaban a la carcajada limpia. Chillaban terriblemente, y no cesaban de boxear, luchar y reír, dando saltos y gritando, sin preocuparse de si se caían sobre mis rodillas o sobre la espalda del conductor. Como si el violento juego de las olas excitase aún más su alegría y su desenfrenada juventud.

Debió de contagiárase algo de la sonora alegría de las olas y de aquellos dos mozalbetes. Cada vez que me encuentro tan cerca y tan unido al mar, me penetran ciertas sensaciones infinitamente agradables.

Por fin, llegamos. Desde la balsa, oíase una alegre música de gramola.

Capítulo 23

OÍD TED nos echó desde arriba la cuerda con un sonoro y alegre *hello!* Con nuestras largas cañas subimos asaz difícilmente por la plancha de madera; Old Ted nos cogía uno a uno del brazo para ayudarnos. Sacó de uno de los bolsillos de su amplio raglán un cuaderno de notas verde, mientras en otro bolsillo apretujaba los amigados dólares que cobró. Nos dio amables golpecitos en el hombro, pero tan hospitalario acogimiento no le impidió no permitirnos dar ni un paso más antes de haber pagado el precio de la entrada.

Era un vejete con cara encarnada y ojos azules, Old Ted; de grueso cuello y fornidas espaldas. Llevaba su pelo, amarillo como la estopa, muy corto, y con una raya trazada con gran cuidado. El color de su rostro y el sinnúmero de diminutas e intrincadas amigas del mismo denotaban una salud a toda prueba, impregnada de sal y bañada en todos los vientos. Su hermosa testa de anciano expresaba la belleza popular de la raza anglosajona. Más tarde comprendí, por su aliento, que debía la hermosa tez encarnada de su cara, no sólo a los salinos vientos del mar, sino también al *whisky*.

Me miró a la cara con ojos escrutadores, para cerciorarse de si me había visto ya en otra ocasión, y después me dijo con todo el respeto debido al cliente nuevo y forastero:

—¿Desea usted cenar?

—¿Qué hay?

Me condujo al otro extremo de la balsa, donde en el agua, en una jaula, cual en un corral marino, nadaban toda clase de peces.

Gritó a los dos gemelos que habían llegado conmigo:

—Dejad tranquilos esos arpones, ¡eh!

Después volvióse de nuevo hacia mí:

—Hay también huevos y jamón...

Encargué pescado. Old Ted, como por ensalmo, en un instante se transformó en cocinero. Se puso un delantal blanco, sobre la cabeza un gorro cuadrangular del mismo color, y se aplicó a limpiar el pescado.

Mientras el viejo Ted me preparaba la cena di una vuelta por la balsa. Conté quince clientes, conmigo. Había entre ellos pescadores deportivos de lo más ortodoxo, provistos de toda clase de artes, como un cirujano que se prepara a operar a un enfermo. Una señora de cierta edad, bastante rolliza, echaba mortíferas miradas tras de sus espejuelos a todo aquel que la molestaba pasando a su lado, estorbándola en su soledad compartida sólo con el mar. Al lado de un caballero alto y encorvado, ya canoso, había dos hombres, casi en posición de firmes, que le servían a la menor seña de sus cejas, entregándole un nuevo anzuelo, un nuevo cebo, un nuevo sedal. Pero si le flanqueaban por ambos lados, era sobre todo para que nadie pudiera

acercarse a su amo y señor, dándole un codazo casual en el momento de algún acecho interesante. Según el viejo Ted me había dicho poco antes al oído, y con tono de mucha importancia, el yate de este señor estaba anclado en el puerto, pues era uno de los más ricos magnates del petróleo de California.

Los demás clientes eran jóvenes parejas que, evidentemente, se valían de esta excursión a la balsa como de un mero pretexto para estar juntos. Había varias de tales parejas muy juntitas, en la penumbra, sentadas en los bancos que corrían a lo largo de la baranda de la balsa. Sus cañas de pesca se inclinaban completamente olvidadas en el agua. Ante la cocina tocaba un gramófono, y algunas parejas bailaban.

Allí, en medio del mar, la balsa de Old Ted producía el efecto de un hogar cálido y acogedor. De la cocina salían apetitosos olores culinarios; encima de un barril, un gato de largo pelo se lamía las patas, y junto al mamparo yacía hecho una rosca, un gran perro canelo.

Paseándome medí, con mis pasos, la extensión de la balsa. Tendría veinticinco metros de largo por quince de ancho. Era una construcción harto sencilla, casi diría primitiva. Consistía en una especie de gran plataforma de un metro de grueso, fijada sobre unas cámaras de hierro vacías. Estaba bordeada por una baranda de madera pintada de blanco, en cuyo contorno se sucedían largos y sencillos bancos de la misma materia. En el centro, una coquetona casita igualmente de madera, con unas diminutas ventanas protegidas por verdes persianas. Era muy semejante a las casitas que hay en las embarcaciones de remolque del Danubio, y que tantas veces cautivaran en otros tiempos mi imaginación. Junto a dichas casitas, veíanse jaulas de gallinas, y a veces hasta aparecía una cabra atada a la puerta; en las ventanas florecían geranios, despedía humo la chimenea, y hasta solía haber leandras en el «patio». Cuando era estudiante acostumbraba contemplar, a menudo, tales casitas, sobre el agua, en los alrededores del puente de Francisco José, de Budapest. La mujer lavaba en el lavadero de madera, u ordeñaba la cabra, o pelaba patatas, sin hacer el menor caso de los mirones que nos deteníamos en la alta orilla, que, refugiados en aquel inmenso desierto de casas de piedra, observábamos en silencio, y con anhelo triste en nuestras almas, aquella diminuta isla de risueña felicidad y calma.

También la balsa del viejo Ted despertaba en mí, ahora, sentimientos por el estilo. Siempre había soñado en algo así. Abrí la puerta de la casita, inspeccionándolo todo detenidamente.

Delante estaba la cocina; al lado, la despensa, que, naturalmente, apenas era mayor que un armario de tamaño regular. Detrás de ésta quedaba la cámara de Old Ted, en la cual cabía todo lo necesario, con tal que no fuese mucho; una sencilla litera de hierro, una mesa escritorio y un armario. Sobre la mesa, libros, periódicos y un aparato de radio. Por fin, unas cuantas fotografías de familia.

La sala grande siguiente era el comedor, con unos aparadores de cristales en el centro. En el interior del cuadrilátero formado por estos aparadores, sólo podía entrar el propio Ted, desde la cocina. En ellos había amontonados en desorden los objetos

más disparatados; todo un *drugstore* a la americana: botiquines, postales, bombones, chicles, tabaco, artes de pesca de caña, conservas, unas espadas y aletas disecadas de peces voladores, conchas y caracoles; en una palabra, «recuerdos» para excursionistas ingenuos. Del techo colgaban raros peces disecados, como en un museo, cada uno con su correspondiente etiqueta, indicando el nombre del pescador y la fecha, orgullosa demostración de los brillantes resultados y trofeos de la empresa. Las paredes del comedor estaban cubiertas de fotografías ampliadas, dentro de su marco, que representaban alguna que otra presa memorable, con el manifiesto objeto de excitar la imaginación de los clientes.

Después del comedor, se llegaba a un corredor abierto, al cual se abría un dormitorio con doce literas, sin sábanas, con sencillas mantas de pelo de camello. Quien se sintiera dominado por el sueño durante la nocturna pesca, o estuviera harto de gloria, podía retirarse a este dormitorio, cubrirse hasta las orejas con la manta y, rendido por las penetrantes auras marinas, dormir el sueño de los justos.

En aquellos momentos ya había dos personas que roncaban bajo las mantas, en dos extremos opuestos de la sala, sin preocuparse uno de otro. Su eufórico ronquido era perfectamente deportivo.

Detrás del dormitorio había un local que servía de almacén, lleno de cajas de botellas de agua mineral, de barriles de aceite, de montones de cables y cuerdas con destino para mí desconocido, un banco de carpintero y otros utensilios de carpintería. En la penumbra, escondíase púdicamente una cama, que luego supe pertenecía al único mozo de Old Ted, un viejo lobo de mar, cojo de ambas piernas, pero con unas espaldas anchísimas, el cual se ocupaba de lavar los platos, limpiar la cubierta, etcétera; en una palabra, hacía el trabajo duro y penoso de la balsa.

Alrededor de la casita, en unos cajones de madera, crecían flores y plantas. Algunas, trepadoras, llegaban hasta el tejado. En sendas jaulas, dos periquitos se mecían sobre sus perchas y gritaban con agudos chillidos.

La única cosa que perturbaba el idílico ambiente de la balsa, era el que Old Ted pusiera en marcha cada media hora el motor de petróleo, que daba la fuerza para el alumbrado, pues armaba un ruido y traqueteo poco menos que insoportable, como si fuese una motocicleta que llevase abierto el escape.

La cena resultó excelente. Old Ted me sirvió unas tajadas de pescado rebozadas y fritas en aceite. Apoyado en su mostrador, observaba el movimiento de mis mandíbulas y esperaba las alabanzas que yo le cantarí.

—Es excelente —le dije con sincera convicción.

—*Do you like it*^[42]?

Sonreía con guiños satisfechos y murmurando algo para su coleteo.

—¿Cómo van los negocios, Old Ted?

—*Fine*^[43]!

Con el paño que tenía en la mano limpió cuidadosamente el mostrador en tomo mío. Su cara se puso de repente seria adoptando un aire de importancia. Se veía en su

rostro que consideraba un honor que alguien se informara sobre la marcha de su empresa.

—La isla se desenvuelve a pasos agigantados. ¿Ha visto usted los carteles por doquiera en la ciudad? La compañía de vapores desarrolla una enorme propaganda, y, efectivamente, se está viendo el resultado. Este año, en lo que va de temporada, hemos tenido ya mayor número de visitantes que durante todo el año pasado...

—¿Cuánto tiempo hace que inauguró esta balsa?

—Este verano hará dos años. Durante el primer año, apenas teníamos clientes. El año pasado solía tener de unos cuarenta a cincuenta por semana...

—¿Cuánto le ha costado la balsa?

—Un dineral —dijo meditabundo, mientras sacó de detrás de la oreja un cigarrillo, encendiéndolo.

—Sí, pero ¿cuánto más o menos?

—Por lo menos, mil dólares...

Durante un instante me miró con ojos escrutadores, y me preguntó:

—Y usted, ¿a qué se dedica?

—Trabajo en el ramo del cine.

—¡Ah! —asintió con respeto.

Mi declaración le tranquilizó visiblemente, pues ya sospechaba de mí. A lo mejor le hacía aquellas preguntas por querer fundar, a mi vez, algún negocio semejante en la misma bahía.

Esta sospecha instantáneamente surgida y disipada en el viejo no carecía, desde luego, de fundamento. En secreto, yo hacía cálculos para saber cuánto capital exigía una balsa por el estilo, cuáles podían ser los gastos y qué beneficios se podían esperar de ella. Estos cálculos me excitaron sobremanera, pues me daban la impresión de que acababa de encontrar el camino que podría emprender. Ésta sería la empresa que yo podría dirigir con toda mi alma. Y, seguramente, la llevaría mejor que Old Ted. Por ejemplo, daría mucha mayor importancia a la cocina y tendría buen cuidado de que los excursionistas encontrasen sobre mi balsa un amplísimo local de baile. Un local en lo posible cerrado, para que se pudiese bailar hasta cuando lloviese.

—Uno navega por todos los mares del mundo durante cincuenta años —me dijo Old Ted—, y después, se retira a descansar a tierra firme.

Por «tierra firme» quería decir la balsa, que flotaba sobre las olas, y por «descanso» de sus viejos días, trabajar de sol a sol, y hasta la noche.

Después de cenar, me senté al borde de la balsa, frente a las sombrías e infinitas aguas del mar. El tema de mis meditaciones era mi propio sino. Procuraba imaginarme, como ya tantas veces, lo que me sucedería si pudiese decidirme por fin a volver a mi tierra. Aquella vez fue la primera que sintiera claramente cuánto me pesaría abandonar América. Rememoraba todas las amarguras de los últimos cinco años de mi vida, y estos recuerdos se fueron embelleciendo en mi memoria, pues era yo quien vivía en ellos, y representaban toda mi juventud combativa. Tuve cierta vaga

sensación, como si las lágrimas ligasen más a un hombre a las estaciones sombrías de su vida que la alegría a los años felices. Y no pude menos de pensar lo lejos que volaban entonces mis recuerdos, abrazando casi todo el globo terráqueo y comprendiendo el destino de todos los humanos. Esto se lo debía a América. ¿Qué me hubiera pasado, de no haberme movido de casa? Quién sabe si tendría una colocación con tan poco sueldo que ni me bastase para encargarme un traje de los más baratos. Actualmente enviaba cien dólares mensuales a mi madre; esto representaba por lo menos el doble de todo el sueldo que cobraba mi cuñado Gyula. Si consiguiera montar una balsa como ésta, y si los negocios prosperasen sólo un poquitín, tendría un beneficio de lo menos veinte dólares al día. O treinta, o a lo mejor cincuenta... Esto ya serían mil quinientos dólares al mes. Una cantidad tan fabulosa de dinero que, en Hungría, ni siquiera se podría soñar...

Unos años. Unos cuantos años más. Entonces podría ir a casa en plan de visita.

En aquel momento, ya ni ponderaba la posibilidad de un regreso definitivo. Pensaba en Jennifer, y la veía en la cocina, con un nítido delantal blanco almidonado, con la blusa arremangada, con una cofia de cocinera ladeada en la dorada cabellera, revolviendo en el aceite hirviendo las tajadas de pescado rebozadas con harina. Y yo, de pie en la entrada de la balsa, recibiendo a los clientes, echando la cuerda a las canoas automóviles, y gritándoles:

—*Hello, boys!*...

¡Pero cuánto más hermosa, cuánto más grande y moderna sería mi balsa que la del viejo Ted!

Poco a poco apuntaba el alba. Desde muy lejos, de las selvas de la isla, nos llegaban unos silbos de pájaros, extraños y soñolientos. Las olas se posaban, como si la proximidad de la luz del día les impusiera resignada piedad. El agua de la bahía estaba tan lisa como un espejo. Y este espejo era maravillosamente morado, bajo el manto de la penumbra de la madrugada. De vez en cuando rompía aquel espejo inmóvil algún que otro gran pez, que daba un salto en el aire.

La mayor parte de los pescadores dormitaban con el cuello encogido. Las parejas de enamorados dormían dulcemente, con los brazos enlazados, sobre sus asientos.

El viejo Ted apareció en el marco de la puerta de la cocina, en zapatillas y mangas de camisa, pasándose la mano por el pelo, y echando una mirada hacia el mar. Lanzó a todos los adormecidos pescadores una orden militar:

Get up your old necks! Here are coming the yellowtails!^[44]

El grito anunciaba el paso matutino de una especie de peces muy rara y generosa. Todo el mundo se sobresaltó, echando mano a las cañas. En las manos de cada uno se debatían los pescados vivos destinados a servir de cebo, que enganchados en nuestros anzuelos se agitaban convulsivamente. De repente hubo enorme agitación, carreras y gritos.

—*Let's jump the bait!*^[45] —dio una nueva orden Old Ted—. ¡Haced saltar el anzuelo!

Una muchacha con gorrito verde se puso a gritar excitadísima, pidiendo auxilio, pues su caña se doblaba violentamente, formando un semicírculo... *Los yellowtails* picaban los anzuelos; aquí y acullá, se oían gritos, y, a los pocos instantes, se debatían sobre las mojadas planchas de la balsa numerosos peces grandes y helados de cola amarilla dorada, espalda morada oscura y vientre blanco como la nieve. También a mí me costó gran esfuerzo luchar contra aquel peso desconocido y vivo que allí abajo, en la profundidad de las olas, intentaba huir de la punta de mi sedal.

Era maravillosamente hermosa aquella alborada.

Al mediodía me presenté muy puntual en el restaurante italiano. Jennifer, Patricia y el galán de ésta ya estaban allí, sentados junto a la ventana, en tomo a una pequeña mesa.

Jennifer me saludó en un tono muy distinto del habitual: en voz muy alta pero indiferente. Sentí instintivamente que, con aquel saludo, procuraba ocultar algo a Patricia, una vez más. No obstante, durante el almuerzo me echó unas miradas furtivas y fugaces que me llegaron hasta el corazón. En realidad, no había en su mirada más que un poco de calor. Me enteré que el galán de Patricia se llamaba míster Lang, y era natural de Oklahoma. Cuando me interesé cortésmente por su profesión, Jennifer me contestó:

—¡Míster Lang posee el mayor *market*^[46] de la isla!

Míster Lang confirmó la aclaración demasiado deferente de Jennifer asintiendo sencilla, pero suficientemente con la cabeza. Le agradó, evidentemente, que Jennifer se le hubiese anticipado a contestar a mi pregunta, y que me enterase yo por una tercera persona, de su importancia. Esta vez tenía ocasión más que suficiente para observar algo detenidamente a míster Lang. No debía de tener más de unos treinta años, pero a sus sienes ya asomaban canas, y era calva su coronilla. Conozco muy bien esta clase de hombre americano, tan precozmente envejecido por el exceso de trabajo. Hablaba muy poco, y, tras su silencio, flotaba la conciencia de su propia importancia. Fuera de esto, parecía persona muy sencilla y hornada. Patricia le colmaba de atenciones, mimándole mucho. Con sus as pintadas de rojo, le raspaba con solicitud alguna que otra manchita en la americana; le preguntaba, a cada uno de los platos, si le gustaba; le acercaba el frasco de la mostaza, y, en una palabra, no perdía de vista ni el más pequeño gesto suyo. Esto era muy plausible, pensando en que Patricia no era ya muy jovencita, y que tampoco se la podía llamar hermosa. En cambio, según queda dicho, míster Lang era propietario del mayor mercado de la isla.

Durante la comida la conversación giró en tomo de temas increíblemente sosos y aburridos: el porvenir de los campos petrolíferos de California, la importancia de los puertos de los Estados Unidos en el Pacífico, y la naturaleza de las relaciones nipoamericanas. Si alguien hubiese escuchado nuestra conversación hubiera podido ver inmediatamente que ninguno de nosotros comprendía nada en tan mayúsculos problemas.

De repente, Jennifer se volvió hacia mí, preguntándome:

—¿Qué barco tomará usted para regresar a Hollywood?

—El de las cuatro. ¿Y usted?

—Yo no. Tomaré el de las seis.

Esto me molestó un poquitín, pero ya era tarde para cambiar de pensamiento.

Después de comer nos fuimos a dar una vuelta por la playa. Yo me ponía intencionadamente al lado de Patricia, dejando que Jennifer y mister Lang nos precedieran. Me daba cuenta, no sé por qué, de que Jennifer aún debía de tener otros motivos para ocultar su amistad conmigo, y no sólo cuanto me había confesado.

Mucho tiempo antes de la hora de la salida me despedí de ellos, acercándome al puerto. Pero me molestaba mucho tener que volver solo. Así que me decidí a no tomar billete para el barco de las cuatro, sino que saqué de mi mochila una novela que ya tenía medio leída, y sentándome en un banco solitario, me puse a leer. No podía concentrar mi atención, desde luego.

Me arreglé de manera que fuera yo el primer pasajero del barco de las seis, pues no quería que Patricia o mister Lang me viesen.

Ya estaba en el barco muy lejos de la orilla cuando me atreví a salir de mi escondite, y, tras larga busca, acabé por encontrar a Jennifer entre la muchedumbre.

No demostró la más leve sorpresa al verme. Me tendió la mano sonriendo, y ni comentamos el asunto. Buscamos sitio en la cubierta de arriba desde donde podíamos contemplar libremente el mar en toda su belleza e infinitud.

Conversábamos de todo menos de lo que sentían nuestros corazones. O, por lo menos, el mío. Es muy posible que el de Jennifer no estuviera oprimido por nada. Nada, fuera de la alegría y jovialidad y de la tarde de domingo.

Recurrí al archiconocido ardid de que sabía predecir el porvenir y ver la buenaventura en la palma de la mano de las personas. Con esto conseguí el poder tener entre las mías, durante todo el trayecto, las blancas y cálidas manos de Jennifer. ¡Dios mío, cuánto hacía que no había estado en tan íntimo contacto con las manos de niña de Jennifer! Tal vez ni lo había estado nunca. Le vaticiné toda clase de jocosas tonterías para el futuro: que, dentro de poco, haría un viaje al Japón en avión, y que, antes de dos años, se casaría con un mandarín de China. En cambio, tenía que cuidar mucho su bilis, pues propendía a esta clase de enfermedades.

Al llegar, y acompañarla a su casa, le pregunté, sin que la cosa me interesara demasiado:

—Qué, entre Patricia y ese mister Lang, ¿va todo ya en vías de solución?

Me miró, muy sorprendida.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Me ha parecido notar que mister Lang hace vehementemente la corte a tu amiga.

Soltó una sonora carcajada.

—¿De qué te ríes?

—¡Pues que Patricia es la hermana de mister Lang! ¿Pero no lo sabías?

Me tendió la mano muy alegre:

—¡Hasta la vista!

Y desapareció en el vestíbulo. Sin duda yo ponía una cara muy estúpida al quedarme plantado allí, contemplando la puerta cerrada.

Capítulo 24

AL día siguiente telefoneé a Jennifer. Sólo le dije esto:

—Quiero hablar contigo, Jennifer...

Ella se dio cuenta por el temblor de mi voz de que quería hablarle de un asunto muy serio...

—Cuando quieras, Johnny...

Por primera vez me llamaba con el diminutivo de mi nombre, como en los tiempos de sus amores infantiles.

—¿Podrías cenar conmigo?

—¿Dónde?

—Ven a mi casa. Ya guisaremos algo... Será muy divertido.

—No, no, eso no es posible...

—¿Porqué?

—Alguien podría verme... Pero, espera un poco... Tal vez podría ir acompañada... Llevaré a miss Lee... Iremos a las siete en punto.

Colgué el auricular y me puse a pasear muy excitado por la habitación. Tenía algo importantísimo que decir a Jennifer, y quería arreglarlo lo antes posible. Mas ¿qué era lo que quería decirle? ¿Qué le diría? No tenía ni la más mínima idea. Me veía invadido por unos sentimientos ciegos y confusos, que casi habían tomado el timón de mis pensamientos. Eran unos sentimientos recios y sombríos, que me empujaban y arrastraban con verdadera fuerza física hacia adelante. Así ocurrió que de repente, sobrecogido, descolgara el teléfono y, con voz extrañamente velada, le dijera a Jennifer: «Quiero hablar contigo...».

Algo vislumbraba ya en mi interior: era preciso, absolutamente preciso, impedir que Jennifer se casara con míster Lang. Porque, sin duda alguna, de esto era de lo que se trataba. Pero ¿por qué tenía yo que impedirlo? ¿Soy yo, tal vez, quién quiere casarse con Jennifer? ¿Y cómo podría impedirlo? Muy probablemente, a la semana próxima, me encontraría sin colocación. ¿Llevaría a Jennifer conmigo a Hungría? ¿Qué me esperaba en mi tierra, si ahora volviese? Un sofá y un armario, en un cuartucho sombrío. Oí claramente la voz de Jennifer, en aquel restaurante italiano:

—Míster Lang es el propietario del mayor mercado de la isla...

Y veía ante mí el gran mercado californiano, abierto, con sus puestos de pescado, de carne...; el orden digno de una farmacia de la sección de conservas y especias, con los ingentes montones de naranjas y toronjas, un mercado fulgurante y delicioso, que brilla con todos los colores de las más hermosas flores. Ya oía el niquelado timbre de las cajas, que parecían reírse continuamente a carcajadas, cuando tragaban y escondían en sus cajoncillos los dólares... dólares que iban coleccionando para aquel míster Lang.

¿Qué sucede, pues? ¿Por qué, por qué me urge tanto hablar con Jennifer? Estas y

otras preguntas revoloteaban aullando y gritando en mi interior, desesperadas y amedrentadas, como si vieran el peligro que se acercaba.

Pero los recios y ciegos sentimientos que me rodeaban sombríos e imperiosos, hasta el punto de no considerarme yo solo en mi habitación, no se preocupaban para nada de tales atemorizadas preguntas; estaban allí muy tranquilos, y esperaban la llegada de Jennifer.

Mi corazón se ponía a latir violentamente, cada vez que oía pasos en las cercanías del hotel. Cuando, en realidad, tan sólo eran las cuatro de la tarde... Me tiré de bruces sobre el sofá, hundiendo mi cabeza en uno de los grandes cojines de seda azul celeste, y algo me laceraba, con un dolor indecible, ardoroso y dulce. Repentinamente, como por una luz suave o una música acariciadora, me sentí bañado en el resplandor dorado de la cabellera de Jennifer; los arcos de sus brazos y de su cuello, los reflejos húmedos y verdeplateados de sus rasgados ojos, su voz melodiosa, su cariñosa sonrisa, su sombrerito rojo y su traje de lana azul con el cinturón de charol encamado... todo ello quedó diluido y se puso a fulgurar en mí, como si acabase de liberarme de alguna prohibición sofocante y misteriosa.

Tocaron el timbre.

Me sobresalté. Ante el espejo del recibimiento me arreglé rápidamente los cabellos.

Jennifer entró, acompañada de miss Lee. Aún brillaba el sol, y aquella tonalidad arrebolada del ocaso era exactamente igual que, en tiempos pasados, en mi casa, cuando la galería, en las tardes invernales, se llenaba de reverberaciones rojas y hasta las puntas de los cuernos de ciervo ardían en luz incandescente. Jennifer llevaba su sombrerito rojo y el traje de lana azul oscuro con el cinturón encamado. Cuando abrí la puerta la vi en el umbral en medio de la luminosidad purpúrea, la cabeza ligeramente ladeada, alzando sus cejas y pestañeando rápida y casi cómicamente, como para acentuar la situación extraña en la que nos encontrábamos ambos, demasiado ingenuos.

Miss Lee, a su lado, parecía una gran sombrilla cerrada y plantada en el suelo. Su extraordinaria delgadez, sus huesos ridículamente salientes y su traje que caía en amplios pliegues, le daban este aspecto. Y tal vez también el hecho de que, al lado de Jennifer, sólo hacía la figura de una prenda o un objeto cualquiera sin interés.

Cogí de la mano a Jennifer y la conduje hacia el interior de la casa, haciendo lo mismo con miss Lee también, como si las ayudara a entrar en una barca. En los primeros momentos, ni siquiera conseguí pronunciar una sola palabra, de tan conmovido como estaba. Jennifer se detuvo ante el espejo, para arreglarse el sombrero. Siempre se refugiaba en este ademán, cada vez que procuraba disimular su encogimiento.

Miss Lee recobró la primera, la palabra:

—Chiquillos, sé muy bien que tenéis cosas importantes que deciros. Así, pues, dadme algún libro, y me retiraré a algún rincón... *and go on with the chat*^[47]!

Se adelantó y desapareció en una de las habitaciones. Jennifer aún seguía ante el espejo y se daba carmín a los labios. En esta actitud (sin duda era por la misma razón de cortedad que escogía precisamente aquellos instantes para pintarse, pues las palabras salían apagadas de su boca), de espaldas a mí, me preguntó, para cortar nuestra cohibida situación:

—¿Qué es este asunto tan trascendental del que tienes que hablarme?

Le sujeté ambos brazos por detrás. Fue una lucha que duró un instante; de su bolso abierto, todos sus diminutos adminículos de belleza rodaron al suelo. De la reducida y redonda polvera, todos los polvos se desparramaron sobre la alfombra, dejando una mancha color de rosa como la palma de una mano. Cayó asimismo al suelo su pequeño peine plegable de plata. Se defendió tenazmente, musitando unas palabras inglesas que ni siquiera comprendí. Pero, al fin, se rindió, estremeciéndose todo su cuerpo y, cerrando los ojos, me abandonó su boca. Yo volví a experimentar el sabor en sus dientes blancos tan pequeños, de aquellos primeros besos de su adolescencia. Luego, de repente, volvió la cabeza, ocultando su rostro contra mi hombro. Nos quedamos en aquella actitud, inmóviles, durante mucho tiempo.

Entre tanto, *miss Lee* se dedicaba a buscar libros en el interior. En vez de libros encontró la careta de esgrima de Hullinger. Sin duda en su vida había visto un objeto semejante, pues, con él en la mano, apareció en la puerta y, modulando su voz con los tonos más infantiles posibles, con los ojos saltándosele de asombro y con ridícula expresión, preguntó:

—Pero ¿qué es esto, muchachos?

Jennifer le arrancó de la mano aquella careta, y se la puso. Como si el Señor se la hubiese enviado en aquel preciso momento para esconder su turbación.

Y así, por el estilo, en las demás cosas, *miss Lee* mostrábase la enviada de la misma Providencia. Entró en la cocina, abrió los cajones y examinó el contenido de la nevera, pues se verificaron por completo sus presentimientos de que, con la emoción de la espera, yo me habría olvidado de cuidarme de la cena. Sin embargo, logró reunir algunas viandas, pues yo solía guisar en casa bastante a menudo. Poco después, nos llegaba de la cocina el olor del aceite frito, y *miss Lee* armaba un ruido tremendo con pucheros y cacerolas.

Jennifer y yo estábamos sentados en el saloncito.

—¿Míster Lang quiere casarse contigo?

Clavó la mirada en el suelo y asintió silenciosamente con la cabeza.

—No le quieres, ¿verdad?

No me contestó; hasta la cabeza permaneció inmóvil. Se encogió de hombros, con ademán apenas perceptible.

Extendí mi mano hacia una de las suyas. La tenía completamente helada.

—Sé sincera conmigo, Jennifer. Háblame como si fuese tu hermano.

—Patricia... —dijo, pero no acabó lo que quería decir.

—¿De modo que toda esa historia ha sido idea de Patricia?

—Sí... Patricia es una antigua amiga mía. Me quiere mucho. Me quiere. Pero ¿sabes?, este asunto está organizado de tal manera... ¿cómo te lo explicaría?... que yo debería postrarme ante míster Lang como ante el Santísimo Sacramento.

Se calló, y en el instante cortísimo de su silencio apareció ante los dos la figura de míster Lang. Con su pelo ralo ya, despeluzado por el viento. Sus pequeñas pupilas negras, demasiado metidas una en la otra. Su traje amarillo de corte cruzado, en el cual, según la moda norteamericana, hasta las mangas llevan raya planchada.

—Patty adora a Charles. Considera a su hermano como un ser sobrenatural, y se consideraría ofendida mortalmente si yo le viera con ojos distintos. Lo malo es que esa adoración de que Patty le rodea se le ha subido a él un poco a la cabeza. Ahora ya el propio míster Lang empieza a creer que tiene algo de... ¿cómo lo diría...? algo divino... ¿No has observado cómo se detiene de vez en cuando y cruza los brazos sobre el pecho? Temo que tendré que pasar toda mi vida en piadosa adoración y prosternada ante esa divinidad... ¿Comprendes lo que quiero decir con esto?

Jennifer lanzó toda esta tirada sin respirar. No lo decía, sino que lo cantaba. En el idioma inglés, sólo importa el acento; el acento lo es todo. Las frases de Jennifer eran como una canción rápida. Como aquel pajarito mecánico con los colores del colibrí, que surge impulsado por un resorte al abrir la tapa de la cajita, pía lo que tiene que piar y súbitamente se calla, también Jennifer se quedó callada bruscamente.

Inclinando un poco la cabeza, meditabunda, jugaba con la fina sortija que llevaba en un dedo. Y de repente, como para excusarse, dijo:

—Míster Lang es una bellísima persona, y es un hombre muy honrado. En su ramo es una capacidad. Y tiene muy buen corazón. Yo comprendo que Patty le tenga esa adoración...

—¿Ya habéis hablado de vuestro casamiento?

—No. Hasta ahora aún no ha bajado de su trono. El asunto de más palpitante interés de que me ha hablado hasta ahora es su idea de fundar en la isla una granja avícola para criar gallinas que vendería luego en su propio mercado. Pero ya ha autorizado a Patty para hacerme ciertas alusiones respecto a sus proyectos más íntimos. Porque, en relación conmigo...

Tras un momento de silencio, dije:

—Mira, Jennifer, yo soy muy pobre. Y mi porvenir es muy inseguro. Temo que incluso voy a perder dentro de poco mi actual colocación...

Jennifer me miró furtivamente a la cara. Pero en seguida volvió la mirada. Como si tan sólo quisiera leer en mi rostro por qué decía aquello.

Sin duda vería en mi cara el dolor y la franqueza, pues me replicó:

—También yo soy pobre...

Se calló y tampoco yo dije nada. Cuando después volví a hablar, mi voz sonaba con indiferencia, y como si empezara a hablar de otro tema muy distinto:

—He pensado que también yo podría construirme una balsa como la de Old Ted. Con un pequeño restaurante. Pero la mía sería muchísimo más moderna. El viejo Ted

gana treinta dólares al día, y casi no tiene gastos...

—¡Oh, esto sería maravilloso!... —dijo Jennifer, con cálido acento.

—La balsa cuesta mil dólares... Tal vez podría conseguir todo lo necesario y toda la instalación, a crédito...

Los dos miramos ante nosotros con mirada profunda. Nuestros pensamientos corrían velozmente, galopaban, transportando enormes postes y planchas de madera: ya estaban construyendo la balsa, que reposaría sobre las aguas color verde botella del mar. Como si urgiera muchísimo que acabasen aquel trabajo en el mínimo de tiempo.

Hubiera querido coger la mano de Jennifer: «Ven, de prisa... vámonos... telefoneemos, informémonos de cómo podríamos empezar en seguida. Qué autorizaciones se precisan, qué formalidades». Ahora hubiera querido saberlo todo a la vez.

Desde el comedor, oyóse la voz de *miss Lee*:

—¡Jóvenes, a cenar!

La cena fue horrible, preparada por *miss Lee*. Nos había servido una especie de caldo de espárragos que no estábamos seguros de si lo era de veras. Ninguno de nosotros dos se atrevió a preguntárselo. Pero, cuando menos, la mesa estaba puesta con muy buen gusto; *miss Lee* había encendido tres gruesas velas de cera encarnada. Al buscar en los armarios para ver si encontraba algún libro, descubrió en una alacena disimulada los restos de las existencias de bebidas de Hullinger. Éste, al marcharse, me los había regalado, pero a mí no me tentaban lo más mínimo aquellos licores americanos falsificados, y hasta había olvidado por completo tales reservas. *Miss Lee* las hubiera encontrado hasta con los ojos cerrados.

Mala era la cena, y malísimo el vino; pero al ver a Jennifer sentada frente a mí, enviándonos los dos secretas miradas y brillar sus ojos y su cabellera a la luz de las bujías, todo ello resultaba tan maravillosamente hermoso como si ni estuviéramos en este mundo.

Después de cenar quitamos la alfombra del saloncito, pusimos en marcha la radio y empezamos a bailar Jennifer y yo. Sólo quedó encendida la gran lámpara de pantalla del rincón.

La música nos llegaba de Nueva York, del hotel Waldorf Astoria. Desde luego, allí tenían otra hora que la nuestra: Nueva York se había hundido ya tres horas más profundamente en la noche que Hollywood. Allí eran mucho más de las doce. Era una música dulce y ligera de *jazz*, acompañada de una susurrante voz de barítono.

Miss Lee estaba sentada en un sillón, meditabunda y apoyando su barbilla contra su índice. Como si se hubiera abandonado definitivamente a su destino, que consistía en mirar y escucharlo todo desde lejos, todo cuanto para los demás representaba ardorosa y sofocante vida.

Nosotros dos bailamos, muy apretados uno contra el otro. La cabeza de Jennifer descansaba suavemente sobre mi hombro, como si se abandonase por completo a sus

ensueños.

El ritmo dulce y suave de la música neoyorquina íbase transformando en mí, paulatinamente, en el tacto mullido de las olas verde botella de la bahía, tal como un día antes venían a chocar contra el costado de la balsa. Arriba, sobre la casita del restaurante, ondeaba una diminuta bandera estrellada americana. Y surcaban el mar las canoas automóviles, que transportaban a los aficionados a pescar.

Aquella música que ponía sus ecos en mi corazón era música americana. Era infinita y maravillosa. Y me parecía, en cierta manera, como si yo hubiera venido al mundo con aquella música.

Siguieron dos semanas de mi vida, que recuerdo hoy, todas bañadas de una luz suave y extraña, una luz roja; dos semanas completamente separadas y arrancadas de mi vida habitual. Aquella luz purpúrea que nimbaba a Jennifer, en el umbral del hotelito, con su sombrero encamado, su traje de lana azul marino, y un cinturón de charol encamado en su talle esbelto.

Pasábamos juntos todas las noches. Míster Lang tuvo que hacer un viaje de negocios a San Francisco, y durante aquellos días Jennifer no veía tampoco a Patricia. Eramos uno del otro exclusivamente, como si el mundo hubiese cesado de existir en torno nuestro.

Los proyectos y presupuestos que improvisamos llegaron a formar un enorme bulto en mi bolsillo. Solíamos sentarnos el uno al lado del otro, a la mesa de algún pequeño restaurante, así íbamos construyendo nuestra balsa. Jennifer sometía todas mis ideas a la crítica más oportuna. Su inteligencia rápida y clara iluminaba en el acto todos los problemas planteados, y más de una vez me daba cuenta de que en la cuestión de cómo instalar el restaurante a bordo y resolver toda la administración del negocio, Jennifer poseía mucho más sentido práctico que yo. En aquellos días conocí verdaderamente la estructura íntima del pensamiento americano. A este respecto, mediaba entre Jennifer y yo más o menos la misma diferencia que la que separaba nuestro dominio del idioma inglés. Ya lo hablaba yo a la perfección, pero mis frases y palabras carecían de fondo y de médula. Tras cada una de las palabras de Jennifer parecían esconderse muchos millares de otros vocablos, conceptos e ideas, en frenética vorágine.

Aquellos días fueron el tiempo feliz de construcción de un nido. Si alguien nos hubiera observado entonces, nos hubiera podido tomar por unos conspiradores. O hubiera supuesto que preparábamos algún crimen, el asalto de un Banco o de unos almacenes. A veces nos comportábamos de manera la mar de extraña. Entrábamos en una tienda mirando en tomo nuestro y salíamos sin proferir una palabra. El propietario salía hasta la calle, extrañado, para seguimos con la mirada. En tales casos, habíamos entrado nada más que porque Jennifer parecía recordar que la disposición de las estanterías y mostradores era muy práctica.

También ocurría que, después de acompañar a Jennifer hasta su casa, despedimos, cerrarse la puerta tras de ella, y ponerme yo en camino sumido en mis cavilaciones,

oía de repente la voz de Jennifer que gritaba mi nombre. Corría detrás de mi y me decía:

«¿Sabes? Yo, en la cocina, pondría el fogón de gas al otro lado...».

Entonces proseguía el conciliábulo cuchicheando nuevos proyectos para el porvenir. A veces nuestros pensamientos se agotaban por completo en la gestación de nuestro negocio, sentados a la orilla del mar en un banco solitario y sumidos ambos, durante largas horas, en un silencio puro y fraternal.

Otras veces, en las horas del reflujo, nos adentramos muy lejos en el lecho del mar, sobre la arena, y permanecíamos allí, de pie, saturándonos de la brisa salada que llegaba de la bahía hasta que caía la noche en tomo nuestro. Nos habíamos alejado tanto que ya ni siquiera nos llegaba la luz de las farolas de la orilla, y, a través de aquella sombra azul sólo las olas murmurantes que corrían hacia la playa despedían una suave claridad de perlas.

Hubo momentos en los que experimenté la sensación de que me estaba mintiendo a mí mismo toda aquella felicidad. Algo me dolía, algo me dolía muchísimo.

Una noche, en la playa, muy lejos de la orilla, cogí bruscamente la mano de Jennifer.

—Jennifer: quiero preguntarte algo... No tengas miedo, no pasará nada... Sólo quisiera saber...

Jennifer adivinó lo que quería preguntarle.

—Ya lo sé, no me lo preguntes... te contestaré... Aún no he pertenecido a nadie. Amé a uno, y siguiéndole vine aquí; pero no he sido suya. Y no hablemos más de esto.

Por suerte reinaba la más completa oscuridad, y así Jennifer no pudo ver que mis ojos estaban bañados de lágrimas.

Capítulo 25

A veces sentía cierto dolor lacerante en el fondo de mi alma: mi madre y Hungría. Pero era un dolor sordo, que parecía venir de lejos, de muy lejos.

Una mañana me telefonearon de los estudios. Que fuera inmediatamente y me presentase a uno de los directores. Adiviné en seguida de qué se trataba.

El secretario del director me comunicó que Hullinger había dejado de formar parte de la sociedad. Con ello, había de cesar también yo en mis funciones de secretario; sin embargo, podía continuar ocupando el hotelito hasta el primero del mes próximo.

Pregunté en un tono muy tranquilo:

—¿Adónde tengo que enviar los efectos del señor Hullinger quedados en la torre?

El secretario buscó una carta en la mesa; reconocí de lejos la letra de Hullinger. Para mí aquel instante fue como si me leyese su testamento.

—El señor Hullinger nos escribe que en su casa no ha quedado nada, excepto algunos efectos insignificantes y sin valor, de los cuales puede usted disponer a su gusto.

—¿El señor Hullinger no les ha confiado ningún mensaje para mí?

—Nada —replicó el secretario secamente.

Desde hacía meses había esperado este instante, pero ahora, al salir de los estudios, edificio construido imitando una pagoda india, tenía, a pesar de todo, la sensación de que un ascensor invisible me arrastrara con vertiginosa velocidad hacia insondables honduras, hacia la nada. Esta sensación perduró largas horas; no era una sensación meramente anímica, sino al mismo tiempo física. Creo que todo aquel que pierde su colocación debe de experimentar algo por el estilo.

Pasé rápidamente revista, en mi recuerdo, a aquellos efectos «sin ningún valor» que habían quedado en la casa. Estaba, ante todo, aquel preciadísimo equipo para la pesca, de considerable valor. Luego, el juego de cristalería. Esto no era gran cosa. La careta de esgrima, dos espadas, unos cuantos jerseys y un viejo abrigo de pelo de camello que no había cabido en las maletas de Hullinger. Y un maletín más bien pequeño, en excelente estado.

Ésta fue, pues, mi herencia. En realidad, poquísima cosa comparada a aquellos mil dólares que yo me había propuesto pedir prestados a Hullinger. Había fundamentado la balsa, y en ella todo mi porvenir, *nuestro* porvenir con Jennifer, sobre aquellos mil dólares imaginarios.

De ahora en adelante, ya no podría enviar a mi madre aquellos cien dólares mensuales. Aunque mi madre protestara en sus cartas con vehemencia de cada uno de mis envíos, ahora me sentía, a pesar de todo, humillado y avergonzado.

Como si por dentro todo mi pecho se cubriera de escarcha. Aquella sensación helada de pavor, perduró durante largas horas. Durante largas horas me vi arrastrado

hacia abajo por el ascensor invisible de las ideas desesperadas.

Luego, de golpe, se paró. Y, como si al pulsar un botoncito hubiera cambiado de sentido, ahora me arrastraba hacia arriba.

Ya en otra ocasión anterior había experimentado en mi interior el doble flujo contrario y violento de las ideas. En el transatlántico, durante la travesía, cuando estaba mareado y todos mis sentimientos se encharcaban en el pantano de la muerte. Y, más tarde, cuando el mar se había calmado y se nos acercaba la orilla americana, en toda su ingente y misteriosa mole. Cuando todas las fibras de mis nervios se llenaban de nuevo de embriagadoras esperanzas.

También esta vez prodújose en mí una reacción así ante el enorme desánimo. También esta vez tuve la oscura sensación de que se me acercara algo poderoso y desconocido. Me sentía penetrado de los rayos, venidos de lejos, del amor y del dinero; pero esta vez a través de la mirada de Jennifer y por los colores de las banderitas de la balsa, que, izadas sobre la cima del restaurante, ondeaba alegremente en la fresca brisa, en la bahía de Avalon.

Nunca había sentido con tan absoluta convicción que iba a construir mi balsa. Poseía trescientos sesenta dólares de ahorros. El resto lo sacaría de bajo tierra, si fuera preciso. ¡Era igual!

Al quedarme solo en la casa de Hullinger ya condenada a muerte, abrí la radio. Para que se desplegara en mi alma la música, la energía, la sonora fuerza de Nueva York.

Jennifer me llamó por teléfono.

—Estoy seguro de lo que quiero hacer —le dije en tono jocundo—. Hasta me he despedido en los estudios...

Mentí. Pero ¿hay una sola persona en el mundo que, al perder su trabajo no dijera: «He dejado aquella colocación... No me convenía...»?

Creo que esta mentira es el zumbido de motor, en nuestro interior, que vuelve a enderezarnos cuando nos invaden pensamientos de suicidio.

Me acerco a la radio y doy más volumen a la música. En aquellas habitaciones muertas y desiertas, suena desde Nueva York una melodía de *jazz*, con tanta fuerza como un vendaval.

A la mañana siguiente, carta de mi cuñado Gyula.

... pero lo que más me importa, y sin duda te interesará más a ti, es que los Kunz están completamente armñados...

Mi mirada, al correr estas líneas, se detuvo ante aquel apellido. ¿Kunz? ¿Quiénes eran los Kunz? ¿Y qué interés podía tener aquello para mí? Durante unos minutos contemplé atónito aquel nombre en el papel.

Durante estos últimos años, el viejo Kunz no lograba pagar las deudas de su hijo. Como es natural, difícilmente recordarás ya este muchacho, que aún iba de pantalones cortos cuando tú te fuiste. Aún no tiene veinte años, pero había jugado en la Bolsa tales cantidades y había ganado tanto, que los Kunz pensaban arrendar la propiedad de cuatro mil hold de los herederos del conde Renzsky. Luego, de la noche a la mañana, se ha producido la catástrofe bursátil, y todo se ha perdido. De todos modos, el viejo Kunz ha hecho magníficos negocios con su granja avícola; desde luego, tuvo que invertir en la misma muchísimo capital, pues ocupa cuatro hold, y todas las dependencias están rodeadas de magníficas cercas de tela metálica, extendiéndose en los terrenos de la alquería de abajo, existente cuando la propiedad aún estaba en manos de tu pobre padre, en paz descanse...

Kunz, Dios mío: claro está que Kunz... Eran ellos quienes habían comprado nuestra propiedad y nuestra vieja casa, después de la muerte de mi padre. Ahora veo, de repente, ante mis ojos, las tierras salpicadas de malvas silvestres de la alquería de abajo, donde pacían los cerdos. Y aparece ante mí hasta el dibujo de la cinta de mi sombrero de paja, que un día olvidara en el suelo y que, media hora más tarde, se habían comido aquellos animales sin que pudiese salvar, sacándola del hocico de uno de ellos, más que la cinta.

Así, pues, sólo quiero comunicarte que el día 17 de octubre se celebrará la subasta de la propiedad, y, a mi parecer, ésta podría adquirirse ahora, con la granja avícola, en aproximadamente diez mil dólares, pues, al cambio actual, el dólar vale muchísimas coronas húngaras. El abogado entiende que apenas habrá pretendientes en la subasta. Sin contar que a ti, sin duda, te enlazan recuerdos sentimentales con la vieja casa y propiedad de tus antepasados, harías de todas maneras un brillante negocio con la compra, pues el que puede comprar hoy con dólares en Hungría, lo adquiere todo por la cuarta parte de su valor real. Y si aún tienes en cuenta que recuperarías vuestra antigua propiedad en una subasta, esto es, muy por debajo de lo que vale efectivamente, con muy poco dinero pasaría a ser otra vez tuyo todo, la propiedad, la casa y la granja. ¡Pero para qué te explico todo eso a ti, al avisado hombre de negocios americano!

Estoy segurísimo, Juanito, que podrías sacar pingües beneficios de la cría de aves de corral, con tu experiencia comercial adquirida en el Nuevo Mundo. En Hungría podrías convertirte de golpe y porrazo en millonario.

He considerado mi deber comunicarte la fecha de la subasta, pues si pierdes esta oportunidad, más tarde, el nuevo propietario, sin duda exigirá un precio muy superior, o hasta rehusaría venderte la propiedad, teniendo tú que renunciar para siempre a recuperar lo que fue vuestro, cosa que es, según creo,

el sueño dorado más íntimo de tu madre.

Y ahora, permíteme, querido Juanito, que te diga cuatro palabras también de un asunto particularísimo mío. Cinco años atrás, cuando me casé con tu hermana, tenía un sueldo bajísimo, pues bien sabes cuan mal nos paga el Estado, y, (por qué negarlo) tenía incluso cierta pequeña deuda de mi juventud; no muy grande, pero lo suficiente para amenazar constantemente con hacer zozobrar nuestro frágil equilibrio eco-nómico. Y, puesto que nunca he querido privarles de nada ni a mi adorada esposa ni a mi hijito, no sólo mi deuda no disminuía, sino que, incluso, ha ido en aumento con otras, hasta el punto de que, después de cinco años, me constriñen ya tanto que (¡el diablo se lo lleve!) me parece lo mejor convertirlas, es decir, pagarlas de momento todas de una sola vez. Tú, naturalmente, te reirás al leer lo ridículo de la cantidad que sobre mí pesa tanto, pero aquí, en Hungría, hasta esto es mucho dinero, por poco que sea. He pensado, pues, rogarte que me hagas el favor de concederme un crédito de quinientos dólares, pues con tan insignificante cantidad podría restablecerme por completo. Te lo devolvería honradamente, como se debe; pero supongo que, para ti, el asunto no tendría ni prisa ni importancia. Imagino que si tú compras la propiedad y vuelves a poner en marcha, con tus conocimientos experimentados, la cría de aves, también yo participaría en el trabajo, y, a lo mejor, podría ir amortizando esa pequeña deuda con mi trabajo. Por lo demás, dejo en tus manos que fijas las condiciones, pues, de ahora en adelante, tú eres el banquero, y yo el pobre diablo que solicita un crédito.

Por lo demás, ¿cómo estáis ahí en América, en ese Canaán bañado en leche y miel? Nosotros seguimos tirando, también tu madre va bien; sólo se queja de su vista, cada día más débil pero éstas son cosas naturales de la edad...

Son las doce del mediodía. Ahora mismo vuelvo de Down-Town, donde fui a entrevistarme con uno de los subdirectores de la Administración de la isla.

Ni que pensar en obtener un permiso para instalar una balsa en la bahía. Sencillamente, se ha reído de mí. En vano aludí a la balsa de Old Ted. Me explicó que aquella balsa era propiedad y construcción de la Administración de la isla, y que no había costado mil dólares, sino tres mil quinientos. El viejo Ted no era más que un empleado. Si él afirmaba otra cosa, mentía.

Puse en la balanza toda mi elocuencia. Le expliqué que era muy ventajoso para la isla construir otra balsa mucho más moderna que la primera. Con un restaurante más distinguido, con pista de baile, con dormitorios económicos, y hasta con una orquesta de jazz contratada para toda la temporada.

El director escuchó con impaciencia mis explicaciones y dijo:

—Tal como usted se imagina ese proyecto, costaría por lo menos unos treinta mil dólares. ¿Tiene usted dinero suficiente?

—Pero, perdóneme usted, si ustedes la construyen y yo me pongo a trabajar... Se lo prometo: será una inversión extremadamente fructífera...

Yo mismo me daba cuenta de que mis pretensiones eran ridículas. En la última frase, hasta mi voz dio un tropezón.

Sin duda él director notó cuan desesperadamente se debatían mis pensamientos. Cambió de tono, echó una mirada sobre mi tarjeta, para poder llamarme por mi apellido, se me acercó y me puso la mano en el hombro:

—*Dear Mr. Pacree*, crea usted que nosotros realizamos todo cuanto se nos aparezca como un negocio fructífero. Conocemos al dedillo todas las posibilidades económicas de cualquier punto de nuestra isla. Olvide este asunto. Lo que usted dice son chiquilladas...

Un largo silencio. Clavé la mirada en el suelo durante largo rato. Por fin, reuní mis energías y dije:

—Hace cinco años que estoy en América. Vine de Europa. Hablo varios idiomas europeos. He sido el secretario de un célebre director de películas; perdí mi puesto ayer mismo. Sé hacer muchas cosas, y, si usted quiere, le traeré cartas de recomendación. ¿No podría usted encontrarme algún empleo?

El director no dice nada. Me mira detenidamente desde la punta de mis zapatos hasta la coronilla. Pensamientos mudos y no formulados flotan en el aire, en tomo nuestro. Tengo la impresión de que este hombre tiene buen corazón y le inspiro lástima. Se acerca a la mesa y toma nota de mi dirección. Pero sólo me dice esto:

—Cuando haya algo, ya le avisaré.

Al cerrar tras de mí la puerta del despacho, miro la placa que en ella aparece con el nombre del director. Leo este nombre: *Sam Harris*.

Por la noche, a orillas del mar, Jennifer tiene que venir de un momento a otro. Le había dado cita en el sitio acostumbrado, ante el hotel construido en estilo normando. En el paseo hay un banco solitario; a pocos pasos del mismo un farol eléctrico. Ya hace tiempo que el sol se ha puesto, pero, en el mar, una gran mancha morada señala aún el lugar por donde ha desaparecido. De repente, todas las luces de la orilla se encienden en el mismo instante, en un extensísimo semicírculo a lo largo de la bahía. Esa fila de luces que se ha encendido tan bruscamente, es como si algún gigante mitológico hubiera echado desde las nubes vespertinas un enorme collar ígneo sobre la orilla, y como si cada granito del collar despidiese lumbre, incandescente.

Ahí viene Jennifer. La conozco desde lejos; hoy lleva su traje blanco, con cinturón verde. Ya hace una hora entera que estoy aquí, ponderando lo que podré decirle.

Salgo a su encuentro y procuro saludarla en un tono por el que no pueda sospechar todavía nada. Al cogerle la mano, ya siento, sin embargo, que no tendría fuerza suficiente para decirle la triste verdad.

Pero también en Jennifer noto algún cambio extraño. Su rostro, cansado, y los ojos, como si hubiera llorado. ¿Tal vez sospecha ya algo?

Le miro en la cara, con ojos escrutadores:

—Pareces malhumorada...

Me contesta evasivamente.

—Me duele un poco la cabeza.

Y, levantando el brazo, se pasa la mano por la frente. En este gesto suyo hay muchísima gracia y muchísima tristeza.

Nos sentamos en el banco. Le ofrezco un cigarrillo, pero no lo acepta. Atraigo hacia mí su cabeza y la beso en los ojos, que mantiene cerrados durante unos instantes. En su rostro se despliegan un cansancio y una resignación infinitos.

—Mira qué maravilloso está hoy el mar...

Abre sus párpados y mira con ojos vacíos las olas que se precipitan hacia la costa.

—Sí, es maravilloso... —dice; pero sus pensamientos están muy lejos.

Toma mi mano en la suya, y la mira unos momentos; después levanta su mirada hacia la mía, pero sin cambiar la posición de su cabeza.

—Tengo que comunicarte algo importantísimo y desagradable, Johnny...

Oigo los latidos de mi corazón. Tras largo silencio, Jennifer vuelve a hablar.

—Tenemos que separarnos...

Silencio otra vez; tampoco ahora le pregunto nada. Tan sólo llevo mi cigarrillo, que ya me está quemando las uñas, a la boca, con mano temblorosa.

Jennifer continúa en voz apagada y fría:

—Esta mañana, apenas había hablado contigo, papá me telefoneó desde Chicago. Comprendí en seguida que había ocurrido una catástrofe. Me ha preguntado si no conocía a nadie que pudiera ayudarle. Con la máxima urgencia. No lo ha dicho, pero aludía muy claramente a míster Lang, pues en una de mis pasadas cartas le había contado mi amistad con el hermano de Patricia...

Tras un minuto, le pregunté:

—¿De qué cantidad se trata?

A los labios de Jennifer se asoma una sonrisa amarga. Y, cariñosamente me acaricia la mano.

—No se trata de esto. Ni el propio míster Lang tendría dinero suficiente para sacar esta vez a papá del atolladero al que se ha dejado arrastrar. Ha comprado un invento, una especie de nuevo vidrio irrompible. Pero esto carece de importancia. Se trata de que... y ahora ya lo veo muy claramente: tengo que ponerme a su lado, al lado de mis padres, pues les esperan las más crueles privaciones.

Habrás notado una sombra en mi cara, pues continúa, como si de repente se defendiera:

—¡No, no... no debes de pensar nada malo de papá! El pobrecito... Él no tiene la culpa... Ha trabajado toda su vida, ha intentado tantas cosas... ¡Dios mío, por qué ha de haber personas que nunca consigan nada, nada!...

Intercala un breve silencio, luego dice:

—Sí, esto es terriblemente trivial... Pero ¿qué quieres que haga? No tengo fuerza. No tengo valor.

Súbitamente me mira asustada, como si temiera que me fuese a levantar precipitadamente, para alejarme corriendo como un loco, y tirarme al mar, o cometer otra locura semejante.

Mas en este instante, yo me siento poseído de una calma alucinante. Cierta sordo silencio, como si en medio de la batahola de las calles americanas el tráfico se detuviera de golpe y porrazo, produciéndose un silencio mortal. Casi me asusta este silencio que se ha abierto en lo interior de mi ser.

Suspiro más que digo:

—Jennifer: he estado aquí, de pie, durante toda una hora, esperándote. También yo tenía que decirte algo tan triste... Recibí carta de casa. Y aún muchas otras cosas. No me las preguntes. Todo esto ha dejado de tener importancia. Sólo te lo digo para que las cosas te pesen menos a ti...

Apretó su mano contra mi cara.

—Gracias, Jennifer.

No le digo por qué le doy las gracias, y ni siquiera podría decírselo. Pero, tras esta palabra, hay millares de pensamientos que se quedan allí, flotando en tomo de nosotros.

—*Thank you*, Jennifer...

Después, dije:

—Cásate con míster Lang.

Jennifer se estremece y me pregunta:

—¿Y tú?

—¿Yo?

Encendí otro cigarrillo y dejé salir el humo por la nariz. Le dije con suma sencillez:

—Volveré a Europa.

Pero estas palabras caen al suelo, casi como tres lágrimas.

En el camino, al acompañarla a su casa, no decimos nada. En la puerta, le pregunto:

—¿Mañana?

—Mañana. Mañana, por la noche, iré a verte...

Me voy a casa y escribo una carta a Gyula. Sólo unas letras.

«Cuando recibas estas líneas, dentro de diez o quince días, también yo estaré ya en casa.

»Comprendedme: soy pobre. Soy pobre, y estoy rendido, mortalmente rendido. Me han bastado estos terribles cinco años. Quiero volver a casa».

Y llevo la carta inmediatamente al correo. Como si, de repente, esa carta fuera importantísima y de candente urgencia.

Capítulo 26

JENNIFER pasó la última noche conmigo en mi casa. Vino tarde, después de cenar. Eran más de las diez. Confesóme que había vacilado mucho, pues había estado escribiendo cartas, rompiéndolas una tras otra. Quería despedirse de mí por escrito y tomar el tren, para que no volviera a encontrarla. Pero le faltaron fuerzas para hacerlo.

Yo no me atreví a confesarle que también había alimentado ideas por el estilo. Por la tarde, me sentí asaltado súbitamente de una idea, y me puse a hacer las maletas con grandes prisas, como si mi barco saliese media hora más tarde. Recordé mi voto. Que nunca, nunca jamás me despediría de nadie. Pero después, inopinadamente, en el preciso momento en que me disponía a apretar las correas de la maleta mayor, mi corazón se ablandó. Y del brazo con que apretaba las correas, huyeron todas las fuerzas.

Las horas del crepúsculo me pasaron en un estado de ánimo extraño. Salí al jardín y me detuve ante el naranjo, que estaba cargado de fruta. Por las mañanas nunca salía de casa antes de haber hecho una visita a aquel árbol. Desde que brotaron sus flores hasta que los diminutos frutos verdeazulados empezaron a crecer y su color se transformaba paulatinamente en amarillo naranja.

Permanecí largo rato allí, al pie del árbol, como si me encontrase ante el catafalco de un amigo.

Cuando cayó la noche me fui a la orilla del mar, contemplando las aguas sombrías, las grandes olas que corrían hirvientes hacia la costa, que se destacaban con alucinante blancura en la oscuridad, a la débil luz de las estrellas. Contemplaba este mar, pues sabía que no volvería nunca más a verlo a tales horas nocturnas, pues el día siguiente por la tarde, a las tres, zarparía el barco que me llevaría lejos, muy lejos.

En las murmurantes lejanías del mar brillaba un minúsculo puntito de luz. Sabía que era la lámpara del barco de pesca *Rainbow*, y apareció ante mí con todo relieve el rostro salpicado de viruelas de uno de los marineros de a bordo.

Experimentaba la sensación de que el día siguiente, al marcharme yo, fuese a cesar de existir allí todo. El mar, los barcos, las casas, las ciudades, las personas, todo, todo. Casi me daba lástima pensar que aquel maravilloso mar desaparecería de la superficie del Globo. Es muy difícil explicar tan extraña impresión, pero sin duda habrá entre mis semejantes personas que hayan tenido sensaciones idénticas al irse de un sitio y saber a ciencia cierta que nunca, pero nunca en su vida volverían allí.

Uno tiene, en tales ocasiones, la impresión muy clara de que, en el instante de su marcha, todo morirá. No sólo los objetos y las personas, sino hasta la misma Naturaleza. Y, en el momento de la despedida, su mirada se pega desesperadamente a todo rótulo de tienda conocido, a la forma del picaporte de su puerta, y quisiera llevar consigo en el hueco de su mano hasta la sensación del contacto de aquel picaporte.

Y se da perfecta cuenta de que no hay ni la más mínima esperanza de conservar, de salvar todo aquello. También yo estuve allí con semejantes pensamientos, que se revolcaban hasta lo más profundo de mi ser, en medio del flujo de tan extraña muerte gigantesca.

Eran las diez y cinco, cuando, por fin, sonó el timbre del recibimiento.

Tenía ante mí a Jennifer, en un traje nuevo, que tal vez acababa de estrenar aquella noche. Tela marrón, el marrón de las hojas secas de los castaños silvestres, con lunaritos encarnados, y cinturón violeta oscuro.

Jennifer estaba pálida, pero sonreía. Me dijo que solamente había venido para unos instantes, y no quiso quitarse el sombrero.

Abrimos la radio: la música invadía la habitación a la manera de la luz.

De vez en cuando nos abrazábamos estrechamente, llorando. Como si nos preparásemos a un doble suicidio.

Noté en Jennifer una excitación rara y nunca vista, que no debía de ser sino la emoción de nuestra última entrevista.

Súbitamente —como presa por una idea tan rápida como el relámpago— atrajo hacia sí mi cabeza, y con sus labios ardientes, me dijo algo al oído.

Cuando levantó sus ojos hacia mí, no conocí su mirada.

Mas aquella mirada me penetró, cual la más osada decisión, cual el sentido más hondo de la vida de la mujer. Ofreciéndome la entereza de su ser, quería vengarse de la vida. Y de míster Lang. El cual, a fin de cuentas, no hacía más que comprársela a ella.

Me vino la idea de preguntarme qué pasaría si Jennifer tuviese un hijo mío. Y perdí la cabeza.

Y después, Jennifer yació inmóvil, con los párpados cerrados, tal vez durante toda una hora, sobre el sofá, como si se hubiera desmayado. Yo estaba sentado junto a ella, en el suelo, con idéntico ademán, la frente hundida en la palma de mi mano. La radio no dejaba de tocar.

Por fin, Jennifer dijo:

—Johnny, ¿estás aquí?

Miró ante sí con los ojos vacíos:

—Fíjate en esta lámpara, cuan extraña sombra proyecta sobre la pared.

Entonces, combinándola con mis dedos y proyectándola sobre la pared, le enseñé la silueta de un conejillo, tal como lo había aprendido en mi infancia. También ella sabía hacer sombras chinescas: un perro, un anciano. A los pocos minutos este juego nos absorbió tanto que hasta llegamos a reír.

Buscamos una música alegre a través del éter, y nos pusimos a bailar. Giramos durante largo tiempo sobre las olas de un foxtrot. Jennifer se apretaba estrechamente contra mí, escondiendo su cara, según su costumbre, en mi hombro.

Cuando concluimos de bailar, noté que Jennifer lloraba.

Y entonces volvimos a caer otra vez en el más arrollador vórtice de los dolores; perdiendo la razón, sollozando en voz alta y nos suplicamos mutuamente, yo a ella, y ella a mí, que acabáramos de una vez con nuestros tormentos. Recobrando fuerzas por un instante, exclamé:

—¡Mira aquí, Jen!

Tiré en el suelo uno de los cojines del sofá, me puse con las piernas en el aire, verticalmente, junto a la pared. Pero me caí, como el tronco de un árbol, sobre la mesita, que volcó, desparramando estrepitosamente unos ceniceros y floreros que había sobre ella.

Jennifer, de un salto, quiso cogerme, gritando; pero ya era tarde, y el suelo estaba cubierto de trozos de cristal y porcelana.

El gran susto se trocó en grandísimas risas. Luego, Jennifer me enseñó algunos ejercicios gimnásticos, que solía hacer en su casa todas las mañanas.

Todo cuanto hacíamos era rayano en la locura.

Después, nos volvimos a besar hasta el sofoco, violentamente, sin que acabáramos nunca, mientras las lágrimas bañaban nuestras caras, hasta quedar mortalmente rendidos.

Así pasaron las horas. De vez en cuando, nuestro cerebro se despejaba, nos sentíamos maravillosamente serenos y fuertes, se nos ocurrían decisiones llameantes, y nos persuadíamos que no tenía fundamento nada de cuanto nos habíamos dicho, y que yo no me iría a Europa, ni ella se casaría con Lang, sino que nos cogeríamos de la mano y huiríamos, tirándonos en medio del ígneo torbellino de la inmensa América, para abrasarnos o para volver a nacer.

Todo el cuerpo de Jennifer se estremecía y, embriagada, con una mirada clavada en la lejanía, susurró:

—¡Qué hermoso será, Dios mío...!

Pero cuan intensa brilló en nosotros aquella llama, tan rápidamente se apagó. Al instante sabíamos y sentíamos que ello era imposible.

Otro larguísimo foxtrot; Jennifer colgaba casi desmayada en mis brazos. También yo estaba tan rendido que apenas me sostenía en pie. Jennifer murmuró, con voz apenas perceptible:

—Llévame a casa...

Una vez al aire libre volvimos en nosotros. Ya apuntaba el día, pero el sol no había salido todavía. El mar estaba envuelto de una fina niebla ligera y azulada.

Ahora, la costa aparecía como si, efectivamente, estuviera muerta. En el profundo silencio purísimo, las suelas de nuestros zapatos arrancaban ecos sonoros de los adoquines de la calzada. No había por ningún lado un ser viviente. Tan sólo el mar murmuraba desde muy lejos, a través de la niebla.

Por fin vimos a un hombre; se dirigía hacia el puerto, con sus largas cañas de pesca.

Me acometió la idea de que nunca en mi vida volvería a tirar a las aguas de este mar mis anzuelos. ¿Y qué haría con el magnífico equipo de pesca, heredado de Hullinger, sólo útil para la pesca en alta mar? Tal vez dentro de muchos años, cuando fuese muy rico, lograría llegar hasta el Adriático y Dios sabe con qué clase de pensamientos echaría los anzuelos en las aguas de aquel charco tan distinto.

Mi madre, ¿habría envejecido mucho desde que no la veía? Y ¿cómo serían los instantes cuando nos volviésemos a ver? Cuatro semanas; otras cuatro semanas y estaría en mi casa. El barco atravesaría el canal de Panamá y el golfo de México. Así, la travesía duraría cuatro semanas, pero sería más barata. Apenas logro concentrar mis pensamientos, pues todo me duele con un dolor sordo y punzante.

Íbamos silenciosos, sin decimos ni una sola palabra, Jennifer pegada contra mí, friolera, en la gélida neblina del alba. Sus labios están azules, sus ojos enrojecidos por la fatiga.

Por fin llegamos ante su puerta. Pero no nos despedimos; nos sentamos en el umbral y, abrazándonos, contemplamos en silencio cómo la niebla, cual un velo virginal de hadas, va levantándose paulatinamente, dejando al descubierto el regazo del mar.

Sólo confusamente me acuerdo de los momentos que siguen ahora.

Por la mañana estuve en el Banco, para cambiar una parte de mi dinero en cheques de viaje. Calculé que, al llegar a casa, me quedarían sólo doscientos dólares. ¡Cuántas cosas hervían en mi cabeza! Compré unos modestos regalos para madre, Rózsa y Gyula. Para mi madre, una lámpara eléctrica en forma de candelabro, que funciona con pila; al colocarla en la mesa, se enciende, y al ser levantada, se apaga. Para Rózsa, un costurero, y para Gyula, unas camisas «*sport*». Cosas que sabía que en Europa no se pueden encontrar.

Almorcé con Jennifer en una pequeña taberna del puerto, llamada «Old Eagle^[48]». De ordinario, nunca iba allí, pues era carísimo el cubierto; pero aquel día quería dar tono de solemnidad a mi despedida. Pero en vano colocaron ante nosotros los platos más sabrosos y finos —sopa de tomates fría, pescado halibut sobre canapé de queso y arroz con pollo, todo ello en un lujo de vajilla de cristal y plata—; apenas los tocamos.

—Cada día te escribiré —díjele, musitando—. Por pobre que sea, nunca lo seré hasta el punto de no tener lo necesario para un sello de Correos.

Jennifer se sentaba muy erguida en su silla, tal vez a causa del extraño estado de nuestros ánimos, o tal vez debido al ambiente demasiado elegante, al que no estaba acostumbrada. Clavaba su mirada en el centro del mantel, y toda su atención estaba concentrada en la labor de construir una estrella de migas de pan con la uña de su dedo meñique. Al sentirse interpelada por mí, alzó su mirada, sonriéndose. Tenía los ojos arrasados en lágrimas. Sus ojos, aquellos ojos verdes de plata. Bajo la mesa abrió

disimuladamente su bolso, y con la punta de su diminuto pañuelo se secó las lágrimas. Todo esto con el más púdico sigilo, para que nadie se enterara.

Sin duda pensábamos la misma cosa: no podíamos comprender las risas despreocupadas de los demás clientes de la elegante taberna, los jocundos *helllos!* de los que entraban. La vida anímica de los demás humanos resultaba enloquecedora y dolorosamente extraña para nosotros. Nuestros pechos y nuestras gargantas se crispaban de dolor. Pero cuando, frecuentemente, nuestras miradas se cruzaban, sonreíamos.

Miré mi reloj: era preciso que nos marchásemos. Dejé en el plato, bajo la nota de la cuenta, una propina excepcionalmente elevada.

Fuimos a mi casa y pedimos un taxi por teléfono. El encargado del propietario del inmueble ya me esperaba para la devolución de las llaves y del inventario.

A través de la puerta, cubierta de una finísima red de alambre de acero, eché aún una postrera mirada sobre el jardín y el naranjo; después subimos al taxi y nos pusimos en marcha. En el camino apretaba la mano de Jennifer contra mi cara.

Llegamos así al puerto de San Pedro. Subimos al barco entre los últimos pasajeros retardados. La orquesta del barco tocaba una pieza clásica, una música ligera y alegre, que hacía pensar en el jugueteo de las olas. El son de los violines era tan fino como no lo había oído en mi vida. Había a bordo muchísima gente; estuvimos allí muy apretujados junto a la pared, estrechándonos mutuamente las manos y esperando, con fuerte latir de nuestros corazones, el supremo momento en que se pusiera a tocar la campana de a bordo, invitando a los acompañantes de los que salíamos a que desalojaran el barco.

Todavía cinco minutos... algo parece reprimir nuestros sentimientos y nuestros pensamientos... De vez en cuando nos dan codazos entre la multitud; con gran estrépito tiran baúles y maletas; tenemos que apartarnos precipitadamente de aquel sitio. Griterío, batahola, música... Nos miramos con ojos extraños, con unas sonrisitas como de agonizantes, sonrisitas tímidas. Sólo conseguimos pronunciar dos palabras: nuestros nombres... Jen'... Johnny... Ambos nos damos cuenta de que nos vemos por última vez. Jennifer levanta una mano y, con temblorosos dedos, me va tocando casi enajenada, la frente, las cejas, como si no solamente con la mirada, sino también con el tacto quisiera conservar lo que dentro de breves instantes no será más que un punto indiscernible y minúsculo en la multitud de los viajeros, a bordo del buque que se alejará, pero que aún continuará siendo realidad, hasta que por fin desaparezca a su vez y no se vean más que su silueta y el humo.

Sus dedos pasan por mis cejas y mi cara, como si buscasen desesperadamente algo, y musita, como si yo ya estuviera muerto y en mi mirada perdida ya no viera nada: «¡Johnny!».

Y lo dice aún por segunda vez, aterrada, en voz bajísima, casi como si ya me llorase desde las lejanías de años venideros.

—Johnny...

Y esta última palabra sofocada, tímida, suplicante, pasa a mi lado como pasa zumbando un proyectil capaz de desgarrar la carne, pero que ya no toca el cuerpo... pues en ese momento ya me suena tan extraño: «Johnny»... Me doy cuenta de que *ya no soy yo* ese Johnny; un instante más y ya nunca nadie me llamará así en mi vida. Nunca nadie me dirá «Johnny» de ahora en adelante... Volveré a ser Janos, en buen húngaro, y Jani, y tal vez hasta Janika, si aún encuentro en vida el viejo tío Sámi, en Hungría. Siento que ese «Johnny», ahora, en el momento de la salida del barco, en medio de la música, el mido, los desgarradores sollozos de la despedida de los pasajeros, se destaca de mí, se aleja de mí... A ese Johnny le dejaré aquí como botín de los recuerdos de Jennifer, cual un cadáver vacío e incorpóreo; y tal vez también para unas cuantas personas más, muy contadas, que casualmente se acuerden de mí en esta América lejana; que me han conocido, pero cuyo pensamiento sólo rozará ese nombre y esa fisonomía que se irán desvaneciendo, cual la sombra de las alas de los gavilanes que vuelan por los aires pasa por encima del cadáver de un animal que yace en el suelo. Ni siquiera bajan hacia él, tan sólo pasan volando, describiendo un círculo en el aire, arriba. Y, un día, también los recuerdos de Jennifer tomarán ese vuelo y abandonarán esos huesos despojados y blancos.

Quisiera ponerme a dar gritos, gritos estridentes, tan terrible me parece ahora el instante de la separación para siempre. Me parece más horrendo que cualquier forma de la muerte. La verdadera muerte lo acaba todo, todo se ha terminado en un relámpago: pero despedirse para siempre es como si el horror frío como el hielo de ese instante se prolongase clavado en nuestro corazón vivo, hasta el último minuto de nuestra existencia.

Y el barco, ¡el barco! El barco es más horrible que nada, en el momento de la despedida. Los grandes buques salen para aguas profundas y eternas. Hay entre los pasajeros quienes sueltan risotadas ligeras y superficiales. Mas la inmensa mayoría de los mismos lloran en voz alta. Rostros torturados y blancos como la cera; lloran hasta los hombros. Porque en vano se tienen esperanzas, proyectos; centenares y centenares de personas se dan cuenta de que ahora se habrán visto por última vez. Y ahí, donde estamos nosotros dos, en medio de los pasajeros de tercera... Sí, la gente pobre se va siempre más lejos y no es capaz de liberarse de las cadenas de su sino como los ricos. Entre los viajeros de primera y segunda, solamente hay ojos bañados de lágrimas por la emoción, pero nadie se dice adiós a grandes gritos, como aquí, en la cubierta de los de tercera.

La música se calla de repente, y se pone a tocar la campana cuyo toque significa: «Todo aquel que no viaja que baje de a bordo». Toca la campana como el sonido fatal de alguna ingente catástrofe. Toca la campana; sus sonos pasan flotando encima de aquel flujo humano y del mar que brama, y suben hacia el cielo como unas alas que vuelan hacia la eternidad.

La música ha dejado de tocar, y ahora, en ese toque de la campana, una fuerte emoción pasa por todos los corazones. El barullo, los gritos, los llantos, se alzan

hacia el cielo, cual una ola ígnea y ardiente, y como si quisiera reprimir y ahogar el son de aquella campana... Pero la campana sigue tocando, sigue tocando... ¡Es preciso marcharse!

Arrastro hacia mí casi brutalmente a Jennifer, y por poco la muerdo en la boca, para reprimir en ella aquella voz contundente y casi animal, aquel grito indiscernible.

—Vete..., vete..., vete... Tienes que irte... —la aparto de mí.

Casi la lanzo de un empujón en medio del flujo de los que gritan y corretean en un caos indescriptible.

Aún vuelvo a ver su cara una última vez, allí donde se aparta la baranda; su rostro infantilmente asustado, surgiendo por un fugaz instante de aquella ola humana.

Después, la corriente de los que bajan por la plancha la ha arrastrado consigo.

El buque suelta un mugido formidable, y después otro... Aquellas chimeneas gigantescas lanzan hacia el cielo dos enormes gritos de dolor, o dos grandes sollozos, que hacen estremecer toda la ingente mole del barco; el monstruoso sonido que acaba de salir de la garganta de las chimeneas parece volar casi visiblemente bajo las nubes.

¡Salimos! La ilusión instantánea habitual: parece como si el barco permaneciera inmóvil, y fuera la orilla la que se desplazara, la orilla americana, y como si este efecto óptico sólo quisiera ampliar a dimensiones infernales tan enloquecedores momentos.

Todo el mundo se precipita hacia las barandas, tanto en la orilla como a bordo. Veo a Jennifer cómo corre, cómo tropieza y cae sobre una rodilla. Se levanta, continúa corriendo, pero ahora la he perdido de vista, pues los demás la cubren por completo.

La blancura de millares de pañuelos se agita en las manos tendidas. Y brama el buque y brama la orilla... ¡Allí está Jennifer; sí, allí está!... La conozco por su vestido de lana azul marino, con el cinturón de charol rojo y su sombrero encarnado... ¡Sí, es ella!... Pero ya no es más que un punto, una manchita de color que va disminuyendo rápidamente, en medio de la muchedumbre que se apretuja detrás de las barandas del muelle de embarque. También yo grito, fuera de mí: «¡Dchin! ¡Dchin!».

Ahora no la veo, la he perdido... Y de repente, una llama ígnea me vela el cerebro. ¡Mi hijo!... ¡Mi hijo!... —grita algo en mi interior—. ¡Jennifer tendrá un hijo y yo nunca podré verle!... Ahora, ocurrirá algo terrible... no sé qué, tal vez ese grito colectivo, ese bramido: una fuerza invisible me iza sobre la baranda, mi cuerpo parece no tener peso... estoy arriba... con un empuje, como enloquecido, me tiro al mar.

Me acuerdo con toda claridad: en el instante de la caída, vi precipitarse hacia arriba, con vertiginosa rapidez, la ingente pared de hierro negro del transatlántico. Después, el mar dio un fuerte golpe en mi cuerpo, y me azotó también la cara, cual unas disciplinas de correas que sacasen chispas, el agua desplazada bajo mi peso.

Pero vuelvo en mí, aquel dolor agudo me hace arder la mitad de la cara... Como

si me dominara una fuerza salvaje e inexplicable, como si mis brazos se alargasen, creciendo... surco las olas a grandes brazadas de crawl... Grito, lloro, río... ¡Nado hacia la costa! Nado hacia la costa, reuniendo convulsivamente mis últimas energías, como si nadara los últimos metros sofocantes de una mortífera carrera... Nado hacia la orilla, nado hacia la meta confusa y desaparecida... traje de lana azul marino, con cinturón encamado y con un sombrero rojo ladeado...

Mis fuerzas me abandonan... Una gran ola me ha aplastado... ahora voy a morir... pero después, mi cabeza surge de nuevo del agua... Vuelan en torno mío las gaviotas... una piel de plátano me toca la cara, en estas aguas turbias, sucias y aceitosas del puerto...

No veo nada... la orilla aún está lejos... Como si mis brazos se hubiesen separado de mi cuerpo, ahora ya sólo doy golpes convulsivos al agua... Luego oigo tras de mí un traqueteo... una canoa automóvil... una mano se engancha en mis cabellos mojados, como si me los quisiera arrancar... Me arrastran. Luego, me desmayo.

Pocos minutos después, al volver a abrir mis ojos, estoy extendido sobre un banco, en la orilla... Policías, muchedumbre, gritos... Reconozco, muy cerca de mi cara, el gorro de uniforme del médico de la ambulancia de emergencias.

Caramba, ahora alguien me ha tocado la mano. ¡Jennifer! Y al inclinarse sobre mí, su sombrero rojo se pone a arder encima de mi cabeza, en la luz del sol. Se inclina sobre mí, tan cerca que sus labios casi rozan los míos, al susurrarme algo que no comprendo; sólo distingo esas palabras:

—*I am here...* Estoy aquí...

Vuelvo la cabeza, pues encuentro increíblemente hermosa su mirada enloquecedora.

Se adueña de mí grandísima calma, y cual la luz o la música, chorrea a través de todo mi ser una milagrosa y feliz tranquilidad.

Miro hacia el mar; el humo del barco ya se ve lejanísimo.

Del barco que surca los mares hacia las bahías de Italia, atravesando los meridianos, atravesando los océanos, deteniéndose de vez en cuando en su ruta para esparcir por penínsulas, archipiélagos, lejanos continentes, sus pasajeros, esos desdichados vagabundos del globo terráqueo.

Mi vida, el vagabundeo de mi alma, se ha detenido y descansa. Un hombre desconocido se quita el jersey y, extendido como estoy sobre el banco, me lo pone bajo la cabeza, por almohada.

Capítulo 27

NATURALMENTE, al día siguiente, todos los periódicos estaban llenos de mi caso. Publicaron hasta mi retrato. Dios sabe dónde lo habían conseguido. Daban títulos altisonantes a sus artículos, mas yo no leí ninguno. Más tarde, Jennifer me dijo un día que había recortado y guardado aquellos artículos, y me preguntó si quería que me los leyese. Le contesté que no. Notó en mi cara que no quería hablar jamás de aquel asunto. Y se dio cuenta, asimismo, de que aquello había sido un instante extraterrenal de mi vida, como si ni perteneciera al reino de las realidades. Y, a partir de aquel día, no volvió a mentarlo nunca más.

El día siguiente recibí un telegrama:

Venga a verme lo antes posible en mi despacho.

Sam Harris

Durante mucho tiempo no acerté a adivinar quién sería aquel Sam Harris; mas luego como un relámpago me vino el recuerdo de la plaquita de vidrio en la puerta de la Dirección de la Administración de la isla. Jennifer me suplicó que la dejara ir conmigo. Esto, desde luego, no podía sino alegrarme más. Desde entonces éramos ya como un cuerpo y un alma.

En secreto: estaba muy orgulloso de ella, cuando bajo los grandes y frondosos árboles del Central Park caminábamos hacia el despacho de Sam Harris, y los transeúntes volvían la cara para mirarla. Llevaba su traje blanco con cinturón de verde charol, y aquellos dos colores parecían un reflejo de los fulgores matinales. Y creo que nada hace tan hermosas a las mujeres como la felicidad.

Cuando entramos en la oficina de míster Harris, el simpático señor estaba conferenciando con Nueva York acerca de algún importante asunto. Mas, sin soltar el teléfono nos hizo una señal invitándonos a sentarnos. Y durante toda su conferencia telefónica no quitó los ojos de nosotros, sobre todo de Jennifer. Sonreía, moviendo cómicamente sus cejas, como queriendo animarnos.

Yo estaba convencido que se trataba de alguna colocación. Lo que aún me dejaba incierto era la duda de si me emplearía en las oficinas de la ciudad o fuera, en la misma isla. En aquellos momentos no deseaba ya permanecer en la isla, pues en tan reducido espacio de tierra hubiera sido inevitable que nos encontrásemos continuamente con Patricia y míster Lang.

Por fin míster Harris acabó su prolongada conferencia con Nueva York, y nos tendió la mano con mucha cordialidad.

—*Well children*^[49]...

A Jennifer la obsequió primero con cigarrillos, y luego con bombones. Para mí

sacó un puro de un cajón disimulado de su escritorio. El agradable aroma del cigarro flotaba hacia la luz de la ventana cual un velo azul. Por unos instantes reinó un silencio durante el cual me pareció sentir que latía mi corazón en la garganta.

Sam Harris miró ante sí, en actitud de meditación, clavando su mirada en medio de la mesa, con aquella ligera pausa de las personas muy ocupadas que cambian el rumbo de sus ideas ante un nuevo asunto que acaba de surgir en medio del zumbido de sus múltiples problemas.

Con el dedo meñique se rascaba las arugas horizontales de su frente, y luego, como si hubiera encontrado en el inmenso tesoro de su cerebro las ideas referentes a mi sino, me miró y preguntó lacónicamente:

—¿Estaría dispuesto a fijar su residencia en Honolulu?

Un instante de silencio. Un instante rápido, justamente lo necesario para que mi imaginación volara a través del océano hacia las lejanías de las islas Sandwich, y volviera en el acto, arrastrando mi destino hacia meridianos aún más distantes. Pensé que el barco que me quería llevar hacia Oriente, para ver a mi madre y mi patria, como asustado, se alejaba precipitadamente del punto del torbellino en que vacilaba mi decisión, apartándome aún mucho más lejos de mi melancólica meta, siempre más hacia el oeste, como si el ciego destino tuviera conciencia, y como si quisiera que ahora aquella lejanía acrecentada e infinita sepultara todavía más profundamente en mi interior mi vida pasada.

Pero todo esto apenas duró un segundo. Mi voz no tembló lo más mínimo al contestar:

—*Yes, sir*^[50]!

Sam Harris se volvió también hacia Jennifer. Durante un instante, posó en ella su mirada sonriente, para preguntarle:

—*And you*^[51]? después a su vez:

En los ojos de Jennifer brillaba una minúscula lágrima. Y profirió en voz baja, pero con una mirada de asentimiento:

—*Yes, sir!*

Me acuerdo con alucinante relieve de cada instante, pues todo parecíase extraordinariamente a la ceremonia de una boda civil. Desde luego, sólo nosotros dos tuvimos esta impresión. Míster Harris pulsó uno de los numerosos botones telefónicos de su mesa, sobre la cual el altavoz del teléfono interior se puso a hablar. Era la voz de una secretaria, en algún despacho lejano, con la señal habitual de que estaba al habla, y que parecía ser el eco de la voz de Jennifer:

—*Yes, sir...*

Míster Harris volvió hacia el aparato su cabeza, y gritó un nombre:

—¡Míster Hoskyn!

Los pocos instantes que mediaron hasta la llegada de míster Hoskyn, míster Harris los aprovechó para bajar la persiana, pues el sol daba precisamente sobre su mesa, molestándole.

Entró en el despacho un caballero alto y seco, con el pelo muy corto, lo que daba a su cráneo cierta forma jocunda de colegial. Sam Harris le dijo:

—Jimmy, ahí tienes a tus hijos.

Jimmy, con una pipa inglesa entre los clientes, sin revelar el más mínimo interés por nosotros, hizo un pequeño saludo con la cabeza.

—*Good morning*^[52]

Contestamos casi al unísono:

—*Good morning*.

Abriónos la puerta, y ya estaba conduciéndonos afuera, como si llevara en su sangre la convicción de que en el despacho de Sam Harris cada instante era inapreciablemente caro. Y, en efecto, al despedimos de míster Harris, balbuciendo nuestro agradecimiento, él ya se sumergía en sus papeles y parecía habernos olvidado por completo.

Hoskyn nos precedía a través de los largos pasillos del gran *Office-Building*, para enseñarnos el camino. Al verle caminar ante nosotros con su curioso andar, meciendo los hombros, nosotros nos cogíamos de la mano, siguiéndole como si nos condujera por aquellos corredores hacia unas ignotas lejanías de nuestra vida y de nuestro sino.

Llegados a su despacho, nos ofreció asiento, sentándose él en un sillón giratorio e incunable, situado a tal distancia de la mesa, que míster Hoskyn, al recostarse en él y estirar sus largas piernas, podía colocar sus grandes zapatos exactamente en medio del escritorio. En este ademán, además de obedecer a la costumbre americana, había cierto manifiesto desdén hacia toda clase de mesas escritorio.

Golpeando su pipa vacía contra la pata del sillón, se puso a hablar. Apenas nos miraba de vez en cuando. No mencionó ni con una sola palabra que hubiera leído en la Prensa mi caso, ni que se hubiera informado de Sam Harris sobre nosotros; sólo aludió de pasada a que la noche anterior habían cenado juntos.

Nos explicó que acababa de separarse de la Administración de la isla para hacerse independiente, y que pensaba domiciliarse en Honolulu, en donde había comprado uno de los mayores hoteles. Lo dirigiría personalmente, con ideas inéditas y originales, pues estaba convencido de que el turismo hacia aquella isla iría en aumento cada año. Lo haría todo para asegurar la distracción de los clientes de su hotel: mandaría construir pistas de golf y de tenis, y establecería cuadras de caballos con vistas a la equitación. Harris le había dado la idea de adquirir un barco para la pesca con caña. No una balsa, sino un barco que recorriera las ensenadas de la costa.

Y, por este motivo, Harris se había acordado de mí. Se trataba, pues, de acompañar a míster Hoskyn, si tal era nuestro deseo. Él pagaría los gastos de viaje y nuestra sustentación. Ya tendríamos ocasión de llegar a un arreglo en las condiciones. Pensaba ofrecernos un sueldo suficiente para vivir, y, además, un tanto por ciento en los beneficios del barco. Dependería sólo de nuestra capacidad para hacer florecer el negocio.

Esto ocurrió el martes. El sábado por la mañana nos casamos en la más estricta

intimidad; sólo asistieron miss Lee y míster Hoskyn.

Se fijó la fecha de partida para el jueves. Hasta aquel día nos hospedamos los dos en el «Hotel Lincoln». El miércoles, casi a última hora, llegó mi equipaje, reexpedido por el barco que iba a Europa, desde el primer puerto. Miré mis maletas como si me fueran devueltas del otro mundo.

En mi carta a mi madre no me atreví a confesarle toda la verdad. Desde luego le dije que me había casado, dándole muchos detalles acerca de Jennifer y adjuntando todas las fotos que ésta logró reunir. Evité decir nada de cuanto se refería a Hungría, limitándome a exponer que mi viaje había tenido que aplazarse, y que esperaba volver «pronto», en compañía de mi esposa. No decía que puramente de visita, como tampoco que definitivamente. Acerca de mi nueva colocación, sólo puse estas palabras:

... y por ahora, me voy a Honolulu, en donde acabo de encontrar una situación segura y muy agradable.

Lo escribí así:

... me voy... Me voy a Honolulu.

Por nada en el mundo le hubiera explicado que Honolulu representaba una nueva distancia de cuatro mil kilómetros, y que, allí me encontraría tan lejos de casa que ni siquiera me sería posible alejarme más. ¡Exactamente en el punto opuesto del globo terráqueo! Gyula, sin duda, encontraría un libro de geografía o un planisferio y buscaría en él a Honolulu. Casi les veía la cara, al asustarse él y Rózsa de tan enorme distancia. Pero a nuestra madre no se lo dirían.

14 de octubre de 1925. El sol acaba de salir. Hoskyn y su mujer, Jennifer y yo, estamos en cubierta. Después de cinco días de travesía, dentro de un par de horas llegaremos a Honolulu.

El temporal de la noche anterior se ha disipado y el mar vuelve a estar completamente liso y tranquilo. El sol del amanecer nos deja adivinar en el horizonte color de perla los perfiles de las serranías onduladas de la isla. Se dibujan en el horizonte misteriosamente, como un ensueño, y tan finos como un dibujo japonés.

Jennifer y yo nos abrazamos al mirar hacia la isla. Nuestros corazones se encogen. Este instante, en el que nuestra mirada se posa por vez primera sobre los perfiles de nuestra nueva patria, nos penetra hasta lo más hondo de nuestro ser.

La isla se va acercando constantemente. Sobre las aguas tersas del mar, nuestro buque se acerca a su meta con renovadas energías. Al cabo de una hora ya se distinguen las copas cargadas de los cocoteros de la costa. Como si nos esperasen unos extraños y gigantescos aborígenes, con sus adornos de plumaje en la cabeza. Y, poco después, la brisa nos trae desde la orilla los aromas de las flores de Honolulu. Es un perfume dulce y ligero. Vaporoso y frío, como los aromas de un jardín al alba.

Sobre las costas altas, rocosas y accidentadas, flotan los largos velos de plata de las cascadas. Ahora ya se divisan con toda claridad, sobre las lomas de los montes, las doradas plantaciones de azúcar. Y, cual una visión del Tirol desde la ventanilla del tren, las manchas negras, blancas y de color de las vacas que pacen sobre los prados de verde rabioso. No obstante, la impresión de conjunto es algo totalmente diferente, con sus líneas y colores nunca vistos.

En la orilla del mar se ven unas diminutas cabañas construidas con bambúes. En su derredor, unos niños desnudos color de cacao que se lanzan a la suave y tierna espuma de las olas que lamen la costa, soltando alegres y dichosos alaridos.

Ahora pasamos bajo unas cimas volcánicas, y se aleja majestuosamente, con su enorme mole, la península de Diamante. Ya se ven en la costa hasta hotelitos construidos al estilo europeo, y parques. Después se acerca un balneario.

—Waikiki —me explica Hoskyn.

Un millar de colores: bandadas de gorros de baño rojos, azules, verdes, amarillos y negros, en pintoresco «*tohuvaohu*^[53]», en las blancas olas del mar.

Un cuarto de hora más, y surge sobre el fondo verde sombrío y claro de las copas de los árboles, el faro; se multiplican rápidamente los mástiles de los barcos, y por fin, con el brillo de sus tejados y hoteles, aparece casi de repente ante nuestros ojos el panorama de la ciudad.

¡¡Honolulu!!

Bajo las palmeras, en la costa, hay mujeres hawaianas, con coronas de flores rojas en sus cabelleras de azabache. Cantan, y, sin pedir ni esperar dinero por ello, según las costumbres ancestrales de la isla, arrojan flores sobre los pasajeros del barco que llega.

Capítulo 28

TENGO la sensación de como si mi vida hubiese acabado en aquel mismo instante en que, en el otoño de 1925, desembarcamos en Honolulu. Sólo añadiré que, a los pocos días de llegar, juré la ciudadanía norteamericana. En aquellos días hacía cinco años que pisara tierra americana. Sabido es que Honolulu pertenece a los Estados Unidos.

El momento de la jura fue un instante muy extraño para mí. Cuando, ante el prefecto americano, con la mano levantada, prometí eterna fidelidad a mi nueva patria, mis ojos se velaron y mi voz se rompió. Aparecióseme la galería de nuestro antiguo caserón, cuando la luz rojiza de la puesta del sol llenaba de destellos los cristales. Y veía allí, en la pared, bañada de aquellas reverberaciones la vieja litografía, que representaba a Arpad, elevado sobre sus escudos por los siete cabecillas de las tribus *magyares*^[54]...

Y notaré aquí mismo que, una vez establecidos, y una vez nuestra vida comenzó a correr por su cauce normal, envié una carta y varias fotos al padre Richter, al doctor Varjas, a Sam el fotógrafo, a Hullinger, a los estudios, con el mego de hacérselos llegar, a míster Harris, a quien debía mi colocación en Honolulu, a míster Masefield, que me había procurado trabajo en la construcción de la iglesia de New Jersey, a aquel director que me atropello cierto día con su automóvil, y a aquel oficial de un barco italiano en cuyo buque quería viajar de polizón. Les escribí a todos lo que me había pasado, y que era feliz; y puse sendas dedicatorias en las fotos que nos reproducían a Jennifer y a mí, ya casados. Así, por ejemplo, sobre la fotografía que envié al oficial italiano, no puse más que esto: *God bless you, sir*^[55]!

Escribí también a la señora Stolz. ¡Pobrecita Stolz! Porque a Pulai le sentaron en la silla eléctrica. Supe por los periódicos que, entonces, la Stolz era ya su esposa.

Lo que me ha pasado desde entonces, en los últimos seis años, ya es la realidad. Una realidad para mí extraña, de amedrentador relieve que me asusta. En toda esta sobria realidad, sólo me aconteció un hecho irreal como si fuera de ensueño, ahora hace dos años: cuando me embarqué con mi mujer y mi hijo para visitar a mi familia. Para ellos, o mejor dicho, para Jennifer (pues Andrew no tenía a la sazón sino tres años), el viaje no significaba más que lo que para los demás americanos que pisan por vez primera el suelo europeo.

Mas para mí representaba unas vivencias alucinantes. Volví a ver a mi patria natal, y volví a ver a mi madre, para despedirme de ellos otra vez, para siempre jamás.

Aunque es incomprensible hasta para mí mismo, tengo que confesar que volver a verlas provocó en mí un efecto completamente distinto del que había imaginado.

Pero, antes de contar mi viaje a mi antigua patria, será preciso que explique lo que nos ha pasado desde nuestra llegada y establecimiento en Honolulu.

Los cálculos y previsiones comerciales de Hoskyn se realizaron al pie de la letra. Transformó completamente el hotel, y, en recuerdo del barco en que llegaron los primeros emigrados a Norteamérica, lo bautizó con el nombre de *Mayflower*.

Compró un vaporcito que bautizamos *Freedom*, «Libertad». El bautizo se celebró con todas las formalidades del caso. La esposa de Hoskyn, que fue la madrina, lanzó una botella de cerveza contra el mástil. Mas tan desgraciadamente, que un casco le produjo una profunda herida en la frente a Jennifer. Aún hoy se ve claramente la cicatriz. Por suerte, aparte del susto, no hubo otras consecuencias, y Jennifer, con el tafetán inglés de color rosa sobre la herida, estuvo de tan buen humor, que permanecimos en alta mar, para esperar que apuntara la aurora. Bebíamos, cantando canciones inglesas. Fueron unas horas inolvidablemente hermosas.

Los Hoskyn son personas muy simpáticas y amables. Solemos pasar los fines de semana siempre juntos, y, aunque tales reuniones no nos brinden nunca emociones sensacionales, nos enlazan en una serena y calurosa amistad con ellos. Por su mediación conocemos a mucha gente de la mejor sociedad de la isla, constituida mayormente por negociantes norteamericanos.

La vida no resulta aburrida. Se nos brindan muy numerosas ocasiones para observar a los clientes del hotel que nos llegan de los cuatro puntos cardinales, pero, sobre todo, del continente norteamericano, por regla general para una estancia de uno o dos meses. Son gente rica y, sobre todo, mujeres. No intentan ocultar que, a orillas de la alejada isla, respirando aroma de flores y especias, donde no tienen que temer las miradas de sus conocidos, buscan el libre amor.

Pasado cierto tiempo, un buen día, como si se les sacudiese, despiertan de su embriaguez, embarcan otra vez y desaparecen, Dios sabe adonde. Nos producen la impresión de que se van más tristes y, en el fondo de su alma, más despojadas que al llegar. Somos los espectadores de unas comedias de amor casi diariamente renovadas, en las que se mezclan los anhelos, añoranzas y nostalgias de varios continentes. Desde luego, a veces hay también encuentros alegres y felices.

Practicamos mucho el deporte, especialmente el golf y el tenis. Jennifer es un alma armoniosa y pura, y nos comprendemos muy bien en todas las cosas. Fuera de algunas disensiones insignificantes y desprovistas de importancia, las cuales sin duda existen en todos los matrimonios, hasta en los más compenetrados y felices, no se ha producido un conflicto serio entre nosotros más que una única vez. En aquella ocasión, excedida y enfurecida, Jennifer me dio tal puñetazo en la cara que se me rompieron los lentes. Pero la perdoné. Después, pasó varias horas sentada sobre mis rodillas, apretando su cara contra la mía y lloriqueando silenciosamente. Se dejó arrastrar hasta tal extremo por un ataque de celos, aunque yo no tuviera la menor culpa. Había ocurrido, en efecto, que en el «hall» del hotel, una muchacha americana muy elegante y pelirroja, que acababa de llegar con unos enormes baúles y sin acompañante alguno, me preguntó si quería cenar con ella aquella noche.

Jennifer y *mistress* Hoskyn entraban en el «hall» en aquel mismo instante.

Naturalmente, yo decliné cortésmente la invitación de la desconocida dama, mas Jennifer pudo creer muy fácilmente que conversaba ya desde hacía rato con ella, dado lo equívoco de la situación, pues me comporté con cierta cohibida turbación, lo cual alimentó más aún las sospechas de Jennifer. Dio media vuelta, pálida como la cera, y se fue corriendo a casa. Y allí, poco después, tuvo lugar la tremenda escena. Desde luego, tuve que perdonarle su violenta exaltación, cuando menos por la razón de que, en aquel entonces, estaba ya en el cuarto mes de su embarazo.

En septiembre de 1927 nos nació un niño, que bautizamos con el nombre de Andrew.

Aún describiré aquí, aunque despierte poco interés, en qué consisten mis ocupaciones habituales. Me levanto a las seis de la mañana y, a las siete, ya estoy a bordo del vapor del que soy capitán. Depende del número y de los deseos especiales de los excursionistas que el *Freedom* permanezca durante todo el día en alta mar, o que vuelva a la costa hacia mediodía. Cada excursionista paga tres dólares por *cabeza*, y hay cabida para cincuenta personas. A veces, el *Freedom* se llena hasta el último puesto, mas hay otros días en los que se presentan tan pocos clientes que renunciamos a la salida. Los beneficios que me tocan a mí nos aseguran una vida tranquila y sin cuitas, de modo que vuelvo a enviar otra vez cien dólares mensuales a mi madre.

La pesca es de las especies más bien pequeñas: *bass*, *barracuda*, *halibut* y, eventualmente, *yellowtails*. Siempre tenemos presa en abundancia. Reinan a bordo la alegría y la emoción del deporte. A veces, personas ricas alquilan el barco para tres o cuatro días seguidos. En tales ocasiones, nos aventuramos muy lejos de la costa, y vamos a la pesca del atún y del *Xiphius gladius*. Con un pez espada de quinientas treinta libras, el *Freedom* retiene el *record* de aquí; lo apesó, en febrero del año pasado, tras una lucha de seis horas y media, un negociante de terrenos de Nuevo México, quien se presenta con toda puntualidad todas las primaveras en nuestras costas, con sus enormes bambúes de pesca.

En el verano de 1929, disponía, por fin, de suficientes economías para decidirme con el corazón ligero a visitar a mi madre. Proyecté nuestro viaje para cuatro meses, y huelga decir que el presupuesto del mismo representaba toda una pequeña fortuna. Pero no podía aplazarlo más tiempo de ninguna manera, pues las cartas de Rózsa dejaban entrever que las fuerzas de nuestra madre decaían paulatinamente. Aunque, en realidad, el año pasado no había cumplido más que los sesenta.

Llegamos a París a mediados de septiembre, y pasamos allí unos días. Fue en aquella ocasión cuando compré para Jennifer aquella estatuita de Carpeaux que mencioné más arriba. A mi madre no le comuniqué la fecha exacta de nuestra llegada, pues no quería causarle demasiada excitación.

No hay que decir que Jennifer quería visitarlo todo en París. Al estar sentados en el *Folies-Bergère*, o en la inmensa platea del *Olympia*, y acechar ella con ojos encendidos de extraño brillo cuanto ocurría en el escenario, que ardía en mil colores y

luzes, yo cerraba los míos y me daba cuenta escalofriante de que me pasaba algo horrible. Sentía que me acercaba a un país de ensueño y de embrujo, donde los muertos renacían a la vida. La idea de que dentro de tres o cuatro días me encontraría de nuevo con mi madre y con Rózsa, no difería en nada de que alguien me hubiese dicho que mi padre me esperaría, en persona, en el umbral de nuestro viejo caserón, para cogerme del hombro y arrastrarme hacia el interior, diciéndome con extraña voz de fantasma:

—Ven, pues, hijo mío, y explícame: ¿por dónde has andado durante tanto tiempo? Pero no le comuniqué estas ideas a Jennifer. Ella no hubiera comprendido.

Eran las tres de la tarde de un sábado, el 22 de septiembre. Tuve que sacar del tren expreso todo el equipaje en un abrir y cerrar de ojos, pues sólo paraba en aquella estación un minuto.

Cogí a mi hijito sobre el brazo, mientras Jennifer esperaba enmudecida junto a los baúles. Me costó un rato largo dominar mi emoción y, liberado por fin del ahogo que me causaban mis sentimientos, pude gritar al único viejo mozo al que reconocí en el acto:

—¡Tíójózi!

El viejo echó mano mecánicamente de las asas de las maletas, y me miró a la cara. No me reconoció.

Junto a la vía estaba el jefe de estación saludando con ademán aburrido al expreso de Budapest, que continuaba su camino.

Con Andrew en mis brazos y Jennifer a mi lado, me detuve ante él. No conocí mi propia voz al decirle en voz baja:

—Hola, Gyula...

Me resultó totalmente imposible dominar mi doloroso asombro al encontrarle tan envejecido. Su bigote era mucho más grueso, y su rostro estaba surcado por unas arrugas que lo llenaban de gravedad y me lo hacían completamente extraño.

Se estremeció visiblemente al oírse interpelar por mí. Concentró los ojos y me miró a la cara. Y tartamudeó, casi asustado:

—Pero... ¿eres tú? ¿Eres tú...?

No pudimos abrazarnos, pues tenía a Andrew en mis brazos. Sólo cambiamos un fuerte apretón de manos.

—Tu madre... Tu madre no lo sabe... ¿Por qué no nos has avisado? Os esperábamos para la semana próxima...

—Aquí tienes a mi hijito y a mi mujer...

Jennifer soportó con una sonrisa de susto que Gyula la atrajera hacia sí, besándola. Esto le resultó tan desacostumbrado como todo cuanto la rodeaba en Hungría.

Me apresuré hacia la salida. Entretanto, como un relámpago, vi una cara

conocida... Claro, si ¡ése es Hudák, el carnicero!... Y aquel otro, ¡el tío Károly!

—Adelantaos vosotros... Yo iré dentro de un ratito —dijo Gyula, muy emocionado, mientras nos ayudó a subir en el coche.

El viejo simón traqueteante se puso en camino con sus dos caballos. Dicho vehículo era una sensacional novedad para Jennifer, pues' en su vida había subido en un coche de caballos. Yo, entretanto, extendía la mirada sobre las cosas, las tiendas, los rótulos. Todo me resultaba tan familiar como si lo hubiera visto el día anterior la última vez. Y, no obstante, todo había llegado a serme tan extraño. Me eran extraños los ruidos lentos de la calle, el traqueteo chillón de los carros campesinos y la voz de alguna criada que cantaba en algún patio. Y me pareció como si durante mi ausencia las casas se hubieran encogido. También la torre y la iglesia las recordaba más grandes.

Sin duda, Gyula había telefonado desde la estación a una de las casas vecinas a la nuestra, enviando a mi madre el mensaje de nuestra llegada. Al doblar el coche la esquina de la calle, Rózsa ya estaba allí, y al vemos, casi se metió entre los caballos. Lloraba y gritaba. Bajamos del coche, ella tomó en sus brazos a Andrew y dirigía preguntas emocionadas a Jennifer, que le escuchaba pálida, pues no comprendía ni pizca del húngaro. Tras cada una de las preguntas, su mirada huía hacia mí.

En aquel mismo momento vi a mi madre.

Salía por la puerta de la calle, y dirigía la mirada de sus lentes hacia donde le llegaban los gritos. Es posible que durante aquellos diez años sus hombros se hubiesen encorvado más; pero, de todas maneras, a mí me pareció tan bajita que, en los primeros instantes me resistí a creer que fuera ella. Se había reducido durante mi ausencia, y ello la envolvía en cierto halo raro y extraño para mí. Volvía la cabeza, insegura, bien a un lado bien a otro, lo que me dio a entender en seguida que su vista se había debilitado muchísimo. Y ya de lejos, observé que tenía todo el pelo blanco. Sintió que yo llegaba. Se puso a caminar hacia nosotros con pasos rápidos, dirigiéndose con infalible instinto hacia mí y, por fin, su brazo extendido me encontró.

A los pocos instantes, dentro, en el patio, también Jennifer y Andrew estaban ante mi madre.

Y en aquel momento ésta, con la boca temblorosa por el llanto, le gritó a la cara a Jennifer todos sus conocimientos de inglés, la sola palabra inglesa que conocía: el nombre de mi mujer:

—*Yene!*

Jennifer me miró desamparada:

—¿Qué dice?

Creería que mi madre le decía algo en húngaro. Naturalmente, yo, durante los últimos años, al referirme a mi mujer, no ponía en mis cartas otra cosa que «Jene». Nunca me había venido la idea de explicar a mi familia que Jene, o sea, la abreviación del nombre de pila Jennifer, pronunciada en húngaro sonaba «Yene»;

pero que en inglés, era preciso pronunciarlo «Dchin». Los míos escribían ese nombre en cada carta varias veces: «... y Jene, ¿qué hace? Le mandamos mil besos...». Ellos todos: mi madre, Rózsa y mi cuñado Gyula, y hasta los amigos, siempre pronunciaban entre sí «Yene», a la húngara.

Y ahora, de repente, se descubrió que aquella «Yene» no existía, ni había existido jamás. Me hizo el efecto de como si mi madre se avergonzara por ello; su mirada se perdía detrás de los gruesos cristales de sus anteojos, como si con sus miradas y sus pensamientos se retirara ante algo.

Entramos en la casa; mi madre tomó a Andrew sobre su regazo.

—Naturalmente, tú no lo sabes... Yo soy tu abuelita... Bueno, di algo, por fin... ¿Por qué no dices nada?

Andrew movía asustado sus grandes ojos sobresaltados, y procuraba deslizarse de las rodillas de mi madre.

—Andrew aún no sabe húngaro —dije.

En aquel momento, yo mismo me daba cuenta de lo extraño que esta frase debía de sonar. ¿Cuántas veces había decidido ya que, a partir del día siguiente, enseñaría a hablar húngaro a mi hijo? Pero siempre surgía algo que lo impedía. No llegamos nunca a la primera clase.

A partir de aquel momento, mi madre contemplaba a mi hijo silenciosa y melancólicamente. Y como si desde aquellos instantes se hiciera algo más reservada, más indiferente. Como si su corazón de madre se enfriara incluso conmigo.

Al poco tiempo irrumpió en la habitación, con un gran grito de «beso a ustedes la mano», un muchachito de nueve años. Venía de la escuela, excitado y ruborizado, con sus libros bajo el brazo. Todavía no había visto en mi vida a mi sobrinito.

Rózsa acarició la frente, bañada en sudor, de su hijo, y observó, algo turbada:

—He aquí a Gyuszi, mi hijito...

Mas lo cogió en seguida de la mano y se lo llevó al cuarto inmediato, pues el niño vestía prendas remendadas. Al poco rato volvió con ella, y esta vez Gyuszi venía recién lavado y ataviado con su traje dominguero.

Llegó también Gyula, y nos puso bajo la descarga interminable de sus preguntas a quemarropa. Mi madre y Rózsa corrían a todos lados para preparar el almuerzo. Pero a cada instante volvían para preguntar o decimos algo.

Jennifer y Andrew asistían a aquel temporal de habla extraña, pálidos y abrazándose uno a otro. Les veía en la cara que, para sus oídos, el idioma húngaro no pasaba de ser un mido desagradable y molesto.

Nos hospedamos en el «Hotel de la Corona», pues en mi antiguo cuartucho no hubieran cabido ni nuestros baúles. Jennifer soportaba y resistía heroicamente las duras pruebas que puede representar para una mujer americana la falta de comodidad de un hotel húngaro de provincias. A veces, la dejaba sola durante largas horas, que ella empleaba para hacer ganchillo. Esta soledad aún le resultaba más fácil de soportar que los almuerzos y las cenas en cuyo decurso yo tenía que traducirle cada

palabra.

Una noche volví cansado, con mucho polvo en los zapatos. Había ido a ver, por última vez, nuestra antigua casa. Pero apenas la conocí, por las nuevas edificaciones accesorias con que la habían engrandecido durante los últimos diez años. Casi todos los árboles estaban cortados. Desaparecieron las viejas tuyas y también el antiquísimo pozo de piedra, cubierto completamente de hiedra. Tampoco existía la empalizada de aquella época. En su lugar había una flamante tela metálica pintada de blanco, que rodeaba casa y jardín.

Al volver, encontré en nuestra casa a mi madre, sola. Aún no había encendido la luz; estaba sentada en un sillón y tenía la mirada fija ante sí. Sus anteojos relucían extrañamente en la penumbra, exactamente como durante aquellos días después de la muerte de padre.

No podía saber de dónde venía yo, mas me parece que por mi silencio lo adivinó. Puso su mano sobre la mía y, tras un prolongado silencio, me preguntó con voz doliente y sorda:

—¿Has estado *allí*?

Asentí con la cabeza. Ella hizo el mismo gesto. Al poco rato, me dijo:

—Es terrible cuan diferente ha quedado todo *allí*...

Luego, cambiando completamente de tono, añadió:

—¿Sabes?, el dinero que me has ido mandando, lo puse todo en la Caja Postal de Ahorros. Sólo he gastado lo imprescindible para no ser una carga. Cuando yo muera, todo será para tu hijo.

—No procede bien, madre. Yo quisiera que cada año fuera a un balneario... Si viajara, a Viena, al Adriático... Y si Gyula tiene dificultades, también puede darle a él lo que necesite...

No pudimos continuar la conversación, pues llegaron visitas. El tío Lebschütz, el boticario, con su mujer.

La situación de la pobre Jennifer se hacía cada día más difícil de soportar. Andrew se dedicaba a sus juegos, más o menos como de costumbre, pero ella, la pobrecita, se pasaba todo su tiempo en aquella bárbara habitación del hotel.

Yo cavilaba cómo podría abreviar mi estancia, con un pretexto cualquiera, pues, a partir del cuarto día, todos: mi madre, Rózsa, Gyula y yo, nos dábamos cuenta de que ya no nos quedaba absolutamente nada que decimos.

Entonces llegó un cable inesperado de míster Hoskyn. En mi negocio, habían surgido dificultades. Era preciso que volviera lo más rápidamente posible.

El día siguiente, emprendimos el viaje de vuelta. El regreso a Honolulu; a los antípodas. A mi madre le dije que el año siguiente volvería de nuevo a visitarla.

Todos nos acompañaron a la estación. Yo me inclinaba por la ventanilla del tren, agitando mi pañuelo.

Mi madre estaba allí, junto a la vía, que se quedaba desierta, volviendo su rostro en un sentido incierto, más o menos hacia el tren que se iba.

Estaba allí, inmóvil; sólo sus anteojos brillaban. Esta vez, no la sostenían por ambos brazos Rózsa y Gyula.

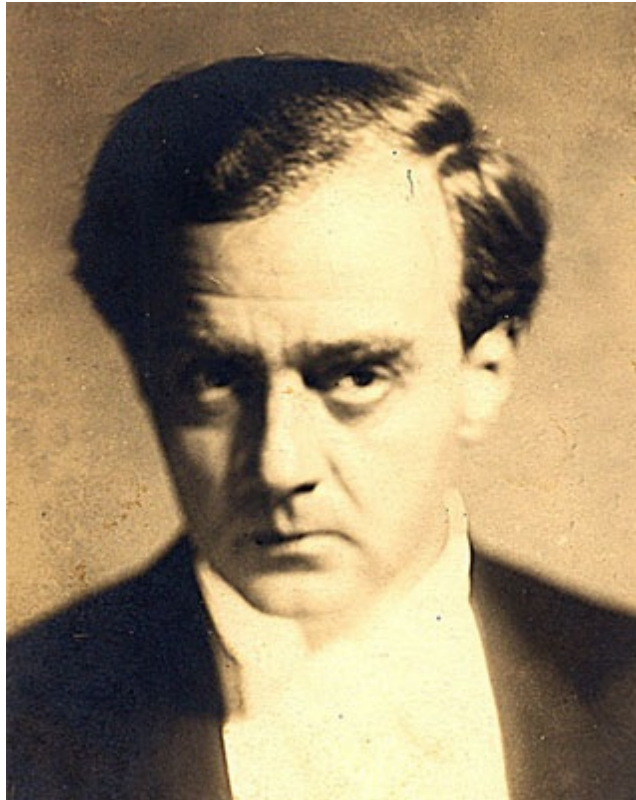
Día 28 de septiembre, las siete de la tarde.

En la estación fronteriza de Hegyeshalom, los oficiales de la aduana húngara acababan de bajar de nuestro tren, y el interventor austríaco terminaba de dar una vuelta por los pasillos.

En aquel momento, algo me estremeció hasta el fondo de mi alma. Volví el rostro y le hice señas con la mano a Jennifer, rogándole que sacara del departamento a Andrew.

Instintivamente, Jennifer se dio cuenta de qué se trataba. Cogió a Andrew y salió con él al pasillo, para que no viera a su padre en aquellos instantes.

El llanto sacudía todo mi cuerpo. Sabía perfectamente que no volvería a ver nunca más ni a mi madre ni a mi tierra natal.



LAJOS ZILAHY (Hungría 1891 - Serbia 1974) Narrador y dramaturgo húngaro. Dotado de una minuciosa capacidad de observación que dejó plasmada en casi todos sus escritos, destacó sobre todo por un puñado de novelas que, traducidas a muy diversos idiomas, se difundieron como auténticos *best-sellers* por todo el mundo durante la primera mitad del siglo xx.

Sus primeras inquietudes literarias le llevaron a enfocar su reveladora lente novelesca sobre los problemas morales y las vicisitudes sociales que envolvían a las clases burguesas europeas del período de entreguerras, aunque posteriormente se fue decantando por el análisis de otros grandes grupos sociales de poder, como la aristocracia y las altas esferas financieras.

Finalmente, en una tercera etapa de su producción novelesca, coincidente con la fase de su vida que se desarrolló en los Estados Unidos de América (en donde fijó su residencia a partir de 1948), Lajos Zilahy cultivó una prosa bastante menos ácida en su sátira social, ahora suavizada por la evocación nostálgica de tierras lejanas y tiempos pasados.

Entre las principales narraciones extensas del escritor húngaro figuran algunos títulos que, traducidos al castellano, hallaron un amplio eco entre la crítica y los lectores españoles. Así ocurrió con *Primavera mortal* (1922), *Las cárceles del alma* (1927), traducida también como *Los dos prisioneros*, *Algo flota sobre el agua* (1928) y, muy especialmente, *El desertor* (1930), una interesante reconstrucción novelesca de las experiencias vividas por el propio autor durante su intervención en la I Guerra

Mundial. Además de estas obras, Lajos Zilahy escribió otras novelas de gran interés, como las tituladas *El alma se apaga* (1932), *El ángel enfurecido* (1953) y *El siglo feliz* (1960).

Pero sus habilidades en el cultivo de la prosa de ficción no se limitaron a la redacción de narraciones extensas, ya que también cosechó grandes elogios con sus brillantes relatos breves. La mayor parte de los cuentos de Lajos Zilahy vieron la luz a través de varias recopilaciones, entre las que sobresalen las tituladas de *Gran dilema*, *El velero blanco* e *Idilio de pescadores*. Por último, en su faceta de dramaturgo, el escritor estrenó en su país varias piezas teatrales que también contribuyeron a acrecentar su prestigio literario; entre ellas, cabe recordar las tituladas *Luce el sol* (Süt a nap), 1924, *El general* (A tábornok), 1928 y *El pájaro de fuego* (Tüzmadár), 1932.

Notas

[1] Expresión italiana que significa «ociosidad que resulta agradable». (*N. del Ed.*) <<

[2] *Buenos días*, en húngaro. (N. del T.) <<

[3] gayar: adornar una cosa con listas de diferente color al del fondo sobre el que aparecen. (*N. del Ed.*) <<

[4] Es preciso hacer notar que, contrariamente a la opinión corriente en España, *húngaro* y *magyar* son sinónimos, y la primera palabra no es sino la traducción de la segunda. (N. del T.) <<

[5] ¿Cómo? ¿Qué dices?, en inglés. (*N. del T.*) <<

[6] *Sanyi*, diminutivo de *Sándor*, Alejandro. (*N. del T.*) <<

[7] Representaciones populares húngaras de niños que se celebran en Navidades. (*N. del T.*) <<

[8] *Bácsi*, «tío», es un tratamiento afectuoso y familiar que se da a las personas de edad mayor que la del que está hablando, aun cuando no medie entre las dos parentesco alguno. De la misma manera, *néni*, «tía». (*N. del T.*) <<

[9] Literalmente: «Avispa». (*N. del T.*) <<

[10] Hermoso nombre de mujer húngaro, que significa «flor», y viene a corresponder a Flora. (N. del T.) <<

[11] juego de cartas húngaro. (*N. del Ed.*) <<

[12] Diminutivo de Ester. (*N. del T.*) <<

[13] *puszta*: término húngaro utilizado para indicar vastas extensiones de llanura esteparia, típicas de las tierras planas de Hungría. (N. del Ed.) <<

[14] *kepis* o *quepis* es una gorra militar. Suele estar hecha de tela blanda, con visera, y su cuerpo tubular se remata en la parte alta con un círculo rígido. Se considera el tocado tradicional de la oficialidad de los ejércitos franceses, aunque desde fines del siglo XIX era ya común en diversos ejércitos de Europa y América. (N. del Ed.) <<

[15] Negocios. (*N. del T.*) <<

[16] *Job*, «trabajo», en inglés familiar. (*N. del T.*) <<

[17] Occidente. (*N. del T.*) <<

[18] Está el mar agitado, ¿eh? (*N. del Ed*) <<

[19] ¡Mire!, en alemán. (*N. del Ed*) <<

[20] ingente: muy grande, enorme. (*N. del Ed*) <<

[21] Muelle, en inglés. (*N. del T.*) <<

[22] Pimienta. (*N. del T.*) <<

[23] Edificio comercial. (*N. del T.*) <<

[24] cabaña o tienda en forma de cúpula hecha de alfombras, pieles o cortezas sobre un armazón de postes utilizados por algunos pueblos indígenas de América del Norte. (N. del Ed) <<

[25] ¿Cómo está usted? (*N. del T.*) <<

[26] ¡Oh, de acuerdo! (*N. del T.*) <<

[27] *zhorí*: persona capaz de descubrir lo que está oculto. Persona perspicaz que adivina con facilidad lo que otras piensan o sienten. (*N. del Ed*) <<

[28] *Az ember tragédiája*, de Imre Madách, auto sacramental del siglo xix, «La faustiada húngara», obra clásica del repertorio del Teatro Nacional de Budapest. (N. del T.) <<

[29] *reel*: *carrete*. (*N. del Ed*) <<

[30] ¿Es así? (*N. del T.*) <<

[31] *dóngola*: Piel curtida de calidad superior, obtenida con adobos vegetales y minerales, junto con alumbre y aceite. (*N. del Ed*) <<

[32] «¡Oh, magnífico!».(*N. del T.*). <<

[33] Recordemos que, como es sabido, en Hungría aún florecen los desafíos y duelos, a veces por causas absolutamente anodinas, sobre todo entre la juventud. Ni las leyes que prohíben tales lances de honor, ni la prohibición de la Iglesia, han podido acabar todavía con estas costumbres, tan hondamente arraigadas en el temperamento *magyar*, y hasta catedráticos católicos encuentran para ello «atenuantes» desde el punto de vista moral, pues obedece a un altísimo concepto del honor, muy semejante al concepto clásico español. (Nota del traductor. (*N. del Ed*) <<

[34] Lo siento. (*N. del T.*) <<

[35] Ya ve usted, querida prima. (*N. del T.*) <<

[36] Escuche. (*N. del T.*) <<

[37] ¡Qué idiota es usted! (*N. del T.*) <<

[38] ¡Hola, muchacho! (*N. del T.*) <<

[39] Eternamente tu bomboncito Michette. (*N. del Ed.*) <<

[40] camarero; asistente. (*N. del Ed.*) <<

[41] El título honorífico de «consejero del Gobierno» fue conferido en gran escala, bajo ciertos gobiernos, durante la segunda década de nuestro siglo, a falta de rey que pudiera crear nuevos nobles o nombrar consejeros áulicos. Fue bastante codiciado en ciertos ambientes, pues implicaba el tratamiento de «su merced». (*N. del T.*) <<

[42] ¿Le gusta? (*N. del T.*) <<

[43] Excelentemente. (*N. del T.*) <<

[44] ¡Alzad el gañote! ¡Ahí vienen los *yellowtails* (especie de pez, llamado «cola amarilla»). (*N. del T.*) <<

[45] Vamos a saltar el cebo! (*N. del Ed.*) <<

[46] Market, mercado. (*N. del T.*) <<

[47] Adelante con la charla. (*N. del T.*) <<

[48] «El Águila vieja». (*N. del T.*) <<

[49] Pues bien, hijos... (*N. del T.*) <<

[50] Sí, señor. (*N. del T.*) <<

[51] ¿Y usted? (*N. del T.*) <<

[52] Buenos días. (*N. del T.*) <<

[53] La palabra «tohuwabohu» deriva de la frase bíblica «tohu va bohu», que significa «sin forma y vacío» o «caos y confusión completa». (*N. del Ed.*) <<

[54] Arpad: primer príncipe de los húngaros paganos, elegido por las siete tribus, bajo cuya dirección aquella nación se estableció en la cuenca del Danubio (hacia fines del siglo IX); fundador de la primera dinastía magyar. (*N. del T.*). <<

[55] Dios le bendiga, señor. (*N. del T.*) <<